Vega Fontaine

LOS DOS *HEMISFERIOS* DEL AMOR

Selecta

Los dos hemisferios del amor

Vega Fountain

Selecta

A Elo, Jorge, Chema, Gael y Álex. Sois maravillosos

Capítulo 1

Carla

Hoy he madrugado más que nunca. Es posible que aún no haya nadie en las oficinas centrales del Ministerio. Soy funcionaria, y a pesar de lo que la gente pueda creer, yo sí trabajo duro. Formo parte del Instituto de Comercio Exterior; saqué mi plaza casi nada más terminar mis estudios de Comercio Internacional y estoy muy implicada en todos los proyectos que llevamos a cabo. Tardé poco más de un año en prepararme y aprobar mi examen, obviamente contaba con el apoyo financiero de mis padres y eso hizo posible que pudiera dedicarme a tiempo completo a estudiar, además de perfeccionar mis idiomas. Hablo con fluidez inglés, alemán y francés y estoy aprendiendo chino, aunque no estoy poniéndole demasiado empeño. No era como hace unos años, en los que devoraba libros, películas o todo lo que tuviera que ver con el idioma en cuestión. En este caso me lo estoy tomando con más calma, y es que, en este mundo globalizado en el que nos movemos, controlando el inglés puedes conectar casi con cualquier persona del mundo. A diario escribo correos o hablo personalmente con colegas de otras partes del mundo sin problema, y casi todo es en inglés.

Oigo resonar mis zapatos en el pasillo. Reconozco que no son tan cómodos como me hizo creer la dependienta, pero eso sí, son bonitos como pocos. De charol negro, tacón finísimo y suela de un rojo brillante que es lo que los hace diferentes. Me enamoré de ellos en cuanto los vi, y no pude resistirme. Gasto más dinero del que debiera en vestuario y zapatos, parte por mi trabajo y parte porque soy muy coqueta. Me gusta verme bien, cuidarme y por eso voy casi todos los días al gimnasio, a primera hora de la tarde, nada más salir de trabajar o prácticamente cuando van a cerrar, no me gustan demasiado las aglomeraciones y el tiempo que estoy allí me sirve de evasión mental. Me centro en el ejercicio y en la música que escucho y no hay nada más. Creo que no podría prescindir del gimnasio, no por mantenerme en forma, que también, sino porque me sirve de válvula de escape para mi día a día. Vivo de forma desahogada y mis caprichos son estos. Hace años que me independicé, me compré un piso cerca de donde trabajo y lo tengo decorado con un estilo bastante peculiar, pero es mi estilo. Suelo ser clásica en mi indumentaria y para mi casa me gusta la modernidad, aunque reconozco que tengo alguna pieza no tan moderna, más bien clásica y antigua. Además, cuido bastante las cosas y al vivir sola no hay problema alguno. Puedo llegar a mi trabajo andando, en mi coche o en transporte público, es indiferente. Suelo hacerlo en mi coche, por ahorrar tiempo y porque tengo plaza de garaje en ambos lugares y no tengo que estar buscando un sitio para aparcar durante mucho tiempo.

Abro la puerta de mi despacho y veo una silueta femenina, con una bata de color azul, que utiliza el palo de la fregona como si fuera un micrófono mientras se mueve al ritmo de una música que no escucho. Canturrea en un idioma que quiere parecerse al inglés y cuyo soniquete me resulta familiar, sin embargo, no distingo la canción. Se gira en un movimiento de baile y se queda estática en cuanto me ve en el umbral. Sus ojos se salen de las órbitas y su boca se ha quedado formando algo parecido a una O. Me mira y se echa a reír como una descosida ante mi cara de asombro. Se quita los auriculares y habla.

—Buenos días Carla, es muy temprano —saluda.

—Buenos días, Carolina —contesto.

—Me has pillado en plena actuación —continúa riendo.

—Ya te he visto, cantas fatal, ¿lo sabes? —pregunto avanzando

por mi despacho.

—Sí, pero como suelo estar sola no molesto a nadie —afirma —. Me falta fregar el suelo —añade algo cortada al ver que dejo mi bolso en la percha y voy hacia mi mesa.

—No creo que esté sucio —aseguro —. ¿Te tomas un café conmigo? —pregunto sin mirarla. Es más una afirmación que una pregunta. Voy hasta una mesa auxiliar que tengo, introduzco una cápsula en la cafetera y espero hasta que el piloto me diga que la temperatura del agua es la adecuada.

—Pues no te voy a decir que no —dice riendo y recogiendo todo en su carro.

Carolina es la chica que limpia parte del edificio de la administración en la que trabajo. Suelen repartirse por plantas y ella lleva aquí varios años. No solemos coincidir con el personal de limpieza a no ser que lleguemos muy temprano a trabajar como es mi caso hoy. Termino de preparar los dos cafés y le ofrezco una taza que ella acepta encantada, me siento y hago que ella se siente también.

—No debería estar tomando café aquí contigo —comenta algo inquieta mirando hacia la puerta cerrada del despacho.

—Nadie va a verte ni a decirte nada —la tranquilizo —. Somos funcionarios ¿recuerdas? —inquiero haciendo comillas con los dedos —. No trabajamos —añado con retintín.

—Ya, eso dicen —contesta ella algo distraída —. Como me vea mi jefe me despide y no puedo perder este trabajo —afirma preocupada.

—¿Cuántos años llevas trabajando en la empresa? —pregunto.

—No lo sé, creo que cuatro o así —contesta.

—Pues no te va a echar —digo segura de mí misma.

—Necesito este trabajo, con el otro gano más, pero es mucho más inestable —explica gesticulando mientras bebe pequeños sorbos de su café.

—¿Sigues poniendo copas? —pregunto curiosa. Sé un poco de la vida de Carolina, pero no demasiado.

—¡Claro! —dice ella como si nada —. Me da una pasta extra que me viene fenomenal —concluye levantándose como un resorte.

—¿No sales nunca? —pregunto ya que para mí es importante desconectar de la rutina diaria.

—Todos los días al parque, llueva, truene o haga un calor de

justicia —contesta riendo —. Tener un hijo pequeño es lo que tiene.

—Me refiero a un fin de semana —explico.

—Muy de vez en cuando, cuando no trabajo. ¿Sabes? Estoy cansada de la noche. Al trabajar en ella pues… no me atrae demasiado, eso sí, el día que salgo me lo paso como una enana —especifica riendo.

Me encanta la positividad de Carolina, ella tiene la misma edad que yo y ambas tenemos una vida tan diferente que es chocante para mí que tenga ese humor. Ella tiene un hijo de cinco años, es madre soltera, trabaja seis horas de lunes a viernes en una empresa de limpieza y los fines de semana sirve copas en bares y discotecas. Mi ritmo de vida es otro completamente diferente, trabajo de lunes a viernes, muchos de los días fuera de la oficina e incluso en otro país, asistiendo a reuniones con diferentes colegas… y los fines de semana suelo salir con mi grupo de amigas. Vamos a lugares bastante sofisticados y gastamos más dinero del que deberíamos, me doy cuenta en cuanto hablo con Carolina. Ella guarda cada céntimo para ella y su hijo y yo en cambio lo malgasto. A veces la vida es injusta, pero no me voy a atormentar con eso. Yo estudié duro para estar donde estoy y merezco, al igual que ella, cada céntimo que gano.

—Un fin de semana que tengas libre ¡salimos juntas! —propongo contagiada por su alegría.

—Vale, lo que no sé es cuando descansaré —dice.

—Sin problema, me vas diciendo —contesto moviendo la mano.

—Vale —confirma —. Me voy a terminar aquí, luego tengo que ir a llevar a Pablo al cole, si no me doy prisa llegaremos tarde como todos los días —explica apurada —. Que tengas buen día.

—Lo mismo digo —le deseo y me pongo a lo mío.

Carolina es muy optimista y siempre tiene una sonrisa en la cara. Creo que está en paz consigo misma y eso se nota. No sé demasiado de su vida, nada más que Pablo, su hijo, es lo más importante para ella. Nunca hablamos demasiado, pero jamás la he oído hablar del padre de su hijo. No sé si fue algo buscado, o fue un desliz que no terminó bien, o que directamente quiso ser madre en ese momento en solitario. No me importa demasiado, lo único que sé es que es una tía estupenda, siempre está dispuesta a ayudar y nunca he tenido queja de ella.

Capítulo 2

Carolina

Salgo del edificio como alma que lleva el diablo. Es cierto que no he fregado el despacho de Carla y eso me ha hecho ganar un poco de tiempo, pero no contaba con el café y me he retrasado. En lo que llego a casa pienso en la proposición de Carla, ella seguro que frecuenta locales muy diferentes a los que yo voy o en los que trabajo, no hay más que verla. Seguramente vaya a ese tipo de discotecas en los que tiene su reservado, para que nadie moleste y desde el que ven el resto del local, sin mezclarse con el común de los mortales. Mientras mi mente imagina cómo será su vida callejeo por mi barrio. Espero encontrar sitio para aparcar si no me veré obligada a dejar el coche en el vado de la tienda multiprecio que hay en mi calle. Serán diez minutos como mucho, pero basta que vaya con tanta prisa para que aparezca el camión a descargar. Pablo tiene su despertador puesto, sabe que en cuanto suena tiene que ir despertándose, el pobre mío es tan bueno, que a veces me da penita que sea tan independiente con cinco años. Cuento con la ayuda de mi vecina Josefa, ella tiene un intercomunicador que está en contacto directo con la habitación de Pablo, además de tener la llave de mi casa. Si el niño se cayera de la

cama o llorara podría ir sin problema. Sé que no es lo mejor y que no debería dejar a mi hijo de cinco años solo en casa, pero no tengo otra alternativa. Madrugo demasiado, no hay guarderías a esas horas y si contratara a alguien para que se quedara al cuidado de mi hijo sería un gasto para mí con el que no cuento y por el que no me merecería la pena trabajar. Acordé con Josefa este trato y de momento no nos va mal, ya que lo que me ha demostrado todos estos años ha sido una paciencia y bondad infinitas. Mis padres viven no muy lejos de aquí, pero ambos trabajan y no pueden hacerse cargo de mi hijo, así que… esto es lo que toca. A veces me mortifico por dar esta vida a Pablo, no es que vivamos mal pero tampoco de forma holgada. Cuido bastante mi economía, cualquier gasto inoportuno supone para mí un esfuerzo extra, aunque siempre tengo unos pequeños ahorrillos de los que tirar en el caso de que me hicieran falta. Me he planteado miles de veces encontrar otra cosa, y busco, no será por falta de ganas, pero el futuro no es muy halagüeño y las ofertas que veo por ahí dejan mucho que desear. Casi todo son trabajos muy esporádicos y temporales y no necesito eso. Donde estoy no me siento bien remunerada, pero al menos son legales a la hora de pagar y todos los meses tengo mi nómina ingresada el día uno. Eso para mí es muy importante. Cursé formación profesional, pero reconozco que al llevar tantos años fuera de ese ámbito estoy obsoleta y siempre habrá otra persona mejor preparada que yo. No es que subestime mi capacidad de trabajo o de aprendizaje, pero tengo los pies en el suelo y sé de lo que hablo. He realizado demasiadas entrevistas en las que me han hecho saber que sí, que podría ser válida pero que no tienen tiempo para enseñarme o refrescarme la memoria. En fin, de momento iré tirando con esto. Sé que no es el trabajo de mi vida, sin embargo, me da para comer.

Espero que cuando llegue a casa, Pablo haya comenzado ya con su rutina diaria. Dejo el coche en el vado de la tienda multiprecio, con un gesto cómico y sin siquiera entrar en el establecimiento le indico a Paco, el dueño, que serán diez minutos como mucho. Él mueve la mano en señal de no dar importancia a las cosas y salgo corriendo hasta mi casa. La carrera se las trae, estoy sin resuello. No es porque me pesen las carnes, nada de eso, es que he exigido demasiado a mi cuerpo. Llego a casa y todo está en calma aparente, porque con un niño nunca se sabe. Pablo debería estar ya despierto y prácticamente

vestido. Pues no. Está viendo los dibujos, con el pijama puesto y sin desayunar. La leche se la caliento yo, pero no ha tocado las galletas que le dejo preparadas todos los días antes de irme.

—Hola mi amor, ¡venga es tarde! —digo entrando por la puerta como un ciclón.

—Hola mami ¿estaba muy sucio? —pregunta con la inocencia de un niño.

—Sí mi amor, sucísimo —contesto quitándome la cazadora y dejándola tirada sobre el sofá.

—¡Qué marranos! —espeta mi niño haciéndome reír.

—Venga, a desayunar Pablo, que no llegamos —le animo.

—Solo este capítulo mami y ya —pide con voz lastimera.

—Cielo, tengo el coche mal aparcado, ¡venga! —contesto sin querer elevar la voz.

Sé que Pablo sabe vestirse él solo y que no tendría que hacerlo yo, pero si quiero llegar a tiempo no tengo otra opción, mientras él está embelesado viendo por enésima vez el mismo capítulo de unos dibujos que odio, le quito el pijama y lo voy vistiendo. Él se deja sin problema alguno hasta que llega el momento de los zapatos, da igual que sean botas, playeros, zapatos o chanclas, siempre se resiste. Si accediera a sus deseos, estaría desnudo y descalzo en cualquier sitio. Yo también, pero no es plan. Lavo la cara de mi hijo, porque si por él fuera, nunca se lavaría, cojo su mochila en la que he metido el almuerzo correspondiente a este día mientras se pone el abrigo y salimos a la carrera.

Vamos corriendo como todos los días; para él es un juego, pero para mí no. Monto a Pablo en el coche, abrocho el cinturón de seguridad y en cinco minutos estamos en el cole. Dejo el coche en doble fila, bajo a mi hijo, él solo se coloca en la fila, y en cuanto suena el timbre entra tan alegre a su clase dedicándome antes un beso y un gesto de adiós con su mano diminuta.

Sin lugar a dudas, Pablo es lo mejor que me ha pasado en la vida, aunque el criar sola a un hijo sea muy duro, este niño me da ganas de seguir hacia delante.

Cuando supe que estaba embarazada fue un mazazo para mí, nunca lo hubiera esperado, a pesar de tomar precauciones, estas a veces fallan. Pensé en muchas alternativas para resolver la situación,

entre ellas el aborto, sin embargo, al final decidí que no, que seguiría adelante con él. Del padre de la criatura nunca más se supo. Fue una noche nada más y nunca más volví a saber de él. Él no sabe que tiene un hijo y el día que mi hijo me pregunte seriamente lo que ocurrió se lo contaré. No tiene padre no porque no le quisieran, sino porque ni siquiera el interesado lo sabe. Creo que he estado enamorada del padre de mi hijo hasta hace poco; imaginaba situaciones idílicas con él, un futuro juntos, dados de la mano paseando mientras Pablo correteaba a nuestro alrededor. Esto todo es fruto de mi imaginación y al igual que he deseado que todo eso ocurriera, también lo he odiado casi por igual. Supongo que estos sentimientos encontrados son normales, no lo sé, en mi caso ha sido así, lo he querido tanto como lo he odiado, pero ya no. He pasado esa página, tengo que seguir adelante y mi vida ahora es Pablo, él y yo hasta el fin, como decimos cuando jugamos en casa. Vuelvo al coche, me monto, respiro profundamente y emprendo de nuevo mi rutina. Tengo que ir a una oficina de un banco a limpiar y después al centro comercial hasta la una de la tarde, que será cuando aprovecharé para ir a la compra, hacer la comida y volver a recoger a Pablo. Esta es mi rutina diaria durante la semana, los fines de semana Pablo se queda con mis padres; para él es una fiesta, porque ellos lo malcrían como su nieto que es, mientras yo voy a trabajar por las noches poniendo copas los viernes y los sábados. Los domingos no suelen llamarme, a no ser que haya alguna baja o tengan una fiesta o algo parecido. El dinero extra que me da este trabajo me sirve para vivir un poco más desahogada, aunque cada vez llevo peor lo de trasnochar y el mundo de la noche. Los domingos son el día en el que Pablo y yo trazamos un plan especial. Vamos al campo, o a algún sitio con actividades para niños, o al cine, depende de las ganas, o simplemente nos quedamos en casa, hacemos una pizza y jugamos tirados en el suelo, sobre la alfombra.

Capítulo 3

Carla

El día de hoy ha sido muy productivo. Me han comunicado nuevos proyectos muy interesantes y eso me da una alegría tremenda. Tendré que viajar a otros lugares distintos a los que estoy acostumbrada y eso me motiva más aún. Se podría decir que esto me renueva las energías; no puedo decir que mi trabajo sea aburrido o monótono como otros funcionarios pues yo disfruto con él. No estoy todo el día sellando documentos o en el registro; si así fuera, seguramente no hubiera aguantado demasiado. Después del trabajo decido ir directa al gimnasio, hoy más enchufada que nunca. Hago mi rutina e inevitablemente pienso en mi futuro. No quiero ni suelo hacerlo, pero las nuevas noticias han hecho que me replantee las cosas. No sé, tal vez cómo me veo en tres años, si seguiré con el mismo entusiasmo que hasta ahora, o mi vida dará un cambio radical. Tal vez vaya fuera del país a trabajar. Admito que ninguna de las opciones me desagrada ya que, para mí, el viajar, aunque sea por trabajo, me da otra perspectiva de la vida, me hace aprender muchísimo y crecer como persona. No tengo ataduras, y eso creo que facilita las cosas, pero me siento cómoda conociendo otros lugares y costumbres. Se podría decir que

soy una apasionada de los viajes, y que no me canso. He recorrido gran parte del mundo, por trabajo o por placer, y vivimos en un planeta tan bonito y con tantas cosas por ver que ni en mil vidas que viviera sería posible conocer todo, y me da una rabia tremenda. Siempre estoy ansiosa de más y cuando vuelvo de un viaje me prometo a mí misma que volveré, pero tengo otros destinos por visitar, así que raras veces regreso al mismo lugar. En cuestiones laborales es diferente, porque entonces sí vuelvo a los mismos sitios, y sigo sorprendiéndome de cosas y de lugares nuevos a los que acudir, y eso me encanta.

Estoy pedaleando y tan inmersa en mis pensamientos que parece que no me canso. Observo al chico que está a mi lado, gira su cabeza y me sonríe. Le devuelvo la sonrisa y prosigo con lo mío. Me ha hecho gracia el gesto. A partir de este momento se podría iniciar una conversación o un duelo de miradas pícaras para incitar al contrario a reaccionar, sin embargo, no estoy por la labor. Pienso en mi última relación: lo cierto es que fue algo caótica, un tira y afloja que terminó bastante mal. Ya me hubiera gustado que todo hubiera acabado de forma cordial, él para un lado y yo para el otro, sin acritud y con buen rollo. Pues no. Richard y yo llevábamos unos meses saliendo, cerca de un año, y todo parecía que iba bien, pero a raíz de un viaje mío al extranjero todo se precipitó. Él no soportaba estar tanto tiempo separado de mí, y eso en un principio me agradó, pero después se convirtió en un problema. Entiendo que viajo mucho y que es difícil de encajar en una relación, pero siempre he tenido claro que la confianza no debe faltar y si eso falla, se acabó.

Decidimos tomarnos un tiempo para reflexionar y darnos cuenta de si lo nuestro valía la pena. Tras unas semanas de no vernos, pero sí de hablar por teléfono, decidimos volver a intentarlo. Fue el resurgir de la relación, los dos poníamos todo nuestro empeño en que funcionara y más enamorados que nunca íbamos a por todas, nuestros encuentros eran de lo más pasionales, era como si no tuviéramos suficiente nunca, nos buscábamos y nos enredábamos casi en cualquier lugar con la única excusa de estar juntos. Otro viaje programado desde hacía meses interrumpió nuestra luna de miel. A mi vuelta todo era diferente, nos habíamos enfriado, él y yo por igual podría decirse. Lo intentamos, pero sin éxito; las discusiones se

sucedían y todo terminó. De nuevo, tras otras cuantas semanas separados hicimos un último esfuerzo y fue de las peores cosas que he hecho en mi vida: querer arreglar algo que ya estaba roto fue inútil. Una pérdida de tiempo y energía. Esta fue la definitiva. Todo se acabó con una discusión fortísima entre Richard y yo. Nos hicimos todo el daño que pudimos con nuestras palabras y no me siento orgullosa, pero cuando me atacan, me defiendo. Me llevó más tiempo del que pensé recobrarme de aquello, confieso que creo que no lo tengo asumido del todo, y aún a veces estoy tentada a llamarlo; pero me contengo, sería un vano intento por mi parte, sería seguir dando la oportunidad a algo que no va a volver a ser igual. Lo tengo claro, pero a veces flaqueo y le dedico mis pensamientos, sobre todo por las noches. Esas noches en las que apenas puedo dormir por el *jet lag*, es una manera como otra cualquiera de no dar vueltas y más vueltas en la cama. Seguramente no me beneficie, pero mi cabeza no hace caso a lo que le ordeno. Me recreo en nuestra historia, en lo que fuimos, en lo que vivimos y con esos recuerdos que seguramente vaya idealizando cada vez más y más logro quedarme dormida.

Termino en el gimnasio y vuelvo a casa. Hoy es viernes, he quedado con las chicas, así que sin tiempo que perder me dedico a mí. He optado por no ducharme en el gimnasio para hacerlo en casa, aquí estoy mucho más cómoda y si además voy a salir necesito algo más que diez minutos bajo la ducha. Mi ropa, mis cremas y mis accesorios ya que soy coqueta por naturaleza. Me gusta ir bien vestida, combino a la perfección los complementos y en definitiva saco partido a mi físico. Soy una mujer alta, de pelo liso y castaño, ojos verdes y se puede decir que me mantengo en forma. Me cuido y llevo una dieta equilibrada, eso sumado a que con cualquier cosa que me ponga y combine con estilo, hace que sea una mujer que llama la atención. No es por tirarme flores, pero lo sé. No es que sea una mujer que arrasa cuando entra en un lugar, pero sí sé que tengo presencia y me hace estar segura de mí misma.

Para la ocasión he elegido un vestido palabra de honor, color negro hasta media rodilla. Me pondré medias transparentes, me parece que hacen más elegantes las piernas de una mujer, zapatos negros de tacón alto y encima un abrigo que tengo también en color negro. Más o menos me conozco el plan, así que sé que, aunque aún hace frío, no

estaremos deambulando por las calles. Iremos a cenar a un restaurante del que somos asiduas clientas, no hay mes en el que no vayamos, incluso, hay veces que todos los fines de semana. Se come bien y no es excesivamente caro. A las nueve y media ya estoy esperando a las chicas. La mayor parte de mis amigas lo son desde mi vida universitaria. Las cuatro vivimos de forma parecida. Yo soy la única que trabaja como funcionaria, pero el resto tienes puestos más o menos relevantes en sus respectivas empresas y eso nos hace estar a un nivel económico y social similar.

Cenamos mientras charlamos de nuestras cosas. Les cuento los nuevos proyectos que nos han llegado y no puedo disimular mi entusiasmo. Mi trabajo me gusta y disfruto mucho, sobre todo cuando tengo que viajar. Incluso les he planteado la posibilidad de vivir fuera durante una temporada, por cuestiones laborales, por supuesto, y aunque sé que no les ha hecho gracia respetarán mi decisión sea cual sea y se alegrarán de mis progresos. Yo también lo hago cuando ellas promocionan en sus empresas.

Después de cenar vamos a un local bastante sofisticado, diría yo. Es la primera parada que hacemos todos los días que salimos, así que el portero nos deja pasar sin problema. Es un local que lleva varios años abierto pero que cada cierto tiempo cierra, le dan un aire nuevo o temática distinta y resurge de nuevo. Los dueños saben lo que se hacen, de esa manera mantienen el público y la expectación siempre. Tomamos unas cuantas copas en plan tranquilo y es que este sitio en particular es para eso. Charlar mientras tomas algo de forma sosegada. La música te lo permite y no hay demasiada gente armando follón. Creo que últimamente lo que más buscamos es tranquilidad y compartir momentos entre nosotras. A medida que las horas van pasando cambiamos de lugar y terminamos en una discoteca. Se podría decir que la más *cool* del momento. No entra cualquiera, dispone de reservados y el precio de las copas es prácticamente prohibitivo, pero no nos importa demasiado. Ya estamos mucho más animadas, bailamos, reímos y observamos el panorama a nuestro alrededor. Yo por mi parte no veo nada reseñable, grupos de hombres y mujeres, bastante más mayores que nosotras. En definitiva, hoy no hemos elegido el mejor lugar para pasar la noche si lo que queríamos era ligar. No es mi caso, el de mis amigas no lo sé. La realidad es que

todas nos vamos solas a casa. No es un drama ni nada por el estilo, nada más ha sido un viernes normal en el que nos hemos divertido y sin ninguna novedad.

Capítulo 4

Carolina

Acabo de dejar a Pablo en casa de mis padres. Hay fines de semana en los que se me hace cuesta arriba trabajar como es este. Estoy agotada de toda la semana y la verdad no sé muy bien por qué. El trabajo ha sido prácticamente el de siempre, sin embargo, me noto baja de fuerzas. Vuelvo a casa, tengo que prepararme, en cuanto me vea arreglada cambiaré de estado de ánimo, lo sé. Siempre me pasa. Pongo la música al máximo volumen que permite el vecindario. Sintonizo la radio, busco alguna emisora en la que en ese momento escuche algo marchoso, algo que me dé fuerza para enfrentarme a una dura noche de trabajo. A veces estas situaciones me recuerdan a cuando era adolescente y me preparaba durante horas para salir con mis amigas. ¡Qué lejos queda todo aquello! Y ¡¿dónde estarán esas amigas?! Solo de pensarlo me hace sentir vieja. Con muchas de ellas dejé de mantener contacto cuando empezaron la universidad y yo me descolgué al no ir. Con otras el trato directamente es esporádico, se podría decir que no tengo amigas de la infancia ni de nada en realidad. No será porque no las cuide, quien me conoce sabe que me vuelco en las relaciones, simplemente pienso que el destino nos ha

llevado por caminos diferentes y que en ese camino van apareciendo y desapareciendo personas que te van aportando cosas buenas o malas en cada etapa. Considero que fui madre demasiado joven para los tiempos que corren y eso hizo que tanto ellas como yo estuviéramos en dos mundos diferentes, pero no me arrepiento. Mi hijo es de las mejores cosas que he hecho en mi vida.

Me ducho y elijo mi atuendo. Me gusta provocar y más aún detrás de una barra. Esa es un poco la idea ya que desgraciadamente muchos clientes van a los bares por los camareros y las camareras; somos parte del espectáculo. Además del lugar, la música y las copas estamos nosotros. Soy consciente de ello y no me importa. Mi físico ayuda. Soy alta, delgada y mi pelo cambia de registro casi cada fin de semana. Unos lo llevo liso como una tabla, otro rizadísimo, otras veces me lo recojo en un moño tenso… me saco partido y me maquillo de forma casi teatral y eso atrae a los hombres y a alguna mujer que otra. De vez en cuando oigo alguna que otra barbaridad, pero ya son años y sé defenderme sola. Además, en los locales en los que trabajo tenemos seguridad, si algún cliente se pone pesado en pocos segundos está fuera. No todos los fines de semana acudo al mismo local. Mis jefes tienen varios bares y discotecas diseminados por toda la ciudad, dependiendo de la semana voy a uno o a otro, así se va cambiando de ambiente y es un revulsivo más para los clientes. A mí no me importa, el caso es que me vayan llamando para trabajar, el dinero me viene fenomenal. Este no es un trabajo para toda la vida, pero mientras pueda lo iré compaginando.

Hoy he decidido rizarme el pelo; con el difusor del secador me lo he puesto como una auténtica leona y me gusta lo que veo. Siempre suelo vestir de negro cuando trabajo y hoy no será la excepción. Llevo un top ajustado, me he puesto un sujetador *push up* que hace que mis pechos estén sostenidos en el aire como si no existiera la gravedad y en la parte de abajo unos pantalones muy prietos también de color negro. Intento ir cómoda a trabajar, pero también me gustan los zapatos de tacón, así que la manera de llevar una cosa y otra es con zapatos o botas con plataforma o cuña. Realmente estoy espectacular. Maquillaje sofisticado y a por otra noche. Ya he recibido mi mensaje, hoy me tocará ir al Manhattan, es un bar no muy grande en el que me encuentro muy a gusto, podría decirse que de todos es el que más me

gusta.

Aparco en una calle cercana y voy hasta allí. Entro a trabajar a las once de la noche hasta las cuatro de la madrugada, hora en la que el bar debe cerrar. Cuando me toca ir a la discoteca, la cosa cambia y nunca llego a casa antes de las siete de la mañana. Claro está, cuantas más horas más cobro, pero…

Saludo a mis compañeros y me pongo al lío, parece que la noche se va animando poco a poco; prefiero estar ocupada que mirando. No lo soporto. Necesito actividad, ya que tengo que estar durante unas cuantas horas allí, prefiero estar haciendo algo. Cuando miro al reloj del ordenador me doy cuenta de que son cerca de las tres de la mañana, lo cierto es que se me ha pasado el tiempo volando. Me gusta que sea así.

—Hola —saludo —. ¿Qué te apetece tomar? —pregunto a un chico que aparece en mi lado de la barra. Es muy alto, con la cabeza rapada, pero intuyo que es rubio. Lleva barba tipo *hipster* y tiene unos ojos azules espectaculares. Viste una camiseta con el dibujo de una autocaravana, unos vaqueros desgastados y parece que unas deportivas marrones, desde mi posición no puedo ver mucho más.

—Hola —contesta —. Ron cola —añade.

—¿Qué ron? —pregunto esperando una respuesta.

—Me da igual, pero que no sea blanco —contesta sonriéndome.

Voy hasta la estantería, cojo el primer ron que veo que no sea blanco y sacando de la cámara el refresco, añado en el vaso los hielos y sirvo el combinado ante su atenta mirada. Normalmente los chicos suelen decirme bobadas mientras sirvo las copas y yo les contesto de buen grado, sin embargo, este no dice nada. Saca un billete de su cartera y lo deja encima de la barra. Tras servir la copa lo cojo, voy hasta el ordenador, marco su consumición y cojo la vuelta. Cuando voy a dejar el dinero sobre la barra extiende su mano para que lo deposite allí.

—¿A qué hora termina tu turno? —pregunta a bocajarro.

—A las cuatro —contesto sin más.

—Te espero —confirma acariciando de forma sutil mi mano a la vez que me sonríe. Me ha dejado sin habla, no sé qué decir. Estoy habituada a estas cosas, pero de repente no he sabido reaccionar.

Me doy la vuelta y continúo con mi trabajo. No quiero pensar en

ello.

En cuanto cierra el bar, dejo a mis compañeros recogiendo y llenando cámaras ya que es el protocolo a seguir. Yo como soy eventual y nada más vengo cuando necesitan ayuda extra, esa encomienda está fuera de mi sueldo, cosa que agradezco porque si no todas las noches me darían las tantas.

Salgo por la puerta y cuál es mi sorpresa cuando justo enfrente apoyado sobre un coche veo al chico del ron cola esperando con los brazos cruzados a que salga. Pensé que era un farol, pero se ve que no.

—Buenas noches —digo sonriendo.

—Buenas noches —contesta aproximándose a mí —. Kilian —se presenta y me sorprende que tenga ese nombre, más que nada por cómo habla, no parece extranjero, sin embargo, su aspecto podría dar esa impresión. No sé qué pensar.

—Carolina —respondo presentándome.

Se acerca a mí y me da dos besos muy cerca de la comisura de mis labios, lo reconozco.

—Has sido puntual —empieza a decir.

—Sí, claro, te he dicho que salía a las cuatro y son las cuatro y diez, lo que no esperaba era que estuvieras aquí —confieso algo sorprendida.

—Tengo que besarte —espeta y me deja sin palabras.

—¿Cómo? —inquiero queriendo confirmar que he escuchado bien.

—Que me he fijado en tus labios y que quiero besarte. Llevo pensando en ello desde que he entrado en el bar —explica.

—Creo que eres demasiado directo y si siempre funcionas así te será difícil conseguir lo que quieres —intervengo con suficiencia, si bien es cierto que lo que me ha dicho me ha gustado. Su sinceridad me ha excitado.

—Prefiero ser así, mi deseo es claro. Quiero besarte —insiste.

—No te conozco de nada y no suelo besarme con el primer tío que me dice «quiero besarte» —añado cruzándome de brazos.

—Me llamo Kilian, soy nuevo en la ciudad, ¿qué más quieres saber de mí? —pregunta en tono neutro.

—Las cosas no son así, Kilian, al menos no conmigo. No beso a ningún hombre a las primeras de cambio —explico y recapacito acerca de lo que acabo de decir. En realidad, hace demasiado que no beso a

ningún hombre aparte de a mi padre y a Pablo. Hace demasiado de muchas cosas.

—¿Qué tengo que hacer para que te dejes besar? —pregunta con interés, parece que no ceja en su empeño por conseguir su propósito.

—Currártelo un poquito —espeto —. No sé, me han quedado claras tus intenciones, pero vamos que la delicadeza y el tacto no son lo tuyo —, añado.

—Soy franco, quiero besarte y te lo he dicho ¿qué problema hay? —pregunta, incrédulo.

—Problema, lo que se dice problema, ninguno. Tal vez son las formas, no son las más apropiadas —admito.

—¡Vale! Tal vez tengas razón. Lo intentaré de nuevo. Carolina me gustaría besarte ¿puedo? —pregunta y no me da tiempo a más, en cuanto me descuido ya está muy cerca de mi cara. Sus ojos están cerrados y sus manos me atraen hacia él y no sé por qué razón me dejo. Hace tanto tiempo que no me encuentro entre los brazos de un hombre que me ha hecho vibrar, lo confieso.

Los besos de Kilian son deliciosos. No puedo decir lo contrario. Su lengua se enlaza con la mía de una forma sublime y por raro que parezca no me da ningún pudor que me puedan ver en la calle besándome con un hombre del que solo sé su nombre y que es nuevo en la ciudad. Tal vez ese sea mi sino, encontrarme con hombres de una sola noche como pasó con el padre de Pablo. No quiero pensar en ello. Me dejo mecer por los fuertes brazos de Kilian mientras me sigue besando. Lo disfruto, hace demasiado tiempo que no sentía esto y es maravilloso; mi cuerpo tiembla, quiero más, el deseo me puede, pero no sé si esto es lo que me conviene. ¿Quiero esto en mi vida? No lo sé. Al poco tiempo de nacer Pablo intenté sentirme de nuevo activa, querida, intenté relaciones para no sentirme sola y no funcionó, he de decir que me aferraba a cualquiera que me hiciera algo de caso, pero esa no era la solución. No me querían a mí, querían pasar un rato nada más y en cuanto oían que tenía un hijo huían despavoridos. Me costó varios desengaños darme cuenta de que no era así la cosa. Que los sentimientos no se pueden forzar y que las cosas deben fluir. Si no lo hacen, todo está abocado al más auténtico fracaso.

Kilian se separa de mí y me mira con esos ojos extremadamente azules y creo morir abrasada por ellos. No tengo palabras. Ahora no sé

cómo seguir, de buena gana lo volvería a besar, pero no quiero que piense que estoy desesperada. Este hombre me ha descolocado por completo. Lo reconozco.

—Me gustaría seguir con esto, Carolina, pero por hoy creo que es suficiente —interviene por primera vez desde que el beso ha terminado.

—Vale —logro decir cada vez más alucinada por todo. Este no es el comportamiento típico de un tío que parece que va a por todas y que suele conseguirlo. En mi caso no he opuesto la más mínima resistencia.

—Mañana volveré a buscarte —promete y se aleja.

Miro como Kilian desaparece de mi vista mientras me quedo parada en medio de la calle sin reaccionar. Esto parece una película, una de esas americanas que no pueden ocurrir en España. Con cara de gilipollas me dirijo hacia mi coche sin dejar de pensar en lo que ha pasado. Un tío del que solo sé su nombre me dice que quiere besarme, lo consigue y se va. No entiendo nada. Y yo me voy a casa excitada, porque esa es la verdad, y con ganas de que hubiera continuado con lo que ha empezado. Me monto en el coche, me miro en el espejo retrovisor por si el reflejo de lo que veo me diera una pequeña pista de si lo que he vivido ha sido cierto o fruto de mi imaginación. Saco la lengua y recorro mis labios. Reconozco un sabor que no es el mío. Sin duda Kilian me ha besado, no ha sido un sueño. Sonrío, me ha gustado. Recobrar estas sensaciones me gusta, sin embargo, ha sido tan extraño como efímero. Debo volver a casa. Mañana comeré con mis padres y por la noche volveré a trabajar, ¿estará Kilian esperándome a la salida? No tengo la menor idea. Fantaseo con que así sea, pero he revivido tantas veces esta sensación que no quiero emocionarme demasiado.

Capítulo 5

Kilian

Me voy al hotel con una sensación extrañísima. He conseguido mi objetivo que no era otro que besar a Carolina y me hubiera gustado llegar hasta el final, para que engañarme, pero tal y como ha empezado la cosa, creo que por hoy ha sido suficiente y que mi decisión ha sido la correcta. Ha dado en el clavo conmigo, y es que ser políticamente correcto nunca ha sido mi fuerte, en mi día a día no me queda más remedio que ser más comedido en mis comentarios, pero cuando no estoy trabajando la cosa cambia. No lo puedo evitar.

El beso que he dado a Carolina ha sido mucho mejor de lo que esperaba, la verdad, y reconozco que hacía tiempo que esto no me ocurría con una tía, ha sido verla y he sentido algo así como un flechazo. Sobre todo, al ver esos labios me he sentido atraído de forma inmediata por su dueña. De hecho, he estado esperando a que se hicieran las cuatro de la madrugada nada más por eso. Quería probar esos labios, hace tiempo que no hacía este tipo de locuras por ninguna mujer y es que Carolina me ha atraído de una forma poderosísima. La respuesta que me ha dado no la esperaba, es cierto. Confío mucho en mí mismo y en mi atractivo con las mujeres, se podría decir que soy

algo exótico. Hablo perfectamente español porque nací en España, pero mis rasgos son peculiares aquí, por decirlo de alguna manera. Mi padre es irlandés, un tipo grande de cerca de dos metros de altura, rubio y con ojos claros y mi madre argentina, una mujer bellísima, morena de pelo largo y oscuro con unos ojos marrones muy expresivos. De esa unión nací yo y vaya donde vaya soy peculiar, quiero decir con esto que cuando visito a mi madre en Argentina no soy el tipo de hombre que suele verse por allí y la curiosidad es palpable, y en Irlanda sí que estoy más integrado en cuanto a lo que aspecto físico respecta, pero es oírme hablar y saben que no soy de ellos. Hablo inglés perfectamente pero el acento no se puede ocultar. El caso es que confío en mi potencial en cuanto a mujeres se refiere. Nunca me ha costado obtener lo que quería en cada momento y que Carolina me haya dicho que soy poco sutil y muy directo me ha hecho gracia, pero a la vez me ha descolocado. ¿No se supone que es esto lo que quieren las mujeres? Tipos directos y claros. Yo lo soy. Tal cual.

Tal y como he quedado con ella volveré mañana, y esta vez sí que no voy a desaprovechar la oportunidad. No es que sea un reto ni nada parecido para mí, solo es que siento un deseo irrefrenable por tener a Carolina entre mis brazos. Es deseo sexual más que de otro tipo, debo ser franco. Últimamente es a lo que me dedico, cada vez que tengo opción, me desahogo físicamente. Pienso que el amor está sobrevalorado, no es algo que incluir en mi vida. Creo que no lo consideraré de momento, tal vez mucho más adelante.

Comienzo una nueva etapa en mi vida y estoy convencido de que los cambios ocurren por algo. Cambio de ciudad, cambio de estado sentimental; un giro radical que creo que le vendrá bien a mi existencia.

Llevaba demasiados años con Elo, eso lo reconozco ahora, pero a mí se me han pasado volando. El gran amor de mi vida, la mujer por la que hice miles de locuras y que me dejó. Las razones aún no las tengo claras, pero de repente me vi solo, mi vida se convirtió en un caos y decidí que un cambio de actitud y de aires era lo que necesitaba en esos momentos. Más que nada por no volverme loco. Tenía todo y de repente me quedé sin nada. Ella era el motor de mi vida, la persona por la que respiraba y de la noche a la mañana desapareció ese oxígeno para mí; ahogándome en mi propio

desconsuelo. Cambié el chip, me puse una coraza y me propuse no sufrir. Ahora aprovecho cada oportunidad y es así como de alguna manera me resarzo de todo el daño que me hizo ella. Estoy despechado, lo sé y me gustaría hacerle pasar por lo que yo sufrí y aún estoy pasando. A medida que pasa el tiempo me voy encontrando mejor, pero hay días en los que todavía la echo mucho de menos y me vengo abajo. He dejado de confiar en las mujeres como pareja. Otra cosa sería como amigas o compañeras de trabajo o de piso. Ahí no dudo de su honestidad, pero en cuanto a relaciones personales se refiere, no. Seguramente esté metiendo en el mismo saco a mujeres excepcionales, sin embargo, aunque no sea justo no me voy a detener en averiguar quiénes de ellas merecen la pena y cuáles no. Creo que me va mucho mejor así.

Mientras camino por las calles de la que va a ser mi ciudad en los próximos meses observo y pienso como será mi vida a partir de este momento. Antes tenía las cosas muy claras, tenía mi futuro planeado. Sabía lo que quería, cómo lo quería y con quién lo quería, pero desde mi desengaño amoroso con Elo todo ha cambiado. Mi perspectiva ha cambiado de forma radical, no hago planes a largo plazo. Nada más de hoy para mañana. En cuanto al trabajo me han ofrecido un proyecto nuevo al que di el visto bueno casi sin pensarlo. Fue un soplo de aire fresco. La oportunidad de cambiar de vida sin premeditación. Decisiones inmediatas y rápidas, para qué meditar las cosas. Es mejor que todo salga de forma espontánea. Esa es mi forma de pensar ahora, hasta hace no demasiado era totalmente distinta. A veces me sorprendo de la capacidad que tenemos los humanos para ver las cosas de diferente manera en cuestión de días. En mi caso fue así. Ahora relativizo todo lo referente a mi vida, tanto profesional como emocional. Con las mujeres más o menos actúo de la misma manera, les propongo un encuentro, que aceptan, adelante, que no, sin problema. No voy a darle vueltas al asunto. Quiero sexo, lo obtengo. Se acabó. Puedo dar la sensación de un tipo duro, frío y sin escrúpulos, pero no es verdad. Cuando he estado en una relación soy un tipo atento, delicado y muy cariñoso, pero se ha visto que ese no es mi mejor perfil, si hubiera sido así aún seguiría con mi novia de los últimos años.

Llego hasta el hotel en el que me hospedo hasta que encuentre un

lugar para vivir. Ha sido todo tan precipitado que no he tenido tiempo para nada. Ni para sacar mis pertenencias del piso que compartía con Elo. Ahora, en una nueva ciudad, debo ponerme a buscar un sitio al que llamar hogar. No sé si me apetece estar solo. Llevo tantos años viviendo en pareja que creo que no soportaría la soledad, pero, por otro lado, tampoco me apetece que se metan en mi vida. Quiero pasar desapercibido. Este detalle lo tengo que tener claro a la hora de buscar piso. No es lo mismo compartir que buscar uno para mí solo, lo sé. Creo que, como todo desde hace poco tiempo, lo decidiré sobre la marcha.

Me desnudo, me meto en la cama y me lamo los labios. Aún tengo en ellos el sabor de Carolina, incluso creo que tengo en la punta de mis dedos su aroma. Al posar mis manos sobre su cuerpo he debido de absorber su olor. Es tan excitante que creo que estoy empezando a obsesionarme con ella y nada más la he visto unos minutos. ¿Cómo es posible que sienta este deseo por poseerla? ¿Cómo una mujer a la que he visto durante un periodo de tiempo tan corto tiene ese influjo sobre mí? Se podría decir que estoy servido en cuanto a sexo, que no es algo que me cueste conseguir, es más, en los últimos meses he tenido más sexo con diferentes mujeres que en toda mi vida antes de Elo, no es cuestión de sentirse orgulloso o no, simplemente he aprovechado el tiempo. Han sido encuentros satisfactorios todos, sin embargo, Carolina tiene algo que me ha atraído como me atrajo Elo en su día. No quiero comparar, y mucho menos ahora que sé cómo ha terminado mi historia con ella. Ni siquiera me planteo nada más que un revolcón en el día de mañana y asunto concluido. No es comparable, sin embargo, así empecé con ella y malgasté años de mi vida a su lado. Digo lo de malgastar con la boca pequeña. Fui tremendamente feliz a su lado, aunque admito que me puede el odio por lo que me hizo. Me dejó de la noche a la mañana sin apenas explicaciones y eso me duele todavía. Aunque crea que lo he superado no es así para nada. La sigo queriendo, pero a la vez odiando, a días un sentimiento es más fuerte que el otro, aunque creo que el odio va ganando por goleada. Supongo que este odio se transformará en indiferencia con el tiempo, pero de momento la cosa no tiene visos de cambiar.

Cambio de pensamientos, Elo ha acaparado todos ellos, y es que ella siempre tuvo ese poder en mí, su presencia era tan arrolladora y

su personalidad tan fuerte que era inevitable no sobresalir entre el resto. Era única. Vuelvo a Carolina, ahora mismo me motiva mucho más que mi antigua relación. Repito el movimiento de mi lengua, pasándola por mis labios y nace un deseo mayor en mí por poseerla. De hecho, estoy empalmado, solo de imaginarlo ha hecho que mi cuerpo reaccionara. Tiene que ser mía, mañana no me voy a contener. Me ha parecido percibir que ella estaba deseosa de continuar con lo que habíamos empezado y el que haya parado a tiempo la ha descolocado tanto como a mí, pero si quiero que todo vaya bien ha de ser así. No soy un depredador, y en el caso de que mañana se niegue, aceptaré mi derrota. Tal vez, así se acrecente más y más el deseo y si logro convencerla, tengamos una noche apoteósica. No voy a pensarlo más. Mañana será otro día. Sin planes no hay decepciones.

Capítulo 6

Carolina

De camino a casa recapacito acerca de lo que ha pasado. Estoy desconcertada, por un lado, Kilian ha sido tan directo que me ha dado la impresión de que no iba a parar de besarme e íbamos a terminar acostándonos prácticamente en plena calle, pero por otro, el que haya dejado las cosas pendientes para mañana ha sido un giro inesperado para mí. No se me hubiera imaginado que fuera uno de esos tipos que se achanta a la primera, y el que haya parado a tiempo me ha sorprendido. Lo veía tan seguro de sí mismo, tan directo y concienciado de lo que quería que pensé que terminaríamos enredados el uno en el otro. No me hubiera negado. Llevo tiempo de abstinencia, pero no es por eso. Realmente me ha gustado lo que me ha hecho sentir.

Entro en casa, huele a la colonia infantil de Pablo. Parece que ese aroma no se va nunca, aunque él no esté. Es pensar en mi hijo y sonreír. A veces me siento culpable por dejárselo a mis padres para ganar cuatro euros, creo que tanto esfuerzo y sacrificio no siempre compensan. Me desmaquillo mientras cavilo acerca de mi vida. No es ni por asomo lo que tenía planeado en mi mente adolescente. Me

habré equivocado muchas veces, habré desoído los consejos de mis padres y habré ido por caminos que no me convenían, sin embargo, soy una tía optimista. Soy feliz y aunque me cueste llegar a fin de mes como a todo hijo de vecino; tengo la conciencia tranquila. Me pongo el pijama, silencio el móvil y activo la alarma. Dormiré pocas horas, pero quiero dejar la casa recogida antes de ir a casa de mis padres a ver a Pablo. Con cuatro horas lo haré, si pudiera dormir un rato la siesta por la tarde sería maravilloso, pero con un niño como Pablo es poco probable.

Suena el despertador y sin tiempo que perder me desperezo. Mientras se calienta la leche en el microondas abro las ventanas, pongo música y preparo todo lo necesario para el zafarrancho de combate. Pita el microondas, añado el café y el azúcar y de pie y bailoteando la canción que suena en la radio me activo. Nunca he sido perezosa, no me cuesta madrugar y levantarme a las nueve de la mañana no supone para mí un gran esfuerzo ya que a diario madrugo muchísimo más. Sin tiempo que perder cambio sábanas, limpio, ordeno… lo que viene a ser una rutina diaria de un sábado por la mañana en muchos hogares españoles. Mi piso es más bien pequeño y procuro ser ordenada y mantenerlo limpio durante la semana, aunque me esmere un poco más los sábados. En cuanto dejo la ropa tendida, doy un último vistazo y me voy a casa de mis padres, estoy deseando ver a Pablo.

Entro como un ciclón, pero cuál es mi sorpresa cuando mi madre me dice que Pablo y mi padre se han ido a hacer la compra. Me quedo chafada porque venía con muchísimas ganas de darle un achuchón, así que sé que tendré que esperar. Mi madre está haciendo la comida, así que la ayudo mientras ella me habla de su trabajo, de mi hermano mayor… bueno, de sus inquietudes en ese momento. Oigo risas y bolsas. Sin duda mi padre ha comprado medio supermercado y Pablo vendrá cargado de cosas que no necesita comer. Lo tengo claro.

—¡Pablo, mi amor! —saludo en cuanto los veo entrar.

—Mami, el abuelo me ha comprado unas galletas de los Simpson —larga sin problema.

—¡Pablo! —protesta mi padre —. Dijimos que era un secreto —le recrimina sin mucha convicción.

—¡Ah! —contesta, cortado —. Creí que era el huevo kínder —

añade haciendo la situación más embarazosa para mi padre.

—¡Voy a ordenar la compra! —contesta mi padre eludiendo sus responsabilidades.

Mi madre y yo nos miramos y nos echamos a reír. Sabemos que no lo puede evitar, Pablo es su debilidad. No siempre ha sido así; cuando dije en casa que estaba embarazada mi padre no se lo tomó bien precisamente, pero ahora no podría vivir sin su nieto.

Comemos todos juntos, mi hermano mayor también. Él aún vive en casa de mis padres y trabaja los sábados por la mañana, así que cuando estamos todos es como si fuéramos la familia de antes de mudarme. Después de comer ayudo a mi madre, mi padre se baja al bar a jugar al dominó con sus colegas de siempre y mi hermano va a tirar unas canastas a la pista que hay debajo de casa. La canasta está destartalada y creo que la red no se cambia desde que se puso por primera vez, pero él es un apasionado de ese deporte y siempre que puede, aprovecha. Pablo va con él, no le dejará entrenar como él quisiera, pero así tendré tiempo para dormir un rato.

No desaprovecho la oportunidad y me tiro en el sofá y a los pocos minutos estoy frita. Mi descanso dura hasta que mi hermano y Pablo irrumpen en casa de mis padres, tiempo suficiente para estar fresca esta noche.

Meriendo con Pablo, estoy un rato con él en el parque, subimos de nuevo a casa y le baño, lo dejo con el pijama puesto y casi cenando cuando me voy. Tengo que arreglarme e ir al Manhattan. Normalmente cuando trabajo los dos días del fin de semana lo hago en el mismo lugar, raras veces cambio. Así es más fácil de organizar todo para mis jefes y para el personal.

Hoy estoy traviesa, me he decantado por un vestido de tirantes, negro y ajustado. Me pondré media negra tupida, aunque sé que con las transparentes estoy mejor, a la hora de trabajar es más cómodo. Un cinturón bajo el pecho de charol rojo brillante y unas botas de cuña del mismo material. El pelo me lo recojo de tal forma que parece que tengo tupé y el resto suelto. Me miro en el espejo y me tiro un beso a mí misma. Hoy estoy espectacular. Llego al bar, está más concurrido que ayer. Se nota que estamos a primeros de mes y que la gente tiene pasta. Es algo que ocurre todos los meses. Se nota la época de exámenes, cuando es verano, las rebajas, si hay algún partido

interesante… ese tipo de cosas.

La noche pasa sin percances, buen rollo y gente dispuesta a pasarlo bien. Sin noticias de Kilian; si sabía yo que esto era fruto del calentón. Será que mis besos no le gustaron… mala suerte. Él se lo pierde.

Salgo a las cuatro casi y media y es que al final se lio la cosa. Mientras camino hacia la calle donde está mi coche oigo que alguien me llama y que acelera el paso tras de mí.

—Carolina, Carolina —dice Kilian a mi espalda. Es inconfundible su voz. Ha sido oírlo y me he estremecido. Me giro y sonrío. No lo he podido evitar.

—Hola —digo en tono distraído.

—He entrado en el bar y me han dicho que acababas de irte —explica sin resuello.

—Sí, he terminado por hoy —confirmo.

—No. Aún no ha acabado tu noche —afirma con suficiencia y añade —: ayer quedé contigo en que vendría a buscarte y aquí estoy —contesta con una sonrisa en la boca.

—Siempre tan directo —respondo sin dejar de caminar con Kilian a mi lado.

—Suelo cumplir con mis promesas —apostilla con seguridad.

—¿Entonces? —inquiero sin saber muy bien cuál es el siguiente paso.

—Entonces tú y yo vamos a ir a mi hotel y vamos a terminar lo que no concluimos ayer —explica con una confianza pasmosa en sí mismo.

—Estás muy seguro de tus posibilidades y de que va a ser así —contesto con chulería.

—No del todo. Lo cierto es que contigo no sé a qué atenerme, pero reconozco que suelo tener éxito con las mujeres y cuando les propongo algo no suelen rechazarme —confiesa en un tono que no es chulesco. Más bien explica su realidad.

—Puedo negarme —digo parando en seco y mirándolo fijamente a los ojos.

—Claro. No voy a obligarte a hacer algo que no quieres —contesta levantando los hombros en un gesto de aceptar la respuesta que le doy —. Ante todo, educación, respeto y franqueza —dice levantando las

manos en señal de rendición. Esta respuesta me ha gustado. Pensé por como Kilian responde que era uno de esos tipos que no acepta un no por respuesta.

—Vale —acepto.

—Vale ¿qué? —pregunta descolocado.

—Vale, que acepto —respondo moviendo los hombros. Una sonrisa pícara se dibuja en su cara y sin pensárselo me agarra de la mano y echa a correr. Corremos como si fuera nuestra vida en ello. Como dos adolescentes que van a cometer una travesura. Como dos kamikazes inconscientes ante la inmolación y rio. Rio como hacía tiempo no lo hacía por la locura que estoy haciendo, por la actitud de Kilian y la mía propia. Creo que en estos momentos soy feliz.

El hotel donde se hospeda Kilian no está muy lejos de donde trabajo. Callejeamos sin parar de reír, pero en cuanto llegamos a la puerta él recobra la compostura. Coge aliento, recompone su posición sin soltarme la mano y entra ante mi mirada de alucine total.

—Buenas noches —saluda a la recepcionista que tiene cara de sueño.

—Buenas noches —contesta sin mucho afán. He logrado oír el murmullo de la muchacha que bosteza porque Kilian ni siquiera ha detenido su paso.

Llegamos hasta los ascensores, esperamos a que llegue y nos metemos en él. Una vez que se cierran las puertas y ya repuestos de nuestra carrera, Kilian se pone frente a mí y me mira fijamente a los ojos. Se acerca, posa sus manos en mis caderas y me besa. El beso es como el de ayer. Delicioso. Marcando los tiempos. Sin prisa. Mi lengua se introduce en su boca sin temor. He sido yo la que ha dado el paso y es que me gusta como besa Kilian. Él me mece entre sus brazos y no puedo sentirme mejor. En estos momentos también soy feliz. Siento algo muy especial cuando estoy entre sus brazos. Posiblemente se deba a que hace mucho tiempo que no mantengo un encuentro con un hombre, pero así es. Tuve una temporada bastante loca, pero me di cuenta de que no era ese el camino. Era tan efímero que no merecía la pena. Creo que la vida que me planteo ahora es vivir el momento sin prisas. Que el destino me ha puesto a un Kilian delante y me apetece estar con él… lo haré, pero nada más.

El ascensor se detiene. Las puertas se abren y seguimos

besándonos. No tenemos prisa. Yo al menos no. Quiero prolongar en el tiempo todo lo que pueda estos instantes. Cuando la puerta hace el movimiento para volverse a cerrar, Kilian muy hábilmente mueve su pierna para interceptar la señal de la célula fotoeléctrica que activa el cierre de la puerta haciendo que ésta se abra de nuevo. El beso cesa. Kilian vuelve a agarrarme de la mano y juntos salimos hasta el largo pasillo. Me guía, no tengo ni idea del número de su habitación. Caminamos unos cuantos metros y paramos. Kilian saca la tarjeta del bolsillo trasero de su pantalón vaquero y abre. Las luces se encienden y en ese momento yo cierro los ojos.

Capítulo 7

Kilian

He tenido dudas de si Carolina iba a aceptar mi proposición y casi no llego a la cita, pero al final parece que todo ha salido según lo previsto. No puedo dejar de besar esos labios. Son deliciosos. Gruesos, apetecibles y de un color que me tiene alucinado, es una mezcla de rojo, pero no muy intenso y rosa. No brillan, pero se nota que son jugosos, no tengo palabras para describirlos.

Aprisiono a Carolina contra la pared de la habitación. No puedo evitar mis instintos y la beso. Quiero besarla durante mucho tiempo. Y es que me encanta como lo hace, no tiene miedo, incluso ha sido ella la que ha introducido por primera vez la lengua en mi boca y que tomen la iniciativa me gusta. Acaricio su espalda, sus brazos y no puedo evitar levantarle su vestido hasta la cintura. La tela queda recogida a la altura de su cinturón. Es un vestido bastante ajustado y no ha sido fácil subirlo, pero quiero tocarla.

Tanto Carolina como yo jadeamos y es que estoy excitado. Bajo sus medias hasta la mitad de su culo y como puedo me acerco hasta la zona que emana un calor abrasador. Retiro la poca tela que encuentro y me topo con su vello, no está muy largo, pero hay pelo, noto

humedad. Se nota que Carolina está también excitada como yo y eso me vuelve loco. Nos movemos por la habitación. Necesito poder de maniobra, de esta manera no lo tengo fácil. Llegamos hasta la cama y nos desplomamos en ella. Quiero aprovechar estos momentos con Carolina. Realmente la noche promete, quiero tomarme mi tiempo y pasarlo bien. Me despojo de mi cazadora, de la camiseta y me quedo desnudo de mitad para arriba. Me separo unos instantes de Carolina y ella permanece con los ojos cerrados tirada en la cama. Que esté así de desinhibida, tan tranquila y tan expuesta me da un morbo terrible. Sabe lo que quiere y no se avergüenza. Es fantástico. Deslizo la cremallera de sus botas y se las retiro. Bajo las medias, arrastrando consigo el tanga apareciendo ante mí lo que estaba deseando ver. Simplemente maravilloso. Es increíble como una zona tan pequeña puede volver tan loco a un tío, pero así es. Ella parece que reacciona, se quita el vestido por la cabeza quedándose desnuda a excepción del sujetador. Tiene un cuerpo esbelto, delicado. Está muy bien, esa es la verdad. Yo sigo su modus operandi y me desabrocho el cinturón, me quito los vaqueros que van tras de mis zapatillas, después el bóxer. Ya estamos los dos completamente desnudos. No puedo evitarlo e hinco la rodilla en la cama, me aproximo hasta su pubis y lo saboreo. Separo sus piernas para tener más capacidad de maniobra y ella se presta a ello. Se ríe y me sorprende que lo haga. Levanto mi cabeza y la miro descolocado.

—Con la barba me haces cosquillas —dice sin dejar de reír. Sonrío y vuelvo al lugar en el que estaba. Me propongo algo a mí mismo. No se va a reír, va a jadear pidiendo más. Voy a hacer que se corra solo con mi boca. Me encantaría verla retorcerse justo debajo de mí.

Continuo con mis atenciones, lamo y succiono toda la zona sin dejar de acariciar con mis manos los laterales internos de sus piernas. Carolina se tensa y se destensa. Clava los talones en el colchón y no deja de jadear. Estoy encantado con su predisposición a pasarlo bien. Para eso estamos aquí. Acelero mis caricias, mis dedos han encontrado el lugar preciso: dónde tengo que seguir moviéndolos a la vez que lubrico la zona con mi saliva. Acelero, cada vez más y más, hasta que noto como un calambre recorre el cuerpo de Carolina haciendo que ese sea el preludio de su clímax. Continúo con mis caricias hasta que todo termina. Levanto la cabeza y solo veo un vientre que sube y baja

ante mí. Si alzo más la vista veo los dos pechos de Carolina moviéndose al mismo ritmo que su vientre, sin embargo, están en reposo, tranquilos. No les he dedicado la atención que debería, pero no hay problema, lo haré. Ella sigue respirando con dificultad. Sigue con los ojos cerrados. Respeto su momento de recuperación. Tengo una erección considerable pero no quiero ser un bruto, además me vendrá bien descansar de tanta excitación, si me introdujera en ella no duraría demasiado. Busco entre mi ropa la cartera, necesito un condón. Mientras lo hago, Carolina se incorpora, me mira y me sonríe. Ella misma me quita el envoltorio de las manos, lo rasga, extrae el condón y me lo pone. Es la primera vez que me toca y reconozco que me he sobresaltado. En cuanto estoy listo me recuesto en la cama, tengo intención de seguir besando a Carolina, y es que sus besos son sabrosísimos. Ella toma cartas en el asunto. Y sin apenas darme tiempo a nada se coloca a horcajadas sobre mí y comienza a moverse. Es maravilloso y no puedo evitar jadear. Ella me desconcierta, no sé muy bien sus pasos y es excitante. Veo cómo Carolina abre los ojos, me mira, y me sonríe con una suave mueca para después volver a cerrarlos. Es como si estuviera en su mundo, aislada del resto, haciendo lo que le viene en gana en ese momento y es magnífico que así sea. Yo me dejo hacer sin problema. Amaso sus pechos con mis manos y noto que le gusta, se retuerce y es tan morboso el verla así que no puedo dejar de excitarme más aún. Continúa con su cabalgada, yo impulso mis caderas contra su cuerpo y es que me encantaría meterme más y más en ella si fuera posible. Carolina establece el ritmo y yo encantado, que haga conmigo lo que quiera. Me incorporo, me apoyo sobre mis codos y la beso. Me encanta hacerlo. Seguramente en mi boca quede su sabor, pero si a ella no le importa, a mí mucho menos. Es fabuloso. Ella se presta a besarme, intercala sus jadeos con mordiscos y creo morir abrasado. Todo sin dejar de moverse sobre de mí. Qué más puedo pedir. Posa sus manos en mis hombros, se impulsa más y más fuerte hasta que se corre prácticamente en silencio. No quiero perderme nada de esto, intento besarla, pero ella se niega, creo que quiere terminar sin interrupciones, en cuanto deja de convulsionar sobre mí entro en acción. Necesito mi desahogo y lo voy a obtener. Acelero en mis acometidas, es algo complicado porque Carolina parece que pesa más que antes, pero nada va a frenarme. Continúo, y

eyaculo mientras aprieto mis dientes, mis nalgas y expulso todo lo que tengo en mi interior dentro de ella. Me he quedado sin nada, sin oxígeno, sin voluntad. Simplemente estupendo.

En cuanto recobro el aliento me levanto y voy hasta el baño. Carolina sigue desmadejada sin decir nada, veo en su cara la expresión de la más absoluta de las felicidades y puede que sea así. Me limpio y vuelvo. Ha cambiado de posición, esta vez más sugerente aún, más lasciva, más morbosa si es posible. Está de rodillas sobre la cama, con las piernas algo abiertas, dibujando un triángulo perfecto. Me mira, me sonríe, pasa la lengua por encima de sus labios. Tiene la boca semiabierta y es tan apetecible que mi cuerpo no puede evitarlo y reacciona. Acelero el paso, me pongo también de rodillas sobre la cama, frente a ella. La agarro con posesión de la nuca y la atraigo hacia mí. La beso con desesperación, hago que su cuerpo se pegue al mío y sienta y note que ya estoy de nuevo dispuesto a un nuevo encuentro sexual. Tengo una capacidad de recuperación increíble, no es por alardear, pero la verdad es esa. Carolina demanda acción y se la daré. Nos enredamos en besos cada vez más morbosos, más lascivos. Me atrevo a morderle los labios y ella jadea de gusto. Serán de los labios más sabrosos que he probado nunca en mi vida. Continuamos con nuestra particular batalla hasta que lo inminente sucede. Tras ponerme un condón, ella se inserta en mí y me dejo; me gustaría cambiar las tornas, ser yo el que llevara la voz cantante pero no me importa en absoluto. El orgasmo no tarda en llegar al cuerpo de Carolina y cuando lo hace es abrasador. Es en ese momento es cuando aprovecho y cambio la posición. La dejo sobre la cama y me inserto en ella. Quiero hacerlo tantas veces como mi cuerpo aguante, como yo quiera, a mi antojo. Y vaya si lo hago. No opone resistencia, hago con ella lo que quiero, le subo las piernas, o meto mis manos bajo sus glúteos para atraerla más a mí y toda posición adoptada parece gustarle. Bombeo fuerte, sin descanso y obtengo mi recompensa. Esta vez he durado más y mi cuerpo ha imprimido un ritmo frenético. Esto es maravilloso.

Me desplomo sobre la cama al lado de Carolina que sigue respirando de forma profunda. Tiene los ojos cerrados, nuestros cuerpos se rozan, pero nada más. Esto no es romántico, no mantenemos una relación como para abrazarse después de follar. No

es nada de eso. No nos conocemos, solo sé que se llama Carolina, que trabaja en un bar y que folla que te cagas. Con eso me quedo. Mejor sin información extra. Podrá resultar frío, y probablemente lo sea, pero esto es lo que quiero en mi vida en estos momentos. He encontrado a muchas chicas con los mismos deseos y otras que querían sumergirme en relaciones serias sin apenas conocernos. No estoy para eso ahora. Con Carolina parece que de momento solo va a ser follar y creo que esto es lo que más me beneficia.

El sueño me vence, tengo los ojos cerrados, mi respiración se ha regularizado, estoy relajado y que mejor que descansar.

Capítulo 8

Carolina

Abro los ojos sobresaltada. No tengo ni idea de la hora que es. Miro mi muñeca y el reloj me dice que las siete menos cuarto. Me levanto como un resorte de la cama. Miro a mi lado y veo a Kilian desnudo roncando. Es tardísimo. Recojo mis cosas y me visto a toda prisa. Prescindo de las medias, no tengo tiempo que perder. He de ir a casa de mis padres a por Pablo, una cosa es que se presten a ayudarme y otra que abuse de su hospitalidad. Salgo de la habitación cerrando la puerta con extremo cuidado, mis pasos se oyen en el pasillo desierto. Espero al ascensor mientras intento recomponer un poco mi estado. Estoy despeinada, mi maquillaje ha vivido tiempos mejores y en realidad parezco prácticamente una prostituta. No porque me sienta así, sino por mi aspecto. La ropa que llevo para trabajar está muy bien, pero para trabajar en un bar de copas, sacado de contexto pueden pensar cualquier cosa. A mí no me importa, tengo las cosas muy claras. Soy una chica de mi tiempo, madre soltera, que trabaja para sacar a su hijo adelante, que no hace daño a nadie y que disfruta de los pocos placeres que la vida le ofrece. Mientras bajo en el ascensor pienso en mi encuentro con Kilian. La verdad es que ha sido

maravilloso. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto del sexo. Ha sido considerado, me ha hecho vibrar y eso no lo puedo decir de todos los hombres con los que me he acostado. Me he sentido cómoda en todo momento y eso está fenomenal. Es una pena que no vuelva a verlo nunca más. No nos hemos dado nuestros teléfonos y como no sea él el que se acerque al Manhattan yo no tengo manera de localizarlo. Miento, en el hotel, pero ni siquiera me he quedado con el número de la habitación. Tal vez todo esto sea así por algo. Las cosas que no tienen que ser no son, y puede que esta solo se quede en un revolcón.

Camino por la calle hasta dónde está mi coche. Cerca del Manhattan hay una churrería, casi todos los domingos llevo churros a mi madre, ella lo agradece. En realidad, nos gustan a todos, para Pablo es una de las mejores cosas de los domingos, es muy goloso y lo que más le gusta es meter el churro en el azucarero e impregnarlo bien para después comérselo. Hay cola así que esperaré. Cuando llega mi turno pido la docena de churros de rigor, el chocolate no será necesario. En casa nos gusta más con café con leche, aunque a veces sí que lo comemos con chocolate. Voy hasta el coche, arranco y llego a casa. Tengo el tiempo justo para darme una ducha e ir a casa de mis padres. Ni siquiera he sacado los churros del coche, espero que conserven el calor. Tardo poquísimo en estar lista. Hoy apenas he dormido, pero no me importa. Nos acostaremos pronto porque mañana es día de cole. Aparco sin problema, cojo los churros y en el portal me encuentro con Ismael, mi hermano que vuelve de fiesta y apesta a alcohol y a tabaco. Me percato de ello porque yo estoy limpia y huelo a gel y champú, seguramente no hace ni una hora estaba en sus mismas condiciones, a lo que se añadía el olor a sexo. Saluda sin mucho afán y me muestra su bolsa de churros, está visto que hoy va a haber sobredosis de grasa y azúcar. Abro la puerta del piso de mis padres, dejo que pase Ismael que me da la bolsa de churros para meterse directo a su habitación. Ni siquiera desayunará con nosotros. Todo está en aparente calma, así que entiendo que mis padres aún están dormidos y Pablo también. Es dejar todo en la cocina cuando mi madre hace acto de presencia.

—Buenos días, Carolina —saluda mientras se ajusta la bata.

—Buenos días, mamá —contesto dándole un beso en la mejilla.

—¿Has dormido algo? —pregunta mirándome fijamente y

entrecierra los ojos como cuando era más joven y quería saber si llegaba bebida a casa. Era un interrogatorio para pillarme en un renuncio y averiguar más de la cuenta.

—Un poco —contesto sentándome de forma pesada en la silla que habitualmente ocupa mi padre. En estos momentos me doy cuenta de que estoy realmente cansada.

—Podrías haber aprovechado hoy. Pablo duerme, el día menos pensado te dará algo. Apenas descansas hija —asegura ella sirviéndose una taza de café.

—Ponme a mí uno también —pido obviando sus recomendaciones. No es que no tenga en cuenta sus consejos, simplemente que no quiero escucharlos en este momento.

Ella sirve otra taza, añade la leche y lo calienta en el microondas. Vemos una pequeña sombra que aparece de forma lenta y silenciosa en la cocina. Es Pablo, descalzo, con ojos de sueño y la marca de las sábanas en la cara.

—Mi amor —digo nada más verlo. Lo cojo entre mis brazos y lo acurruco contra mí. Está tan calentito y huele tan bien que me gustaría poder estar así siempre.

—Mami, me achuchas la tripa —se queja.

—Perdón, mi amor —me disculpo aflojando mi abrazo.

—¿Has traído churros? —pregunta moviéndose incómodo.

—Sí —contesto —. Y el tío Isma también —confirmo.

—¿Ya ha venido tu hermano? —pregunta mi madre girándose como si fuera un sabueso al que se le ha pasado un detalle muy importante de la investigación.

—Hemos llegado a la vez, pero se ha ido directamente a la cama —aseguro sin querer dar más detalles a mi madre.

—¡En qué estado habrá aparecido! —protesta de forma enérgica; siempre hace igual, se siente ofendida, pero en el fondo no tanto como hace creer.

—No me ha parecido que estuviera mal —respondo quitando hierro al asunto.

—¿Te ha hablado? —pregunta mi madre.

—Buenos días y poco más —contesto sin dejar de abrazar a Pablo que observa como conversamos su abuela y yo.

—Venía fatal —espeta mi madre con determinación. Yo me encojo

de hombros y no añado más. No quiero echar leña al fuego. Sé que cuando despierte tendrá su pertinente interrogatorio.

Mi madre pone la taza humeante delante de mí, un plato con churros y el azucarero para que Pablo meta su churro en él. Ella se sienta a nuestro lado y comenzamos a desayunar. Estas pequeñas cosas me hacen valorar lo que tengo. Una familia maravillosa con los que comparto unos momentos mágicos. No puedo quejarme de ellos para nada. Mi padre se une a nosotros al poco tiempo. Pablo se acomoda entre sus piernas, y es que su abuelo es lo más. Y mi padre encantado de que así sea, no sé quién de los dos es más zalamero.

Después de desayunar animo a Pablo a que se vista. Quiero volver a casa, hacer los deberes con él y tal vez improvisar un plan sobre la marcha. Él se niega, dice que no se quiere ir. Me pongo seria, mis padres los domingos suelen ir a misa y después a tomar algo con sus amigos, si nos quedamos no lo harán y quiero que también disfruten de su día libre. Refunfuñando, consigo que Pablo acepte, eso sí: voy cargada con la comida que ha preparado mi madre y que me ha metido en numerosos *tuppers* con sus letreros correspondientes por si quiero congelarlos. Para mí es un alivio, lo reconozco, así tendré más tiempo para dedicarle a Pablo. Normalmente me ayuda, es mi pinche de cocina y aunque el proceso de hacer cualquier receta se alarga de forma considerable no me importa, es tiempo que compartimos. Mientras vamos en el coche propongo a Pablo alguna de las opciones que se me van ocurriendo. Ir al parque, preparar un picnic en el salón de casa, quizás encontrar un sendero a las afueras de la ciudad y ver donde nos lleva… Pablo no se decide, dice que tiene que pensarlo. Que primero vamos a casa, que ve un rato los dibujos y que después vemos que hacemos. Por mí no hay problema, aprovecharé entonces y plancharé o algo tendré pendiente. Debería dormir, pero sé que en cuanto me acomode en el sofá él se tirará encima de mí y no me dejará pegar ojo.

Al final no hemos hecho nada. Comida tranquila en casa y por la tarde al parque. Pablo ya sabe montar en bicicleta, y aunque de esta manera tardamos un montón, es nuestra rutina casi diaria, ir y volver del parque con Pablo pedaleando. Tengo que andar con mil ojos porque al mínimo despiste se cae o va más acelerado de la cuenta y puede que le pille un coche o que sea él el que atropelle a algún

viandante. Voy con el corazón encogido durante todo el camino, pero supongo que a medida que controle la bicicleta, todo irá mejor.

Nada reseñable en el parque ni después tampoco, de vuelta a casa. Ducha, cena y a dormir. Los dos necesitamos hacerlo, yo al menos, este fin de semana no he dormido prácticamente nada. El motivo y la razón, básicamente ha sido por trabajo, aunque no puedo evitar acordarme de Kilian, sin duda ha sido lo mejor del fin de semana. Pero soy consciente de que ha sido lo que ha sido, un encuentro fortuito, algo inesperado, muy placentero pero que no va a volver a ocurrir. Al menos esa es la sensación que me dio a mí al hablar con él. Quería besar mis labios y lo hizo, no sé si un reto o algo parecido, pero lo ha conseguido. A mí no me importa, me apetecía acostarme con él. No lo niego y estoy orgullosa de vivir mi sexualidad de forma libre y sin perjuicios. Puedo disfrutar igual que un hombre y no por ello soy una fulana. Lo pensarán, lo tengo claro, siempre ha pasado en esta sociedad. Si ellos cuentan y alardean de sus múltiples conquistas amorosas son muy machos, y en cambio, si somos nosotras las que decimos que nos hemos acostado con varios tíos ya fruncen el ceño. ¿Por qué? Nunca lo entenderé, yo estoy intentado educar a Pablo en la igualdad y la diversidad. Todos somos diferentes e igual de respetables. Cada uno es libre de hacer lo que quiera, siempre y cuando no dañe a nadie y otra cosa que tengo muy clara es que lo único que deseo en la vida es que sea feliz. Con quien quiera, ya sea hombre o mujer, pero que sea un tipo íntegro y sobre todo buena persona. Pensando en los dulces besos de Kilian, en sus caricias y por qué no en cómo me lo hizo me quedo dormida.

Capítulo 9

Carla

He decidido ponerme manos a la obra cuanto antes. Este proyecto que tenemos entre manos es muy ambicioso y quiero empaparme de él para después llevarlo a cabo con mis compañeros. Lo haremos entre varias personas diseminadas por España, por lo que, a parte de la complejidad que supone un proyecto de tal envergadura, la distancia aportará mayor dificultad al asunto. Nada es insalvable por lo que los viajes serán continuos, pero creo que al final merecerá la pena. Camino por un pasillo solitario; mis compañeros tardarán al menos una hora en ponerse a funcionar, yo no podía esperar más en casa y he decidido venir antes a trabajar. No por nada, pero creo que, en soledad, sin llamadas que me molesten ni correos a los que responder de forma inmediata me centraré mucho mejor en lo que hago. Creo que puedo aportar muy buenas ideas. De hecho, tengo en mi cabeza unas cuantas que creo que enriquecerán la idea inicial. Tal vez sea muy ambiciosa y todo no pueda llevarse a cabo, pero lo intentaré. No por méritos, nada de eso, somos varias personas las involucradas en esto, más bien por satisfacción personal.

Como casi siempre mis pasos retumban en el solitario pasillo. Esta

vez me he decantado por unos botines de tacón finísimo, de cuero marrón oscuro y brillante. Me enamoré de ellos cuando los vi y no pude resistir la tentación. Los he combinado con un pantalón pitillo en tono *camel* y una camisa de inspiración animal *print* con una americana. Lo cierto es que siempre voy muy arreglada, y es que me gusta verme bien.

Entro en mi despacho y me encuentro a Carolina; ella no me ha visto. Observo como mueve con brío el plumero mientras canturrea. Es increíble la energía que tiene a estas horas de la mañana, será porque para ella ya se ha hecho de día mucho antes que para el resto de los mortales. Admiro su ánimo siempre, su predisposición y la facilidad con la que enfrenta la vida. No somos para nada amigas, pero reconozco que me cae fenomenal.

Para evitar que se asuste carraspeo de forma sonora, de esta manera advertirá una presencia tras ella.

—Buenos días, Carolina —intervengo tras hacerme notar.

—¡Anda! Qué temprano Carla, ¿qué tal? —pregunta retirándose los cascos de las orejas.

—Pues sí, quiero adelantar trabajo —explico adentrándome en mi despacho.

—Yo me voy en cuanto friegue —responde. Si por mí fuera le diría que no lo hiciera, pero sé que pasará un mal trago, el otro día accedió, pero creo que no sintió precisamente bien por hacerlo. Si algo es Carolina, es responsable.

—Tranquila, voy preparándote el café y así no pierdes tiempo —me ofrezco poniéndome manos a la obra.

—Rápido, rapidísimo, que luego no encuentro sitio para aparcar —argumenta escurriendo con soltura la fregona.

—Sí, sin problema —digo —. Mientras tú friegas yo lo preparo —añado mientras cargo la cafetera con la cápsula.

—De acuerdo —responde sin mirarme.

—¿Qué tal el fin de semana? —pregunto por amenizar el momento mientras controlo que el café no desborde la taza.

—Bien, trabajando —contesta y me ha parecido ver un conato de sonrisa en su cara.

—Ya, menuda faena. Todo el mundo divirtiéndose y tú poniendo copas —advierto cambiando la cápsula usada.

—Bueno, no todo es trabajo. Me llevo muy bien con mis compañeros y aunque tenga que trabajar me divierto, y a veces tomamos algo todos juntos —explica pasando la fregona por debajo de mi mesa.

—Por cierto, tenemos que quedar un fin de semana —le recuerdo mientras termino de preparar todo lo necesario para tomarnos nuestro tentempié.

—Sí, si no me olvido, todo depende de cuando tenga libre —afirma ella cargando en su carro el cubo con la fregona. Ha dejado un cuadrado sin fregar, justo en el que me encuentro y que ahora es ocupado por ella también. Le tiendo la taza y Carolina posa sus manos alrededor de ella, como queriéndose calentar las manos cubiertas por unos guantes de látex.

—Sí, claro. Cuando puedas —digo moviendo la mano a la vez que bebo de mi taza.

—Todavía no sé si tendré que trabajar este fin de semana, en cuanto lo sepa te lo digo y si no te veo te dejo una nota en tu escritorio —afirma deleitándose con el café que bebe a pequeños sorbos.

—Vale, lo dejo en tus manos. Seguramente esta semana estaré fuera de martes a jueves, por lo que hasta el viernes no volveré a estar en la ciudad —explico repasando mentalmente mi agenda.

—Te mantendré informada —contesta devolviéndome una sonrisa sincera.

—Entonces el fin de semana bien ¿no? —inquiero de nuevo algo intrigada por el cambio de rictus que he visto anteriormente en su cara.

—No me puedo quejar, podría decirse que muy productivo —afirma con una sonrisa pícara en la cara que me confirma que algo ha pasado. No sé por qué lo dirá, pero me alegro por ella —. ¿El tuyo? —Pregunta ella.

—Pues…—cavilo —. No me lo he pasado mal pero tampoco ha sido para tirar cohetes —admito pensativa.

—Bueno, no siempre surge igual. Ya verás como el siguiente será mejor —contesta con su optimismo característico —. Siento tener que dejarte, pero no llego a por Pablo —añade dejando la taza sobre la mesa en la que tengo la cafetera —. Muchas gracias por el café —

concluye mientras sale por la puerta empujando su carro de limpieza.

—Hablamos —me despido moviéndome incómoda por mi despacho.

Carolina desaparece de mi vista y no sé por qué, pero siempre que hablo con ella veo otra perspectiva de la vida, podría considerarse una auténtica bobada, pero creo que ella siempre ve en todo algo positivo. Le he dicho que mi fin de semana ha sido muy normal, y ella vaticina que el siguiente será mejor. No creo que tenga motivos ni sabe nada de mi vida como para afirmar tal cosa, sin embargo, ella es así. Siempre me anima y creo que lo mismo que hace conmigo lo hace con el resto de personas con las que se encuentra. A veces, me gustaría tener esa capacidad. No me considero una persona pesimista, ni negativa para nada, pero tal vez ella tenga ese punto que a mí me falta. No lo sé. Sus circunstancias vitales son muy diferentes a las mías, y es en estos casos cuando quedan patentes dos cosas, una: que no es feliz el que más tiene y que con muy poco se puede ser feliz. No soy millonaria, pero vivo bien, el caso de Carolina es prácticamente contrario al mío, pero creo que ella a pesar de todo es más feliz que yo, ¿puede ser eso posible? Aquí está el ejemplo. Rotundamente sí. Tal vez su vida sea más plena porque tiene a su hijo y eso es lo que a mí me falta, no lo sé. No creo que esa sea la solución, tal vez ella relativice todo y se plantee la vida de otra manera. Yo no soy tan frívola como puede parecer, tengo mis principios y mis aspiraciones en la vida, aunque creo que todavía no he encontrado ese punto de equilibrio que creo que tiene Carolina.

Capítulo 10

Carolina

Mi semana transcurre de forma normal. Levantarme temprano, ir a trabajar, vuelta a casa a recoger a Pablo para llevarlo al cole, unos días mejor que otros. Trabajo en el centro comercial hasta la hora de comer. De nuevo en casa, comida y toda la tarde dedicada a mi hijo. Básicamente gastamos todo nuestro tiempo en estar en el parque, nunca se cansa y cuando hay más niños de su edad los juegos son infinitos. Nunca es suficiente y me cuesta llevarlo de vuelta a casa. Es allí cuando empieza de nuevo la actividad: baño, cena y a dormir después del cuento. Yo madrugo demasiado, y confieso que a partir de las nueve de la noche ya no soy persona. Pablo se parece en eso a mí, es dejar de moverse y prácticamente caer dormido, así que no me puedo descuidar con la hora del baño y la cena, como vayamos un poco más tarde apenas prueba bocado porque es tal su cansancio que le vence el sueño.

Pablo está en la cama dormido como un angelito y yo voy a meterme en la mía en cuanto me lave los dientes. Mi móvil suena. Es un mensaje de Lucas, mi jefe de los fines de semana. Leo y me confirma que ese fin de semana no cuentan conmigo. Por mí, sin

problema. Así descansaré, aunque por otro lado me fastidia ya que ese dinerito siempre viene bien. Me meto en la cama y pienso en mis planes para los próximos días.

Hoy es viernes, me levanto tempranísimo. Voy hasta el edificio de la administración que limpio junto a más compañeras. Tenemos repartidas las diferentes plantas, la mía es la tercera. Apenas nos vemos, solamente a la hora de entrada. Al igual que yo, muchas de ellas vienen de otros lugares o después tienen que ir a otro sitio, por lo que nuestra relación se basa en saludarnos cuando nos vemos y poco más. Yo madrugo, porque es la verdad, pero el caso de mi compañera de la segunda planta, termina su jornada laboral limpiando la planta que tiene adjudicada de este edificio. Lleva toda la noche trabajando y esta es su última parada. A mí me queda todavía un buen rato todavía. Como siempre, limpio cada uno de los despachos; son unos cuantos, pero no están sucios para nada. Es más un mantenimiento que otra cosa. El último es el de Carla, por eso a veces me tomo el café con ella. No me gusta hacerlo, bueno me encanta, en realidad, es un ratito muy agradable, pero a veces me retrasa y hace que vaya corriendo a buscar a Pablo y si este está por la labor de colaborar es fantástico, pero cuando está en plan remolón me cuesta mucho ponernos de nuevo en marcha.

Decido, antes de irme, dejarle un *post-it* pegado en la pantalla de su ordenador. En la nota le digo que no trabajo este fin de semana, y que si quiere podemos quedar a tomar algo. Tengo que consultarlo con Pablo, por supuesto, si él me dice que quiere pasar conmigo la noche, anularé la salida. He dejado mi número de teléfono anotado para que me diga lo que prefiere.

Llego a casa y Pablo me espera vestido, a excepción de los zapatos que no hay manera que se los ponga. Creo que es por llamar la atención o por vagancia, más que porque no sepa ya que la profesora me ha dicho que en el colegio lo hace sin problema. Ayudo a mi hijo a ultimar los detalles y nos vamos pitando.

—Pablo, mi amor. Este fin de semana mamá no trabaja por la noche —comento mientras callejeo.

—¡Hala! Entonces ¿no puedo ir a dormir donde los *abus*? —se queja.

—Pues si quieres, nada más un día, tendré que hablar con ellos de

todas formas —le indico mientras miro alternativamente a mi hijo por el espejo retrovisor y al frente.

—Vale, pues el sábado duermo allí —dice convencido.

—¿Y eso? —pregunto intrigada.

—Porque los sábados veo una peli de dibujos y puedo estar más tiempo despierto —explica con una risita traviesa que denota que esto es algo de lo que no debería tener noticias.

—Entiendo —contesto —. Luego hablaré con la abuela y se lo digo —confirmo. El sábado sería un buen día para quedar con Carla—. ¡Venga señorito, al colegio! —lo animo mientras desabrocho el cinturón que mantiene a Pablo anclado a su asiento.

Dejo a Pablo y voy al centro comercial. Otro día más. Tengo suerte de no trabajar aquí los fines de semana, esto se pone de bote en bote y sería horroroso. Mientras recorro los pasillos del centro comercial limpiando, vaciando papeleras o recogiendo lo que hay en el suelo mi teléfono suena. Es un mensaje. Es Carla, me confirma que el viernes ha quedado a cenar, pero que el sábado está libre, así que si quiero podemos salir juntas. Por mí fenomenal. No he hablado con mi madre, pero no creo que tenga inconveniente en quedarse con Pablo, además ya contaría con ello.

La tarde del viernes con Pablo es divertidísima, hemos estado en el parque hasta que prácticamente se ha hecho de noche y después hemos preparado la cena en casa. Hemos hecho una pizza. Pero cuando digo hecho, es todo, desde la masa, cortado los ingredientes que van encima, añadido el queso...

El sábado por la mañana me levanto pronto, pero no tan temprano como a diario, además no quiero hacer mucho ruido ya que Pablo está dormido profundamente. Lógico ya que estuvo todo el día jugando, cenó como si no hubiera un mañana y vimos una peli de dibujos casi hasta el final; los párpados se le cerraban, pero tenía tal interés por terminar de verla que aguantó como pudo. Mientras él se despierta aprovecho para cocinar, o ir recogiendo un poco de aquí y de allá, porque sé que en cuanto se despierte demandará toda mi atención, así que aprovecho el tiempo que tengo.

Acabo de dejar a Pablo donde mis padres, lo he retenido en nuestra casa como he podido, quería estar allí después de comer, pero me he negado. Una cosa es pedir favores a mis padres y otra abusar.

Dispongo del tiempo suficiente para arreglarme. Esta noche como no tengo que trabajar podré ponerme otro tipo de ropa, es decir, algo sugerente pero no tan provocativo como suelo ponerme cuando trabajo. Escojo entre todo lo que tengo, una blusa semitransparente en colores grises y negros que simula la piel de serpiente, me encantó en cuanto la vi y no pude resistirme, se salía de mi presupuesto, pero ese mes hice un esfuerzo y me la compré. Una falda negra recta, bastante corta completa mi atuendo. Botas hasta la rodilla con un tacón alto y de color negro también. Me he decantado por unas medias transparentes, me parecen muchísimo más elegantes. Me rizo el pelo y me maquillo. En cuanto estoy lista cojo mi coche y voy hasta la zona en la que he quedado con Carla. En realidad, la zona que ella frecuenta y donde yo trabajo están cerca, si bien es cierto, es como si hubiera una frontera, una línea invisible que el público de un lado y otro no traspasan. No entiendo por qué, bueno, lo entiendo. La zona a la que va Carla es bastante elitista, cara y el tipo de personas que la frecuentan son de un nivel adquisitivo alto. En la que trabajo yo se podría decir que es de andar por casa, puedes encontrarte gente de todo tipo y condición y nadie se escandaliza. Paso por la puerta del Manhattan para poder aparcar donde siempre, en cuanto lo hago me repaso los labios mirándome en el espejo retrovisor, cojo mi bolso y salgo a pasarlo bien. Hace tanto tiempo que no salgo por ahí que prácticamente ni me acuerdo. He quedado con Carla en un bar que se llama Etéreo y la verdad que nunca he estado en él, pero me han hablado verdaderas maravillas. Entro y alucino, portero que amablemente te abre la puerta y muchísima gente en plan tranquilo tomándose sus copas sentados alrededor de mesas bajas unos y otros en taburetes altos, y tal y como me esperaba el ambiente es sofisticado y elitista y los camareros, ¡madre mía! De revista de modelos ellos y directamente de las pasarelas ellas. No es que yo me subestime en absoluto, pero realmente son esculturales. Pido mi copa y me la sirven con una parsimonia y un protocolo digno de reyes. Yo cuando estoy currando no puedo entretenerme en estas cosas, normalmente son rondas grandes y si tuviera que elegir la semilla o la fruta adecuada para cada tipo de combinado el público se desesperaría; aquí todo transcurre más despacio. Incluso la música es más tranquilla, no es *chill out* pero lo parece. Miro mi teléfono y compruebo que tengo un

mensaje de Carla, llega diez minutos tarde, no tengo problema. Disfrutaré de mi bebida y de las vistas en lo que llega.

A los pocos minutos la veo llegar. Viene imponente, se va quitando el abrigo a medida que camina; tiene una elegancia natural y aunque la he visto arreglada en el trabajo, lo que veo hoy me deja sin habla. Lleva un vestido corto, en color rojo sin mangas con una tira vertical en color negro justo en el medio que le estiliza muchísimo y unos botines negros con una gran hebilla en el centro que me parecen magníficos.

—Disculpa el retraso, no encontraba sitio para aparcar —se excusa dándome dos besos.

—No pasa nada—contesto mirándola más de cerca, realmente está maquillada de forma magnífica.

—Al final lo he dejado en el parking y eso que mi coche entra en cualquier parte, pero no he encontrado un espacio libre —se queja acomodando su abrigo y su bolso sobre la barra no sin antes cerciorarse de que estaba seco y limpio.

—Te saldrá la noche por un ojo de la cara —apunto por si quiere que vayamos a buscar un lugar para dejarlo.

—No importa, un día es un día, además el dinero es para gastarlo —dice riéndose, pero su comentario a mí no me hace demasiada gracia; suelo tener controlado lo que gasto porque no me sobra, se ve que para ella no es un inconveniente.

Pide su consumición a un camarero del que conoce su nombre y me explica que es modelo pero que hasta que llegue su momento tiene que sacarse las castañas del fuego. La historia me la sé de sobra. La verdad es que el chico está para morirse, moreno, pelo con un poco de tupé, camisa blanca ceñida, desabotonada prácticamente hasta el pecho que se intuye y se entrevé, totalmente torneado, manga larga, pantalón negro bastante ajustadito, pulseras en la muñeca izquierda y una sonrisa que te tira de espaldas; es jovencito, pero está más bueno que el queso. Simplemente increíble, con este no me importaría darme un revolcón, lo reconozco, hombres como estos solo pasan por tu vida una vez. No es que me guíe por el físico, no es eso, simplemente reconozco cuando un tío o una tía son guapos.

Paso una noche muy agradable con Carla, cambiamos de bar, ya que este para la primera copa está bien, pero para más resulta

aburrido. Nos vamos a otros lugares de los que ella es clienta asidua. Saluda a unos y a otros y eso me da la idea de que se mueve siempre por los mismos lugares. Nos vamos entonando y soltando. Noto a Carla algo cohibida en algunos momentos, como que no quiere bailar por no llamar la atención y eso me produce cierta sorpresa. Nunca hubiera pensado que se comportaría así, una mujer con un puesto de responsabilidad, que viaja por todo el mundo, resuelta, no sé. Yo sigo a lo mío, reconozco que lo estoy pasando bien, este no es mi entorno, pero me adapto a lo que sea. Siempre lo he hecho. A última hora de la noche noto a Carla mucho más desinhibida, no sé cuál será su tolerancia al alcohol, pero parece que éste ha hecho su efecto y está más parlanchina que nunca. Me dice que le apetece un chocolate con churros, lo que viene a ser habitual tras una noche de fiesta. Yo lo hago todos los días que trabajo, llego a casa de mi madre con una bolsita de churros. Aprovecharé y así se los compro también. Le indico donde está la churrería a la que voy siempre, pero ella prefiere ir a una chocolatería que queda cerca del parking. Por mí no hay problema. Como era de esperar hasta este lugar es mucho más elegante que al que yo voy. Nos sentamos y esperamos a que nos sirvan. Ella empieza a hablar.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal, Carolina? —me dice seria.

—¡Claro! —contesto sin más.

—¿Qué buscas en una relación? —vuelve a la carga y la pregunta se las trae. Me rasco la cabeza y reflexiono durante unos segundos.

—Básicamente pasármelo bien —afirmo convencida. Ella pone los ojos como platos, parece que no entiende nada, así que creo que debo explicarle mi posición—. Escúchame —le pido—. Eso del amor romántico está muy bien, pero no es para mí. Soy consciente de mi situación personal y lo prioritario para mí es Pablo. Por eso, si entablara una relación con un hombre tendría claro que mi hijo está por encima de todo, mucho más que cualquier hombre. Y como a día de hoy, encontrar a alguno que aceptara a mi hijo y mi situación es difícil, me limito a dejarme llevar por el momento, disfrutarlo y ya —explico.

—¿Me estás diciendo que solo buscas sexo? —inquiere curiosa.

—No necesariamente. ¡Claro que me gustaría encontrar a alguien

con quien compartir ciertas cosas y sobre todo reírme! Pero el mercado está bastante malito —rio—. Además, los compromisos no suelen ser el fuerte de los tíos –concluyo mientras cojo un churro que muy amablemente nos ha dejado delante el camarero.

—Te entiendo, yo creo que tienes razón —sentencia ella haciendo lo mismo que yo—. Tras mi ruptura con Richard, me planteo otras cosas—cavila mientras moja el churro en el chocolate—. Busco estabilidad más que sexo, quiero decir, que el sexo está muy bien, pero mi anterior relación creo que se basó en eso prácticamente, follábamos más que hablábamos y eso hace imposible que se sustente algo sólido, ¿me explico? —inquiere mientras se relame.

—El sexo es importante, pero si una relación solo se basa en eso, se convierte en dos personas que follan, nada más. Y ¡oye! Eso puede estar muy bien, pero si quieres estabilidad, algo duradero y serio creo que esa no es la manera—sentencio dedicándome a comer. Está claro que tanto ella como yo vemos las relaciones de forma diferente. Seguramente por nuestras experiencias anteriores y no seré yo quien lo critique o lo juzgue. Cada uno es muy libre de pensar y buscar lo que quiere en el amor.

—Creo que tú y yo vemos la vida de diferente manera —musita más para ella que para mí.

—Evidentemente Carla, pero eso no es malo. Tú buscas unas cosas y yo directamente no las busco, ¡me encuentran! Voy a hacer lo que me apetezca en cada momento, —sentencio dedicándome a mi chocolate. Me está sentando realmente bien.

—¡Eres increíble! A veces me gustaría tomarme las cosas como tú —dice de forma sincera.

—Te puedo asegurar que mi carácter es así por mi personalidad y por las circunstancias, y ¿sabes qué? —pregunto y antes de obtener respuesta añado—: me gusta —sentencio riendo. Creo que esta conversación se está poniendo demasiado trascendental e incluso si tirara del hilo, Carla podría confesarme sus secretos más escondidos, pero esa no es mi intención. La idea de salir juntas ha estado muy bien y me quedo con eso, con buenos momentos vividos con ella.

Nos despedimos tras comernos el chocolate, ella va hasta el parking donde dejó su coche y yo voy hasta donde dejé el mío. Tengo que pasar por la calle del Manhattan. Acaban de cerrar, algún grupo

de gente se arremolina en la puerta mientras discuten por saber cuál será la última parada de la noche. No quiero encontrarme con mis compañeros de trabajo, no por nada, sino porque me liarían a tomar la última y quiero irme a casa. De repente una mano me agarra del brazo deteniendo mis pasos. Me giro para ver por qué no puedo avanzar y cuál es mi sorpresa al ver a Kilian con cara de desesperación mirándome incrédulo como no creyéndose que pueda ser yo. Esa expresión de su cara me ha parecido tan extremadamente sexy que no he podido contenerme: me acerco a él, me pego a su cuerpo que me acoge de buen grado y acerco mis labios a los suyos. Ha sido algo así como instintivo, y esto me ha hecho recordar las palabras de Carla, que si solo busco sexo. En estos momentos sí. Me lo pasé muy bien el día que estuve con Kilian, y si la vida me lo ha puesto delante de nuevo, no voy a desaprovechar la oportunidad. Él reacciona de inmediato, me agarra de la cadera y me besa de forma desenfrenada, pero a la vez, parece que va recobrando la calma. Parece como si me hubiera estado esperando toda la noche y en cuanto me ha visto su ansia se ha placado. Estamos en medio de la calle, besándonos como adolescentes que no somos y en cuanto el beso cesa, él me coge de la mano haciéndome correr como nuestro encuentro anterior. Sé de sobra donde vamos, al hotel donde se aloja. Me rio como una quinceañera, él también lo hace. Saludamos a la recepcionista y ni siquiera esperamos al ascensor, subimos a zancadas las escaleras; mi falda me impide dar pasos más largos, pero, aun así, somos rápidos. Atropelladamente llegamos a la habitación, nos tiramos en la cama y comenzamos a besarnos de nuevo; los jadeos se mezclan con la falta de resuello por la carrera y es todo tan acelerado que me entra la risa. Kilian se dedica a mi cuello, mientras no paro de reír, me hace cosquillas con su barba, pero es sentirlo encima de mí y me siento en la gloria. Nos vamos desprendiendo de nuestra ropa, de forma más calmada, aunque no demasiado. Él se desprende de su camiseta y es que me encanta el cuerpo que tiene, lo acaricio y mis dedos queman, emite un calor y un aroma que inunda mis fosas nasales, es algo así como narcótico, mezcla de perfume, sudor o feromonas, o yo qué sé, el caso es que la química hace que me sienta en el séptimo cielo. Nos besamos, nos mordemos, nos acariciamos, ninguno de los dos se corta al respecto, yo hago lo que quiero y él también. En cuanto me penetra,

después de haberme arrebatado un orgasmo solo con su lengua, creo morir. Es tan enérgico y a la vez tan considerado que me tiene alucinada. Verlo encima de mí, ver sus músculos en tensión, su cara desencajada por el placer y a la vez por el esfuerzo, me parece de las imágenes más sexys que una chica puede contemplar. Es maravilloso. Kilian está centrado en sus acometidas, no se percata de que lo estoy escrutando con la mirada, observando como si estuviera estudiando una *rara avis* y es que me fascina lo que veo. Antes de que él termine yo ya he vuelto a sucumbir, mis gemidos lo alertan, esboza una mueca de satisfacción, me mira con sus profundos ojos azules y acelera los movimientos. Simplemente brutal. Prácticamente terminamos a la vez y esa química entre nosotros es mágica. Se retira de mí con cuidado y se deja caer a un lado. Necesitamos recobrar el aliento. Yo de buena gana me dormiría, pero debo volver a casa, llevar los churros a mi madre y recoger a Pablo. Mis obligaciones son esas.

—Ayer no te vi —musita en un tono casi imperceptible.

—Descanso todo el fin de semana —aclaro y que me controle me agrada, pero no del todo. No tenemos nada como para tener que dar explicaciones, sin embargo, lo he hecho.

—Si me dieras tu teléfono podría saber este tipo de cosas —añade algo molesto.

—Mejor no—niego levantándome. No quiero escenas dramáticas de novios celosos.

—¿No? —pregunta, extrañado, mientras se incorpora y se queda apoyado sobre sus codos. ¿Puede haber algo más sexy? Seguramente no. Debo irme, por ello he comenzado a vestirme. Paso de ponerme las medias, además no me subirían bien, aún estoy sudando.

—No—sentencio firme mientras apoyo el pie en el colchón de la cama y subo con brío la cremallera de la bota, primero una y después otra.

—Me lo paso bien contigo —admite mirándome con cara de pillo.

—Y yo —confieso—. Pero es mejor así, nos vamos viendo—digo mientras me pongo el abrigo y abandono la habitación.

En el ascensor reflexiono. Podría darle mi número de teléfono sin problema, pero no sé por qué extraña razón no lo he hecho. Tal vez quiera poner distancia a esto, porque que me atrae Kilian es evidente, sin embargo, creo que dejaré que el destino haga de las suyas; si

tenemos que volver a encontrarnos lo haremos y si no, aquí queda todo. Pasamos buenos momentos y con eso me quedo. Creo que actúo de esta manera porque me he hecho tantas falsas esperanzas a lo largo de mi vida que creo que no soportaría ni una más. Como le he explicado a Carla, no busco nada, las situaciones me encuentran y si en el momento que aparecen me apetece lo aprovecharé, no hablo solo de encuentros con hombres, hablo de oportunidades de un nuevo trabajo, de mejorar en la vida, no sé. Tal vez en el fondo sea una soñadora camuflada de realidad, pero creo que la vida que nos toca vivir es así por algo y yo me encuentro en paz conmigo misma siendo tal cual soy.

Capítulo 11

Kilian

Me quedo pensativo por un instante en la habitación. Esta mujer es realmente enigmática, otra en las mismas circunstancias me hubiera dado su número de teléfono sin problema, sin embargo, ella no. No puedo pensar más en ello, tengo demasiado sueño para darle vueltas. No quiero sumergirme de nuevo en una relación, nada de eso. Tal y como dice Carolina, si el destino nos junta de nuevo… pues espero volver a encontrarme con ella. Lo cierto es que me gusta follar con ella, disfruta, no es una remilgada y eso me mola mucho. En algunos momentos me siento como si fuera su juguete sexual y eso me gusta. El sueño me vence.

El domingo lo paso dormitando y buscando por internet un lugar en el que vivir. He malgastado todos estos días, no me he puesto en serio y el tiempo se me echa encima. Elo me ha llamado para pedirme que me lleve mis cosas de su casa, me ha sonado a amenaza, algo así como: «… o te lo llevas ya o lo tiro a la basura». Entiendo que no quiera ver nada que tenga que ver conmigo, pero, ¡joder! Creo que lo puede dejar amontonado en una habitación que no use y asunto concluido. Mi vida con ella está metida en unas cuantas cajas, no creo

que sea tan molesto. Tal vez, ya tenga a alguien que ocupe mi lugar y quiera empezar una nueva vida aparte de mí. Lo puedo llegar a entender, pero al menos podría hacerlo por el tiempo que estuvimos juntos. Le tengo rencor aún, no lo he superado, lo reconozco, aunque hay ciertos momentos en los que no me acuerdo de ella, como en la madrugada de ayer. Carolina es magnífica, me encanta como es. Directa, sincera y sin perjuicios. Una tía legal.

El lunes a primera hora me incorporo a mi nuevo trabajo. Estoy algo nervioso, lo reconozco, pero empiezo con ganas. Me apetece un cambio de aires, hacer algo diferente, más que nada sumergirme en nuevos proyectos que me motiven; necesito ese giro que de vez en cuando todos necesitamos en nuestra vida. Como trabajo de cara al público debo dar buena imagen, pero si por mí fuera, iría vestido a mi manera, es decir, de modo informal: vaquero, camiseta, tal vez una camisa de cuadros tipo leñador, algo así, pero el protocolo me guste o no es el que toca. Traje azul marino, camisa blanca, la corbata no es lo mío, así que la dejaré aparcada. Zapato de cordón, mis gafas con montura de pasta y a enfrentarme a nuevos retos.

Llego al lugar indicado. Tengo una reunión a las nueve y media con el que será mi jefe directo, él se encargará de enseñarme el edificio en el que trabajaré el resto del año. Mi plaza es fija, pero podría pedir un traslado o algo parecido. De momento probaré.

El señor Velasco me espera en su despacho, eso lo sé porque así me lo ha hecho saber por teléfono, pero evidentemente todo lleva su proceso. Soy nuevo, nadie me conoce. He de acreditarme, una serie de trámites que llevan su tiempo. Espero no llegar tarde, no por nada, pero no me gusta quedar mal el primer día de curro. Muy amablemente me indican donde tengo que ir. Es un edificio con una estructura peculiar. Dos alas diferenciadas con un gran hall en el centro que sirve de distribuidor, mucho cristal de color oscuro y grandes plantas de altura descomunal sirven de decoración junto con alguna que otra pintura de dimensiones extremas. El estar aquí es agradable, pero en verano tiene que parecer un invernadero; espero no pasarlo mal y que todo esté bien acondicionado. Tras pasar por varios tornos y enseñar mi tarjeta provisional de acceso a diferentes personas, llego hasta la última planta. Me han indicado muy amablemente donde está el despacho del señor Velasco. Llamo con los

nudillos y espero a que me den permiso para entrar. Oigo una voz ronca al otro lado que me invita a entrar y así lo hago.

—Bienvenido, Kilian —me dice un hombre bastante alto, con poco pelo en la coronilla y algo más a los laterales de su cráneo. Canoso y con un moreno que me indica que pasa bastante tiempo al aire libre o que acaba de llegar de vacaciones.

—Muchas gracias, señor Velasco —saludo tendiéndole la mano en un gesto amistoso.

—Llámame Agustín, es mucho mejor —pide con una sonrisa bonachona.

—De acuerdo, Agustín —contesto tomando asiento.

Me paso gran parte de la mañana hablando con Agustín acerca de lo que va a ser mi trabajo en los próximos meses. Es de recibo decir que para llegar al meollo de la cuestión ha dado un rodeo bastante grande y me ha puesto en antecedentes; me ha explicado con todo lujo de detalles los proyectos que tienen terminados, los que tendrán continuidad de forma somera, los que han fracasado…el caso es que paso casi toda la mañana con él.

Cuando terminamos nuestra reunión y tras tomar un café en la cafetería en la que me ha presentado a varias personas que me han ido dado su tarjeta, me guía hasta el lugar que ocuparé. Mi despacho está en la tercera planta, está totalmente vacío, creo que lo estrenaré yo. Dejo mi maletín en él para seguir a Agustín y vamos llamando a todos y cada uno de los despachos para ir conociendo a sus moradores. Algunos están fuera por motivos laborales, pero me ha dicho que ya me los presentará en su momento. Llegamos hasta el último despacho, reconozco que estoy un poco cansado de saludar a personas de las que ya no me acuerdo de cómo se llaman. Agustín llama con elegancia y sin esperar a nada más entra en el último despacho. Un ligero aroma a perfume femenino invade la estancia. Tras la mesa y hablando por teléfono veo a una chica que me parece muy guapa, con el pelo suelto, maquillada con gusto y con una americana negra tras la que veo una blusa de color blanco. Cuelga de inmediato y se levanta. Es más alta de lo que me esperaba, una falda negra completa su atuendo con unos zapatos altísimos. Se acerca primero a Agustín al que saluda con un apretón cariñoso de mano y después se acerca a mí, no sé si con la intención de darme dos besos o la mano. Yo saludo con dos besos casi

siempre. Espero que no le importe.

—Carla, él es Kilian, trabajará codo con codo contigo en el nuevo proyecto de internacionalización para pymes —explica mi jefe y creo que el suyo.

—Encantada, mucho gusto —dice ella sonriendo de forma abierta.

—El gusto es mío —contesto y toda esta palabrería protocolaria a veces me aburre, pero es lo que toca.

—Me quedo un momento con vosotros y vuelvo al despacho— explica Agustín—, tengo una comida a mediodía —añade.

—Sin problema—contesta Carla.

Durante la siguiente media hora nos ponemos a trabajar propiamente dicho. Reconozco que mi compañera ya tiene alguna cosa avanzada y lo agradezco, me tendré que poner al día con todo, pero no me importa. Estoy encantado con el nuevo camino que está tomando mi vida.

Agustín se despide de nosotros con mucha calma, deseándonos la mejor de las suertes y brindándonos su ayuda en el caso de que la necesitáramos. Mucha palabrería que me sé de sobra. Todo de cara a la galería. No me cae mal para nada mi jefe, me parece un tipo afable, pero es eso, un jefe. Querrá que todo esté en su forma y tiempo y querrá que no le demos demasiados problemas.

Me quedo a solas con Carla, la tía es organizada y se ve que disfruta con lo que hace. Me ha indicado que, si va demasiado rápido, no le importará volverme a explicar todo; se agradece, sobre todo el primer día de trabajo. Suelo captar la idea desde el principio, si bien es cierto, tengo que ver la perspectiva que dan a todo antes de emitir alguna opinión.

Paso el resto de la mañana con ella. Es una mujer magnífica y está buena de verdad.

Cuando damos por finalizada la jornada ella me acompaña hasta la salida, hablamos de temas algo más personales, pero sin profundizar demasiado. Me pregunta por el lugar en el que vivo, no miento, y le digo que de momento vivo en un hotel y que me tengo que poner las pilas con la búsqueda de piso, apartamento o lo que sea. No he decidido aún si compartiré piso o no con alguien. Improvisaré sobre la marcha. Ella se ha prestado a ayudarme si lo necesito e incluso me ha ofrecido una habitación en su casa si no tengo otra

cosa. Alucino. No me conoce de nada y quiere meterme en su casa. O es una mujer muy osada y altruista o está loca, no lo sé. Agradezco su gesto, pero de momento no creo que sea buena idea.

Capítulo 12

Carla

Me voy al gimnasio directa, reconozco que voy tocada. No porque haya trabajado mucho o porque esté cansada del fin de semana, nada de eso. Más bien por mi nuevo compañero de trabajo que estará ubicado justo en el despacho de al lado y con el que trabajaré en los próximos meses codo con codo. Nunca antes he visto a un tío tan exótico y tremendamente sexy. No me creo lo que estoy pensando. Tiene peculiar hasta el nombre. Kilian. Kilian es un tipo muy alto, con la cabeza rapada, ojos extremadamente azules, barba larga y rubia y tez morena. A priori no es mi prototipo de hombre, es decir, a mí me suelen gustar los tipos morenos, de pelo corto y sin barba, sin embargo, Kilian es una mezcla de *hipster* con una elegancia natural y gentleman vestido de traje. Sin duda, una mezcla explosiva. Y qué decir de sus modales, es muy educado y atento y se ha mostrado totalmente predispuesto a sacar adelante el proyecto que tenemos entre manos. Creo que tengo taquicardias solo de pensar en él y lo peor de todo, no sé por qué razón le he cedido mi casa. No lo conozco de nada, nunca antes me he planteado el compartir piso con nadie, más que nada porque nunca he tenido la necesidad de hacerlo, sin

embargo, se lo he soltado como si fuera algo de lo más normal. Pensará que estoy tarada y creo que por un momento mi cordura me ha abandonado. Yo no soy así para nada. ¿Tanto impacto ha tenido este tipo en mí? ¿Por qué no dejo de pensar en él? ¿Qué es lo que lo hace tan atractivo? Le comenté a Carolina el sábado que busco una relación seria, estable, más que sexo otro tipo de contacto con un hombre. Alguien que comparta conmigo mis inquietudes, algo, podría decirse, más sereno y de repente me veo atraída por él de forma básicamente sexual. Es guapísimo, más que guapo atractivo, no es un tipo de hombre de los que por aquí abundan, tal vez por ello me haya fijado en él. No sé qué es lo que me ha pasado, el caso es que mientras estoy en la bicicleta estática no dejo de pensar en él. Parece que el tiempo de Richard pasó y que con Kilian he recuperado esa ilusión, aunque es demasiado temprano para asegurar tal cosa y más conociéndome. Nunca he sido enamoradiza, tengo que estar muy segura para dar el paso. Yo no podría iniciar algo con alguien por ver qué pasa, no me guío por mis instintos, tengo que tener prácticamente la certeza de que va a salir bien para lanzarme. No puedo hacer como que nada pasa, no puedo liarme la manta a la cabeza, cerrar los ojos y dejarme llevar. A veces me gustaría, pero no soy así. Carolina me explicó que ella ve la vida así, como una serie de acontecimientos que se te ponen por delante y que es ella y solo ella la que decide si quiere vivir esa aventura o no. Esa filosofía de vida está muy bien pero no para mí, simplemente si no lo tengo claro no me arriesgo.

Después de darme una paliza buena en el gimnasio llego a casa. No he comido y estoy demasiado cansada para hacerlo, pero de repente me activo, me cambio de ropa y salgo de compras. Si quiero que Kilian me vea bien he de cambiar mi vestuario. No me reconozco, pero, ¿se puede saber qué es lo que estoy haciendo? No me entiendo ni yo. No es por excusarme ya que debido a mi trabajo suelo cambiar con frecuencia de vestuario, pero en realidad no necesito nada con tanta urgencia como para no poder esperar. No lo dudo y salgo de casa. Suelo ir con mis amigas, pero ha sido tal la celeridad con la que he decidido hacerlo que sería prácticamente imposible que estuvieran disponibles. Decido de camino llamar a Carolina, tal vez ella esté dispuesta.

—Hola Carla —dice nada más descolgar—. Pablo, ¡ten cuidado

por favor! —grita dejándome momentáneamente sorda—. Disculpa, mi hijo que no para y se va a caer.

—No te preocupes —contesto y me doy cuenta de que no ha sido buena idea el llamar a Carolina. Está con su hijo. No me había acordado de ese detalle.

—¿Qué querías? —pregunta de forma distraída, es obvio que su atención está fija en su hijo no en mí.

—Nada, me voy de compras y pensé en que igual te apetecía acompañarme—confirmo casi avergonzándome.

—Pues me temo que no, ahora estoy con Pablo en el parque. A las seis tiene natación, si quieres en ese ratito que él está en la piscina puedo acercarme donde estés, pero tengo nada más cuarenta y cinco minutos—me explica.

—No importa —digo pensando—. Tal vez luego te llame y tomamos un café, ¿te apetece? —rectifico mi plan sobre la marcha y es que Carolina me cae especialmente bien y me gusta pasar un ratito con ella.

—Vale, entonces lo dejo en tu mano, cuando quieras me llamas —contesta de forma aturullada—. Te dejo que a Pablo se le acaba de caer el bocadillo en la arena—concluye sin dejarme tiempo a despedirme.

Confirmo una vez más que mi vida y la de Carolina son totalmente opuestas. Ella tiene su vida prácticamente cronometrada y yo en cambio dispongo de tiempo suficiente para perder. En cuanto al dinero creo que parecido, a mí no me sobra, pero vivo bien; sin embargo, ella mide cada céntimo que entra en su casa. Lo comprobé el sábado con algún comentario que hizo. Me da lástima que una mujer tan buena tenga tan mala suerte, pero el caso es que la veo feliz con la vida que lleva, más que feliz podría decir plena, orgullosa de lo que va consiguiendo, serena. No sé, ella con menos me da la sensación de que se siente más realizada, más contenta con su vida de lo que aparentemente pueda estar yo.

Voy a las tiendas de casi siempre, en donde sé voy a encontrar algo que me siente bien sin necesidad de estar probándome durante mucho tiempo. Hoy no me apetece eso. Otras veces, sobre todo cuando estoy con alguna amiga, podemos estar durante horas de tienda en tienda buscando un algo que solo está en nuestra

imaginación para irnos a casa con las manos vacías, sin importarnos en absoluto. Compro un par de pantalones, un vestido y una camisa. Vuelvo sin estar muy convencida, no es que me siente mal, sino que creo que esta ha sido una excusa barata para gastar dinero. Meto las bolsas en mi coche y en cuanto se conecta el «manos libres» marco de nuevo el teléfono de Carolina, tal y como he quedado para ir hasta donde ella esté a tomar un café.

—Carolina ¿dónde estás? —pregunto.

—Ahora mismo he dejado a Pablo y he pasado por un super cercano, tenía que comprar unas cosas, ¿tú? —inquiere.

—De camino a donde me digas —espeto riendo.

—Vale, te mando la ubicación, hay unas cuantas cafeterías al lado de la piscina municipal. Quedamos en la que está al lado de la floristería, las otras no me gustan —me explica.

—De acuerdo, te veo en lo que llego —confirmo colgando.

No me lleva más de diez minutos llegar al lugar indicado por Carolina pues para aparcar no he tenido problema. Camino hasta la cafetería que ella me ha indicado; creo que las otras son un poco más modernas, pero si ella dice que, en esta, pues aquí estoy. En cuanto entro varias mujeres me miran de arriba abajo, se nota que este barrio es bastante conservador, y aunque no voy excesivamente arreglada las he debido de impactar. Ellas están merendando. Yo pido un café con leche y sacarina y espero a que llegue Carolina. Al momento la veo llegar cargada de bolsas; viene resoplando y me presto a ayudarla.

—¡Menos mal que solo eran unas cuantas cosas! —digo a modo de saludo.

—Ya te digo ya —contesta apurada—. Una cosa ha llevado a otra pues he visto unas ofertas buenísimas y tenía que aprovechar —explica.

—Entiendo, ¿qué te pido? —pregunto.

—Una infusión, con doble de azúcar, por favor —pide a la vez que toma asiento a mi lado.

En cuanto las dos tenemos nuestra consumición empezamos a hablar como si tal cosa.

—¿A qué hora sale Pablo? —pregunto.

—A las siete menos cuarto, así que tenemos exactamente veinticinco minutos —confirma mirando el reloj—. Al final, ¿has

comprado algo? —inquiere curiosa.

—Sí, de más creo, unos pantalones, una blusa y un vestido, aunque no estoy muy entusiasmada —confirmo y en cuanto lo hago me siento un poco culpable al ver la cara de asombro de Carolina.

—*Ufff*, yo no puedo permitir gastar demasiado en ropa, aunque trabajando los fines de semana tengo que ir cambiando de vez en cuando. Eso sí, he dado con la tienda adecuada, no es muy cara y me gusta lo que tienen—me explica y me siento fatal.

Cambiamos de tema, no quiero que Carolina se sienta mal. No puedo evitar contarle lo de mi nuevo compañero de trabajo. No le digo que trabajará conmigo, nada más que he conocido a alguien, que me ha impactado y que me gustaría conocerlo mejor. No quiero ser indiscreta, confío en ella, pero en el edificio donde trabajo, aunque es relativamente grande, nos conocemos todos. No quiero que haya rumores por ahí, y mucho menos si no hay nada entre nosotros. Si llegáramos a algo yo sería la primera en pregonarlo a los cuatro vientos, pero no hay nada. Solo ilusión.

Parece que a Carolina le alegra que en mi vida haya encontrado esta oportunidad como dice ella. Me confiesa que ella también ha encontrado a alguien con el que lo pasa bien, pero hasta ahí. Es bastante reservada para sus cosas, yo también lo soy y no me gusta que mi vida privada se airee según con quién. Intuyo, que tal y como me dijo en su día, es algo así como un *follamigo*, alguien con el que se acuesta sin dar explicaciones. No me parece mala idea, pero eso no es para mí. Lo que menos me apetece en este momento es estar follando como una loca; quiero algo duradero, estable, tranquilo. Creo que esa etapa ya la pasé. En realidad, nunca he tenido a nadie así. Siempre han sido relaciones más o menos estables, duraderas, pero un *follamigo* no ha entrado nunca en mis planes.

Es hora de terminar el café. Me presto a ayudar a Carolina con las bolsas, las llevamos a su coche y me quedo esperando hasta que recoge a Pablo. Tengo curiosidad por saber cómo es su hijo. A los pocos minutos aparecen los dos, el niño dado de la mano de su madre, gesticulando y explicando de forma pormenorizada todos los ejercicios que han hecho. En cuanto se acercan a mí, toda su verborrea desaparece y se vuelve tímido de repente.

—Mira Pablo, Carla trabaja donde yo voy a limpiar —explica

Carolina haciendo que su hijo salga de entre sus piernas.

—Hola, Pablo, ¡qué guapo eres! —saludo con voz infantil intentando que pierda su miedo hacia mí.

—¿Ella también limpia? —pregunta el niño, tímido.

—No cariño, Carla tiene un despacho muy grande con un ordenador gigante y habla en muchos idiomas —explica resumiendo mi trabajo de forma sencilla para que él lo entienda.

—¿Un ordenador para ella sola? —cuestiona curioso.

—Sí —me atrevo a contestar.

—¡Qué morro! —espeta haciéndome reír.

Acompaño a Carolina y a Pablo hasta el lugar donde tiene aparcado su coche y me despido de ellos. Mientras voy hasta donde está el mío me doy cuenta de muchas cosas, realmente Carolina ha hecho un trabajo extraordinario con su hijo y no tiene nada que envidiar a esas familias formadas por un padre y una madre.

Capítulo 13

Carolina

Llevo toda la semana con la mosca detrás de la oreja. Me ha llamado Estefanía, otra de las camareras que trabaja conmigo de forma eventual, para preguntarme si me había llamado Lucas y me había dado turno en alguno de los bares. Suele hacerlo los miércoles o jueves, así que entre hoy y mañana creo que sabré algo. El caso es que me extraña que ella me haya preguntado. El fin de semana anterior no trabajé y ella sí, tal vez haya oído algo, en una de esas conversaciones que tiene Lucas todo el tiempo colgado del teléfono o entre los empleados ha oído algo relevante y quiere confirmarlo conmigo. No tengo ni la menor idea, el caso es que si dejan de llamarme tendré que buscarme otro trabajo que me dé ese dinero extra. Llevo meses pidiendo a Eloy, el jefe de la empresa de limpieza que me amplíe el horario o que me dé algo para los fines de semana, pero dice que de momento no hay nada. Es mentira, lo sé de sobra, pero tampoco puedo ponerme a la defensiva, ya que puede que consiga el efecto contrario.

Mientras pienso en cual puede ser la mejor solución en el caso de que Lucas deje de contar conmigo, limpio con brío el despacho de

Carla. Es raro que no haya llegado aún, últimamente lo hace con frecuencia, compartimos nuestras inquietudes de ese momento y algún que otro café para después seguir cada una a lo nuestro. Termino de fregar el suelo, empujo mi carro y lo llevo al cuarto de la limpieza; tengo que recoger todo aquí para ir a por Pablo. Mientras canturreo por lo bajo la canción que suena en mis cascos, me quedo parada en el pasillo. Me ha parecido ver a Kilian. No. No. No. Es imposible, no puede ser él. Está en el otro extremo, lleva traje, y aunque parece él no es exactamente como yo lo recuerdo. Me parece que tiene gafas, pero no estoy segura del todo. Acelero, no por acercarme más a él ni por esconderme avergonzada por mi trabajo. Nada de eso en absoluto. Quiero desaparecer porque creo que me estoy obsesionando y eso no es bueno. Con él no tengo absolutamente nada. Nos hemos acostado un par de veces y ya. No sé su teléfono, nada más que se llama Kilian, que es nuevo en la ciudad y que se hospeda en un hotel donde he estado en dos ocasiones. Además, sería demasiada casualidad que estuviera aquí. «Se acabó el cuento, Carolina», me digo, «no te enamorisques que luego pasa lo que pasa». El cuarto donde dejo el carro está justamente en el medio del pasillo, abro con la llave, vacío el cubo, dejo todo preparado para el día siguiente, inspiro profundamente y salgo de nuevo con la esperanza de que lo que he creído ver sea fruto de una obsesión transitoria. Giro mi cabeza irremediablemente hacia el despacho de Carla y me parece ver una sombra que entra en él. No es ella, era un hombre. ¡Ay Dios! Estoy peor de lo que pensaba, sombras, espectros, seres fantasmagóricos, mi imaginación me está jugando muy malas pasadas.

Acelero el paso, necesito salir de aquí. No me avergüenzo de mi trabajo ni de prácticamente nada en absoluto de lo que he hecho o he conseguido en esta vida. Todo me lo he currado yo solita, tengo el trabajo que tengo, no me apasiona, pero me sirve para vivir con mi hijo de forma decente. Evidentemente, me gustaría tener otro trabajo, menos sacrificado y mejor pagado, pero soy consciente de la situación y de mis limitaciones. Cuando Pablo crezca me gustaría hacer otras cosas, pero de momento esto es a lo que puedo aspirar. Cuento con la inestimable ayuda de mis padres y eso es de agradecer, al igual que Josefa, mi vecina que me apoya y está pendiente de mi hijo cuando voy a trabajar.

En cuanto me monto en el coche me olvido de todo lo que he vivido. Pienso que son paranoias, y creo ver a Kilian por todas partes. Reconozco que hace tiempo que no me daba tan fuerte con ningún tío. Soy muy soñadora y rápidamente me ilusiono con otros tipos que ni siquiera tenían mayor interés que el acostarse conmigo, pero creo que con Kilian es diferente. No es que esté dispuesta a más, sé de sobra que en cuanto le comente mi situación, la existencia de Pablo y todo lo demás, huirá como han hecho todos. Lo tengo más que asumido, y por supuesto, no les culpo. Así que yo seguiré con mi vida, disfrutando de estas pequeñas dosis de sexo y el amor…pues ya llegará.

Tras dejar a Pablo en el cole me llama Lucas y me dice que este fin de semana nada más trabajaré el sábado, que el viernes lo tengo libre. Esto me huele mal ya que he pasado de trabajar sin descanso prácticamente todos los fines de semana durante meses, a estar en casa de forma continuada. Tal vez Estefanía tenga razón y se esté cociendo algo. No quiero ser alarmista, pero no me voy a andar por las ramas, indagaré lo que pueda y si tengo oportunidad de hablar con Lucas le preguntaré el porqué de estos cambios. Prefiero saberlo cuanto antes; Estefanía me ha puesto en sobre aviso y quiero zanjar este asunto lo antes posible para ir buscando nuevas alternativas. No puedo esperar acontecimientos.

El viernes por la mañana, limpio el despacho de Carla y ella entra prácticamente tras de mí. No hemos vuelto a vernos desde la tarde de piscina de Pablo y reconozco que me gusta hablar con ella. A veces pienso que se ahoga en un vaso de agua, que ve problemas donde no los hay y que se agobia por nimiedades. Si yo tuviera un puesto de trabajo como el suyo no iba a entrar a trabajar antes por ir adelantando tarea, iría a mi ritmo, sin pausa, pero a mi ritmo. Total, tendría el sueldo asegurado y gran parte de mis preocupaciones resueltas. No es que todo gire en torno al dinero, obviamente mi hijo es lo más importante para mí, y por eso su bienestar es primordial.

—Buenos días, Carolina —dice al entrar.

—Hola, Carla, ¿cómo va la semana? —pregunto mientras vacío la papelera.

—Cansadísima, necesito desconectar urgentemente. Salir, pasarlo bien, no sé, olvidarme un poco de esto —enumera a la vez que se tira de mala manera en su sillón. Parece cansada de verdad.

—Estoy libre esta noche —confirmo.

—¿En serio? —pregunta mucho más animada.

—Sí, mañana trabajo, pero hoy no —afirmo sin dejar de limpiar.

—De acuerdo, luego te digo algo, y si puedes o te apetece salimos a tomar algo, ¿quieres? —me pregunta con ojos suplicantes.

—Vale, pero pronto a casa, que mañana tengo bastante curro— acepto pero con mis condiciones.

—Sí, sí, no te preocupes. Toma tu café —me dice sin darme opción, ya lo ha preparado y no puedo negarme. Además, huele tan bien, que nadie en su sano juicio se negaría a un placer como ese.

Tras dar las gracias a Carla por el café salgo pitando del edificio. Sigo con un poco de desasosiego en mi estómago. Temo encontrarme con Kilian por aquí, todo esto sin saber a ciencia cierta si era él o no el hombre al que vi. Por otro lado, me gustaría verlo de nuevo, no voy a negar la evidencia.

Llego a casa y hoy que tengo más prisa que ningún día Pablo está dormido en el sofá, parece que se ha levantado pero que se ha quedado traspuesto de nuevo. No lo puedo creer. Le despierto, le visto y casi con la galleta en la boca lo dejo en el cole. Hoy comerá mejor que ningún día, ya que apenas ha desayunado. Me fastidian estas cosas, pero, por otro lado, puedo llegar a entenderlo; es un niño. Creo que a veces pensamos que son máquinas y les exigimos demasiado.

Llego al centro comercial y me tomo todo con un poco más de calma. Creo que mi corazón vive en un estrés constante y no es bueno. Sobre todo hoy que Pablo me ha hecho enfadar. Me siento mal cuando le grito, pero en este caso ha sido prácticamente imposible no hacerlo. Pocas veces lo hace, y tengo paciencia, pero cuando me saca de mis casillas soy como una bomba. Exploto y no tengo medida.

Prácticamente a la hora de irme recibo un mensaje de Carla aceptando nuestra quedada y yo pues aprovecharé para darme una vuelta por ahí. Últimamente estoy saliendo más que en los últimos meses, son rachas, igual que esta estoy muy activa, puedo pasarme meses sin salir a tomar nada. No tengo demasiadas amigas y cuando yo puedo, ellas no, o viceversa, así que es difícil que coincidamos. Sé que esto terminará igual que ha empezado, así que aprovecharé.

El camino de vuelta a casa lo utilizo para organizarme con mi madre, he omitido decirle que voy a salir. Nunca me dice nada, pero

prefiero que piense que estoy trabajando.

Paso toda la tarde con Pablo y cuando empieza a hacer frío lo llevo a casa de mis padres, con su maletita con el pijama y ropa limpia para el día siguiente. Se mete en la bañera sin problema y me despido de él. Tengo tiempo para llegar a casa, arreglarme e ir al lugar acordado con Carla. Esta vez soy yo la que decide el sitio. Iremos por donde suelo salir, que básicamente es por los bares en los que trabajo y otros que son del mismo estilo. Menos formales, más de andar por casa. Evito el Manhattan, más que nada por si estuviera Kilian. Es algo pretencioso por mi parte el pensar que pueda estar allí esperándome, pero hoy no quiero encontrarme con él. Miento, estoy deseándolo, porque lo paso muy bien, pero he quedado con Carla, que está con un ánimo bastante bajo y creo que tengo que estar apoyándola y ayudándola a que olvide su dura semana de trabajo. Es lo que se espera de una amiga y aunque ella y yo no sé si podríamos considerarnos amigas, estamos relacionándonos más que nunca en los últimos tiempos, además, no sé actuar de otra manera. Si ella necesita ayuda allí estaré.

Capítulo 14

Carla

He quedado con Carolina en una zona de bares a la que no voy nunca. No sé cuál es la razón real, simplemente voy con mis amigas a otros lugares. Cuando aparezco en el sitio acordado, Carolina ya está allí. Lleva unos pantalones vaqueros grises oscuros, una americana y debajo una camiseta con unos grandes labios rojos dibujados en el centro y el resto es transparente. Realmente va rompedora, me gusta su estilo al vestir y no es a lo que estoy acostumbrada, a diario va con su uniforme de limpiadora y es lo más antiestético que he visto nunca. Yo soy más clásica, pero reconozco que tiene muchísimo estilo.

—Hola Carla, ¿cómo estás? ¿más animada? —me pregunta a la vez que me da dos besos.

—Bueno, sigo cansada, pero estoy mejor —admito.

—No te preocupes, cuando quieras irte a casa me lo dices y listo —sentencia como si nada.

El camarero nos sirve dos botellines de cerveza; yo no he pedido nada, pero supongo que antes de que yo llegara Carolina había hecho la gestión. No soy muy de cerveza, y mucho menos de beber directamente de la botella, pero solo con la sonrisa que me ha

dedicado Carolina al darme la botella y chocarla con la suya no puedo negarme.

Ella y yo hablamos de nuestras cosas. Reconozco que sus temas de conversación son limitados, no porque sea una inculta ni nada parecido. Creo que es una chica muy inteligente, sino porque su vida gira en torno a su hijo y a sus trabajos. No sale más que en contadas ocasiones y no tiene un aliciente que le haga estar ilusionada por otras cosas. Esa es la sensación que a mí me da, porque ella nunca se queja de su vida, es más, creo que la vive a tope dentro de sus limitaciones y posibilidades. Yo le hablo de mis viajes, de lo que hago en mi trabajo y ella embelesada dice que me envidia pero que es una envidia sana. Sé que es sincera. No puedo evitar hablarle de Kilian. Omito su nombre y que es mi nuevo compañero de trabajo. Esa información es la más relevante y de momento no quiero que nadie sospeche nada. Ella se alegra por mí y me confiesa que ella también tiene algo por ahí. Que es sexo solamente y que no quiere ilusionarse demasiado porque luego vienen las decepciones. De momento se lo pasan muy bien y que ni siquiera quedan. Cuando se encuentran se acuestan. No tienen ningún tipo de pacto ni acuerdo y que no sabe nada de su vida. ¿Cómo es eso posible? Yo para acostarme con un hombre necesito algún tipo de dato, no sé, conocer algo de él, de su vida…a ella parece no importarle, pero me explica que ella antes quería todo lo que yo digo, pero que ya ha desechado la idea. Que luego se enamora y que el desengaño es grande, que no quiere pasarlo mal. Puedo llegar a entenderla, ha debido de sufrir bastante. Ella se lo toma con humor y dice que con el chico con el que está en cuanto le diga que tiene un hijo saldrá corriendo. Está convencida de que decir la verdad es la mejor de las razones para abandonar a alguien. Y creo que tiene razón.

No todo es hablar de nuestras vidas, también bebemos y bailamos. Noto como me voy soltando, tal vez sea porque es bastante improbable que en estos bares me encuentre con personas que me conocen y eso hace que esté más desinhibida. No sé por qué me comporto así y me afecta tanto lo que opinen de mí. Puede ser por mi trabajo o por mi carácter, lo desconozco, sin embargo, cuando estoy con Carolina es como que me veo arrastrada por su optimismo y su forma de ser y me dejo llevar. Bebo chupitos de no sé qué demonios y

aunque saben fatal me alegran el espíritu y me relajo. Rio de las cosas que me dice Carolina y también de su forma de actuar. Ha aceptado la invitación de dos chicos que nos han obsequiado con un chupito que hemos bebido brindando con ellos. Ella ha devuelto el cumplido y los ha invitado a ellos. Nos hemos reído de lo lindo y asunto concluido. Jamás he hecho eso antes, entiendo que si me invitan quieren entablar conversación, si quieren hablar, después querrán otras cosas y así hasta el final.

—¡Eres increíble, Carolina! —grito cerca de mi amiga. La música está demasiado alta.

—¿Por? —pregunta ella sin dejar de bailar.

—Por lo que has hecho con esos tipos —explico.

—Nada más eran unos chupitos —afirma ella con cara de no entender hacia donde quiero llegar.

—Ya, pero estarás conmigo en que cuando estas cosas ocurren, ellos tienen otros planes, buscan otras recompensas —argumento un poco avergonzada por mi juicio de valor.

—¡Pues seguramente! Pero yo no —dice ella—. ¿Y tú? —inquiere con rapidez como dándose cuenta de algo.

—¡Nooo! —confirmo alarmada—. Nada más te lo recuerdo.

—Mira Carla, no sé qué es lo que habrán pensado, seguramente nada bueno, pero me da igual. Nos han invitado, yo a ellos. Asunto concluido. Porque hable o sea amable con un tío, eso no le da derecho a pensar que quiero acostarme con él, y si lo piensa, ¡peor para él! —espeta gesticulando como si fuera una política.

—¡Eres increíble! —reitero con admiración—. Te da igual absolutamente todo —apostillo.

—No. —Niega con la cabeza—. No te equivoques. A mí me importan muchas cosas, pero solo las importantes —aclara.

—Ya—asiento, pensativa—. Me refiero a que no te interesa lo que opinen de ti.

—Sí me interesa, pero solo la gente que me importa. Mis padres, mi hermano y sobre todo mi hijo. Yo para él soy su referente, no puedo actuar de forma inconsciente e irresponsable porque él lo vería como algo normal y repetiría ese mismo comportamiento—me explica y cada vez estoy más convencida de que Carolina es una mujer extraordinaria.

—Eres una gran mujer —afirmo convencida de ello.

—Lo intento, aunque no siempre lo consigo —dice riendo y girando sobre sí misma al son de la música. Estos cambios de registro de Carolina me desconciertan y a la vez me gustan. Tiene una capacidad de reacción increíble. Yo no creo que pudiera cambiar de lo serio a lo gracioso en cuestión de segundos. Confirmo que es increíble.

El resto de la noche la pasamos bailando y bebiendo de bar en bar. Creo que no me he divertido tanto en mi vida y aunque pensé en irme pronto a casa estoy pasándomelo genial. Ella ha hecho que me olvidara de mi cansancio, de mi semana dura de trabajo y de lo que me preocupaba que en realidad no sé muy bien qué era. Al final, viendo como ejemplo la vida que lleva Carolina, me da por pensar que no tengo suficientes razones para preocuparme, siempre hay alguien que está en una situación más comprometida y más difícil y aun así es feliz.

Terminamos comiendo churros en una churrería de mala muerte, pero que está a rebosar. Grandes espejos colgados de la pared hacen que mis ojos tengan que estar entrecerrados. Entre el reflejo de las luces en ellos y que llevamos prácticamente toda la noche a oscuras, hacen que me moleste demasiado. Nos sentamos en una mesa llena de platos y tazas sucias, cubiertas por servilletas de papel brillante; de esas que extienden la grasa más que la absorben. Apartamos todo eso y ocupamos nuestro lugar. No se me hubiera ocurrido sentarme aquí ni borracha, pero como creo que lo estoy, acepto de buena gana. Pringamos nuestros churros en el chocolate y reímos. Tenemos todos unas pintas horribles, muchos tocados por el alcohol, caras pálidas, despeinados y maquillaje corrido. Lo que se espera de un sábado a las siete de la mañana. Hace tanto tiempo que no me acuesto tan tarde que creo que no podré dormir cuando llegue a casa. El chocolate me está sentando fenomenal y me está entonando el cuerpo. Carolina mira su reloj y no hace falta que me diga más. Es hora de volver a casa. Soy yo la que me presto a dejarla donde vive. Me confirma que no se va a acostar, que se dará una ducha e irá a buscar a su hijo. Yo no podría hacer semejante sacrificio. Necesito dormir y descansar durante al menos quince horas.

Capítulo 15

Carolina

Estoy literalmente muerta, esto de empalmar la noche con el día era viable cuando era más joven. Ya no estoy para estos trotes y mucho menos cuando mi hijo de cinco años está esperándome lleno de energía y dispuesto a darlo todo. Es incombustible y tendré que seguirle el ritmo, pero…seguramente tenga que hacer alguna parada en boxes y descansar. Llevo una bolsita de churros a mi madre, todavía están calientes y es que he ido a casa, me he duchado, cambiado de ropa y de nuevo a la carga. Necesitaré una pequeña siesta para poder estar esta noche al cien por cien. Seguramente haya bastante gente por ahí, viendo lo que me he encontrado por los bares a los que he ido con Carla… Creo que ella va a estar durmiendo durante horas, no está acostumbrada a este ritmo por lo que me ha dicho y he visto. Yo tampoco, porque no suelo salir, pero el día que lo hago lo aprovecho como si no hubiera un mañana. Puede que a partir de ahora me pase meses sin alternar. Nunca se sabe. En cuanto llego a casa de mis padres todo está en silencio. Están dormidos, así que con sigilo dejo los churros en la encimera de la cocina y voy hasta el salón. Me descalzo y me tumbo en el sofá, con un poco de suerte podré

dormir algo. En cuanto entro en calor me quedo dormida, pero al rato noto una presencia que se remueve incómoda a mi lado buscando acomodarse. El aroma que desprende Pablo es tan reconocible y tranquilizador para mí que no puedo evitar abrazarlo y apretarlo contra mi pecho. En cuanto se acopla a mi cuerpo vuelve a quedarse dormido y yo con él. Amanezco cuando mi madre hace acto de presencia en el salón. Pablo se alegra de tenerme al lado y juntos vamos hasta la cocina a desayunar. Yo apenas tomo nada, con ver a mis padres y a mi hijo disfrutar de algo tan sencillo como un desayuno me conformo. El resto de día es divertidísimo y también agotador. He logrado echarme un rato la siesta y en cuanto Pablo está bañado y con su pijama puesto me voy a casa. Tengo que arreglarme para ir a trabajar. He optado por un top muy sugerente, aparentemente es muy normal, la gracia está en la espalda que queda totalmente descubierta, nada más una trenza del mismo tejido recorre el mismo camino que mi columna vertebral estilizando muchísimo esta zona. En la parte de abajo me pongo unos pantalones rojos de vinilo mate, son muy cañeros y con este top quedan geniales. Chupa de cuero negra, bota de tacón y pelo muy muy rizado completan mi look. Llego al Manhattan a las once y ya está de bote en bote, mis compañeros no dan más de sí, así que sin apenas saludar me pongo a trabajar. La noche se me pasa rapidísima y en un receso hablo con Lucas, mi jefe, porque quiero aclarar con él las irregularidades de las últimas semanas. Llevo años trabajando con él y creo que siempre hemos sido sinceros el uno con el otro. Prefiero así las cosas mil veces.

—Lucas, me gustaría hablar contigo un momento si puede ser —pido acercándome hasta donde está él.

—Tengo un momento nada más Carolina, ha surgido algo en El Puzzle y he de irme cuanto antes —explica mirando constantemente al móvil.

—De acuerdo, seré breve. Me gustaría saber cuáles son tus planes conmigo en los próximos fines de semana —afirmo resumiendo.

—De eso quería hablarte también. Iba a esperar al cierre, pero ya que estamos te lo propongo ahora—responde volviendo a mirar de nuevo al móvil impaciente—. Durante las próximas semanas va a haber cambios; vamos a cerrar un local para remodelarlo y muchos de los camareros estarán de exámenes y no estarán disponibles y por eso

necesitaré contar contigo para cubrir sus puestos, siempre y cuando estés dispuesta. —Coge aire, vuelve a mirar al móvil y continúa—. Durante todos los días del fin de semana… ¿Cómo lo ves? —pregunta dejándome alucinada. Esperaba otro tipo de respuesta, la verdad, pero tengo que aprovechar este tirón. Será mucho trabajo, pero el dinero es importante para mí. Si en el otro trabajo ganara más no me lo plantearía, pero no estoy para decir que no a casi nada.

—Sí, —contesto sin más.

—Gracias Carolina, sabía que podía contar contigo—dice aliviado —. De todos modos ya hablaremos más tranquilamente, y por el sueldo ya sabes, todo va a acorde con los días que trabajes —concluye guiñándome un ojo y alejándose mientras se pone el teléfono en la oreja.

Vuelvo a trabajar encantada de la vida, estaré agotada, pero merecerá la pena. Además, si gano más dinero, este año podré ir con Pablo de vacaciones. Me apetece muchísimo. Suele irse con mis padres una semana o así, pero quiero ser yo la que lo lleve más de dos días. Si todo se da bien y logro ahorrar lo suficiente, este verano será muy especial para todos.

Casi son las cuatro de la mañana. No he parado en todo el tiempo y es de agradecer porque si hubiera sido una noche floja el muermo me hubiera vencido. El local no tiene visos de vaciarse, pero la hora de cerrar es la que es, así que en breve desalojarán. Sigo a lo mío hasta que llegue ese momento.

—¡Hola! ¿Qué te apetece? —pregunto al cliente que tengo enfrente. No he levantado la cabeza ya que estoy limpiando con brío la barra con una bayeta.

—¡Me apeteces tú! —espeta y es lo que me faltaba por oír, el típico borracho haciéndose el gracioso a estas horas de la madrugada. En cuanto voy a soltar alguna lindeza para cortar a este imbécil, este continúa—. Me apetece comerte la boca, tus pechos y toda tú —sentencia. Levanto la vista para intentar intimidarlo con una mirada fría, pero me topo con los ojos más azules que he visto en mi vida. Cráneo rapado y barba rubia larga.

—La delicadeza nunca ha sido lo tuyo —contesto algo descolocada. Tengo un nudo en la garganta que no sé cómo me ha dejado articular palabra.

—Contigo no —afirma.

—¿Por qué? —pregunto curiosa.

—No lo sé. Me sale de forma natural. Te deseo —añade y creo que es cierto. No son simples palabras para conseguir lo que quiere.

—Entiendo—contesto—. Estoy trabajando—apostillo. Esta conversación de repente no me está resultando cómoda.

—Lo sé, te espero a la salida—dice y se va sin dejarme replicar, si bien es cierto que no sé muy bien qué decir. Me faltan las palabras.

Miro mi reloj en cuanto Kilian desaparece de mi vista. Las cuatro menos diez. Me faltan escasos diez minutos para salir y no tengo ni idea de lo que voy a hacer. No me ha dejado tiempo de reacción y da por hecho que nos vamos a acostar, pero ¿es eso lo que quiero? Seguramente sí. Lo paso muy bien con Kilian. Hemos estado juntos unas cuantas veces y nos entendemos en la cama. De hecho, es lo único que hemos hecho. Apenas hemos hablado de nuestras vidas, y tampoco estoy muy por la labor de conocerlo en profundidad. No porque no me interese, más que nada porque no me quiero ilusionar, estoy bien así, creo que no necesito a nadie en mi vida más allá del sexo o tal vez sí, pero de momento no lo veo claro. Me da la sensación de que Kilian no estaría dispuesto a más que esto; quiero decir: creo que él y yo estamos en un punto parecido. Quiere sexo, yo también, lo obtenemos el uno con el otro y asunto concluido. Nunca me ha dado pie a más, no se ha sincerado, no hemos entablado una conversación más profunda y siempre ha expresado sus deseos sin cortapisas. Nada más ha expresado su intención clara de acostarse conmigo y ya. El sexo por el placer del sexo. Lo agradezco por un lado, pero por otro sigo pensando que es demasiado directo. A otras chicas esto les espantaría.

Salgo tras despedirme de mis compañeros. Me he puesto la chupa de cuero y el bolso al hombro. Hace frío y es que en el bar estaba sudando. Veo a Kilian apoyado en un coche de la acera de enfrente. Me sonríe y yo le correspondo y es que nadie en su sano juicio podría resistirse a tal muestra de alegría. Me acerco con paso firme y decidida a que esta noche lo pasemos bien. Extiende sus brazos, los mete entre mi cuerpo y mi cazadora y me atrae hacia él. Apoya mi cuerpo en el suyo y me da un beso delicioso. Sabe a menta y es muy agradable, me refresca, jugueteamos con nuestras lenguas mientras me acaricia la

espalda desnuda a la vez que me estremezco por el tacto de sus grandes manos en mi piel sudada. En cuanto el beso cesa, me agarra de la mano y corriendo vamos hasta su hotel. Esto lo he vivido ya en varias ocasiones y me provoca risa. Parecemos desesperados por encontrarnos, y tal vez así sea. Me recuerda a alguna de esas películas americanas de universitarios.

Subimos en el ascensor sin dejar de besarnos, me ha encendido y eso que estoy muy cansada, pero sus besos me desbaratan y hacen que quiera más y más. Entramos en la habitación, tiro el bolso encima de una mesa y la cazadora también. Me voy quitando las botas a medida que avanzo por el pasillo y me tiro sobre la cama. Él hace lo mismo con su cazadora de cuero marrón y la camiseta de manga larga que lleva debajo. Nada más se queda con el pantalón vaquero. Acaricio el torso de Kilian sin dejar de besarlo, me encanta como es. Sus pectorales marcados y los abdominales también. Se ve que va al gimnasio o que tiene una genética maravillosa. El tono de su piel es moreno y ese contraste con sus ojos claros y su pelo prácticamente blanco es peculiar. Siento curiosidad por sus orígenes, pero creo que no debo preguntar. No estoy aquí para esto. Kilian no deja de acariciarme tampoco. Me ha hecho levantar los brazos para quitarme el top. Con el sujetador ha tenido algún problema y es que no es un sujetador al uso ya que para que no se vea con la camiseta lleva un sistema distinto; me desprendo de él sin problema y sus manos van directas a mis pechos. Son apenas invisibles entre sus grandes manos, los amasa, los acaricia y juega con los pezones haciéndome jadear. Estamos los dos muy excitados, lo mío es evidente y lo de Kilian a juzgar por el bulto que hay entre sus piernas y que presiona mi cuerpo, creo que también. Nos desnudamos el uno al otro con rabia y con urgencia. Es inminente que nuestros cuerpos se fundan. Yo lo deseo con todas mis fuerzas y es que este hombre me ha hecho recobrar sensaciones perdidas y eso es muy bueno para mí. Estoy completamente desnuda y estirada en la cama. Kilian termina de desprenderse de su bóxer y se aproxima a mí como si fuera a saltar sobre una presa. Pensé que iba a ir directamente a mi sexo, pero no. Vuelve a besarme mientras sus manos recorren con urgencia mi cuerpo, acarician de nuevo mis pechos, para seguir bajando hasta mi intimidad. Abro las piernas, necesito que me toque, necesito su piel

contra la mía y como si tuviéramos una conexión, él lo hace, se adentra en mí con un dedo y emito un largo gemido de placer y alivio. Prosigue y ahora son dos dedos los que escarban en mi interior y no puedo resistir más. Me acaricia a la vez mi clítoris hinchado y siento que este es uno de los mejores amantes que he tenido. Es posible que sea fruto de mi excitación y de mi estado, pero realmente es así. Kilian me masturba sin dejar de besarme, yo hago lo que puedo, a veces lo beso, otras, jadeo, e incluso en algún momento creo que muerdo sus labios haciendo que se tense y que él también gima, no sé si de dolor o de placer. No puedo contenerme, me corro como nunca antes, me retuerzo bajo su cuerpo que me tiene retenido y él no deja de besarme, esta vez en el cuello y no sé a cuál de todos los estímulos responder. Si a los del cuello o a los de mi sexo que palpita inflamado. Resoplo e intento meter más aire en mis pulmones ya que estoy exhausta. Si por mí fuera todo acabaría aquí, me noto relajada y cansada al mismo tiempo. En cuanto todo termina para mí me yergo y tomo la iniciativa. Necesito terminar con esto cuanto antes, no porque no me guste, sino porque no tengo fuerzas para más. Kilian no me deja ponerme encima, me gira sobre mí misma y me pone a cuatro patas y me penetra desde detrás. Me gusta esta posición desde siempre porque podré llegar otra vez al orgasmo sin problema. Empieza con sus acometidas tras ponerse un condón y siento como todos mis huesos y mis músculos suenan y se recolocan ante los empellones del Titán que tengo detrás. Empieza fuerte de primeras y me gusta. Me agarra de las caderas y se mete muy profundamente en mí y me vuelve loca, me encanta; sigue a su ritmo, cada vez más rápido. Oigo cómo jadea y resopla y eso me enciende de nuevo. Aunque mi posición es estable, si me muevo puedo caer, pero logro mover mi mano y llevarla hasta mi clítoris pues quiero terminar con él. Kilian se percata de mi maniobra, me aparta con delicadeza la mano, redirecciona su posición poniéndose más encima de mí para poder alcanzar con su mano el punto que yo estaba acariciando y a medida que se mete de nuevo en mi cuerpo me acaricia rápido el clítoris. Sin duda es un amante considerado, sus movimientos erráticos en mi sexo, sus gemidos acelerados y sus acometidas cada vez más rápidas me indican que va a llegar al clímax en poco tiempo así que me retuerzo con él para que toque justamente donde quiero y correrme también. Lo consigo: me

encojo, succiono su polla y me derrito por dentro. Simplemente maravilloso. Se retira de mi con cuidado y se tumba en la cama jadeando. Yo cierro los ojos y si me tapara con algo caería en un sueño profundo. Estoy agotada.

—Quédate —me pide en un susurro que ha hecho que mi piel se erice. Ha sido mezcla de deseo y de una voz profunda que me ha recordado a otros momentos vividos con otros hombres y que no sé si quiero rememorar.

—No puedo —contesto.

—¿Por qué? —pregunta en tono suplicante.

—Tengo un hijo al que atender —contesto. Lo que tenga que ser será. Si es antes mejor que después, me encuentro muy a gusto con Kilian, pero no quiero ilusionarme para después, nada. No es por poner a mi hijo como pantalla, pero lo primero es él. Lo tengo claro.

—¿Tienes un hijo? —vuelve a preguntar incrédulo. Parece que su tono de voz ha cambiado. Esto ya lo he vivido con anterioridad. Creo que la historia se repite.

—Sí, de cinco años —explico mientras me voy vistiendo. El momento romántico ha terminado en cuanto Pablo ha salido a colación. Se acabó—. Está donde mis padres y tengo que ir a por él en pocas horas. Necesito dormir —añado poniéndome la chupa y mirándome al espejo. El pelo está bastante bien pero el maquillaje ha vivido tiempos mejores.

—Entiendo —dice él noqueado por la información.

—Nos vemos—me despido y sé que es posible que no sea así, que a partir de este momento Kilian desaparezca de mi vida. No es que esté acostumbrada a esto, aunque lo he vivido en muchas ocasiones ya.

Salgo del hotel con un sabor amargo en la boca. No es que tenga ganas de llorar, pero se me ha instalado un nudo en la garganta que es preludio del llanto. No lo voy a hacer. Esto es así. Ha durado poco tiempo, pero era de esperar. No sé por qué razón en cuanto a un hombre le dices que tienes un hijo es como si una distancia insalvable surgiera de repente. Será miedo al compromiso, reticencia a compartir cosas con el hijo de otra persona, no lo sé, pero tienen muchísimos prejuicios al respecto. No intento entenderlos, pero me fastidia enormemente. Otro más al cajón del olvido.

Capítulo 16

Kilian

Oigo la puerta de la habitación cerrarse y estoy noqueado. Carolina es maravillosa en la cama. Es una de las tías con las que mejor me lo he pasado en los últimos tiempos, pero su última confesión no la esperaba para nada. Tiene un hijo. No es algo descabellado, pero yo no me plantearía tener un hijo a mi edad ni de broma. Supongo que Carolina ronde la treintena como yo, no lo sé, pero por ahí tiene que andar. Apenas sé nada de su vida, y ella de la mía tampoco. No me preocupa en absoluto la edad, no ha sido para mí un hándicap nunca, pero reconozco que no lo esperaba. Entiendo que, si hay un hijo, tal vez haya un padre, lo que no sé es que tipo de relación tienen. Obviamente ella no le está siendo fiel, o puede que sean un tipo de pareja de esos que aparte de convivir tienen aventuras extraconyugales sin problema, o puede que esté separada, no tengo ni la menor idea. Paso de pensar en ello. Me quito el condón de mala manera y me meto en la cama que está totalmente deshecha. Necesito descansar. El domingo, cuando amanezco, son cerca de las cinco de la tarde y lo he hecho ante la insistencia de una llamada. Miro la pantalla del móvil y mi corazón se encoge cuando veo el nombre de

Elo. Debe de llevar horas llamándome porque el teléfono está prácticamente sin batería. No me apetece hablar con ella, y mucho menos recién levantado; o tal vez me muera de ganas. El resto del día lo paso metido en la habitación del hotel, comiendo lo que he pedido y viendo la televisión. No hago otra cosa y reconozco que debo cambiar de hábitos, desde que estoy aquí no he hecho nada. Me da una pereza horrorosa ponerme a buscar piso e ir a verlos, pero sé que tengo que hacerlo. De esta semana no pasa.

El lunes lo enfrento con ilusión. Creo que ya me estoy haciendo a mi nuevo trabajo, con los compañeros apenas he hablado, nada más que con mi jefe directo, el señor Velasco y con Carla. Ella trabajará conmigo en esto y es con la que pasaré más tiempo. Está buena de verdad, pero no quiero verla como algo más porque me conozco y no me gusta mezclar trabajo con placer. Tengo que hacer la colada porque hoy me he puesto la última camisa limpia que tenía, una de color blanco que me queda genial con el traje azul marino. Tengo que ir arreglado a trabajar, sobre todo los primeros días. Mantendré reuniones con diferentes personas y quiero dar buena impresión. No por temor a que me echen, eso es prácticamente imposible, es más bien porque me gusta verme bien y tengo que dar una imagen seria de la administración a la que represento. A primera hora estoy en mi despacho; me ha parecido oír que en el de al lado se oyen ruidos, no obstante, esperaré antes de ir a buscar a Carla para comentarle algunas cosas. A eso de las nueve y media unos nudillos interrumpen mi silencio. No, miento. He estado recibiendo llamadas y mensajes de Elo prácticamente desde ayer y no ceja en su empeño. No sé qué es lo que querrá, pero no quiero hablar con ella. Todavía duele demasiado.

—Adelante —digo a la persona que está tras la puerta.

—Hola Kilian —contesta una sonriente Carla que hoy me obsequia con un vestido ceñido en color rojo muy provocador.

—Pasa, Carla —respondo levantándome para separar la silla que está metida bajo mi escritorio.

—Venía a comentarte algo de los correos que hemos recibido de Velasco, porque creo que tú también estás en copia —dice mirando unos cuantos folios que trae con ella.

—Sí, adelante, toma asiento y lo vemos —la invito.

Carla y yo comenzamos a hablar del proyecto que tenemos entre

manos. Reconozco que es una tía organizada, que sabe lo que se hace y que disfruta de su trabajo. Necesitaba este cambio de aires en mi nueva vida. Antes, cuando vivía en otra ciudad con Elo, todo era diferente. Creo que me había habituado tanto a mi trabajo que estaba quemado, no tenía ninguna motivación extra y en el departamento en el que estaba tampoco había mucha actividad y eso me consumía por dentro. Aquí, estoy mucho más activo, y con más ganas de emprender nuevos retos. Mi vida ha tomado este camino y creo que es más cautivador que el tipo de rutina que tenía antes.

Mi teléfono no deja de sonar; lo silencio, pero sigue vibrando. Carla se ha percatado de ello. No quiero ser maleducado con ella, estoy trabajando y aunque podría responder no me gusta hacerlo. Es Elo que insiste. Parece que desiste y nos deja continuar con lo que estábamos haciendo. Al poco tiempo, suena el teléfono de mi despacho. No suele llamarme nadie e incluso me resulta raro el tono de llamada. Debo contestar.

—Diga —contesto mientras miro a Carla que está distraída mirando sus apuntes.

—Kilian, no me cuelgues —dice Elo al otro lado de la línea.

—Elo, ahora estoy trabajando, no puedo —espeto molesto por la interrupción. El tono serio de mi voz ha hecho que Carla dejara de mirar sus anotaciones para mirarme extrañada. Obviamente estoy siendo bastante duro con Elo y ella nunca me ha visto en esa tesitura.

—¡Es ahora o nunca! ¡Llevo llamándote todo el fin de semana! —brama ella al otro lado. Puedo entender su enfado, es cierto lo que dice. He ignorado sus llamadas y sus mensajes, pero es que no me apetecía hablar con nadie y menos con ella.

—¿No puedes esperar a que salga de trabajar? —pregunto ante la mirada atenta de Carla que está presenciando un espectáculo bochornoso.

—¡No! —sentencia—. Tengo tus cosas empaquetadas en mi casa, o te las llevas o las tiro a la basura —espeta con rabia.

—Ahora mismo no puedo ir a por ellas —digo dolido porque quiera deshacerse de todo lo que aún mantengo en la casa que he compartido con ella en los últimos tiempos.

—Dame una dirección y te las envío allí, quiero que desaparezcan de mi vista, ¿me has oído? —grita con ira y creo que hasta el conserje

ha podido oír sus gritos.

Carla me mira atónita, siento tanto que esté enterándose de todas mis miserias que después creo que tendré que disculparme con ella. Veo que anota algo en los folios que ha traído para a continuación tendérmelos. Leo una dirección, ella asiente y me sonríe dándome permiso para hablar.

—Anota, Elo —digo sin más. Leo lo que pone en el papel y cuelgo. Alzo la cabeza y veo a Carla que me mira con ojos de comprensión total—. Siento el espectáculo —me disculpo.

—No te preocupes, cosas que pasan —afirma ella—. Es mejor que tengas tus cosas en mi casa, así cuando quieras podrás pasar a recogerlas.

—Ah, gracias por eso —añado algo cortado—. No tenías por qué hacerlo —apostillo.

—Es lo mejor. ¿Terminamos con esto? —pregunta moviendo ante mí los folios que tiene en la mano. Agradezco el cambio de rumbo. Esta situación ha resultado bastante desagradable.

—Sí, perdona, es que no esperaba esta llamada en absoluto— confieso.

Carla no contesta, simplemente cambia de tema y continúa con el asunto que nos incumbe en estos momentos. Se lo agradezco, apenas la conozco y no me apetece estar contándole mi vida privada, no porque sea ella si no porque creo que aún no estoy preparado para abrirme ante nadie o tal vez, y esta creo que es la verdadera razón, que aún mantengo la esperanza de que Elo recapacite. Sigo enamorado de ella, es así. No he perdido mi tiempo, pero eso no significa nada, ella es la mujer por la que ahora mismo estaría dispuesto a hacer prácticamente cualquier cosa.

En cuanto termino la reunión con Carla, ella desaparece, pero ha quedado en tomar un café conmigo a media mañana. No he podido negarme, me ha hecho un gran favor con Elo. Al menos de esta manera mis cosas llegarán a un lugar seguro y no acabarán en un contenedor. Intento centrarme en mi trabajo, pero no lo consigo, mi cabeza me da vueltas. No suelo ser así, pero que Elo decidiera que lo nuestro se acabara, me ha hecho ser más inseguro. Dudo casi de cualquier cosa. Puede que sea porque cuando estaba a su lado me sentía arropado, apoyado y prácticamente no se me ponía nada por

delante, pero de un tiempo a esta parte he cambiado. Improviso, me importa todo un poco menos, no mido en muchas ocasiones el alcance de mis actos y sobre todo no planeo nada a largo plazo. He aprendido que no sirve de nada, pues un día la vida da un giro de ciento ochenta grados y nada de lo que tenías en tu cabeza tiene sentido ya. No es por ponerme dramático, pero esta es la enseñanza que he aprendido en la última etapa de mi vida. Mi madre siempre me ha dicho que el ser humano aprende a base de golpes y está en lo cierto y lo peor de todo, no son los golpes físicos los que nos enseñan —que también los hay — sino los sentimentales.

Capítulo 17

Carolina

En cuanto llego al centro comercial después de limpiar el edificio de la administración en el que trabajo, me suena el teléfono. Es mi jefe, Eloy.

—Hola, Carolina, me gustaría comentarte algo —dice sin preámbulos.

—Hola, Eloy, dime —contesto aparcando el carro que empujo para que no estorbe a los viandantes.

—Amaya está de baja, y parece que va para rato. Me gustaría saber si puedo contar contigo para sustituirla —comenta con bastante prisa.

—No sé si puedo con lo que tengo —admito—. ¿Dónde va? ¿Me puedes decir horarios? —pregunto nerviosísima. No por nada, pero ya estoy haciendo malabares en mi cabeza.

—Te mandaré toda la información, pero me interesa alguien como tú. Serían más horas y te sustituirían a ti en el centro comercial y en el otro lado. Harías jornada continuada. Estoy pensando en quién te sustituya —afirma.

—Vale, pues mándame todo de forma detallada y te digo algo —

contesto.

—No hay mucho que pensar, Carolina. Eres tú la elegida, así que ve organizándote, empiezas mañana—confirma sin dejarme tiempo de reacción. Sé que esto puede suceder, que al final somos piezas de un puzle y nos mueven como se les antoja, pero eso no quita que me moleste—. Te envío la dirección por WhatsApp, entras a las cinco de la mañana. Te dejo que tengo que organizar lo del centro comercial y lo del edificio de la administración —dice dejándome con la palabra en la boca.

En cuanto cuelga resoplo, tengo mucho en lo que pensar. No tengo opción, así que iré, pero debo pensar en Pablo, lo primero. Me sabe mal decirle a Josefa, la vecina, que esté aún más pendiente de mi hijo, pero no tengo otra forma de hacerlo, al menos de momento. Si la baja de Amaya no es muy larga podré compaginarlo, si es para muchos meses no puedo seguir así. Me tendré que plantear otras cosas. Continúo trabajando hasta que voy a recoger a Pablo. Tengo que hablar con Josefa, organizar todo y ver quién lleva a mi hijo al colegio; cuando trabajo en dos sitios diferentes lo puedo hacer yo sin problema, pero de esta manera se me complican las cosas. Es cierto que ganaré más dinero, pero no siempre compensa.

Hablo con Josefa, y la mujer la verdad es que está encantada de la vida. Me dice que no me preocupe, que cuidará de Pablo como si se tratara de su propio hijo o nieto. Sé que lo dice de corazón y que pondrá todo su empeño en hacerlo bien. Pablo no está contento en absoluto, le gusta que yo lo lleve al colegio; a mí también me sabe mal, pero ha de entenderlo. Refunfuña un poco y después lo acepta. No le queda otra opción, el pobre es tan bueno que me da cierta pena en momentos como estos.

Hablo también con mis padres para comunicarles la noticia, mi madre se alegra, mas rápidamente se preocupa por Pablo y por mí. Dice que será demasiado, que cuando voy a descansar. Me han subido el número de horas en el trabajo oficial y también en el de los fines de semana. Yo sé lo que me hago, estaré más cansada, pero tengo que aprovechar estas cosas. Tal vez si me niego no cuenten conmigo más y necesito trabajar.

He pasado toda la noche prácticamente en vela. He estado nerviosa, ¡ni que fuera la primera vez! El trabajo es en un edificio de

oficinas. Muchísimo más grande que el edificio en el que he estado limpiando hasta ayer. La diferencia es que aquí estamos otra compañera y yo. Es todo para nosotras solas y tenemos que limpiar de lo lindo. Llego al lugar asignado y ella me explica el protocolo a seguir. Empezamos por la planta en la que empiezan más temprano a trabajar para que cuando lleguen los inquilinos esté todo listo y terminamos por el garaje. No es más que mantenimiento ya que a primera hora han ido otros compañeros a pasar una fregadora industrial, antes de que empiecen los coches a estacionar. No voy a tener ni tiempo para respirar, pero es lo que me toca.

En cuanto termino y coincido con mi compañera en el cuarto donde dejamos nuestros carros resoplo.

—¡Estoy muerta! —afirmo dejándome caer hasta el suelo, me escurro por la pared hasta apoyar mi trasero en los talones de mis pies. Me mantengo en cuclillas, meto la cabeza entre las piernas y resoplo, y es que me duele hasta el alma.

—Es hasta que te acostumbres —me dice.

—Me imagino, pero es que hoy no he dormido nada bien —confirmo mirando fijamente a mi compañera que enjuaga la bayeta para dejarla secar sobre el carro.

—Tienes para rato. No creo que Amaya se incorpore en un tiempo —confirma mientras me mira y gesticula con la cabeza.

—¿No? —pregunto curiosa.

—Creo que no. Pero yo no te he dicho nada —asegura con rapidez.

—Vale, vale, tranquila, no diré nada —contesto cada vez más alarmada—. ¿Está enferma? —pregunto con cautela.

—Bueno, se podría decir que está en tratamiento —responde dejándome igual que estaba.

—Ah —contesto y me levanto. Creo que no voy a sacar más información de momento. No es que me interese demasiado la vida privada de mi compañera, nada más quiero saber a lo que me atengo, para hacer cábalas con mi vida personal.

—Está sometiéndose a un tratamiento de fertilidad, no sé muy bien si es fecundación in vitro o inseminación artificial —corrobora en voz baja.

—Entiendo, y tiene que estar en reposo —musito pensando para

mí adquiriendo su mismo tono de voz casi sin pretenderlo.

—Eso parece, por eso te digo, si le sale todo bien, tal vez no pueda volver a trabajar durante todo el embarazo y posteriormente lo enlazará con la baja maternal—afirma y esto me hace plantearme las cosas.

—Bueno, como todavía no sabemos nada, tendré que esperar —digo estirándome pues me siento agarrotada. Es hora de irse.

Llego justo a tiempo para recoger a Pablo tras hacer la comida deprisa y corriendo, y él encantado de que vaya a recogerlo. Me cuenta su día en el cole y yo estoy feliz porque me informe de sus progresos y de todas las cosas que le pasan en su jornada escolar. Él me pregunta por mi nuevo trabajo y es básicamente lo mismo que hago siempre, aunque adorno un poco la situación para que él vea la diferencia. Me ha comentado que con Josefa todo muy bien, ella le mima incluso más que yo y le pone los zapatos y le viste, así que él encantado con la idea. Retrocederemos en su aprendizaje y su autonomía, pero de momento no puedo hacer nada al respecto. Aunque se lo dijera, Josefa seguiría vistiendo a mi hijo. Para ella es algo que hace de forma natural y encantada de la vida.

Por la tarde vamos al parque, Pablo se pone a jugar con otros niños y es sentarme en un banco y darme cuenta de que estoy verdaderamente cansada. Por la falta de sueño y por las horas de más que he hecho. Supongo que será cuestión de acostumbrarse; he de descansar bien por las noches si no quiero enfermar y quiero proseguir con este ritmo.

Mi teléfono suena, en cuanto miro la pantalla sonrío. Es Carla. Descuelgo.

—Hola, Carla, ¿qué tal? —saludo.

—Hola, Carolina, ¿todo bien? Esta mañana había otra chica en tu puesto —dice algo confundida.

—Sí, me han cambiado de ubicación. Ahora estoy en otro edificio de oficinas, hago la jornada completa allí —confirmo—. Son más horas.

—¡Vaya! ¡Qué faena! Me gustaba tomarme un cafetito contigo por las mañanas —confiesa con voz lastimera.

—A mí también, pero de momento no puede ser —afirmo sin perder de vista a Pablo.

—¿Tienes para mucho? —pregunta.

—No sé nada a ciencia cierta. Depende de mi compañera, pero puede que sean meses —confirmo sin querer dar más información. Nunca he sido una chismosa.

—Bueno, pues tendrá que ser así, te echaré de menos igualmente, pero podemos quedar algún fin de semana y salir —dice más animada.

—*Pff* —resoplo—. Eso también va a ser complicado. Me han pedido que trabaje durante los próximos fines de semana —afirmo percatándome de que apenas voy a poder descansar.

—¡Madre mía! ¿Cómo puedes con todo? —pregunta alucinada.

—Todavía no lo sé, pero lo haré. Serán unas semanas durillas, pero podré con ello —afirmo infundiéndome ánimos.

—De todas maneras, podemos ir hablando —murmulla en un pensamiento en voz alta.

—Sí, claro. Por eso no te preocupes. Hablaremos cuando quieras. Por las tardes ya sabes, estoy con Pablo, pero el día que tiene natación podemos quedar a tomar un café —propongo como alternativa.

—¡Eso sería genial! Tengo que confirmarlo aún, pero tendré que salir en los próximos días de viaje, pero me gusta mucho la idea—dice entusiasmada.

—¡Hecho, entonces! Lo dejo en tu mano, cuando te apetezca me dices—añado levantándome del banco.

—¡Vale! Te llamaré —asegura encantada.

Me pongo en pie, y voy hasta donde está Pablo; es hora de volver a casa. Haré la comida para el día siguiente y me meteré en la cama. Es lo que más me apetece en este momento.

Capítulo 18

Kilian

En cuanto he salido de trabajar he ido a un supermercado. Necesito una plancha, encontrar una lavandería o tintorería ya que el hotel no dispone de este servicio, comprar camisas nuevas o lo que más urge de todo, que es encontrar un lugar para vivir. Me tengo que poner a ello. Me estoy gastando el sueldo en el hotel y estoy a gusto, pero esa no es la idea. He de buscar algo con urgencia. Si voy a estar aquí durante varios meses, al menos, los que dure este proyecto que será cerca de seis meses la primera fase y si continúo con la de ejecución otros seis, es un año de mi vida en el que no puedo permitirme vivir en un hotel. Sin embargo, me da una pereza horrorosa. Creo que si llegara a una inmobiliaria y me dijeran este es el lugar en el que tienes que vivir, sin más aceptaría con los ojos cerrados. No me apetece explicar lo que busco, más que nada porque no sé lo que quiero. Lo sé, pero estoy tan apático al respecto que me da igual.

Llego al hotel con mi compra. Decido lavar en el lavabo algo de ropa, estoy prácticamente sin existencias. Las tiendo como puedo sobre la mampara del baño y bajo a comer. Esa es otra de las cosas que debo empezar a cuidar. Cuando vivía con Elo comía de maravilla.

Es una excelente cocinera y aunque yo también cocinaba, casi siempre era ella la que dejaba la comida lista para el día siguiente. Yo era más de preparar cenas especiales: me iba al supermercado, compraba lo que me apetecía en ese momento e improvisaba algo rico. Esos momentos los echo de menos. Cenábamos en buena compañía, a veces solos y otras con amigos, y después nos acostábamos. Me encantaban esos sábados. Eran maravillosos para mí. Pero todo eso ha desaparecido de repente. Ahora algunos sábados los dedico a ir de bar en bar y otros a esperar que lleguen las cuatro de la mañana para esperar a Carolina. Ella suele salir de trabajar a esa hora y reconozco que a partir de ese momento se me olvida un poco la mierda de vida sentimental que llevo. Con ella es fácil, no pregunta nada y no tiene curiosidad por saber de mi vida y eso es raro en una mujer. Tal vez, ella esté en el mismo punto que yo. Quizás no le apetezca contar sus miserias y necesita una noche de buen sexo para desconectar. Creo que sé yo más de su vida que ella de la mía, pero mientras no pregunte seguiré así. Es una tía magnifica. Suelo comer en un local de comida rápida cercano al hotel, la comida es lo que es, pero es lo más cercano. En cuanto termino me acerco hasta una inmobiliaria que hay en la misma acera. No he mirado nada, ni sé si será la mejor de la ciudad ni nada por el estilo. Si la suerte me sonriera y diéramos con lo que busco en el momento sería increíble. Entro y una mujer bajita, de más de sesenta años, teñida de un rubio que no le favorece nada, me recibe más que como a un cliente como si fuera su hijo. Me pide que le diga lo que quiero, zona, número de habitaciones y me avasalla con sus preguntas haciendo que me agobie. Le explico por educación un poco mi idea y se pone a buscarme algo. Prefiero que esté callada mientras lo hace, pero no lo hace. Está todo el tiempo preguntándome presupuesto, altura que prefiero…además de intercalar estas preguntas de tipo profesional con otras personales, como en qué trabajo, si quiero algo cerca de allí, de donde soy. Lo cierto es que esta mujer hará muy bien su trabajo, sin embargo, no me está gustando nada.

Salgo de allí con la cabeza como un bombo. No hemos llegado a nada, quiere que vaya a ver un par de apartamentos y otro piso en alquiler. He aceptado, nada más por irme cuanto antes. Seguramente haya encontrado para mí lo mejor, aunque no estoy nada convencido.

Mañana tendré mi cita con la señora de la inmobiliaria. Mucho tiene que mejorar la cosa para que me decida. Esto es tan tedioso que cada vez me gusta menos.

Al día siguiente vuelvo al lugar de trabajo. Puede resultar raro, pero me encuentro bien aquí. Me gusta lo que estoy haciendo y mis compañeros son muy amables. Sobre todo, Carla. Está continuamente pendiente de mí, y mucho más desde que presenció la escena que me montó Elo al teléfono. No ha preguntado, pero sé que tiene curiosidad por saber, así que le he explicado que es mi ex y que quiere que saque mis cosas de su casa. Eso ya lo sabe ella porque escuchó toda la conversación, pero creo que quiere saber más. De momento nos limitamos a lo estrictamente profesional que es como debe ser. Le comento, en el rato del café, que esta misma tarde tengo varias visitas concertadas con la de la inmobiliaria. Ella me dice que una de las zonas elegida está muy bien y que se encuentra cercana a donde trabajamos. Quizás ese sea el lugar. Esperaré acontecimientos. Se ha prestado a acompañarme, sin embargo, me he negado. Quiero solventar esto cuanto antes y además ella no es mi novia ni siquiera mi amiga para hacer algo así. Agradezco el gesto, pero creo que no es lo correcto.

Salgo de trabajar y voy directamente al uno de los lugares indicados. El barrio me parece horrible. Esto definitivamente no es lo que busco. El piso puede estar perfecto, pero esto es deprimente: calles angostas, todos los edificios iguales, grises, sucios de contaminación. Calculo que son pisos de los años setenta del pasado siglo. Gente bastante mayor, no sé. No me gusta. Creo que la agente inmobiliaria no ha captado nada de lo que le dije. Soy un tío joven, meterse aquí es envejecer de repente. Espero en el lugar adecuado y veo llegar a la mujer de ayer. Es más bajita de lo que me pareció el día anterior. Tira el cigarrillo que viene fumando y me obsequia con una cálida sonrisa. Nos saludamos y entramos al lugar elegido por ella.

Reconozco que los edificios y el barrio en sí no concuerdan con lo que estoy viendo. El piso está totalmente reformado. Suelos de tarima impoluta, luminoso a tope, cocina moderna, espacios diáfanos. Me ha sorprendido gratamente lo que veo, aunque no quiero adelantar acontecimientos. Me gustaría ver las otras dos opciones. Después de que la mujer que me acompaña me venda con maestría las ventajas de

este piso, nos vamos en mi coche hasta donde ella me indica. El primer apartamento es demasiado pequeño incluso para mí. No tengo muchas cosas, pero me parece claustrofóbico y el segundo no está mal, pero está sin amueblar y yo necesito entrar a vivir ya y no quiero comprar nada y menos para un sitio que seguramente no sea definitivo. Quedo en dar una respuesta a la agente inmobiliaria en los próximos días. Ella se va conforme, prometiéndome que seguirá buscando algo interesante para mí. Que lo haga, ya sabe lo que quiero y lo que no. Asunto zanjado por el momento. Esto es más cansado de lo que esperaba y es que no encontrar lo que quiero y cuando lo quiero no suele ocurrirme. Esto es nuevo para mí.

Al día siguiente vuelvo al trabajo, con camisa nueva y perfectamente planchada. La tarde de ayer la empleé en planchar alguna cosa que se iba secando, así tendré suministros para unos cuantos días; eso sí: la habitación parece un mercadillo. Cuando suban a limpiar alucinarán. Saludo a Carla que teclea en su ordenador con soltura y me hace un gesto con la cabeza para que me quede.

—Buenos días, Kilian —saluda.

—Buenos días, Carla, ¿qué tal? —contesto.

—Tengo un aviso de una agencia de transportes; hoy por la tarde llevarán unos paquetes a casa, supongo que serán tus cosas —confirma y cada vez me siento más avergonzado.

—Ah, de acuerdo, pues me paso a por ello cuando me digas—digo expectante.

—De eso quería hablarte, tengo que salir de viaje, se ha adelantado un día el plan así que no estaré en casa —afirma mirándome fijamente a los ojos.

—¡Vaya! Puedo ir a retirarlo de las instalaciones de la agencia, si me dices cual es voy para allá—improviso.

—No, da igual. Te doy la dirección y la llave. Yo estaré fuera nada más un día, así que no hay problema y puedes dejar allí todo el tiempo que quieras tus pertenencias, a mí no me estorban —se presta con una sonrisa en la cara.

—Oh, son cuatro cajas, me las llevaré al hotel y ya. No quiero causarte más inconvenientes —confirmo apresuradamente.

—Como veas, pero no me importa, de verdad. ¿Cómo vas con la búsqueda de piso? —pregunta.

—Ahí voy, ayer vi tres y bueno. No estaban mal, aunque todos tienen un algo —confieso chafado. Y es que está resultando agotador.

—Eres muy sibarita —concluye y no sé si es una afirmación o una pregunta.

—No demasiado, pero uno era muy pequeño, el otro no tenía muebles y el que pensé que no me iba a gustar sí lo hizo; lo que pasa que la zona no termina de convencerme —explico un poco a la defensiva. No es por nada, pero no quiero que piense que soy una persona tiquismiquis.

—Puedes seguir buscando y como te dije, tengo habitaciones libres en mi casa, —insiste con una sonrisa que interpreto que es sincera.

—Muchas gracias Carla, te iré informando. Pásame la dirección y después de trabajar voy para allá—le pido. Quiero acabar con esto, es una situación algo embarazosa, creo que para los dos, sobre todo para mí.

—¡Hecho!

El resto del día lo paso trabajando y Carla, antes de salir para recoger algo de equipaje a su casa, me da una llave y una dirección en un papel. Me indica cómo llegar y por lo que me dice está al lado de donde trabajamos. Sería un chollo encontrar algo tan cerca para mí. Se despide y me repite de nuevo que cualquier duda o problema que surja que la llame. No pienso hacerlo, ¿qué puede ocurrir?

Nada más salir de trabajar compro un sándwich en una de las máquinas expendedoras y voy hasta el lugar donde vive Carla. Entro en el edificio: moderno, líneas simples; me gusta hasta su casa. Nada más abrir me invade su aroma característico. El lugar está impecable, se nota que vive sola y que lo cuida. Es un piso más bien de chica, no por nada en especial, aunque eso se nota. Reina una paz y una quietud maravillosa. Por la ventana del salón entra una luz radiante, e incluso el sol calienta la estancia. Con miedo a ensuciar algo me voy comiendo el sándwich sentado en el sofá de su casa. Observo pequeños detalles, tiene una decoración ecléctica, podría decirse. Muchos recuerdos de viajes a lo largo del mundo. Reconozco objetos típicos de algunos lugares y otros que no tengo la menor idea de lo que pueden significar, pero que quedan bastante bien en esa amalgama intercultural de *souvenirs*.

Me he alegrado al ver una pequeña taza de mate. Este recipiente me recuerda a mi madre. Ella siempre está con su taza sorbiendo pequeñas cantidades de infusión. Esto me hace reflexionar. He de llamarla, hace tiempo que no hablo con ella. Con mi padre hace mucho más. Nuestra familia no es la típica. Mis padres se conocieron en España, cuando los dos estudiaban. Estudiantes en Salamanca, qué más se puede decir. Allí se enamoraron, y de aquella relación nací yo. Evidentemente su relación no duró en el tiempo. Ellos se separaron cuando yo era pequeño y siempre he vivido en diferentes lugares. Creo que desde que se separaron no han vuelto a verse y no sé, a veces pienso que si lo hicieran podrían recuperar aquello que un día tuvieron. Seré un iluso, y seguramente así sea, pero me haría especial ilusión que esa historia continuara casi treinta años después. Mi padre tiene otros hijos, o sea, tengo hermanos, pero apenas nos conocemos. Sí que los he visto pero no mantengo una relación fluida con ellos. Mi madre también rehízo su vida, pero de nuevo está sola. Creo que me cuenta menos de lo que en realidad es, pero es su vida y ahí no puedo meterme. Son jóvenes los dos y me parece bien que se den nuevas oportunidades.

Llaman al timbre, contesto al telefonillo y me confirman que es la agencia de transporte. Nada más abrir la puerta se abre el ascensor. Veo a dos chicos de mi misma edad aproximadamente con dos carros cargados con varias cajas. Entiendo que son mis pertenencias. Les digo que las dejen nada más entrar y me despido de ellos. Para mi sorpresa me confirman que no han hecho más que empezar y que tienen al menos otros dos viajes más por hacer. Alucino. Pensé que no tenía tantas cosas en la casa de Elo. Espero paciente a que vuelvan de nuevo y otras cuantas cajas se acumulan en la casa de Carla. En cuanto se vayan abriré alguna de ellas, parece que hay más que ropa ahí dentro. Me confirman que nada más falta un bulto, que es el más grande y que me lo subirán en breve; estoy extrañadísimo. No tengo ni idea de lo que puede ser. A los pocos minutos aparecen con lo que indudablemente es una bicicleta. La forma, el tamaño y que a través del papel de envoltorio se distinguen unas ruedas me dicen que mi bicicleta ya no está en casa de Elo. Nunca pensé que esto sucedería, más bien me había hecho a la idea de que iría recogiendo poco a poco mis pertenencias. Cuando tuviera un sitio para vivir, no así. Se ve que

ella quiere deshacerse de mi recuerdo lo antes posible y que no puede esperar. No lo sé con certeza, pero creo que ya hay alguien nuevo ocupando mi lugar y quiere tener vía libre, y obviamente mis cosas le estorban y no quiere que nada le recuerde que una vez formé parte de su vida. Esto jode y mucho. A mí sí. Me ha borrado de un plumazo como si no le importara y es duro de asimilar.

En cuanto firmo el albarán de entrega y compruebo que efectivamente me han dejado catorce cajas y la bicicleta, se van de casa de Carla. Todo esto no lo podré llevar al hotel de un solo viaje, y tampoco creo que tenga mucho sentido el hacerlo. Al final accederé a dejarlo aquí, pero antes quiero pedirle permiso a Carla. Consigo hablar con ella, me indica donde puedo dejarlo y no le da mayor importancia al asunto. Creo que es porque no se hace a la idea de todo lo que hay. Cuando abra la puerta de la habitación y vea que está ocupada por todas mis cajas va a alucinar.

Abro una caja al azar, quiero saber qué es lo que Elo me ha enviado. Evidentemente no es ropa. En cuanto lo hago se me cae el alma al suelo. Álbumes de fotos, algún regalo que le hice, una pulsera muy bonita de cristal de Murano que le compré en Italia, detalles que me dejan claro que no los quiere con ella. Yo tampoco los quiero, sin embargo, creo que no podré tirarlos sin más. Esto formará parte de un proceso. Más duro de lo que tenía pensado. Cierro enfadado esa caja y me voy de allí. No quiero enfrentarme a nada más. No quiero pensar que mi pasado con ella está metido en catorce cajas. Tantos años encerrados en cartón; ese es mi pasado y reconocerlo duele.

Capítulo 19

Carla

Vuelvo al día siguiente a mi casa. Tengo curiosidad por saber si Kilian se ha llevado algo de lo que le trajeron en el día de ayer. Me comentó apuradísimo que tenía que dejar parte aquí. Abro la habitación que servirá de almacén y efectivamente hay más cosas de las que pensaba. Es inviable que se lleve todo esto al hotel y por mí no hay inconveniente en que lo deje aquí hasta que dé con el sitio adecuado para vivir. Podría no ir a trabajar, pero quiero hablar con él. Más que eso, tengo necesidad de hacerlo. Lo reconozco, Kilian me gusta. Me parece un tío estupendo y no sé, me siento a gusto estando a su lado. Desde que lo mío con Richard acabó no he vuelto a estar con un hombre en plan serio; en realidad ni en plan serio ni en broma. No he llegado a tener sea conexión con ningún otro hombre como para acostarme con él, y tal vez, vaya siendo hora de encontrar una nueva ilusión. Además, creo que él es un tipo leal, y por lo poco que he captado en su conversación con su ex, le dolió su ruptura. Algo así como a mí. Puede que en ese aspecto seamos muy parecidos.

Me cambio de ropa y voy hasta el edificio de la administración en el que trabajo. Quiero verlo.

—Buenos días, Kilian —saludo entrando a su despacho tras llamar con los nudillos. Ni siquiera he dejado mis cosas en mi despacho.

—Buenos días, Carla —dice incómodo. Veo que busca algo en el bolsillo de su pantalón y en cuanto lo encuentra se apresura a dármelo —. Tu llave—añade tendiéndomela.

—¡Quédate con ella! —intervengo de forma rápida—. Para cuando necesites recoger algo—añado sonriendo. Y es que me ha parecido realmente tierna su reacción.

—No, de verdad, cuando necesite algo te llamo y me acerco cuando tú quieras, no es necesario que me dejes la llave —argumenta incómodo.

—Insisto Kilian, no me importa —reitero firme.

—En cualquier caso, cuando vaya a ir te llamo —afirma, serio también.

Tras este pequeño encontronazo, que no ha sido nada serio, nos ponemos a trabajar. Básicamente le comento los aspectos relevantes en mi reunión del día de ayer y poco más. Estoy cómoda hablando con Kilian, es un hombre muy predispuesto y me gusta cómo trabaja. Más allá de ahí, no he profundizado. No cuenta nada relevante de su vida, pero supongo que será cuestión de tiempo que coja confianza. No voy a presionarlo, quiero que confíe en mí y que si le apetece contármelo, lo haga. Deseo que todo vaya bien, me gustaría que fuera un poco más rápido, no lo niego, pero tal y como expliqué a Carolina, busco estabilidad, algo duradero, no un aquí te pillo aquí te mato. Quiero organizar mi vida en torno a algo asentado en cimientos sólidos y para ello hay que proceder así. En cuanto termino de hablar con Kilian, hecho que me lleva más de lo necesario— podría haber finiquitado la reunión de diez minutos—, voy a mi despacho, me preparo un café y enciendo el ordenador. Estoy cansada pero contenta, mientras soplo el líquido humeante, decido llamar a Carolina. La echo de menos. Siempre tan fresca, tan vital desde por la mañana, que esos escasos momentos con ella me insuflaban energía para todo el día.

—Hola, Carolina, ¿cómo estás? —pregunto en cuanto descuelga.

—Cansada es poco —afirma—. Vamos, que no puedo con mi alma —dice riendo.

—Me imagino, será hasta que te acostumbres—intento animarla.

—¡Claro! Llevo pocos días aquí y mi compañera es un amor; eso

sí, no tengo ni un minuto de descanso, pero bueno. Mi bolsillo me lo agradecerá —espeta riendo a carcajadas.

—Te echo de menos —reconozco.

—Y yo—se apresura a decir—. Pronto nos veremos, te lo prometo —afirma segura de sí misma.

—Sí, alguna tarde me pasaré por el parque y mientras Pablo juega charlamos un rato —propongo improvisando.

—Vale, tú llámame y te voy contando. A veces, tiene algún cumple y el día de la piscina, ya sabes —me recuerda.

—Sí, sí, no te preocupes, te aviso con antelación —añado.

—¿Pasa algo? —pregunta con preocupación. Su tono de voz ha cambiado a uno más serio.

—No, nada grave —contesto con una risita floja. Me he acordado de Kilian y no he podido evitarlo.

—¡Uy!, eso es que pasa algo —cavila riendo—. Pero por tu risa creo que no es malo —asegura riendo de nuevo.

—No, no es malo en absoluto —respondo tranquilizándola.

—De acuerdo, ya hablaremos que ahora no puedo —me corta con prisa.

—Vale, yo te aviso.

El resto del día lo paso en la oficina. Visito a Kilian más de lo necesario, pero es que no tengo muchas ganas de hacer nada.

Me despido de él y me voy al gimnasio. Quiero olvidarme un poco de todo esto. En realidad no. No quiero olvidarme de ello, sin embargo, me viene muy bien hacer ejercicio y pensar en otras cosas. Me pongo la música y me abstraigo de mi rutina diaria. No suelo hablar con nadie aquí, y eso que alguna cara me resulta familiar de verlos hacer sus rutinas diarias. Tampoco asisto a clases conjuntas como pilates o zumba. Voy a mi aire, hago mis ejercicios y me vuelvo a casa. Con las ideas más claras regreso hasta mi apartamento; no puedo evitar entrar de nuevo en la habitación que contiene las pertenencias de Kilian, incluso parece que huele a él. No quiero obsesionarme, sin embargo, me da esa sensación, así que avergonzada por mis pensamientos cierro de inmediato la puerta. Como si alguien pudiera verme en mi propia casa. Estoy peor de lo que pensaba.

Como algo ligero, ya que no es hora de comer y me tumbo un rato en el sofá dónde también aquí me parece que huele a él. Con ese

absurdo pensamiento me quedo dormida.

Mi teléfono suena a eso de las siete de la tarde; he dormido muchísimo. Estoy agarrotada, miro la pantalla y veo que pone «Kilian». Sonrío como una imbécil.

—Diga —contesto con voz pastosa.

—Carla, disculpa que te moleste. He estado buscando ropa deportiva y no tengo aquí, así que me gustaría ir a tu casa a por algo —comenta algo cortado.

—Sí, sí, sin problema. Estoy aquí, además tienes llave —contesto estirándome y conteniendo un ruidito que suelo hacer.

—Tal y como te dije, te avisaría antes. Voy para allá entonces —confirma y cuelga.

—De acuerdo —respondo y me activo en cuanto cuelga.

Mi casa está recogida, pero de repente me parece que no está bien. ¿Me estoy volviendo loca? Eso parece, parezco una quinceañera con las hormonas descompensadas.

A los pocos minutos llaman al telefonillo. Mi estómago ha dado un vuelco al saber de quien se trata. Abro la puerta y lo espero en el rellano. Kilian aparece con ropa más casual que la que lleva a trabajar. Vaqueros, camiseta y deportivas, me sorprende este cambio y reconozco que se ponga lo que se ponga es tremendamente sexy. Además, veo que no lleva puestas sus gafas de pasta. Simplemente espectacular. En el trabajo siempre lleva gafas, y verlo sin ellas se me hace raro. Tiene unos ojos espectaculares, de un azul tremendamente brillante. Nunca me había percatado de que brillaban tanto como hasta ahora y es que mirar fijamente a esos ojos tan azules hace daño.

Entra bastante apurado, dándome explicaciones innecesarias. Me parece hasta tierno cuando lo hace. No tiene por qué hacerlo y no quiero que pase un mal rato. Me ofrezco a ayudarlo, pero él declina la oferta; se ve que no quiere que me inmiscuya en sus asuntos, o tal vez que se avergüenza de lo que contienen las cajas. Espero paciente en el sofá encendiendo la televisión, aunque no encuentro nada que me motive y al final me pongo a trastear con el móvil, pero estoy inquieta. Me gustaría estar acompañando a Kilian, pero no quiero presionarlo. A los pocos minutos sale con la mochila que portaba a rebosar, le ofrezco unas bolsas, mas se niega.

—Venga, tómate algo conmigo —le ofrezco.

—¿No te parece que ya te he ocasionado demasiados inconvenientes? —pregunta con una sonrisa en la cara.

—En absoluto, no seas bobo. Los amigos están para esto. Además, esa habitación no la uso para nada. A mí no me importa que dejes tus cosas ahí —explico mientras me levanto del sofá y voy a la cocina.

—Muchas gracias, de verdad. Pensé que eran menos cosas, pero la percepción que tiene mi ex es distinta de la mía —explica molesto.

—No tienes que darme explicaciones, por cierto, ¿cómo va lo de la búsqueda de piso? —pregunto para evitar que se lleve un mal trago mientras acerco dos botellines de cerveza.

—¡Caray! Se me ha pasado. Tenía que llamar a la de la inmobiliaria para decirle algo —afirma mirando el reloj de su muñeca.

—Inténtalo, tal vez aún estés a tiempo—lo animo.

Con determinación, Kilian llama por teléfono, pero no obtiene respuesta. Tira el móvil enfadado sobre la mesita que tengo frente al sofá. Está molesto consigo mismo.

—Soy un desastre, se me ha pasado por completo—confirma gesticulando. Creo que si estuviera solo no se contendría ni en su vocabulario ni en su reacción.

—No pasa nada, además no estabas muy convencido, ¿no? —inquiero dando un sorbo a mi cerveza.

—No, prácticamente todos eran descartables, uno por pequeño, otro porque no tenía muebles y el tercero por el lugar en el que estaba, aunque puestos a elegir era el mejor —aclara.

—Bueno, mañana llamas y ya está. Si te corre mucha prisa dejar el hotel, puedes pasar aquí unas cuantas noches hasta que encuentres algo —me reafirmo. No es que esté loca por meter a un hombre en mi casa, nada de eso. Simplemente es hacerle la vida más fácil.

—Te lo agradezco, de momento no he encontrado nada, y en el hotel me siento bien, pero necesito más espacio que estar encerrado en esas cuatro paredes. Por eso hoy pensaba en salir a correr. Mi cuerpo me pide acción y allí encerrado no la tengo —explica más relajado.

—Ahí está para cuando te decidas —concluyo.

Hasta que nos terminamos la cerveza seguimos hablando y puedo afirmar que cada vez me gusta más Kilian. Es un tipo magnífico.

Capítulo 20

Carolina

Llevo una semana de locos. No me ha costado adaptarme al nuevo trabajo, aunque reconozco que estoy más cansada ya que son unas cuantas horas más que se van acumulando. Parece que Pablo se ha adaptado mucho mejor al cambio de rutina y gran parte de culpa, si es que alguien la tiene, es de Josefa. Ella lo malcría el triple que yo. Él hasta ahora se levantaba cuando su despertador sonaba, se iba vistiendo y en cuanto yo llegaba, desayunaba y nos íbamos al cole. Ahora todo eso ha cambiado, Josefa lo despierta, lo viste y le da el desayuno retrocediendo en el tiempo. Lo trata como si tuviera tres años menos y aunque me molesta no puedo decir nada. Me hace un gran favor haciéndose cargo de mi hijo. No puedo exigirle más. Este fin de semana además empiezo a currar en los bares, el mismo tiempo que antes, pero va a ser de seguido hasta no sé cuándo. Me esperan unos meses duros, pero soy optimista y cuando llegue la recompensa, todo será más llevadero.

Hablo prácticamente a diario con Carla y aunque no termina de contarme nada, creo que le ha dado fuerte con ese hombre al que está conociendo. Me alegro por ella. Por lo poco que me ha comentado, su

anterior relación no terminó bien y siempre se lamenta de ello. Está bien que recupere la ilusión, tal vez este hombre le devuelva a su vida esa motivación extra que necesita. No creo que sea infeliz, tiene un buen trabajo, que además le gusta, viaja, gana y gasta su dinero en lo que le apetece. No sé, pero siempre noto cierta tristeza cuando habla de su vida. Si yo estuviera en sus zapatos sería inmensamente feliz. Sabría que a mi hijo no le iba a faltar de nada, viviría en un piso mucho mejor, quizás, propio; e invertiría el dinero que gano en él y en su futuro. No como ahora que me mantengo en la cuerda floja. Soy consciente de ello, por esta razón no puedo negarme a prácticamente nada. Que me cambian de lugar de trabajo, acepto, que me dan más horas, acepto. No me hace gracia y hasta el momento no lo habían hecho más que en casos puntuales, si bien es cierto, que somos marionetas que debemos bailar al son que marquen nuestros jefes y si das mucha guerra o te niegas no tardarán en encontrarte una sustituta. Lo sé, porque no sería la primera. Así que, de momento es lo que toca. No necesitaría trabajar los fines de semana si me quedara de forma definitiva donde estoy ahora, pero como tampoco sé lo que va a durar, no puedo arriesgarme a decir que no. Mucho menos ahora que andan flojos de personal. Estoy convencida de que todo tendrá su recompensa. Tarde o temprano mejorará este aspecto de mi vida.

Hoy es viernes, así que me visto con pantalón vaquero negro súper ceñido. No sé por qué, pero hoy me siento roquera. Será el cansancio. Una camiseta de los *Kiss* que he *customizado* a mi manera y unas botas de media caña que me estilizan un montón. Pelo recogido en una coleta alta y algo despeinada. Maquillaje y a darlo todo. Parece ser que tal como me dijo Lucas mucha gente está de exámenes. No hay mucho jaleo, al menos a primera hora estamos tranquilos, así que podemos dar conversación a los clientes. No es que no lo hagamos habitualmente pero cuando hay mucha gente te limitas a poner las consumiciones y poco más. Hoy estoy bebiendo más que de costumbre, estoy relajada y puedo intercambiar pareceres con unos y con otros mientras me tomo alguna cerveza que otra. El día ha sido bastante flojito en el Manhattan; Lucas ha aparecido a primera hora y ya no ha vuelto al local. Salgo a mi hora dejando a algunos compañeros reponiendo y recogiendo. Primer día del fin de semana superado. No sé por qué extraña razón siento algo parecido a unos

nervios instalados en mi estómago, es como un cosquilleo. Tal vez sea porque espero encontrarme a Kilian en la puerta del local. Es probable que esté, como que no. No tenemos nada hablado al respecto, pero por otro lado caigo en la cuenta de que en nuestro último encuentro le confesé la existencia de Pablo en mi vida y eso suele ser el motivo por el que los hombres desaparecen casi de inmediato. Ni rastro de él. Suspiro, decepcionada, y prosigo con lo mío. Era de esperar. Camino hasta donde tengo mi coche, y hoy no sé por qué me apetece tomar la última en un bar que directamente se salta la hora de cierre. Todos o muchos de los clientes que salen del Manhattan van al Infierno. Aquí puedes encontrarte más o menos de todo y no es un bar precisamente moderno. Creo que no ha cambiado de decoración en los últimos diez años, pero, aun así, tiene su público. Conozco a Rober de siempre, es un tipo de cerca de sesenta años, más pasado que otra cosa. Un viejo roquero que siempre lleva el pelo largo, rizado y canoso y que se lo peina dando un aspecto fantasmagórico, pero es un buen tío.

—¡Carolina! ¡Cuánto tiempo! —exclama mientras pone un botellín de cerveza delante de mí sin ni siquiera preguntarme; son demasiados años.

—Hola Rober, tienes razón. Hace tiempo que no vengo por aquí —confirmo bebiendo a morro.

—Las chicas guapas como tú no vienen a verme a menudo —flirtea con descaro.

—Deja de decir bobadas, Rober —comento distraída.

—Estáis todas pilladas —insiste.

—Ya sabes que yo no—bromeo guiñando un ojo, siempre mantenemos este juego inocente. Los dos somos conscientes de que ni él ni yo tendríamos nunca nada más que una amistad.

—Pues lo estarás en breve —sentencia, serio, mientras se abre otra cerveza y la acerca a la mía para que choque.

—No lo tengo claro —afirmo—, el único que me tiene pillada, pero bien, es Pablo —digo acordándome de mi hijo.

—Eso es para toda la vida Carolina, te lo digo yo —contesta el viejo.

—Espero. Cuando tenga quince años no querrá que me acerque a él, así que de momento me aprovecho lo que puedo —comento apurando mi cerveza.

—Si es un chico listo querrá —añade Rober devolviéndome el billete que he dejado sobre la barra —. Se lo metes en la hucha —me dice como si fuera su abuelo.

—Muchas gracias Rober, nos vemos por ahí —me despido y me voy.

Rober será un incomprendido, un desfasado de la vida, un hombre que está fuera de su tiempo, pero que ha elegido seguir con el negocio cuando la mayor parte de las personas de su edad están pensando en jubilarse. Su bar es cutre, porque lo es, pero de él han salido bandas de rock importantes. Él les da la oportunidad y a veces salen cosas buenas.

Camino, cansada, hacia mi coche. Me aproximo a él y veo a Kilian apoyado en la puerta. ¡Joder! Me digo. No puede estar más guapo. Pantalones vaqueros, chupa de cuero marrón, camiseta naranja que asoma bajo ella y esa mirada que me deja *k.o*. Lo he juzgado mal. Pensé que había huido, pero se ve que no. Envalentonada como estoy por las cervezas que llevo encima, me yergo más aún al andar. Voy directa a él. Si está aquí es por algo, ¿no? Pues voy a aprovechar mi oportunidad. No soy una devoradora de hombres, una de esas mujeres imponentes a las que nada se las pone por delante, no soy así para nada, sin embargo, conozco mis fortalezas y tengo mis armas, eso lo sabemos todas. Kilian me pone mucho, no ha desparecido de mi vida, así que de momento voy a disfrutar. Me acerco hasta donde está él y sin mediar palabra pongo mi mano sobre su nuca desnuda, lo atraigo hacia mí y lo beso con desesperación. Responde de inmediato. Parece que él estaba deseando lo mismo que yo. Nos besamos como si estuviéramos hambrientos el uno del otro. No hay vuelta atrás. Esto es lo que me apetece en este momento y lo voy a aprovechar. Nuestras lenguas juguetean, mi sabor es amargo, a cerveza, y el suyo no sabría definirlo, algo más dulzón; lo que sí sé es que encajan a la perfección. Sin demora abro la puerta de mi coche, él entra en el asiento trasero y yo detrás. Estamos algo apretados, la silla de seguridad de Pablo resta un espacio muy útil en estos casos. No tengo tiempo para pensar en eso. Sin dejar de besarnos nos vamos desnudando. Nada más lo imprescindible. Me quito las botas y solamente una pernera del pantalón mientras él se pone un condón. No me lo pienso, me pongo a horcajadas sobre él y empiezo a moverme. No dejamos de besarnos, él

recorre mi cuerpo con sus manos, ávido de piel. En pocos minutos los cristales se han empañado. Eso nos dará algo de intimidad pues está amaneciendo y todavía hay gente por la calle, por lo que quién quisiera podría presenciar nuestro encuentro sin problema. Busco mi desahogo, sé lo que tengo que hacer. Kilian me masajea los pechos y el culo. Estoy a punto de correrme y vaya si lo hago, agarrándome con fuerza al cuello de Kilian mientras jadeo en su oreja y en cuanto termino, comienza él con la acción. Tal cual estamos, en la misma posición. Él se mueve bajo mi cuerpo para encontrar también su éxtasis. Reconozco que nada puedo hacer, estoy exhausta y además él me agarra con fuerza para limitar mis movimientos. En unos cuantos empellones se corre dentro de mí, relaja su postura y yo me acomodo en sus brazos. Podría dormirme así, con su calor y su cuerpo rodeándome, solo es cuestión de cerrar los ojos y dejarme llevar. Tras unos minutos de silencio en los que creo que me he dormido, el frío se apodera de mí. Me ha dado un escalofrío que me indica que esto ha terminado. Me remuevo y cambio de posición. Estoy realmente incómoda, quiero vestirme e irme.

—Veo que no mentías —dice moviendo su cabeza hacia la silla que ocupa Pablo. Son las primeras palabras que intercambiamos y reconozco que no era lo que me esperaba.

—No suelo hacerlo. Con la verdad se llega a todas partes —confirmo subiéndome la cremallera de las botas.

—Eso está bien —dice él que también está recomponiendo su aspecto.

—Pensé que no ibas a aparecer —confieso y no sé por qué lo hago. Esto no es una relación al uso. No tiene por qué darme explicaciones.

—Pues ya lo ves, aquí estoy —dice con una sonrisa en la cara.

—Ya —contesto sin saber qué más hacer—. Debo irme a casa —añado.

—Sí, claro —contesta él poniéndose la chupa. Es difícil moverse dentro de mi coche y mucho más él que es un tipo bastante grande.

—¿Quieres que te acerque al hotel? —pregunto para terminar cuanto antes con todo esto.

—No, mejor voy andando, es un paseo—contesta—. Mañana nos vemos, Carolina —dice a modo de despedida. Ha cerrado la puerta y

no me ha dado tiempo a contestar, aunque reconozco que me ha gustado saber que así será.

Me paso a la parte delantera sin ni siquiera salirme del coche. Llego a casa, me desvisto y me meto en la cama. Necesito estirarme y dormir, aunque sea un par de horas.

Capítulo 21

Kilian

Es sábado, estoy realmente aburrido. Trasteo con mi teléfono en busca de un chollo en el que vivir. No sé qué pretendo, sería prácticamente imposible que el lugar idóneo para mí apareciera de la nada. Tengo que llamar a la inmobiliaria, al final se me pasó el trámite. Seguro que la mujer sigue buscando el mejor sitio para mí, o al menos eso espero.

Decido ir a correr un rato, tengo mi ropa de deporte. Esa que venía en el montón de cajas que me envió Elo y que están almacenadas en la casa de Carla. Es increíble, pensé que no tenía tantas cosas, más bien, pensé que no me las devolvería. Obviamente no he abierto todas, pero puedo intuir que ha metido todo aquello que le recordara mínimamente a mí. La carrera es larga y aunque estoy algo anquilosado por el abandono de mi rutina en el gimnasio, no es tanto como sería de esperar. El sexo con Carolina me mantiene en forma. Es increíble, y no sé por qué vuelvo a ella una y otra vez. Es una atracción sexual, porque lo es, pero también me gusta estar con ella. Apenas hablamos y no estoy como para iniciar una relación sentimental con nadie, pero me parece una tía magnífica. Vuelvo al

hotel sin resuello y con una sudada de campeonato. Necesito una ducha con urgencia, pero hasta que no me recupere un poco no lo haré. Se me va a hacer larga la espera hasta que se hagan las cuatro de la madrugada. Esa es la hora, la maldita hora a la que sale Carolina de su turno en el Manhattan.

Me despierto sobre la cama de la habitación del hotel que ocupo desde que llegué a esta ciudad. Miro al reloj y compruebo que son las once de la noche. Me he quedado profundamente dormido pensando en Carolina. Decido darme la ducha que tenía pendiente y pedir algo de comida a domicilio, en este caso a la habitación. Tengo tiempo de sobra, y me da una pereza horrible tener que salir en un rato. Aquí no conozco a nadie todavía y no he cogido la suficiente confianza con mis compañeros de trabajo como para pedirles que salgan conmigo, además no es de recibo utilizarlos unas pocas horas hasta que mi plan esté libre.

Ceno tranquilamente mientras veo una peli, y a eso de las dos de la mañana la impaciencia no me deja. Quiero ver a Carolina, estoy excitado, quiero acostarme con ella y si pudiera ser en este mismo instante, lo haría. Voy derecho al Manhattan, aunque tenga que estar dos horas de reloj mirando como trabaja lo haré. No suelo actuar así, de hecho, en las anteriores ocasiones he sido bastante discreto y he esperado pacientemente sin interrumpir su trabajo, pero hoy no. Esos labios me tienen loco, fue lo primero que me llamó la atención de ella. Gruesos, jugosos, excesivamente sexuales. No sé ni cómo explicarlo, pero así fue.

Entro en el local que está abarrotado, en otra parte de la barra hay espacio para pedir, pero no quiero eso. Quiero estar cerca de ella y aunque me toque esperar, esperaré.

Carolina trabaja siempre con una sonrisa en la cara, es muy amable y sabe cómo llevar al personal. Se nota que lleva años de experiencia y que pocos la vacilan. Está hecha al ruido, a los borrachos, a los impertinentes y a los que se exceden. Sin duda, sabe manejar la situación. Por fin llego hasta un hueco en el que me meto como si fuera mi única salida. Está guapísima. Mucho más que ayer. Siempre va de negro, pero eso no significa que siempre vista igual. Hoy lleva una camiseta de tirantes semitransparente, de hecho, es básicamente una especie de tul lo que recubre su cuerpo, su sujetador

se percibe sin problema, y tras él sus pechos. Esos pechos los he tenido entre mis manos y los he saboreado y solo de pensarlo me excito. Un pantalón ceñido completa su look. Es tan sexy y provocadora que cualquiera querría acostarse con ella. Hoy lleva el pelo rizado, rizado, y está espectacularmente maquillada. Sabe sacarse partido y sabe que gusta. Definitivamente ella es mi tipo de mujer. No quiero decir con esto que vaya provocando o incitando a nada. Su forma de ser natural, de comportarse y de moverse dicen mucho de ella. Es una mujer hecha y derecha que se pone el mundo por montera y que sabe lo que quiere.

—¡Hola! —dice con una sonrisa maquiavélicamente seductora en su cara.

—¡Hola! —saludo a punto de saltarme la barra para besarla.

—¿Qué te apetece? —pregunta como si nada.

—Besarte —contesto, por no decir «follarte».

—No estaría mal, pero estoy trabajando —responde con soltura.

—Lo sé, una cerveza —pido de mala gana. Estoy enfadado por no conseguir lo que quiero en este momento.

Al instante Carolina me sirve la cerveza, mueve la mano para indicarme sin hablar si quiero un vaso a lo que niego con la cabeza. Bebo a morro. Casi de un trago engullo la mitad del contenido. Tengo sed, más que sed, ansia. Ella sigue con su trabajo dejándome allí, acompañado de grupos de personas, pero, en definitiva, solo. Desde que estoy en esta ciudad me he percatado de mi soledad. Cuando vivía con Elo teníamos amigos, o salía con ella, aquí es distinto. Son pocos los que me han llamado o se han preocupado por mi estado sentimental. Eso no son cosas que solamos hacer los hombres, pero un poco de apoyo por su parte no hubiera venido nada mal. Tal vez se han posicionado del lado de Elo. Es posible, dudo con algunos aunque con otros no. Me serán leales siempre, aunque no estén pendientes de mí.

Parece que de repente el local se va vaciando. Todo está más tranquilo. Veo que Carolina sale de detrás de la barra, es posible que vaya al baño. Se acerca hasta mí, me acorrala contra el pilar en el que estoy apoyado y me besa. ¡Joder! Menudo beso, me ha comido la boca sin esperármelo, me ha pillado desprevenido. Pensé que iba a decirme algo al oído, pero no. Ha ido directa al grano. Su lengua se removía

dentro de mi boca esparciendo el sabor amargo de la cerveza y mezclándolo con su dulce sabor. Sin duda una mezcla perfecta. Reconozco que el beso ha durado menos de lo que esperaba. Me estaba calentando y poniendo en acción cuando ella ha parado. Me ha mirado con ojos lascivos y se ha ido al baño. No puedo creerlo. Más bien no puedo moverme. Tengo una erección que no me deja andar. Apuro mi cerveza, me jode que se vaya el sabor de Carolina de mi boca, pero necesito refrescarme. Estoy atontando y no es por el alcohol. Puedo beberme unas cuantas cervezas más y no me afectan como para estar así. No me doy cuenta de que Carolina ha vuelto, lo hago cuando pone delante de mí otra cerveza. Lo cierto es que lo agradezco. Necesito bajar esta calentura de alguna manera. Se me ocurre otra forma, pero no es viable de momento. Miro mi reloj, las tres menos cuarto. Faltan exactamente una hora y quince minutos para terminar con esto. No había tenido nunca antes tanta urgencia por tener sexo con una mujer. Es increíble cuanto me excita.

Bebo mientras observo a Carolina realizar su trabajo. No puedo hacer otra cosa. Estoy rodeado de personas y no me importa en absoluto ninguna otra. En ciertos momentos he sentido celos, o más que celos, la necesidad de partirle la cara a alguno de los tipos que le han dicho alguna grosería. No me reconozco, yo nunca he sido celoso ni me he comportado como un cavernícola, sin embargo, hoy me he sentido así. Sin duda, Carolina sabe lo que se hace. Ha solventado el asunto sin problema y he respirado aliviado ya que me notaba en tensión, con la adrenalina a tope. Capaz de montar un espectáculo lamentable delante de toda esa gente, pero, ¿qué hubiera pensado ella? Sin duda que soy un gilipollas. Y con toda la razón del mundo.

A las tres y media me muevo, nervioso. Se me está haciendo horrible la espera. Salgo del local, más que nada para que me dé un poco el aire. Me estoy consumiendo. Necesito que Carolina salga, con que me siga, me conformo. Necesito estar a su lado, lo del sexo me urge, pero podré esperar. Permanezco el resto del tiempo en la calle, deambulo de un lado a otro, pero sin alejarme demasiado de la puerta del Manhattan, vuelvo sobre mis pasos y cualquiera que me vea pensará que estoy loco. Sí. Loco por estar con ella. Ando distraído, mirando al suelo o al frente, inmerso en mis pensamientos, mirando donde me llevan mis pasos cuando alguien obstruye mi camino.

Levanto la mirada, un cuerpo negro. Sin duda es ella. De forma instintiva la abrazo, en medio de la calle. Impidiendo que los que van tras de mí puedan seguir caminando, con su correspondiente queja; no me importa. Necesito este contacto. Ella responde a mi abrazo, me agarra con fuerza, como si también necesitara esta conexión entre ambos. Nada más tenemos sexo, al menos de momento, pero en este instante, es otra cosa. Es como si no tuviéramos a nadie más en nuestras vidas, y este abrazo nos dijera que ahí estamos el uno para el otro. Las cervezas han debido nublar mi entendimiento, no sé ni lo que se me está pasando por la cabeza. Inhalo su aroma y me siento tremendamente reconfortado.

Caminamos hacia el hotel. Como otros días me pueden las ganas, pero es como si quisiera alargar todo lo posible los momentos que paso con Carolina; parece extraño, tantas ganas por poseerla y lo que me apetece ahora es pasear a su lado. Apenas hablamos, le pregunto por su noche de trabajo y ella me contesta con frases cortas, aunque siempre amables. No sé de qué hablar con ella. Tengo curiosidad por su vida, y me gustaría saber algo más, pero de repente me siento inseguro y ella parece tímida también. Llegamos al hotel, saludamos a la recepcionista y entramos en mi habitación. Una vez allí, nos transformamos. Carolina me besa con rabia, quiere que yo también lo haga y respondo. Meto mi lengua en su boca mientras acaricio por encima de su ropa los pechos y amaso su culo. Simplemente es deliciosa. Me encanta esta mujer. Y lo mejor de todo, su entrega. Se deja llevar, disfruta y lo pasamos genial el uno con el otro. Esto es perfecto para mí. Ella me quita la cazadora y me levanta la camiseta, quiere sentirme, tocarme y me dejo. Quiero que me acaricie, que me arañe la espalda cuando culmina y sobre todas las cosas meterme en ella. Follar con Carolina hasta quedar exhaustos. Me gustaría que fuera toda la noche e incluso toda la mañana. No me canso de ella. Hace demasiado tiempo que no me ocurría esto. Es como si tuviera una adicción. Quiero el cuerpo y a Carolina para mí, no constantemente, pero en estos momentos me doy cuenta de que la necesito. Es un desahogo físico de toda la semana, y es maravilloso encontrar a alguien como ella que me lo dé. Me consta que ella siente algo parecido porque se libera de tal forma que es como si yo fuera un alivio en su día a día, suena pretencioso por mi parte el pensarlo, pero

así lo siento.

Nos tumbamos en la cama y termino de quitarle los pantalones. No lo he hecho bien, son tan ajustados que al bajárselos les he dado la vuelta, no he podido hacer otra cosa, sin embargo, Carolina se ha reído. Tengo urgencia por sumergirme en su sexo. Me encanta, no me lo pienso. Tras quitarle el tanga voy hasta él. Saco mi lengua y busco entre su vello y sus pliegues. Me encanta buscar y por supuesto encontrar. Ella abre más las piernas y jadea de gusto. Lamo todo su sexo de abajo a arriba, muerdo levemente sus labios vaginales y ella se retuerce pidiendo más. Su clítoris hinchado se topa con mis labios, lo succiono, le doy pequeños toques con la lengua y parece que va a morir de lujuria. Continuo, mi barba debe de hacerle cosquillas porque a veces me parece oír algo así como una risa. No oigo bien, estoy metido entre sus piernas y parece que estoy en el vacío, solo oigo el eco de mi corazón acelerado y mis jadeos. La relación espacio tiempo para mí no tienen sentido. Estoy en otra dimensión, no oigo, no veo. Esto es el paraíso. Las piernas de Carolina se tensan, clava los talones en el colchón, sus manos presionan mi cabeza para que no me mueva de donde estoy. Está a punto de llegar al orgasmo y yo de morir asfixiado en este pequeño triángulo, aunque continúo con mis caricias, no dejo de besar su sexo a la vez que con mis dedos acaricio más rápidamente su clítoris hasta que explota. Levanta sus caderas haciendo que mi boca se pegue más a su piel si es posible. Siento una gran presión en mi cráneo. Son sus dedos que se me clavan. Puedo ahogarme, no tengo espacio suficiente ni aire que respirar. En cuestión de segundos, la cadera de Carolina deja de oprimirme, sus manos aflojan y al fin puedo introducir oxígeno en mis pulmones. Ella jadea por su orgasmo y yo también por la falta de respiración y por la excitación que me ha provocado. Ahora necesito mi recompensa, esta lo es, ver a Carolina desmoronarse así es una locura, pero mi cuerpo quiere también sentir lo mismo. Es mi turno.

Me incorporo, veo a Carolina totalmente desmadejada, inspira y espira casi con dificultad. Me da hasta pena romper su relajación, pero no puedo contenerme más. La quiero entre mis brazos. Necesito meterme en ella, y vaya si lo hago. Mi polla se desliza en su interior como la seda, el condón ayuda, pero su cuerpo me acoge como si estuviera hecho para mí. Bombeo cegado y es empezar a hacerlo y

Carolina se activa. Abre los ojos y me dedica una de las miradas más lascivas y morbosas que he visto en mi vida. Se muerde y humedece los labios, esos labios que me vuelven loco. Es ella la que posa sus piernas en mis hombros, la posición favorece que me meta más aún en ella. Me muevo con fuerza, necesito hacerlo hasta terminar exhausto. Quiero derramarme en ella, pero no terminar. Es algo contradictorio, lo sé. Me gustaría estar así eternamente, aunque sé que es imposible. Mi vista se posa de forma alternativa en los labios de Carolina y en sus pechos que yacen y se mueven al ritmo que yo marco. Tiene los pezones erectos, rugosos y se los lamería o mordisquearía, pero no puedo parar, sigo con un ritmo infernal hasta que exploto dentro de ella. Noto como mi polla libera a borbotones todo mi elixir y la presión a la que estaba sometida cesa lentamente. No puedo pensar. Me tiro a su lado en la cama y cierro los ojos.

Capítulo 22

Carla

Empiezo el lunes con energías renovadas. Este fin de semana he salido con mis amigas y he adoptado la táctica que seguí cuando estuve con Carolina. Me he soltado más y aunque cuando estoy por ahí suelo bailar, esta vez lo he hecho mucho más desinhibida. Mis amigas me lo han hecho saber, me han dicho que estaba diferente y que me notaban rara. No he podido evitar sonreír y claro, como ellas me conocen a la perfección, saben que hay algo que me ilusiona en mi vida especialmente. Se lo he contado, les he hablado de Kilian, de cómo es, de cómo trabaja y de la conversación que presencié con su ex y por supuesto del "pequeño detalle" que supone el tener parte de sus pertenencias en mi casa. Me han respondido que, si estoy loca, que cómo he actuado así, sin apenas conocerlo, y puedo llegar a entender su posición, sin embargo, Kilian está solo en esta ciudad, no tiene sitio donde dejar sus cosas y tampoco me ha parecido una idea tan descabellada.

Entro en mi despacho y me encuentro con Marta, la chica que sustituye a Carolina. Ella es mucho más seca, apenas me dice hola, recoge sus cosas y desaparece de mi vista. Cada vez echo más de

menos a Carolina. Hablo con ella, pero no es lo mismo. Tengo que encontrar un ratito esta semana para verla, aunque sea un café rápido por la tarde mientras Pablo está en la piscina. Debo hacerlo.

Tras instalarme y contestar algunos correos oigo que llega alguien al despacho de al lado. Ha sido percibir la presencia de Kilian y mi estómago ha dado un vuelco para después permanecer con un nerviosismo raro en él. Decido ir a saludarlo. Siento esa necesidad de saber qué es lo que ha hecho durante estos dos días.

—Buenos días Kilian, ¿qué tal el fin de semana? —pregunto entrando sin esperar a que me de permiso.

—Hola, Carla, bien —se apresura a contestar con rapidez. Me ha parecido ver un conato de sonrisa ladina en su cara cuando me ha respondido, aunque pueden ser cosas mías.

—Me alegro, ¿has vuelto a casa? —pregunto sin más.

—No —dice serio, su semblante de repente ha cambiado—. No tengo casa, en la que vivía hasta hace poco es de mi ex y mis padres no viven en España —me explica y reconozco que mi pregunta no ha sido conveniente.

—Lo siento—me disculpo—. No quería entrometerme en tu vida —añado.

—No importa. Mi padre vive en Irlanda y mi madre volvió a Argentina —aclara con nostalgia.

—Entiendo—digo algo apurada—. ¿Cómo va lo de la inmobiliaria? —pregunto para desviar la atención.

—¡Vaya!, se me pasó llamar el otro día —contesta dándose cuenta de su descuido.

—Venga, llama ahora —lo animo—. Antes de que se te vuelva a olvidar —sugiero.

Kilian accede, busca en su móvil el número y marca. Es tan guapo, sobre todo cuando se muestra así de natural. Y las gafas le confieren un atractivo que me tiene loca. Se da a conocer y empieza a hablar con la agente inmobiliaria. Frunce el ceño y en cuanto cuelga tira el móvil sobre su mesa, cruza los brazos y me mira con cara de circunstancias antes de hablar.

—No ha habido suerte. Demasiado tarde—confirma.

—¿Ya están alquilados? —pregunto sorprendida.

—El que en principio no me gustaba y que al final resultó ser el

mejor, parece que se lo han quitado de las manos —afirma pesaroso.

—¡Qué faena! Habrá otro, no te preocupes —digo intentando que se recupere de su frustración.

—Seguramente, pero me está dando una pereza horrorosa buscar, y lo peor de todo, encontrarlo —reconoce.

—¡Vente a mi casa, Kilian! —espeto de repente—. Tengo sitio de sobra, así podrás salir del hotel y tomarte las cosas con calma. Cuando estés más centrado y motivado te pones a buscar de nuevo —le ofrezco.

—No sé Carla —duda—. Te lo agradezco de corazón y el caso es que…—comienza a decir, mas en el último momento se contiene y no dice nada.

—Es que, ¿qué? —pregunto intrigada.

—¡Nada! Una tontería, necesito lavar la ropa—admite en un susurro—. Me estoy quedando sin suministros —reconoce algo avergonzado. Estos detalles me encantan de él. Es un tipo seguro de sí mismo, echado para adelante, tiene mucha confianza en lo que hace, pero este tipo de reacciones lo hacen humano y eso es maravilloso.

—¿Ves? —insisto—. Necesitas con urgencia un sitio en el que vivir —concluyo cruzándome de brazos.

—De acuerdo —acepta y en cuanto he oído salir esas palabras de su boca creo que he dado un pequeño bote en la silla. Espero que no se haya percatado de la ilusión que me ha hecho su decisión.

—Dejemos las cosas claras —asegura en tono firme y este tono ha hecho que una sonrisa se dibuje en mi cara. Creo que cualquier cosa que me dijera la aceptaría sin demora—. Ocuparé una habitación en tu casa, pagaré lo que creas conveniente hasta que encuentre un lugar en el que vivir. Prometo que no tardaré en ponerme a ello—sentencia.

—Jaja. —Rio por la solemnidad de sus palabras—. No te preocupes —digo moviendo la mano—. El tiempo que consideres necesario y por el dinero no te preocupes.

—O es bajo mis condiciones o no es —corta cada vez más serio y reconozco que me ha intimidado su postura.

—Vale, vale —claudico. No es plan de discutir por una tontería—. Pues cuando quieras, ya sabes…—respondo levantándome de la silla.

—Déjame que organice todo en el hotel, supongo que mañana podré instalarme sin problema —explica.

—Me vas contando —contesto mientras abandono el despacho de Kilian.

Estoy entusiasmada por varias cosas. La primera porque me siento traviesa, algo así como una niña pequeña que ha cometido una fechoría, no sé, que se ha pintado los labios sin tener permiso de su madre o que se ha comido todos los dulces…Y por otro lado porque he invitado a Kilian a vivir a mi casa sin conocerlo apenas. Me encanta que sea así, soy consciente que seremos compañeros de piso, me gustaría que esto significara otra cosa, pero de momento es así.

Tengo necesidad de contarle a alguien las novedades de mi vida. Puedo hacerlo con mis amigas, pero como las conozco, seguramente pongan el grito en el cielo y me juzguen por mi forma de proceder. Puedo entenderlas, pero creo que mi vida es un poco monótona y un aliciente extra no le viene mal. No es que haya cambiado completamente mi forma de ver las cosas, no es así, y puedo reconocer que me da algo de miedo. Kilian no me parece mala persona y no creo que me la juegue, pero nunca se sabe. Decido llamar a Carolina, seguramente ella me entienda, y lo mejor de todo es que acepte sin problema mi decisión.

—Hola, Carolina, ¿cómo estás? —pregunto en cuanto descuelga.

—Hola, Carla, muy cansada —confirma.

—Ya me imagino —contesto con pena—. Entonces, de quedar ni hablamos ¿no? —inquiero deseando que me diga que sí.

—Hoy no puedo, pero mañana un rato por la tarde sí —afirma sin poner mayores trabas.

—Perfecto entonces, mañana por la tarde nos tomamos un café y charlamos un rato —afirmo.

—Estaremos en el parque Pablo y yo, tengo que estar pendiente de él —dice algo apesadumbrada.

—No te preocupes por eso. Mándame la ubicación y así os localizo —le pido.

Con mi hoja de ruta trazada continúo con mi día. A pesar de ser lunes, parece viernes.

Capítulo 23

Carolina

Hoy he quedado en el parque con Carla. Realmente me encuentro cansada, pero es lo que tiene estar acostumbrándose a la nueva rutina. Prácticamente no hago otra cosa que trabajar, dormir y pasar tiempo con mi hijo. Eso sí, en el momento que paro noto un bajón de ritmo que me mata. Solo me apetecería tumbarme, estirar todo mi cuerpo y dormir, pero ese estado nada más dura unos cuantos segundos. Al poco mi hijo demanda mi atención y así es imposible. No tengo queja de mi compañera, me está haciendo la vida mucho más fácil. Creo que se ha dado cuenta de que mi sustitución va para largo y que no le queda otra que llevarse bien conmigo. Yo suelo ser cordial con todo el mundo, intento adaptarme a las circunstancias y hacer lo que me mandan, así que…, todavía me estoy acostumbrando a los horarios y al tipo de trabajo, que aunque no es distinto del que desarrollaba anteriormente, el ritmo aquí es frenético.

Carla aparece a media tarde. La veo llegar y es que es impresionante. Aunque vista con ropa algo menos sofisticada tiene una elegancia natural. Me saluda con dos besos y un «hola Pablo» a mi hijo al que él hace caso omiso porque está jugando con otros niños.

—Hola. Carolina, estás más delgada —dice nada más darme dos besos.

—No paro, debe de ser eso —contesto distraída.

—Te echo de menos en la oficina, tu sustituta no tiene nada que ver contigo —se queja.

—Me imagino, yo también te echo de menos, pero de momento no hay otra opción —digo levantando mis hombros en señal de resignación.

—Bueno, si eso es bueno para ti, me alegro mucho —dice.

—Sí, gano más dinero así que sí. He de decir que este no es el trabajo de mi vida, pero de momento tal y como están las cosas no puedo quejarme —afirmo contenta por lo que me está ocurriendo en mi vida laboral.

—¡Qué optimista eres, Carolina! —espeta Carla.

—Hay que tomarse así la vida. Estoy sana, tengo un hijo maravilloso al que no le falta de nada porque tengo un trabajo, además de vez en cuando pues eso…—explico riéndome.

—¡Es verdad! Que tienes a un alguien misterioso por ahí…—añade ella dándome un codazo cómplice.

—Además de verdad. No sé absolutamente nada de él —sentencio riéndome por lo que eso significa.

—¿En serio? —pregunta intrigada—. ¿No sabes nada de él? —inquiere de nuevo.

—Poca cosa, como se llama y nada más—afirmo riéndome de nuevo porque la situación se las trae.

—¿Cómo puedes acostarte con alguien del que solo conoces su nombre? —pregunta —. No me entra en la cabeza—dice algo indignada.

—Pues acostándome, no hay más. Yo sé lo que significa, un polvo o dos en su caso y cada uno por su lado —explico moviendo las manos.

—Y, ¿no te gustaría saber más cosas de él? A qué se dedica, donde vive…no sé —enumera curiosa.

—Supongo, pero creo que tanto él como yo estamos en este mismo punto. No queremos más compromiso que este. Al menos de momento —explico como si tal cosa. Lo del sexo con amor está muy bien, pero el sexo sin amor también existe. Y en mi caso es lo que tengo y no me

avergüenzo de ello.

—O sea, que te gustaría que fuera algo más —afirma esperando mi respuesta.

—Bueno, creo que sí, pero he tenido tantas decepciones y me he creado tantas expectativas falsas a lo largo de mi vida que no quiero sufrir por ello. Lo que tenga que ser será —afirmo convencida de que ya fue suficiente con las ilusiones que me hice en el pasado.

—Pues yo estoy ilusionadísima —dice y deja la frase en suspenso. Parece que le da apuro contarme algo más y me da pie a que le pregunte. Creo que necesita soltarlo.

—Y eso, ¿a qué se debe? —pregunto con cautela.

—¿Te acuerdas del chico que te dije que me gustaba? Pues…— empieza a explicarse sin darme opción a replicar —…le he pedido que se venga a vivir conmigo —sentencia dando un pequeño bote en el banco como si hubiera cometido alguna travesura.

—¡Vaya! Y luego dices de mí, que como puedo acostarme con un hombre sin saber nada de su vida, y ¿tú? —pregunto asombrada. No me pega para nada que Carla actúe así, pero ella sabrá.

—Ya, pero ha sido algo espontáneo, —dice algo avergonzada.

—Me parece bien, si no te juzgo —explico queriendo que no se sienta incómoda.

—Verás —empieza a explicar—. Él no tiene sitio aún para vivir, así que…bueno… me he prestado a hacerle un favor hasta que encuentre algo —se excusa.

—No tienes por qué darme explicaciones, si te ha parecido bien, por mí no hay problema —confirmo pareciéndome un acto que dice mucho de su parte. Lo único que me extraña es que ella se haya comportado así. No suele ser tan espontánea ni directa.

—Pensarás que estoy loca por hacer algo así, pero me parece un buen tipo. No lo he hecho con ningún tipo de intención, nada más por ayudar, pero reconozco que me gustará que esté a mi lado —confiesa con una risa que la delata.

—¿A ti te parece bien así? —pregunto mirándola fijamente a la espera de su respuesta.

—Sí —confirma riendo de nuevo.

—Pues, ¡ya está! Al que no le guste que no mire—ella sonríe abiertamente—. Es tu vida, es tu decisión y nadie tiene porqué

alarmarse porque metas a un auténtico desconocido en tu casa que puede que sea un exconvicto asesino que está huyendo de la justicia, que está en busca y captura por asesinar a funcionarias que le prestan su casa… —digo viendo cómo la cara de Carla cambia de la alegría al pánico absoluto. Me echo a reír. La estoy gastando una broma, pero ella ha caído. A veces, es demasiado inocente.

—¡Qué boba eres! —me recrimina al ver cómo me rio.

—Es una broma Carla, no te justifiques. Está bien así —sentencio para zanjar el tema.

Carla y yo seguimos hablando de forma distendida. Cuando se hace la hora de volver a casa ella nos invita a un restaurante de comida rápida. Es oír la palabra hamburguesa y Pablo entra en trance, estoy segura de que es más por el regalito que viene en el menú que por la carne en sí, pero es lo que tiene. Me hubiera negado de buena gana porque necesito volver a casa, bañar a Pablo, cenar e irme a la cama, pero sé que si me niego no voy a conseguir que él haga nada de eso de buen grado. Accedo, aunque con condiciones. Nada más la hamburguesa para Pablo ya que me parece un abuso que ella se preste a pagar todo. Ella accede y mientras Pablo está inmerso en su juego imaginario, ella y yo hablamos. Reconozco que es ella la que cuenta más. Yo no puedo aportar ningún detalle más de mi relación, no es plan de explicarle a Carla qué es lo que hago con él, creo que se hace a la idea. Nunca he tenido pelos en la lengua y puedo hablar de sexo casi como de cualquier otra cosa, sin embargo, no es conveniente y mucho menos estando mi hijo delante.

Cuando llego a casa directamente paso del baño de Pablo. Él encantado. Mientras se pone el pijama yo picoteo algo en la cocina. No puedo más. Quiero dormir y cuanto antes mejor, mi hijo quiere leer un cuento. A regañadientes accedo, pues es por su bien. El hábito de la lectura es importante e intento que él todos los días intente leer o al menos escuchar una fantástica historia de dragones o de cafeteras voladoras. Da igual, el caso es que su imaginación se nutra de todo este tipo de aventuras. En cuanto termino el cuento, Pablo se duerme y yo como si fuera sonámbula voy a mi cama. Tengo poquísimas horas para descansar. He de aprovecharlas.

Capítulo 24

Carla

Llego a casa con las pilas cargadas y es que Carolina me contagia con su positividad. Siempre me pasa igual cuando estoy con ella, puedo haber tenido un día de perros, pero ella ve la vida de otra forma y hace que yo cambie mi perspectiva. Además, confieso que necesitaba desahogarme, más bien contarle a alguien la ilusión que me hace que Kilian venga a casa a vivir conmigo. Que ella me haya dado su beneplácito me ha hecho estar un poco menos inquieta. Es la primera vez en mi vida que hago tal cosa, un acto reflejo, no desesperado, pero sí muy osado por mi parte. Creo que ella ha entendido mi intención de ayudar y ha leído entre líneas que me gustaría que fuera algo más, y no me ha juzgado en absoluto. Eso es maravilloso. No es que haya ido a la persona que sé que va a aceptar mi comportamiento sin más, eso es muy cómodo por mi parte, más bien creo que, como ella forma parte de mi vida, aunque no de la misma manera que mis amigas, tiene otra visión del asunto. Ella es la que conoce la historia desde el principio. Estoy entusiasmada con su reacción. No necesito complacer a nadie, como bien ha dicho ella, sin embargo, contar con su apoyo es importante para mí.

Llego a casa y me sobresalto. De repente oigo ruidos extraños. Música, además de otros que no identifico. Puede ser que haya dejado la televisión conectada, aunque es poco probable. Huele de maravilla y es entonces cuando me percato de que Kilian por primera vez está en mi casa. Mi estómago se ha llenado de mariposas revoloteando. Con sigilo observo la situación. Él está en la cocina, tiene la puerta entornada y miro en silencio cómo se comporta. Está tranquilo, cocinando. Se ha puesto ropa cómoda y un delantal que no sabía que tenía, se mueve con soltura y tararea la melodía que sale de su teléfono móvil a la vez que remueve algo en una cazuela con una cuchara de palo. Es extremadamente sexy el verlo ahí. Lleva una camiseta de manga corta y reconozco que tiene unos brazos fuertes y bien definidos. Cuando va vestido de traje se puede intuir algo, pero de esta guisa no me queda ninguna duda. Se gira para buscar algo en el frigorífico topándose con mi mirada.

—¡Hola, Carla! —dice casi asustado.

—Hola, Kilian, veo que te has adaptado perfectamente —contesto con una sonrisa sincera en la cara.

—Disculpa, Carla —responde algo cortado—. Me parecía que era lo menos que podía hacer; ya que voy a estar de okupa en tu casa durante los próximos días, qué menos que te prepare la cena ¿no? —añade riendo.

—No tienes por qué, pero se agradece—afirmo encantada de la vida—. Además, huele estupendamente —concluyo.

—Espero que te guste, ponte cómoda y cenamos —sugiere dándose la vuelta para seguir con su tarea.

Voy hasta mi habitación y me tiro en la cama y pataleo. No chillo porque Kilian me oiría y pensaría que estoy loca. De repente parece que he retrocedido en mi vida quince años. Realmente este hombre es maravilloso. Sabe cocinar, detalle que hasta el momento desconocía, es atento, educado, trabaja al ladito mío, y qué cuerpo…con el traje es espectacular, pero sin él… me desvisto con rapidez, no quiero perder mi tiempo, ni que tenga que esperar por mí. Me miro al espejo de mi habitación de forma coqueta antes de salir, básicamente me he quitado las botas y me he puesto un pantalón liviano. Cuando he quedado con Carolina ya me había quitado el traje que había llevado por la mañana, en el parque no era muy de recibo.

En el salón está todo preparado, ha retirado todo lo que tengo en la mesa grande y ha dispuesto dos servicios de forma impecable. Habrá estado husmeando por todos los armarios y cajones de mi casa para dar con todo lo necesario, pero no me importa. Parece una cena romántica y todo y no puedo evitar que me salga una risa floja.

—¡Qué despliegue! —digo al entrar en el salón.

—Si prefieres cenamos en la cocina —contesta él como si yo fuera su invitada.

—Aquí está perfecto, no te preocupes, no tenías por qué hacerlo, lo sabes, ¿verdad? —pregunto mirándolo fijamente.

—Lo sé, Carla, pero ha sido también por mí —expone y no me queda claro el porqué de sus palabras. Debo de poner una cara de extrañeza absoluta porque continúa —. Llevo demasiado tiempo comiendo comida poco saludable —aclara.

—Entiendo —digo tomando asiento.

—Salmón al horno en papillote y para picar unos champiñones al ajillo —dice como si fuera el metre de un restaurante.

—¡Vaya! —contesto, sorprendida.

—Que aproveche —dice sonriendo.

Y yo podría dejar de cenar en este instante, su sonrisa me alimenta. Ha sido ver su cara de felicidad absoluta y mi estómago se ha cerrado. Realmente estoy más pillada por Kilian de lo que quiero confesar. Me doy cuenta de todo esto cuando surgen estas situaciones y es que este tipo de detalles enamoran a cualquiera.

Durante la cena hablamos de cómo ha ido la mudanza, por llamarlo de alguna manera. Me confirma que en un solo viaje ha traído todas las maletas que tenía en el hotel ya que el grueso de sus pertenencias están aquí. Él ocupará la habitación donde acumulé sus cajas. En ella tengo una cama y un armario pequeño. No está tan vestida como el resto de la casa y lo usaba básicamente como lugar de almacenaje y el que tenga un nuevo uso me agrada. Parece que todo ha ido bien, incluso Kilian me ha dicho que ha puesto una lavadora, que ya no tenía ropa interior limpia, y esa confesión me ha hecho reír. Es tan tierno cuando pide permiso para este tipo de cosas que es imposible no sentir atracción por él. Me va a resultar raro el ver ropa de hombre por mi casa, pero me va a gustar. Cuando compartí casa con Richard estuvimos en la suya, yo vivía allí y cuando todo terminó,

nada más me mudé aquí y di por zanjado el asunto. Comencé una nueva vida donde estoy ahora y creo que eso me ayudó bastante. No fue tan fácil como hubiera deseado y todo terminó de forma caótica, sin embargo, con Kilian estoy mucho más segura, más ilusionada.

Después de cenar, Kilian se levanta, recoge los platos diciéndome que no me preocupe por nada, que enseguida vuelve. Me quedo como una imbécil viendo como él entra y sale de la cocina recogiendo los platos, los cubiertos…esto no será una cita, pero es lo más parecido que he tenido a una en mucho tiempo.

—Cuando vivía con Elo —comienza a decir mientras toma asiento de nuevo a mi lado, y sirve un poco más de vino blanco en las dos copas—, me gustaba hacer cenas especiales para ella y para mí o para amigos de vez en cuando. Me gusta cocinar, voy al supermercado miro por aquí o por allí, elijo lo que en ese momento puede cuadrarme y me pongo a ello, como he hecho hoy —explica y yo lo miro embelesada.

—Eso es genial —contesto atontada.

—Bueno, eso era antes. Es la primera vez que cocino desde que rompimos —asegura y noto en su cara melancolía.

—Las rupturas llevan su proceso, es cuestión de tiempo que deje de doler —aseguro hablando desde mi propia experiencia.

—Todavía no lo tengo asumido, lo reconozco, pero como tú bien dices el cambio de aires, el nuevo trabajo y el estar aquí me ayudará —dice de forma optimista. Que me incluya en sus planes me encanta. Eso me dice que puedo llegar a ser alguien importante en su vida.

—Ya verás como sales de esta —contesto y parece que hablo como Carolina, siempre optimista.

—Eso espero —responde riendo—. No terminamos de muy buenas maneras —aclara y cada vez siento más curiosidad por ver qué pasó.

—¿Qué paso? —pregunto con cautela.

—No lo sé muy bien, lo cierto es que todo iba genial, pero de la noche a la mañana todo acabó. Te cuento mi versión, la suya parece que era todo lo contrario—especifica.

—Supongo, en todas las historias hay dos versiones—corroboro.

—Así es, pero no me lo esperaba para nada. No tengo claro si es que se enamoró de otro o qué fue lo que le sucedió; nunca me dio una razón clara —añade pensativo.

—Supongo que fue un cúmulo de cosas. Cuando mi historia con Richard terminó, nos aferramos a algo que ya estaba acabado, alargando la agonía más y más. Ambos tuvimos mucha culpa de que terminara de la peor manera posible —explico con la serenidad que da el tiempo.

—En mi caso, apenas discutíamos. Un día Elo me dijo que quería que me fuera de casa y aunque le pregunté el porqué de su decisión… —titubea—. Quería saber, ¡joder! —espeta dolido—. Estábamos bien, no me dio los argumentos necesarios para convencerme —añade exasperado, incluso ha levantado la voz haciendo que me sobresaltara. Ese episodio aún no lo ha superado, es obvio al ver su frustración.

—Es duro que te aparten de la vida de alguien sin un motivo aparente—musito pensativa. Por un momento me he puesto en su pellejo y debe de ser duro que sin saber cómo ni por qué, tu vida se desbarate.

—Creo que la odio tanto como la quiero —sentencia en un tono agrio.

Kilian sigue hablándome de su vida anterior y que se abra así a mí me da mucha ternura, además de confirmar que ha adquirido conmigo la suficiente confianza; a fin de cuentas vamos a ser compañeros de piso, así que para que todo vaya bien ha de ser de esta manera.

Es muy cariñoso y atento, aunque reconozco que que me hable de su ex con esa pena en algunos momentos, con sus sentimientos a flor de piel en otros, me molesta profundamente. No me gusta que alguien haya podido hacerle daño de esta manera. Creo que no se lo merece. Es un buen tipo.

Me voy a la cama como si fuera una cría adolescente, con las palabras de Kilian sonando en mi mente. Quiero saber más de él, acompañarlo en su duelo, superar este mal trago que está pasando y quién sabe qué más…

Capítulo 25

Kilian

Recobrar la monotonía me ha venido bien. Echaba de menos el tener un hogar en el que vivir. En el hotel no estaba mal, pero no es lo mismo. Aquí me puedo mover por las diferentes estancias, y aunque parezca una tontería, cambiar de ubicación ayuda. La casa de Carla es muy acogedora, me encuentro a gusto y ella no ha hecho más que ponerme facilidades. Aún es pronto, pero creo que la convivencia con ella irá bien, es una chica que no me dará problemas y espero no dárselos yo tampoco. Será fácil que nos llevemos estupendamente.

Esto es una solución temporal ya que tengo que ponerme a buscar otro espacio para mí y creo que además ella puede ayudarme. No quiero acomodarme aquí demasiado porque si no la pereza será aún mayor. De hecho, las cajas siguen tal cual me las envió Elo. No me atrevo ni a abrir una por temor a encontrarme algo que me recuerde alguna situación especial vivida con ella. Puede llegar a ser muy doloroso rememorar según qué cosas. Estoy enfadado con Elo, pero a la vez sigo enamorado de ella, no creo que se me pase este estado en bastante tiempo. Reconozco que los momentos pasados con Carolina hacen que sea más llevadero, pero lo que tengo con ella es solo sexo y

dos veces por semana. El resto del tiempo, que es mucho, mi mente está ocupada por la presencia de mi ex. El trabajo me sirve de evasión, pero no siempre.

Por la mañana, Carla y yo vamos juntos a trabajar. Lo cierto es que vive al lado del edificio que ocupamos y es prácticamente un paseo. Solemos ir o en su coche o en el mío, pero voy a proponerle que algún día vayamos andando. Debo buscar un gimnasio o ponerme a hacer deporte por mi cuenta. Tengo que recobrar mis hábitos. Lo de la comida sana lo voy consiguiendo, es cuestión de tiempo que mi vida vuelva a ser como era antes, con la diferencia de que Elo no la comparta conmigo, pero por lo demás quiero esa vida, me gustaba. Me sentía a gusto, cómodo.

Llevo un par de días dándole vueltas a algo. Siento la necesidad de verme con Carolina. Aunque mi vida ha mejorado mucho en esta semana, quiero verla. Tengo que inventar, o más bien idear un plan para poder salir el fin de semana. Obviamente no tengo por qué dar explicaciones a Carla sobre mis idas y mis venidas. No tenemos ese tipo de relación. Ella no me cuenta qué es lo que hace y yo no pregunto. Rectifico, suele contarme que va al gimnasio, o que alguna tarde queda con una amiga, cosas así…no tiene por qué hacerlo, sin embargo, a veces parece que se siente en la obligación de contarme. Hemos congeniado a la perfección y ya nos hemos repartido las tareas del hogar. Es lo justo. Me he puesto bastante bruto al respecto. No soy una visita social ni nada por el estilo. Soy su compañero de piso, vale que el piso sea suyo, pero creo que mi papel ha de ser este. Es muy fácil convivir con ella y pensé que trabajando juntos todo sería más complicado, pero nada más lejos de la realidad. No podría tener mejor compañera.

Creo que lo mejor es no andarse por las ramas. Soy un tipo bastante directo y aunque por mi trabajo no me quede más remedio que utilizar un tono amable, con palabrería que en muchos casos solo adornan el hecho en sí, en mi vida diaria suelo ser pragmático. No voy a mentir a Carla, le diré que tengo planes, que voy a salir y asunto concluido.

El viernes llega, ella ha salido antes de trabajar y no sé a qué hora volverá. Aprovecho para comer y después de recoger, hacer algo de compra. En este aspecto no nos hemos puesto unas normas claras,

pero me veo en la obligación de aportar algo. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que no me va a cobrar nada por estar aquí, así que no me lo pienso.

Paso la tarde dormitando en el sofá, cambiando de canal sin ver nada hasta que oigo la puerta. Es Carla, viene cansada, o al menos eso me parece.

—Hola, Carla, ¿se ha alargado la comida? —afirmo.

—Ya sabes cómo es Agustín, se enrolla y no para de hablar, da vueltas a lo mismo una y otra vez y como no te deja hablar pues ahí estábamos aguantando el tipo —se queja dejándose caer sobre el sofá a la vez que resopla.

—Algo sé —contesto—. Deberías descansar un poco —sugiero.

—Un mucho, no me muevo de casa ni loca —confirma.

—Yo saldré un rato por la noche —sentencio sin más.

—Te acompañaría, pero estoy muy cansada—se ofrece y en este momento debo cortar su intención. No quiero que me fastidie el plan. Sé que lo hace con toda la buena intención del mundo, que actúa como una amiga. Que quiere que me integre en la ciudad y hacer mi vida más fácil, pero eso no es lo que quiero.

—He quedado —afirmo levantándome del sofá.

—De acuerdo entonces, así no estarás solo —murmura adormilada. Se ha quitado los zapatos y se ha hecho una bola en el sofá. Es cuestión de minutos que se quede dormida.

Me tomo mi tiempo para arreglarme, aún me quedan muchas horas para que Carolina salga de su turno, sin embargo, creo que los viernes está menos tiempo currando y si tiene poco jaleo tal vez pueda darme conversación. No sé si quiero saber mucho más de ella. Lo que quiero es follar con ella, pero reconozco que las pocas conversaciones que hemos mantenido han sido agradables, y me parece que honestas. Al igual que yo, no se anda por las ramas y eso se agradece. Desde que Elo me dejó he tenido posiciones encontradas en cuanto a mujeres se refiere. No me fío, y me da la sensación de que todas me mienten o que sus intenciones no son buenas. Supongo que todo será el resultado de mi decepción y mi rabia por lo que me hizo Elo; espero que esto sea transitorio y todo vuelva a ser como antes. Con las dos mujeres que mantengo más contacto ahora mismo no he tenido problema. Tal vez, sea el momento de empezar otra vez a confiar en el género

femenino. No todas son iguales, rectifico, no todas son como Elo. No he tenido ningún problema con Carla y con Carolina tampoco. Tal vez mi ex sea la excepción.

Aparezco en el Manhattan y está bastante vacío. Carolina en cuanto me ve llegar me obsequia con una sonrisa abierta y reconozco que me alegra. Me da conversación sin desatender su trabajo. No hablamos de nada en particular. Qué tal nuestra semana, que el local está muy vacío confirmándome que mucha gente está de exámenes. El Manhattan cierra a las cuatro habitualmente, pero esta noche en particular a las tres y media Carolina está fuera. Su jefe ha aparecido y al ver que no había nadie ha cerrado. Por mí perfecto, media hora más que tengo para disfrutar de su cuerpo. La estoy esperando en la puerta cuando aparece. Hoy lleva un vestido muy ajustado de color negro, media tupida también de color negro y botas bastante roqueras. Me encanta su estilo. Se dirige a mí con paso firme, me agarra del cuello y me atrae hacia ella dándome un beso que me deja sin aliento. Es increíble esta mujer. No le importa nada absolutamente, o esa es la sensación que a mí me da. He sido previsor y he reservado una habitación en el hotel en el que he vivido todos estos días antes de aparecer por el Manhattan. No me parece de recibo aparecer con una mujer en la casa de Carla tan pronto. Es su casa, merece un respeto.

Llegamos al hotel corriendo como casi desde que conozco a Carolina. Entramos en la habitación y nos tiramos en la cama. Nos estamos besando durante mucho tiempo y está claro que mi prioridad es acostarme con ella, pero reconozco que me encanta cómo besa. Desde el principio sus labios llamaron poderosamente mi atención. Además de ser carnosos, son sensuales y muy apetecibles, como todo su cuerpo.

Nos desnudamos poco a poco, parece que ninguno de los dos tenga prisa. Otras veces vamos más desesperados, pero hoy parece que nos queremos tomar las cosas con calma. Me encanta como Carolina me folla, porque es ella la que en muchas de las ocasiones en las que nos hemos acostado, me lo hace a mí. Me gusta que tenga esa iniciativa, que disfrute con su forma de amar. Me parece maravilloso. Nos vamos acariciando lentamente y tentando, esto es nuevo para mí con ella. Siempre hemos ido al grano, esto podría decirse que es hasta romántico. Estamos excitados, eso es evidente, pero vamos a alargar

todo lo que podamos nuestro encuentro. Al menos por mi parte. Tiento a Carolina, pero ella se me adelanta, sin pensárselo me agarra la polla y se la mete en la boca. ¡Dios! Si sus besos son maravillosos, que me la mame así es brutal. Al igual que cuando me besa ejerce una presión contra mi polla que hace que se vea prisionera y creo enloquecer. No hago nada, estoy tumbado en la cama cual hombre de Vitruvio y ella en medio de mi cuerpo comiéndome el pene. Me acaricia las pelotas y el interior de mis piernas y es un masaje más que agradable. Sigue con su comida particular y como siga así creo que me correré antes de que pueda hacerle algo. Sigue sin descanso, parece que no tiene visos de parar y me dejo, solo puedo jadear y sentir que esta tía es maravillosa. Sin poder evitarlo me corro en su boca a la vez que ella me estruja los testículos; jamás antes me lo habían hecho así y reconozco que ha sido una sensación nueva para mí. Me he estremecido cuando ha ejercido una presión bastante fuerte sobre ellos, aunque soportable. A medida que eyaculaba me apretaba más y me ha encantado. Me ha dejado sin fuerzas, exhausto, pero supongo que debo ser solidario con ella y darle placer. Qué mínimo. Intento recomponerme como puedo, creo que debo ponerme en acción. No podré en un rato hacerle lo que me gustaría, pero eso no es excusa para darle lo que demanda sin hablar. Ella se tumba a mi lado y busco su boca pero me rechaza, tal vez sea porque se ha tragado todo mi semen y no quiere besarme, lo desconozco. El caso es que mete su cabeza entre mi cuello y me lo lame. De nuevo me estremezco y es que estoy sensible de más. Empiezo a acariciarla lentamente, quiero masturbarla, se lo debo. Pero ella lentamente aparta mis manos de su sexo y me las coloca en su espalda. Parece que quiere que la abrace. Así lo haré.

Me despierto, son las siete de la mañana. Estoy desnudo en la cama. Ni rastro de Carolina. Tengo algo de confusión. No sé qué es lo que pasó anoche. Creo que nada más me corrí yo. Tengo la mente abotagada. Me desperezo, me doy una ducha que me sirva para aclararme y me voy a casa. No quiero encontrarme con Carla. Me meteré con sigilo en la cama mientras pienso en todo lo que ha sucedido.

El sábado por la mañana lo dedico a dormir y en cuanto empiezo a oír ruidos me despierto y me levanto. Es Carla que está limpiando.

Desayuno de pie y me presto a ayudar. Nos repartimos tareas y en poco tiempo tenemos la casa lista. Así es mucho mejor. Yo cocino, ella se encarga del baño. La habitación que ocupamos cada uno de los dos la limpiamos de forma individual. Así da gusto. Como con Carla entre risas, lo cierto es que en el trabajo es bastante seria, pero cuando salimos es divertida. Algo clásica en según qué cosas, pero es muy agradable hablar con ella. Además, creo que es una tía de fiar. Leal, honesta…no sé, en definitiva, buena tía. En la conversación sale a relucir nuestros planes para la próxima noche. Yo, como siempre, no he quedado con Carolina, pero iré a su encuentro. Aún sigo cavilando acerca de lo que pasó la noche anterior. Estoy descolocado. Ella va a salir con sus amigas, es más, me enseña un vestido que se ha comprado y que quiere estrenar. Esta escena me ha recordado a mi vida con Elo. Ella era muy coqueta y en cuanto llegaba a casa con un nuevo modelito se lo probaba para que yo le diera mi opinión. Siempre le decía que no me gustaba, que sobraba tela por alguna parte o que una arruga aparecía cuando caminaba…todo bromas para hacerla dudar. Después iba hacia ella, la abrazaba y le decía que se pusiera lo que se pusiera me seguiría gustando. No quiero pensar en ello, a veces me siento como un auténtico gilipollas por todas las cosas que hice estando con ella. No es que me arrepienta, sin embargo, me da la sensación de que ella se estaba riendo de mí continuamente… Y no es cierto, nos queríamos, pero después de lo que ha pasado, todo lo veo así.

Estoy inquieto, necesito salir de casa y encontrarme con Carolina. Reconozco que el encuentro de ayer fue diferente a los anteriores y no termino de saber el por qué. Creo que deberíamos hablar del asunto, pero conociendo a Carolina como la conozco, será poco probable.

A las cuatro en punto estoy en la puerta del Manhattan, veo a la gente desalojando el local y ella no sale. Me muevo de un lado al otro de la calle. No entiendo por qué me comporto así, pero necesito verla. Estoy de espaldas a la puerta del bar cuando me giro para volver sobre mis pasos y me choco contra ella. Sin pensármelo pongo mis manos a ambos lados de su cara y la beso, creo incluso que he hecho que ella se pusiera de puntillas al hacerlo. Quiero acercarla tanto a mí que esa es la sensación que me ha dado. Apenas tiene margen de maniobra. La justa para morderme los labios, y creo que voy a enloquecer. Dolor y

placer unidos en un beso. Me ha excitado como nunca. El beso dura bastante tiempo. Su lengua lucha con la mía mientras sigo sosteniéndola con mis manos. En cuanto el beso cesa, nos agarramos de la mano y nos vamos al hotel.

En la habitación no hay tregua. Parece que Carolina tiene ganas de guerra, se comporta de forma hasta violenta, diría yo. Lo de ayer fue un lapsus, no lo sé. Pero no voy a averiguarlo. Quiero que me exprima, que me folle o lo que quiera. Sin duda, esta mujer es de las mejores que he encontrado nunca. Lo hacemos de forma desesperada, ella a mí y yo a ella. Ni una ni dos veces, sino tres a lo largo de las pocas horas de las que disponemos. Sé que tiene un hijo y que ha de volver a atenderlo, por eso creo que la desesperación es máxima, al menos por su parte. No queda ni un centímetro de piel por tocar, acariciar, lamer, morder…y eso es maravilloso. Exhausto como nunca, me quedo dormido casi cuando empieza a amanecer. He visto que Carolina se vestía y se iba, no he podido ni siquiera acompañarla a la puerta. Es una falta de consideración por mi parte, lo sé, pero es que no puedo ni moverme.

Capítulo 26

Carla

Algunos domingos voy a comer a casa de mis padres. Me sabe mal dejar a Kilian solo en casa, pero creo que se ha acostado casi siendo de día. Yo salí con las chicas y me lo pasé genial, nos divertimos, reímos y bailamos. Sin mayor problema pasamos una noche agradable. El vestido que llevaba era espectacular, además a Kilian también le gustó. No me lo puse por él, pero reconozco que, que me dijera que me quedaba muy bien me alegró más el día. Estoy encantada con su presencia en casa, cuando vivía sola era como que a mi hogar le faltaba algo para serlo del todo. Puede que estos pensamientos sean cosas mías, seguramente así sea. Nunca me he sentido sola estando en mi casa, sin embargo, la presencia de Kilian hace mis días mejores.

Llego a casa por la tarde y me encuentro a Kilian tumbado en el sofá, tapado con una manta viendo una película. Es tan sexy verlo así que no he podido evitar sentir un hormigueo en mi entrepierna. Realmente me gusta. No lo dudo. Me cambio de ropa, me desmaquillo y me siento a su lado. Él extiende la manta para taparme con ella y estos detalles son maravillosos. Estamos en silencio, pero es que ni siquiera tengo necesidad de hablar con él, me siento en paz estando a

su lado. Con ser conocedora de que está cerca de mí estoy conforme, ¿esto es normal? Creo que no.

El lunes comienza con fuerza. Kilian y yo vamos juntos a trabajar, y el compartir el viaje, aunque sea corto, es un aliciente. Además, es él. Tan guapo con su traje, con esa mezcla de elegancia y a la vez de rebeldía. Jamás pensé que me gustara un tipo así, pero es que me encanta. A lo largo de la mañana intercambiamos alguna información y todo va a la perfección. Tengo un viaje programado para esta semana y reconozco que nunca antes me ha importado el ausentarme ni del trabajo ni de mi casa, pero de repente no me apetece salir. Quiero volver, compartir una ensalada con él, cedernos el mando de la tele, bobadas que ahora me parecen la actividad más amena del mundo. Nada más será martes y miércoles, y me gustaría que me acompañara, pero no puede ser. Espero que si el proyecto va avanzando a buen ritmo él pueda venir conmigo a alguno de esos viajes. No serán vacaciones y mucho menos una luna de miel, sin embargo, me encantará compartir la experiencia a su lado.

Volvemos a casa a la vez y mientras él calienta la comida yo voy a hacer la maleta que me está dando una pereza horrorosa. Además, no encuentro nada que me guste especialmente; en otras ocasiones tengo claro qué es lo que voy a incluir, el vestuario para esta reunión, lo que llevaré puesto en el viaje, pero hoy no. No quiero hacer ese viaje. Kilian llama a la puerta de mi habitación, y no he podido evitar dar un pequeño salto cuando lo ha hecho. Nunca ha entrado aquí, o al menos cuando yo estoy en casa; es como si hubiera una frontera invisible que no se debe traspasar. Salgo azorada porque mis pensamientos me han llevado por otros derroteros, imaginándome a Kilian en mi cama y no era precisamente para contarme un cuento. Me he excitado solo de pensarlo.

Comemos los dos juntos en la cocina. Me quejo por mi inminente salida y él me anima. Me dice que es un trámite, que así no tendré que ir a la oficina ni aguantar al compañero pesado de al lado que no hace más que interrumpir. Si él supiera que sus interrupciones son lo mejor del día, pero evidentemente no puedo decírselo. Nunca he sido muy decidida en asuntos de amores, siempre he esperado a que la otra persona se lanzara y si en alguna ocasión lo he hecho yo ha sido cuando tenía la certeza de no ser rechazada. Soy así, tal vez mi

educación o mi forma de pensar hace que sea tímida en estos aspectos; a veces, odio actuar así y me gustaría que todo cambiara, pero como me conozco sé que después estaría aún peor. Remordimientos siempre, que me atormentan.

Salgo de casa con más pena que otra cosa. Quiero quedarme con Kilian. Sé que él está en otro punto, sin embargo, hay ciertos detalles que me hacen pensar otra cosa. Es muy atento conmigo, la convivencia va genial, además me confesó cosas de su vida anterior sin apenas conocernos, es como para pensar que aquí puede o hay algo más. No lo sé, tal vez, estos dos días de distanciamiento me hagan caer en la cuenta de que son cosas mías, que no hay nada, ni posibilidades de otro tipo de relación. Nos despedimos, Kilian me promete que va a ponerse a buscar piso en estos días en los que se aburrirá sin mí, y me hace una enorme ilusión que diga eso, pero por otro lado no quiero que encuentre otro sitio. No ahora. Llevamos poco tiempo viviendo juntos y ya me he acostumbrado a él. Creo que esto va demasiado rápido. Siento vértigo. Esta locura que empezó como una travesura para mí se está convirtiendo en una aventura apasionante, me noto el corazón latir con más fuerza, estoy ilusionada, más que ilusionada, enamorada. Probablemente sea demasiado pronto para asegurar tal cosa, pero así lo siento.

Los días fuera de la oficina los paso trabajando y en cuanto tengo tiempo libre ni siquiera hago turismo. En otras ocasiones, visito ciudades, me doy una vuelta, me mezclo con los habitantes y me pierdo entre las calles, pero esta vez no. Voy directa al hotel. No dejo de pensar en Kilian, llevo todo el día apartándolo de mi cabeza para centrarme en el trabajo, pero a pesar de ello de vez en cuando es inevitable abstraerme y dedicarle unos minutos. Lo he llamado con una excusa imbécil acerca del trabajo. Solo por oír su voz, por saber qué estaba haciendo en ese momento. Pareceré idiota, y seguramente me esté comportando como tal, sin embargo, me siento de esta manera.

Vuelvo el miércoles por la tarde a casa. Estoy deseándolo. Las reuniones han ido geniales, sin embargo, no es lo que más me importaba. Quiero reencontrarme con Kilian; se está convirtiendo para mí en algo así como una necesidad. Entro nerviosa a mi casa, ¿cómo es posible esto? Oigo música, me acerco hasta el lugar del que

proviene, es la habitación de Kilian. Tiene la puerta entreabierta y como si fuera un ladrón, asomo la cabeza para verle bailando al son de una música infernal, que me da exactamente igual. Va en pantalón de pijama y camiseta de algodón de manga corta. Baila, pero siempre en el mismo sitio. No entiendo por qué. Está como anclado. Huelo a agua caliente, a vapor más bien. Llamo con los nudillos a su puerta. Él se gira y cuál es mi sorpresa que tiene la plancha en la mano. ¡No puede ser más perfecto! Las perchas con las camisas recién planchadas cuelgan del extremo de la tabla de planchar. Increíble.

—Hola, Carla, ¿cómo ha ido? —pregunta bajando el volumen del ordenador portátil.

—Hola, Kilian, bien, como te comenté ayer, puro trámite —explico.

—Me alegro. Ya he terminado —confirma desenchufando la plancha.

—Ya veo, tenías tarea, ¿eh? —digo como si fuera imbécil.

—Sí, ya me he puesto al día, además te he planchado unas cuantas camisetas que estaban secas—comenta y desde ya confirmo que es perfecto. Que me haya hecho ese favor no tiene precio. Será algo insignificante, pero para mí está lleno de sentido.

—Oh, gracias —digo cortada—. No tenías por qué.

—Ya, pero una vez que me pongo, me da igual planchar cuatro que cuarenta—responde con una sonrisa en la cara.

—Tendré que hacer algo para pagarte el favor—digo improvisando.

—No tienes que hacer nada, demasiado que me dejas vivir aquí—afirma mientras dobla la tabla.

—No te preocupes por eso, tómate tu tiempo —sugiero queriendo que se tome al pie de la letra mis palabras.

—Ya he contactado con la inmobiliaria de nuevo, va a volver a buscarme algo que me cuadre—confirma y deseo con toda mi alma que no haya un solo piso que cumpla con sus expectativas.

—Toca esperar —digo algo chafada porque si se cumplen los pronósticos en pocos días Kilian estará fuera de mi casa.

—Sí, enseguida estoy contigo—me dice mientras me tiende mi montón de camisetas perfectamente planchadas y dobladas.

Paso el resto de la tarde con Kilian, comentamos la reunión

durante la cena. No me gusta en exceso llevarme el trabajo a casa, pero como él está involucrado en el tema, es conveniente que lo sepa. Si es necesario, mañana se lo explicaré detalladamente. Estoy deseándolo nada más por pasar más tiempo a su lado. Me siento aliviada por estar en casa.

El resto de la semana es maravillosa, tener a alguien con el que compartir mi rutina me gusta. Más de lo que quiero admitir. Y es que creo que esto es lo que busco en una relación, estabilidad, serenidad, compartir, no sé…, otras cosas más allá del sexo. Si dijera que no quiero sexo con Kilian mentiría, pero eso ya llegará, al menos eso espero. Estoy convencida de que la base de una buena relación es en primer lugar conocerse y ser amigos, y después el sexo. Creo que mi posición es totalmente diferente a la que tiene Carolina. Según ella, no necesariamente hay que seguir este orden y en alguna ocasión me ha dicho que una relación amorosa primero puede estar basada en el sexo para después convertirse en algo más serio, donde haya sentimientos, complicidad, amor… yo la verdad no lo veo así. Nunca podría establecer una relación sexual sin conocer a la persona en cuestión, al menos algo. Lo de follar por follar no lo concibo.

Capítulo 27

Carolina

He quedado con Carla ante su insistencia. Me ha pedido con urgencia el vernos por la tarde. No tengo muchas ganas de socializar y es que arrastro un cansancio extremo. El trabajo entre semana, los madrugones, y los fines de semana en los que no paro se unen a la energía desbordante de mi hijo que hace que acabe exhausta. Esto me va a pasar factura. Es cierto que podría bajar el ritmo, pero además de Pablo, es Kilian el que me hace más amenos los fines de semana. Lo paso genial con él, nos entendemos a la perfección en la cama y eso me gusta. No hace falta explicar lo que me gusta y lo que no, él lo capta, además de dejarme hacer lo que yo quiero. Una de las mejores cosas es que no tenemos que darnos explicaciones, en realidad no hemos hablado de nada de nuestras vidas y aunque reconozco que en ciertos momentos me gustaría, las cosas así son más fáciles. El viernes sucumbí, me abracé a él y me quedé dormida. No necesitaba sexo, quería sentir a alguien abrazándome, sentir su calor y me dejé llevar, eso sí, esa debilidad desapareció la noche siguiente. Creo que se lo dejé claro, en algunos momentos me sentí hasta cruel con él. Espero que esto no le eche para atrás y huya de mí. Me comporté de forma

violenta en algunos momentos, lo reconozco, pero es que no quería que se repitiera la escena del día anterior. En el fondo lo digo con la boca pequeña, me encantaría tener a alguien a mi lado, pero de momento no es prioritario, tal vez, cuando Pablo crezca, me plantee una relación. Puede sonar egoísta y seguramente lo sea. No querer quedarse solo y empezar algo con alguien no dice mucho de mí, pero me he hecho tantas ilusiones en vano que no quiero pasar por ello otra vez. Lo del padre de Pablo no lo tengo asumido todavía, han pasado cinco años y aunque sé que no estoy enamorada de él, si se acercara a mí de nuevo, empezara a hablar conmigo, quedáramos… haría que se desestabilizara mi salud mental y seguramente cometiera más errores aún.

Carla me ha pedido vernos en una cafetería, aunque no estaba en mis planes. Prefiero que Pablo juegue en el parque, pero parece importante.

—Hola, Carla—digo nada más entrar. Siempre puntual y hecha un pincel.

—Hola, Carolina, ¿qué tal? —pregunta a la vez que remueve el pelo de la cabeza de Pablo.

—Bien, con mucho trabajo, pero bien. Cuéntame —pido algo preocupada.

—Está bien —comienza—. No sé ni cómo empezar, de hecho, me da vergüenza confesarte esto —se retrae, se siente avergonzada y no entiendo el porqué.

—Bueno mujer, si no quieres contármelo no pasa nada —digo queriendo que se sienta más cómoda. Todos tenemos derecho a rectificar.

—No es que no quiera, pero me da apuro—aclara—. Creo que me estoy volviendo loca —confiesa y cada vez entiendo menos.

—Como no te expliques mejor creo que no podré ayudarte —digo impotente por no saber leer entre líneas.

—Vale —sentencia, inspira fuertemente y prosigue —. Se trata de mi compañero de piso —calla tras esa afirmación.

—Sí, tu compañero de piso —reitero y creo que como no tire yo de la manta esta conversación tiene visos de alargarse demasiado en el tiempo—. ¿No van bien las cosas? —pregunto con temor a que me confirme la fatal noticia.

—No es que vayan mal, ¡van fenomenal! —confirma entusiasmada.

—Ah, qué susto, ¿entonces? ¿Cuál es el problema? —pregunto de nuevo.

—Problema no hay —confirma—. El caso es que me encanta vivir con él, es muy atento y tiene unos detalles…—dice con cara de lela.

—¿Qué tipo de detalles? —pregunto, curiosa.

—Ayer cuando llegué de un viaje de trabajo me estaba planchando las camisetas, ¿se puede ser más mono? —pregunta con una sonrisa en la cara.

—Es un detalle muy bonito —aseguro y no entiendo muy bien donde quiere llegar.

—Pues… como te iba diciendo, me encanta vivir con él, es muy divertido y creo que es lo que estoy buscando en una relación. Estabilidad, serenidad…no sé —duda levantando los hombros.

—Eso está muy bien, Carla, me alegro por ti —contesto con sinceridad.

—¿Crees que debería decirle algo? —pregunta mirándome fijamente esperando una respuesta.

—Algo ¿de qué? —inquiero.

—No sé, lanzarme… ya sabes —dice mordiéndose el labio. Incluso parece que le da vergüenza confesarme sus sentimientos.

—¿Quieres hacerlo? —pregunto.

—No es que quiera hacerlo, me encantaría hacerlo. La pregunta es: ¿me atreveré a hacerlo? —contesta.

—Vamos a ver —digo seria—. No es cuestión de que te atrevas o no, es cuestión de si es lo que quieres o no —concluyo.

—Mira Carolina, soy muy tímida. Nunca antes me he planteado este tipo de cosas. Es más, lo más atrevido que he hecho en mi vida ha sido pedirle que se viniera a vivir conmigo, y eso no ha sido exactamente así. Ha sido debido a las circunstancias—explica—. En mi vida amorosa jamás me he atrevido a insinuar y mucho menos a confesar a ningún hombre mis deseos, no quiero decir con esto que sea una mojigata ni nada por el estilo. Me refiero a que siempre he tenido la certeza de que la respuesta iba a ser sí cuando me he decidido a dar el paso —concluye y parece que se ha quitado un peso de encima. Creo que ha inspirado profundamente cuando ha

terminado.

—Entiendo, y ahora quieres lanzarte con él, ¿no? —afirmo facilitándole las cosas.

—Más o menos, lo que no sé es cómo ni si la respuesta va a ser la que quiero —confiesa.

—Declararse a alguien es difícil, y nunca se tiene el cien por cien de garantías de que vayas a ser correspondido —cavilo en alto—. Pero si estás decidida, adelante —sentencio moviendo las manos en señal de apoyo.

—¿Crees que debería hacerlo? ¿Tú lo harías? ¿Cómo lo hago? —pregunta una y otra vez.

—No lo sé Carla, yo te puedo dar mi opinión al respecto, pero no te voy a decir cómo hacerlo. Eres tú la que decides —añado y veo decepción en su cara.

—Pensé que me ayudarías —afirma chafada. En su cara se ha instalado la mayor de las decepciones, sin embargo, es ella la que debe tomar la decisión de cómo y cuándo. Yo no soy nadie.

—Yo te animo a que lo hagas si es lo que quieres —respondo—. ¿Cuáles serán las consecuencias de tus actos? —pregunto y como no contesta, lo hago yo, a veces Carla necesita que alguien dé el siguiente paso, que se anticipe a su respuesta—. Puede que este sea el comienzo de una nueva vida si todo sale bien o por el contrario…—continúo, pero dejo la frase en suspenso.

—Ya, tengo que pensarlo —dice—. Al menos un poco más. Todavía no estoy segura.

—No tienes prisa, Carla, de momento está en tu casa, tienes tiempo de sobra —aseguro para que se quede más tranquila.

—Muchísimas gracias Carolina. Nada más necesitaba contarle a alguien lo que me preocupa sin ser juzgada —admite con una sonrisa dulce en la cara.

—Estás muy enamorada ¿eh? —digo dándole un codazo.

En cuanto digo esa frase, Carla se explaya. Me cuenta pormenorizadamente cómo se comporta su compañero de piso. Los problemas que ha tenido con su ex y el por qué está viviendo en su casa. Está absolutamente enamorada de él y me gusta que esté ilusionada. Tiene otro brillo en la cara y la noto mucho más activa.

Me voy con un buen sabor de boca. Me alegro por mi amiga,

aunque apenas hemos hablado de mí. Era ella la que ha acaparado toda la conversación, pero se ve que necesitaba expulsarlo, contarle a alguien sus pensamientos y que me lo haya confiado a mí me gusta. Creo que Carla es lo más parecida a una amiga. Tengo otras, pero la distancia entre nosotras cada vez es mayor. Es inevitable, sus vidas son bastante diferentes a la mía y es lógico que nos distanciemos.

Capítulo 28

Kilian

Reconozco que vivir con Carla es facilísimo. Solemos coincidir por las tardes en casa, cuando ella vuelve del gimnasio y he de decir que nos entendemos a la perfección. Tenemos todo más o menos hablado y no hay problema alguno. Cuando vivía con Elo también lo hacíamos así y es posible que esa sea la receta. Para que la convivencia funcione hay que colaborar entre los dos y poner un poco cada uno. He hablado con la agente inmobiliaria y la he tranquilizado diciendo que de momento tengo un lugar en el que vivir pero que no descuide la búsqueda. Es más, tengo las cosas claras y un piso como en el que estoy viviendo ahora sería ideal para mí. Así se lo hago saber y la mujer, muy amablemente, toma nota de todo lo que yo le digo y se pone a ello. No quiero abusar de la hospitalidad de Carla y si me voy no es porque esté incómodo, si no, porque debo hacerlo. Me gusta hablar con ella. Más o menos nos vamos conociendo, le he contado mi historia de amor con Elo y ella siempre me escucha atenta, y me da palabras de ánimo. Está muy buena también, eso lo admito, y podría llegar a sentir algo, pero creo que en estos momentos, por mi situación personal con Elo y porque mi vida sexual con Carolina está más que

cubierta, no veo la posibilidad. Podría considerar a Carla una de mis mejores amigas. Tengo otras, pero la distancia hace que la relación se haya visto afectada. Hablo por teléfono con amigos y amigas, pero el roce ya no es tal. Cuando mi relación con Elo terminó me di cuenta de quiénes estaban ahí, conmigo, apoyándome en esos duros momentos. Me puse algo pesado con algunos, contándoles mis penas, avasallándoles a llamadas para que me escucharan y así volcar mi frustración con alguien. Necesitaba apoyo, que me entendieran, que me escucharan y si era posible que me explicaran el porqué de esa situación. Era inconcebible para mí. Aún no la entiendo y en esos momentos mucho menos. Otros directamente se apartaron, no querían problemas o se posicionaron con Elo. Me decepcioné como era lógico, pero esto me ha servido para darme cuenta de quién sí y de quién no. Ahora puedo contar con los dedos de una mano a mis verdaderos amigos, los otros eran conocidos nada más.

Hoy es viernes, necesito salir y encontrarme con Carolina. Se ha vuelto una costumbre para mí. No tengo ni la menor idea de qué es lo que ella siente o qué espera de esto, sin embargo, a mí me parece que estamos fenomenal de esta manera. Reconozco que me gustaría encontrarme con ella algún día entre semana, pero no tengo su teléfono y en las escasas conversaciones que hemos tenido me ha dejado más o menos claro que esto será así. No me importa de momento. Obtengo lo que quiero y ella parece que también, es algo así como un pacto no pactado. Podría decirse que con Carolina es con la mujer que he mantenido una relación más seria desde que terminé con Elo. Puede sonar paradójico en incluso algo pretencioso el decirlo, pero así es. Tuve mi época de desenfreno, pero no tenía nada fijo; con ella sí, y es una relación basada en el sexo, ¿puede haber algo mejor para un hombre? Sí, sin duda. No soy de esos tipos que atesoran conquistas y conquistas, también me gusta estar en pareja. De hecho, los mejores años de mi vida fueron con Elo. Pero en estos momentos puedo decir que así estoy bien.

Llego al Manhattan esperando ver a Carolina y no hay rastro de ella. Pregunto a otra camarera y no sabe darme ninguna explicación. Pregunto a otro compañero que en otras ocasiones ha trabajado con ella y me dice que no ha ido a trabajar. Los motivos los desconoce, no sé si estará enferma o no le tocaba trabajar. Vuelvo a casa frustrado y

algo preocupado.

El sábado estoy en casa como un león enjaulado y es que no dejo de pensar en Carolina. No sé por qué, pero de repente me preocupo por ella. Decido dar una vuelta con la bicicleta que me envió Elo. Me ha venido bien el paseo, el rato que he estado montado en ella no he pensado en nada. Vuelvo a casa exhausto y no sé qué hacer, si salir o no. Tal vez si vuelvo al Manhattan, Carolina no esté y me llevaré otra decepción. Puede que no trabaje allí más. No lo sé. Me fastidiaría acabar con esta historia así de golpe y porrazo, pero no puedo hacer otra cosa. Esta ciudad no es tan grande, pero no puedo ir de bar en bar buscándola. Puede que no sea nada más que ella tenga la noche libre o que esté enferma. No debo preocuparme en exceso.

Llego a casa y me doy una ducha, me pongo ropa cómoda y me tiro en el sofá. Carla no está en casa, así que puedo ver lo que me apetezca en la televisión. No sé si saldré más tarde, me gustaría ver a Carolina, pero tengo mis dudas de si la encontraré. A las ocho de la noche aparece Carla cargada con bolsas, debe de venir de comprar.

—Hola, Kilian —dice entusiasmada.

—Hola, Carla —contesto adormilado. Estaba traspuesto en el sofá.

—¿Qué tal la tarde? —pregunta mientras deja las bolsas sobre la mesa.

—He ido a dar una vuelta con la bici, me he duchado y me he tirado en el sofá —resumo incorporándome.

—Yo he gastado mucho dinero en la mitad de tiempo que tú —comenta riendo, cosa que me hace reír a mí también.

—¡Venga! Enséñame lo que te has comprado —digo animándola, necesito espabilar.

—¿En serio? —pregunta incrédula.

—Si quieres —contesto temiendo que haya podido meter la pata.

—Sí, claro —confirma sonriéndome.

Carla empieza a sacar de las bolsas ropa y más ropa. Americanas, camisas, algún pantalón y un vestido. Un par de zapatos y un bolso. Tenía razón en lo que decía. Se ha gastado una pasta. Ella se pone la americana, el vestido lo sobrepone en su cuerpo para que me haga a la idea, y creo que además de buen gusto le quedará fenomenal.

Cuando Carla termina de mostrarme su ropa se va a la habitación a ordenar lo que ha comprado, dejándome de nuevo solo. A los pocos

minutos sale.

—¿Hoy no sales? —pregunta. Se ha cambiado de ropa y se ha recogido el pelo en una coleta despeinada.

—Pues no sé qué hacer —contesto estirándome.

—Si quieres cenamos tú y yo en casa y después decides. Yo creo que no saldré, he estado toda la tarde con las chicas de compras y estoy cansada—explica. No tiene que darme explicaciones, sin embargo, lo suele hacer.

—¡Hecho! —digo levantándome—. Yo preparo la cena —me ofrezco. Voy hasta la cocina, abro el frigorífico, miro lo que contiene y puedo hacerme a la idea de lo que cocinar, aun así, me faltan algunos ingredientes—. Necesito bajar al super —comento al volver al salón.

—Si quieres te acompaño —sugiere Carla.

—No te preocupes, no tardo nada —digo desde mi habitación. Me pongo las deportivas, cojo dinero y salgo a la calle.

El supermercado está a escasos cinco minutos de la casa de Carla. Hago la compra rápida y vuelvo a casa. Me meto directo en la cocina. He decidido sobre la marcha que la cena será tipo picoteo, muchas cosas de todo, pero en pequeñas cantidades. He comprado sushi preparado, esa siempre es una muy buena opción, además de dos botellas de vino blanco que he metido a enfriar. Preparo una bandeja con unos canapés variados, unos langostinos que tenían una pinta estupenda en la pescadería y que haré a la plancha y de postre voy a hacer un mousse de chocolate con licor de café. Es una receta facilísima y con la que siempre se acierta. Todo está listo; en cuanto pongo los langostinos en el plato, lo llevo todo al salón; cenaremos en la mesa baja mientras vemos la televisión y hablamos. Ha sido algo improvisado y estas cosas siempre salen bien.

El vino está a una temperatura ideal y con el marisco y el sushi se complementan a la perfección. Veo a Carla cómoda, me habla, alaba mi buen hacer en la cocina y me quito mérito, no ha sido para tanto. Comenzamos a hablar de nuestras vidas anteriores.

—Este vino está buenísimo —dice cuando bebe.

—Sí, la verdad es que está bueno. De lo que tenían en la bodega del super era de lo mejor —explico.

—Yo no entiendo mucho de vinos; cuando estaba con Richard era él el que elegía siempre —comenta mientras come sushi.

—¿Mucho tiempo con él? —pregunto intrigado. No suele hablarme de su vida amorosa, pero este nombre ya lo he oído en más de una ocasión.

—Pues en realidad creo que sí, tuvimos una relación intermitente, estábamos juntos, después nos separábamos, luego volvíamos —responde mirándome fijamente a los ojos.

—¡Vaya! Era como que lo dejabais, pero no podíais estar el uno sin el otro, —afirmo.

—Más o menos. Creo que intentamos que se arreglara, que se alargara en el tiempo algo que estaba roto ya, pero bueno —comenta encogiéndose de hombros.

—Yo con Elo no tuve opción. Fue como un ultimátum, fuera, se acabó y me sentí como un trasto viejo, la verdad—confieso aún dolido por cómo me sacó de su vida.

—Hay veces que es mejor así, se sufre una sola vez. Yo sufrí todas las veces que lo dejamos y quieras que no, eso te va minando —aclara.

—Es posible, te aferrabas a un clavo ardiendo—musito pensando en cómo debió ser aquella relación.

—Seguramente, pero me sirvió para saber lo que no quiero en una relación —explica de forma serena. Parece que lo tiene superado. Yo todavía no he llegado a ese punto.

—Y, ¿qué es? —pregunto curioso. Tal vez ella sepa darme la pista o la solución a mis quebraderos de cabeza.

—Quiero serenidad, tranquilidad, seguridad, compartir…, no sé si me explico. Algo así como una relación más madura—explica y creo intuir a lo que se refiere.

—Entiendo —contesto pensando en lo que tenía yo con Elo. Era eso y más—. Supongo que con la edad cambian las prioridades.

—Sí, también lo creo. Cuando eres más joven quieres adrenalina, vivir todo a tope, hacer cosas arriesgadas y después pues todo eso no te llama tanto la atención —expone abstrayéndose en sus pensamientos.

—Cualquiera que nos oiga pensará que somos viejos de cien años —apunto para quitar hierro al asunto.

—¡Es verdad! —contesta ella riendo.

La conversación cambia de rumbo, se vuelve más fluida, más amena y divertida y es que Carla lo es. Me lo paso bien con ella,

además es como si fuera amiga mía de toda la vida. Hablamos de viajes, de familia, del trabajo y reconozco que conoce sitios a los que me gustaría ir alguna vez en mi vida. Me entusiasma oírla relatar detalles de aquí o de allí, qué es lo que merece la pena visitar, qué es lo que no puedes dejar de hacer si vas a no sé dónde; es increíble…

Seguimos con el postre, sin dejar de beber vino. Ya nos hemos terminado la primera botella y la segunda está casi a punto. El mousse de chocolate tiene licor, así que creo que hoy no salgo, he bebido demasiado para coger el coche.

Carla está desinhibida, está a gusto y eso se nota. Se ríe con mis ocurrencias y con mis anécdotas vividas en los países de mis respectivos padres. Se maravilla con la mezcla genética que soy yo. He de decir que es cierto. No es lo habitual y mi aspecto siempre me lo recuerda. Estoy orgulloso de mis padres. Tengo un poco de los dos y creo que me educaron de la mejor manera posible. Le cuento que tengo hermanos irlandeses y que viajo al menos dos veces al año a ver a mi padre y a ellos, por supuesto. Con mi madre lo tengo más difícil. Pero siempre nos vemos una vez, o bien viene ella de Argentina o bien voy yo. La echo de menos, pero las nuevas tecnologías nos ayudan. Cuando finalicé con Elo me ayudó muchísimo, aun estando a miles de kilómetros noté su calor y su amor hacia mí.

Capítulo 29

Carla

Salgo del baño, me siento un poco mareada, pero la verdad es que me encuentro tan a gusto estando con Kilian que no quiero que esta noche termine nunca. Es muy divertido y me lo paso genial, a parte de la atracción que siento por él, totalmente evidente. Me encanta verlo vestido de traje y eso fue lo primero que me atrajo de él, sin embargo, con cualquier cosa que se ponga me excita también. Estamos en casa, un sábado por la noche, después de cenar, charlando distendidamente y eso es lo que quiero. Quiero esta relación para mí. Es perfecta. Solo faltaría una cosa, fantaseo con la idea de estar con Kilian en otro aspecto más carnal. Me gustaría que me diera la mano y nos fuéramos a mi habitación. Me lo imagino y no puedo evitar sentirme acalorada. Creo que amaría más o menos de la misma forma que se comporta en el día a día. Tal vez sea una ensoñación mía y no sea cierto lo que mi mente imagina, pero que me gustaría es obvio.

Vuelvo a sentarme en el sofá, él se encarga de todo. Ha servido un par de copas, dos *gin tonics*, y reconozco que está buenísimo. Me vendrá bien refrescarme, mi mente me ha jugado una mala pasada. Doy un trago largo y me sienta fenomenal. Kilian me sonríe y me le

quedo mirando como una auténtica estúpida. Nunca pensé que me gustara un hombre con la cabeza rapada, con barba larga y rubia, moreno de tez y con unos ojos maravillosos. Lentamente me acerco más a él. No puedo evitarlo. Mi cuerpo reacciona a estímulos externos imposibles de obviar. Esa tentación es Kilian. Sigo acercándome, me detengo durante un instante ínfimo delante de su cara, miro sus labios y cerrando los ojos le beso. Kilian besa como me he imaginado. Sus besos son dulces, más de lo que en principio pensé. Tal y como se comporta en casa lo hace en estos momentos conmigo. Posa sus manos en mi cara y dirige la maniobra. No se ha negado, me siento tremendamente contenta por cómo se está desarrollando la situación. Tenía mis dudas, y no suelo actuar así, pero creo que todo se ha conjurado para que todo ocurra. Es mágico. El beso es largo y me entrego a él. Sin duda es de los mejores besos que me han dado nunca. Es tranquilo, aunque confieso que el deseo se va haciendo cada vez más grande en mi interior. Kilian hace que me recueste en el sofá y me dejo. Se acomoda prácticamente encima de mí mientras sigue besándome. Noto su erección en mi vientre. Necesito que me ame. Estamos muchísimo tiempo besándonos, no tengo prisa ninguna. Para mí el tiempo se ha parado. Nunca antes me había pasado esto. Con Richard tenía urgencia porque me amara, era físico más que otra cosa. Esto es muy diferente. Tal vez sea que estoy en otro punto de mi vida. La edad es diferente y no creo que haya cambiado tanto, pero lo suficiente como para esperar otro tipo de relación. Kilian recorre mi cuerpo, me acaricia con delicadeza. A veces pienso que tiene miedo a hacerme daño, o a que no me guste. No puede estar más equivocado, todo lo que haga está bien. Lo deseo. Tal y como pensé Kilian se desprende un instante de mí. Lo agradezco porque necesitaba respirar, pero solo un instante, no quiero que esto termine nunca. Me mira y sonríe. Se incorpora, me tiende la mano y me invita a levantarme. Vamos a mi habitación. ¿Es posible que mis deseos se hayan cumplido? Porque lo que está sucediendo es tal y como he imaginado. Me empieza a dar miedo lo que está ocurriendo, no por Kilian, sino porque mi mente, mi destino o vete a saber, qué me devuelve en realidad con lo que he fantaseado. Me tumba en la cama, me desnuda lentamente para después hacerlo él. Me quedo obnubilada al ver su cuerpo. Realmente es espectacular. Cada vez estoy más excitada. En

cuanto estamos completamente desnudos Kilian sigue besándome, pero se percata de algo. Me abandona durante unos instantes, los suficientes para darme cuenta de mi osadía, últimamente cada travesura que hago me está saliendo bien. Me pregunto por qué no he actuado así antes. Vuelve con un condón de la mano. Se lo pone y se inserta en mí. Se muestra delicado, me lo hace de forma incluso cariñosa diría yo. Está muy pendiente de mí y eso me encanta. Busca mi placer y el hecho de que se comporte así me resulta maravilloso. Me corro prácticamente en cuanto me penetra, y reconozco que me ha dado vergüenza. No por disfrutar, más bien porque piense que estoy muy necesitada o porque me excito con facilidad. No quiero pensar en ello. Quiero disfrutar de esto. Kilian prosigue, me masturba a la vez que me penetra de diferentes maneras y vuelvo a sucumbir. Creo que es la primera vez que me corro dos veces en un único acto. Con Richard conseguía rápido mi desahogo y después me abstraía y le dejaba que terminara lo suyo. No me interesaba nada más. Con Kilian todo es diferente. No sé cuánto tiempo estamos así, me parece mucho y a la vez poco. Me siento tan plena en estos instantes que parece que no soy yo. Acariciando la espalda de Kilian me quedo profundamente dormida. Estoy en un duerme vela continuo. De repente me giro y noto la presencia de Kilian a mi lado haciendo que me tranquilice y me quede de nuevo dormida. Esta sensación la experimento durante toda la noche y me da una calma increíble el saber que está a mi lado. Me revuelvo de nuevo en la cama. Miro el reloj despertador de la mesilla y compruebo que son las seis y media de la mañana. Con una sonrisa en la cara me giro para de nuevo abrazar a Kilian. Él no está. Me invade una decepción momentánea, pero entiendo que igual él no estaba cómodo durmiendo conmigo al lado, tal vez no esté acostumbrado a mi cama…lo desconozco, pero estoy contenta a pesar de todo. Intento dormir de nuevo, rememorando los momentos vividos con él y no puedo decir otra cosa, han sido simplemente maravillosos.

Amanezco cerca de las diez de la mañana, me desperezo y al estirarme me doy cuenta de que me duele todo. Voy al gimnasio casi todos los días, pero se ve que no ejercito algunos músculos. Estas agujetas deben de ser sin duda, fruto de mi noche de sexo con Kilian. Es recordarlo y ruborizarme, suerte que estoy sola en mi habitación. La casa está en silencio, me encantaría meterme en la cama de Kilian

y remolonear con él hasta el mediodía, pero soy consciente de que eso de momento no debo hacerlo. No soy boba, ya sé que no es mi novio… ¿Qué me gustaría? ¡Por supuesto! Lo estoy deseando. Sin embargo, tampoco sé lo que anoche significó para él. Para mí sí, lo tengo claro. Fue uno de los mejores polvos que he echado en mi vida. Por mi parte había más sentimiento que deseo, aunque los dos aspectos van de la mano. Nunca he sido de un aquí te pillo aquí te mato, y mucho menos si no hay sentimientos de por medio. Yo siento por Kilian lo que aún no me atrevo a definir y mi ilusión sería que esta relación que a partir de ahora será diferente, siga por un camino común, pero desgraciadamente no estoy en su cabeza. Tal vez él, que lleva tiempo separado, haya tenido un momento de debilidad o tenga necesidad de sexo. A fin de cuentas, es un hombre; sin embargo, la forma que tuvo de hacérmelo me indicaban otras cosas. Lo que ocurrió anoche no me da derecho a nada, lo tengo claro y lo que me va a resultar más difícil es saber comportarme a partir de ahora. Vivimos juntos, trabajamos juntos, y ¿qué tipo de relación tenemos para saber cómo actuar? En el trabajo es evidente, como hasta ahora. Pero ¿en casa? Espero que no se compliquen las cosas. Creo que mi osadía puede acarrearme problemas que no había tenido en cuenta.

Me levanto con cautela, no quiero despertar a Kilian. Llego a la cocina después de pasar por el baño. Lo cierto es que tengo una cara radiante y eso hace que no pueda evitar reírme y sonrojarme. En la cocina, al lado del microondas tengo una nota de Kilian. La cojo con rapidez y leo: «He salido con la bicicleta, nos vemos a la hora de comer. Kilian». La nota me deja un poco chafada, quería pasar la mañana del domingo con él, desayunar mientras charlamos, pero no va a ser posible. Desayuno y me activo. Tengo mucho que hacer. Quiero que cuando él vuelva esté la comida preparada, es lo justo. Ayer me preparó una cena especial y hoy quiero devolverle el favor. Además, tengo que preparar la maleta. Voy a estar toda la semana fuera. Se me va a hacer duro de verdad. El último viaje ya me costó, pero este mucho más. Son más días. Vuelvo el viernes a mediodía, así que una semana separada de Kilian, ahora que todo empezaba a rodar no creo que sea lo mejor, pero es lo que hay.

Estoy toda la mañana atareadísima. Quiero que la casa esté perfecta y ya tengo la maleta lista. No me he entretenido mucho, he

optado por la practicidad y seguramente se me olvide algo, o algún tipo de prenda no tenga con qué combinarla, pero de repente eso no me parece tan importante. Me meto en la cocina dispuesta a preparar algo delicioso, un plato con el que Kilian se chupe los dedos. Se me da genial el arroz, así que voy a preparar un arroz al horno. En cuanto dejo más o menos todo listo voy a la ducha. Quiero que Kilian me encuentre lista y guapa. Creo que estas tonterías no las hacía desde que era adolescente, en aquella época en la que no podías ver al chico que te gustaba vestida de cualquier manera, en el que pasabas demasiado tiempo eligiendo atuendo, peinado, maquillaje, complementos, zapatos y todo es todo. Donde tres horas no eran suficientes para estar lista, y después quedabas con tus amigas en el parque y lo veías pasar con sus amigos, montados en sus bicis y no te hacía ni puñetero caso. Las cosas han cambiado, espero que Kilian sí me lo haga. Solo de pensarlo me entra una risa floja.

Kilian llega prácticamente a la hora de comer. Espero que no sea demasiado tarde y que el arroz esté en su punto. Está sudando y el verlo con la camiseta pegada a su torso me hace relamer. No sé por qué razón este hombre me vuelve loca, y cosas que antes no me llamaban la atención ahora sí. Saluda y se va directo a la ducha. Le digo que no tarde, que la comida está preparada ya y que se enfría. A los pocos minutos aparece en la cocina. Huele a gel masculino, o a desodorante, no tengo ni idea, pero lo cierto es que huele fenomenal. Camiseta blanca de algodón y pantalón deportivo de color gris oscuro. Reconozco que no es el mejor atuendo, pero no puede estar más guapo. Comemos con naturalidad, más de la que en un principio esperaba. Ninguna mención a la noche anterior, ni por su parte ni por la mía. Tenía mis dudas al respecto, pensé que no me iba a saber comportar, sin embargo, parece que todo va bien. Hablamos del paseo en bicicleta, me cuenta por donde ha ido y me hace mucha gracia cómo nombra diferentes partes de la ciudad y me da explicaciones para que yo lo entienda. Aún no conoce el nombre de los lugares más emblemáticos y de las calles y me parece tremendamente tierna su forma de contármelo. Después de comer, él se presta a recoger y fregar. No quiero que lo haga, así que entre los dos terminamos rápidamente. Nos tumbamos en el sofá, cada uno en uno. Es una pena que no esté tan lanzada como la noche anterior, porque me hubiera

atrevido a sentarme a su lado, y una cosa llevaría a otra, y bueno, pues terminaríamos acostándonos otra vez. Voy a esperar, no quiero que piense que estoy desesperada o se sienta intimidado. Nos tapamos con una manta y me da el mando de la tele, me deja a mí elegir. Tras cambiar de canales una y otra vez aparece ante mí una película en la que los protagonistas pasan su verano juntos y luego se tienen que separar. Es tan fuerte su amor que él va a buscarla a su ciudad, es todo tan romántico que no puedo dejar de verla. Sé de sobra cómo va a terminar la película, con un… y fueron felices y comieron perdices… pero no me importa. Miro hacia el lugar que ocupa Kilian y veo que está dormido. Me olvido entonces de la película y me quedo observándolo: es tan guapo, y me transmite tanta serenidad que no me cansaría nunca de mirarlo. Al final, con esa visión yo también caigo en un sueño tranquilo.

Capítulo 30

Carolina

Este fin de semana ha sido rarísimo. El viernes a última hora me llamó mi jefe para decirme que fuera a la discoteca. No me gusta contar con tan poca antelación, pero es lo que toca. En los momentos de menos recursos es cuando hay que estar al pie del cañón. Como muchos de mis compañeros están de exámenes tiene la plantilla justa, así que me tocó estar allí. Prefiero el Manhattan, allí ya cuento con clientela fija y al cerrar antes, me evito a muchos borrachos. Los hay, no nos vamos a engañar, pero a la discoteca, sobre todo a última hora van todos los que no tienen más lugares abiertos. Están tan desfasados que les da todo exactamente igual. Por otro lado, al hacer más horas cobro más, aunque cada vez soy más consciente de que no merece la pena. Estoy empezando a estar cansada de la noche, si me mantuvieran el trabajo de las mañanas para siempre podría dejar esto, pero de momento, como todo es temporal tendré que seguir así. Evidentemente, aún soy joven, pero en unos años, por muy profesional que sea no me querrán. Lo tengo claro.

Además, no he visto a Kilian. Me hubiera gustado, no voy a mentir. Me gustan mis encuentros con él. No tenemos nada serio, pero

me siento muy a gusto. Él no me exige y por supuesto yo tampoco soy nadie para hacerlo. Nos encontramos, follamos y eso que me llevo para el cuerpo. Los príncipes azules, esos que vienen a buscarte porque no pueden vivir sin ti, lo dejo para las películas. La vida real es otra. Mi situación no es para nada cómoda. No llego a fin de mes casi nunca, mi hijo es mi prioridad, mucho más que yo misma, y eso tira para atrás casi a cualquiera. Quien aceptara todo eso o bien estaría loco por mí, o loco por sí solo y hace años que ya me desengañé de todo eso. He aprovechado el poco tiempo que tenía para dormir y me resulta extraño no haberme acostado con Kilian. No es que sea una buscona, o que no pueda vivir sin el sexo, simplemente, que me he acostumbrado a ello. Y cuando algo te gusta, te hace bien, pues lo quieres en tu vida, no veo ningún problema en que sea así.

Es lunes y estamos en el parque. He dicho a Pablo que un ratito nada más. Hoy hace frío y no me apetece estar sentada en un banco pasando penurias, además creo que estoy algo constipada. Lógico. Trabajando sudo y después salgo a la calle y raras veces me pongo nada encima. La culpa es solo mía. Mi teléfono suena, es Carla. Me gusta saber de ella. Siempre tiene cosas impresionantes que contarme, siempre viajando de acá para allá, ella dice que es trabajo, pero me consta que también hace turismo cuando puede y eso lo veo como algo inalcanzable para mí. Este año será la excepción, pienso pasarme unas buenas vacaciones con Pablo. Nos lo merecemos.

—Hola, Carolina, ¿puedes hablar? —me pregunta.

—Hola, sí. Estoy en el parque con Pablo, él está jugando, así que sí —confirmo.

—Te quería contar algo —confiesa y noto que está ansiosa, pero a la vez siente un pudor horroroso. Esta situación ya la he vivido con ella. No lo puede evitar. Le puede la vergüenza.

—Adelante —la animo.

—Bueno, pues…, el sábado me acosté con mi compañero de piso —dice y creo que se le ha saltado una risa floja.

—¿Y? ¿Algún problema? —pregunto. Desconozco lo que me quiere dar a entender, si fue maravilloso o que fue un desastre.

—¡Fue maravilloso! Todavía no me lo creo, Carolina. Es tan cariñoso, tan atento, tan perfecto que es lo mejor que me ha pasado en la vida —confirma entusiasmada. Realmente está enamorada hasta el

tuétano. Tal afirmación es para ello.

—¡Vaya! Me alegro —digo contenta porque todo vaya así.

—Pero ahora estoy triste, noto que me falta algo, —añade con voz mimosa.

—Es normal Carla, poco a poco —intento animarla.

—Este viaje se me va a hacer eterno, quiero volver —se queja como si estuviera llorando.

—Escúchame Carla, en menos de lo que te esperas estarás en casa. ¿Cuándo vuelves?

—El viernes por la noche, así que tengo una semana por delante. ¡Sola! —protesta.

—Hoy ya no cuenta, porque el día está prácticamente terminado —afirmo para darle ánimos.

—Bueno, viéndolo así, sí, —contesta más tranquila. —Tengo que dejarte que empieza una reunión en cinco minutos y quiero tener todo preparado —me corta.

—Que vaya bien.

En cuanto cuelgo me levanto. Es hora de volver a casa. Estoy congelada. Me alegra que Carla haya encontrado el amor. Está entusiasmada. Tal y como creo que ha sido su vida hasta ahora, me parece que todo está yendo demasiado rápido para ella, pero no seré yo la que le diga nada. Está ilusionada, todo va bien, así que no quiero alarmarla sin motivo. Se merece a alguien a su lado que la quiera. Me contó un poco de su vida anterior, y la relación que mantuvo con Richard la dejó tocada. Ambos lo intentaron, pero el resultado no fue bueno. Que esté iniciando esta nueva historia me da a entender que aquello ya pasó, que lo tiene superado y sigue adelante con su vida. A veces pienso en por qué estas cosas no me pasan a mí. Me pasan, quiero decir, que me puedo acostar con algún tipo y es básicamente lo que hago. Me refiero a una historia verdadera, real, una historia en la que te involucres tanto como el contrario, algo bonito… Tal vez este no sea mi momento. Ya tengo planeado en mi cabeza que hasta que Pablo no sea más mayor no voy a iniciar nada con nadie. No por mi hijo, creo que es un niño muy inteligente y que sabría encajar que su madre tuviera un novio. Es más por mí. No quiero ilusionarme y después sufrir otro desengaño. Reconozco que en la mayor parte de las ocasiones la culpa ha sido mía. Me he creado falsas expectativas,

cuando nada más eran unos cuantos polvos. He sido yo misma la que se ha entregado por encima de mis posibilidades no habiendo un interés sincero en ir más allá por la otra parte. Tal vez sea que en realidad soy una romántica empedernida y que cualquiera me vale, es posible, aunque con el tiempo me he vuelto más exquisita. No todos sirven, no todos están a la altura y por ello creo que no encuentro al hombre ideal. Tampoco me obsesiono con el tema. Antes o después llegará, y si no llega, no importa.

Mientras Pablo se baña hago la cena. Me encuentro mal. Tirito y en casa hace buena temperatura. Me pongo el termómetro y en efecto tengo fiebre. Esta noche me tomaré algo antes de meterme en la cama. Espero que sea un episodio pasajero, no puedo dejar de trabajar ahora, tengo una oportunidad magnífica y me parece que va para largo. Por lo que me ha comentado mi compañera, el tratamiento de fertilidad al que se ha visto sometida la chica a la que sustituyo ha ido bien. Necesita reposo para afianzar el embarazo, así que de momento tengo un mes más por delante aquí. No es por desearle el mal a nadie, pero si tuviera embarazo de alto riesgo y necesitara quedarse en casa, me aseguraría al menos un año aquí y haría que no me lo pensara; dejaría los bares, necesito descansar y pasar tiempo con mi hijo. Él es el que mejor lo lleva, lo ha aceptado como algo normal en su vida, pero a mí cada vez me cuesta más.

Ceno con Pablo que está muy hablador. Yo apenas musito sonidos de asentimiento. Quiero dormir cuanto antes. Hoy ni siquiera habrá cuento, me lloran los ojos cuando intento leer algo. He dejado toda la ropa preparada, la suya y la mía. Su almuerzo y la carpeta con los deberes. Si continúo trabajando como hasta ahora tendré que ingeniármelas para que alguien cuide de Pablo. Creo que estoy abusando de la hospitalidad de Josefa. La mujer trata a mi hijo como si fuera su hijo o su nieto y está encantada de tener algo en lo que ocuparse, sin embargo, no está bien. Debo pagarle algo, ya me ha dicho que no me lo va aceptar, si no es de una manera será de otra, pero tengo que agradecerle el gran trabajo que hace con él. Sumida en mis pensamientos y somnolienta por la fiebre me quedo dormida, creo que antes que Pablo que sigue contándome algo del colegio. Necesito descansar.

Capítulo 31

Kilian

Estoy en la oficina y no dejo de darle vueltas al fin de semana. Todavía no me creo que me haya acostado con Carla. No es nada descabellado, está muy buena. El tema es que es mi casera, además de mi compañera de trabajo. Se nos fue de las manos. Yo no suelo actuar así, y reconozco que no sé lo que pasó. No estoy necesitado de sexo, desde que llegué a esta ciudad, prácticamente he mantenido mis encuentros con Carolina y todo va bien. Con Carla he llegado a conseguir esa afinidad, esa sintonía, no sé, tengo la sensación de que fuéramos amigos de siempre. Le he contado mis mierdas, mis miserias e incluso creo que la he aburrido con mi historia con Elo y ella ha estado ahí apoyándome, pero el sábado… pues ocurrió. Tal vez estaba mosqueado por no ver a Carolina el viernes, no lo sé. Y ha sido algo así como una venganza. No sé para quién porque ni Carolina sabe de la existencia de Carla ni viceversa. El domingo fue raro, no es que intentara esquivar a Carla, pero de repente no sabía cómo tratarla. He intentado ser lo más amable con ella, en definitiva, actuar como si nada hubiera pasado. Me gustó, eso es obvio. Pero no sé si quiero repetir. Más por las consecuencias que por el hecho en sí. Es un polvo

más. Aprecio a Carla, no quiero parecer un insensible de esos que ve a la mujer como un pedazo de carne con el que mantener sexo y ya. No soy así. Me gusta hablar con ella, compartir nuestros ratos libres en casa, pero creo que no es lo correcto. Me parece que esta situación se puede complicar más si continuamos así. Creo que esta es la señal para decidirme en serio a buscar un lugar para vivir. Estoy fenomenal en su casa, pero de repente me parece todo muy precipitado. Si comenzamos algo creo que lo mejor será ir poco a poco. No lo veo claro, no me conviene una nueva relación. Lo de Elo no lo tengo superado, está muy reciente como para volcarme en algo que creo que no va a salir bien. No porque no pongamos los dos de nuestra parte, sino porque mi ex sigue en mi cabeza.

De esta semana no pasa. Esta misma tarde me pasaré por la agencia inmobiliaria y me pondré serio. Necesito instalarme en otro lugar de inmediato.

Salgo de la inmobiliaria con buen sabor de boca. Tengo unos cuantos pisos y apartamentos por visitar, así que en las sucesivas tardes de esta semana iré a verlos y si me decido por alguno ya tendré un problema menos a la vista. Carla me ha llamado por la mañana para comentarme algo acerca del trabajo; la he notado triste, o tal vez fuera cansada. Lo desconozco. Muy amablemente le he pasado la documentación solicitada y todo ha quedado ahí. Ni un comentario acerca de lo nuestro. Lo prefiero, además ya me demostró en su día que era una muy buena profesional y lo está cumpliendo a rajatabla.

El resto de la semana pasa tranquila. Reconozco que estar solo en casa ayuda. No es que de repente me encuentre incómodo con Carla, pero no quiero que esto se lo tome por donde no es. Seguramente ella esté dispuesta a mantener una relación, pero yo creo que no. Elo sigue pululando en mi cabeza. Cada vez menos, eso es cierto, pero hay cosas que me recuerdan a ella, como por ejemplo la convivencia. Era fácil vivir con Elo y también lo es con Carla, y no sé si es lo que quiero. Repetir el mismo patrón puede que no me beneficie en absoluto. Quiero olvidar mi vida pasada, no sé si olvidar es la palabra adecuada, más bien, aprender a pasar página. La historia con Elo parece que está terminada, pero tengo que asumirlo, aceptarlo, dar por cerrado ese capítulo en mi vida y no sé si es que no quiero y me aferro a una última esperanza, o es que aún no he aprendido a vivir sin ella.

La búsqueda de piso está resultando bastante infructuosa. O bien esta mujer no capta lo que yo quiero o es que no tiene nada mejor que ofrecerme. Una pocilga, un cuchitril y algo parecido a un palacete. ¿En qué momento le he dicho yo que quiero esto para mí? Creo que no pido nada del otro mundo. Soy claro. Algo pequeño, para mí solo. Cerca de la zona donde trabajo a poder ser. Si tuviera un piso parecido al que comparto con Carla sería lo ideal, pero por esa zona me ha dicho que tiene chalets adosados, y no puedo permitirme eso, además están en venta, no en alquiler. Seguimos buscando. Como en esta semana no encuentre algo, iré a otra inmobiliaria. El caso es que la agente que lleva mi búsqueda me cae bien y se ve que pone todo su empeño en ello, pero o no cuentan con una oferta muy amplia o definitivamente no me entiende.

Hoy vuelve Carla, me ha confirmado que lo hará a última hora de la tarde, así que después de mi paseo con la bici vuelvo a casa. Me doy una ducha, ceno algo y voy al Manhattan. Primero porque quiero encontrarme con Carolina si puede ser y segundo porque no quiero encontrarme con Carla. No es por nada, no es que la odie, es que no sé si este tiempo separados habrá servido para algo, quiero decir, para que se olvide de lo que pasó, o si por el contrario puede acentuarse más su añoranza por mí y querrá un nuevo encuentro. Todo esto lo sé, no porque sea un pretencioso, sino porque en la última conversación que hemos mantenido me ha tirado alguna indirecta. Mis sospechas se han confirmado. No suelo ser muy espabilado en temas de mujeres, de hecho, no sé si Elo me insinuó algo antes de dejarme, yo no me olía nada, cuando me dijo que me fuera me pilló a contrapié, fue para mí un jarro de agua fría.

A las dos de la mañana ya estoy en el Manhattan, he tomado alguna cerveza por ahí, antes de entrar. No quiero parecer desesperado, ni un pesado. Nada más tendré que esperar dos horas hasta que Carolina termine su turno, si es que está trabajando. En cuanto diviso la barra del bar, veo que allí está. Lleva algo parecido a un *body* de encaje, de manga larga, sus brazos están recubiertos por las filigranas que hace el tejido, todo es semitransparente, su espalda igual, la única parte que lleva un forro negro es la del pecho. Es sexy a rabiar. Mi entrepierna me lo ha recordado y es que siempre me avisa de estas cosas. Carolina siempre viste de negro, pero es elegante y

morbosa. Es posible que por su trabajo tenga que ir vestida así, pero no estoy seguro. Sus compañeras, aunque lo intenten, no tienen esa capacidad de asombrarme. Al menos a mí.

—¡Hola! —me saluda y parece que se alegra de verme.

—¡Hola! —contesto—. ¿Cómo estás? —pregunto.

—Regular —responde y sin preguntar nada más me pone delante un botellín de cerveza.

—¿Te pasa algo? —pregunto inquieto.

—Tenía fiebre cuando he venido, ahora no, pero supongo que no tardará en subir —asegura y me chafa todos los planes. Lo reconozco.

—Pues en cuanto salgas, a casa —ordeno. Quiero mi encuentro, pero en estas condiciones no es viable. No soy un insensible que nada más mira por su interés.

—Pensé que ibas a esperarme —espeta y me deja fuera de juego.

—La idea era esa, pero si estás mal, lo mejor será que descanses —digo sincero y directo como suelo ser. Sobre todo, con ella.

—La gripe se pasa con calor ajeno —contesta incitándome. Luego dice que soy yo el que soy demasiado directo.

—En ese caso, te haré sudar de lo lindo para que te pongas bien lo más rápido posible —respondo y solo con mis palabras me he encendido. Quiero hacerle eso y más. Esta mujer, sus labios sobre todo y su cuerpo me tienen loco.

—De acuerdo, ya sabes que a las cuatro salgo —confirma sonriéndome, se ha mordido el labio al sonreírme y juro por lo que sea que me hubiera saltado la barra para morderle la boca.

Llegan las cuatro. Espero impaciente en la calle. En este rato de espera incansable he observado a Carolina, me ha dado conversación en algunos momentos y he aprovechado también para reservar una habitación en el hotel de siempre. Desconozco la hora exacta de llegada de Carla a casa, podría aprovechar, pero no quiero abusar. No es lo correcto y mucho menos después de lo que pasó entre nosotros. Aparco esos pensamientos porque Carolina sale del bar. Lleva una americana de inspiración militar, en color negro con galones dorados en los hombros. Sin duda está rompedora. Viene hacia mí y sin pensárselo me devora en plena calle. Y me dejo. Llevo esperando este momento más de una semana. En cuanto termina el tórrido beso, nos miramos, nos reímos y dados de la mano corremos hacia el hotel.

En el ascensor volvemos a besarnos, ella a mí y yo a ella. Me da la sensación de que me ha echado de menos. Yo a ella sí; lo confirmo.

Nos tiramos en la cama y sigo besándola. La libero de sus botas y de sus pantalones para confirmar, que efectivamente, la prenda que lleva puesta en la parte superior de su cuerpo es un *body*. No puedo evitar sorprenderme. Todo su cuerpo cubierto de esa tela que insinúa sus lunares y que nada más posee un forro en las zonas más delicadas me ha hecho ponerme más cachondo si eso era posible. Creo que me la follaré con él puesto. Me da un morbo terrible. Así lo hago, me meto en ella haciendo maniobras para apartar la escasa tela, pero es que es tan morboso que no quiero que sea de otra manera. La follo y me folla. Porque las tornas cambian y ella me monta, cabalga sobre mí mientras veo su cuerpo cubierto con esa especie de tul semitransparente que me está dejando noqueado. Se corre, me corro y se vuelve a correr conmigo. Simplemente maravilloso. Carolina es increíble. En cuanto todo acaba, ella se desploma encima de mí, en un acto instintivo la abrazo y realmente está tiritando. Creo que tiene más fiebre de la que creía. La tapo como puedo y ella parece que lo agradece. De repente parece que está exhausta. No sé qué hacer. Temo que pueda pasarle algo.

—Carolina, ¿estás bien? —pregunto preocupado.

—Tengo frío —confirma.

—Creo que vuelves a tener fiebre—aseguro sin dejar de abrazarla.

—Sí, eso creo. Es mejor que me vaya a casa—murmura, pero no se mueve. Presiento que se ha quedado dormida encima de mí.

La sensación me gusta, pero no sé si esto es lo conveniente. Si tiene fiebre debería tomarse alguna medicina y acostarse. A mí no me importa quedarme con ella, pero no sé si es lo mejor. Me muevo para dejar a Carolina mejor acomodada, pero ella lejos de apartarse y ocupar toda la cama me abraza. Creo que sigue tiritando, yo en cambio tengo calor. Ella desprende mucho calor, toco su nuca y está sudando. Duerme. Yo no puedo. Estoy desnudo en la cama, ella sigue con el *body* puesto. Lo tiene pegado a su cuerpo, es su segunda piel. No porque le quede bien, aunque esa es la realidad, más bien porque está empapada. No sé si despertarla y llevarla a su casa o esperar un rato. Miro el reloj, las cinco de la madrugada. Esperaré un par de horas.

A las siete de la mañana sin haber dormido ni un ápice, más pendiente del sueño intranquilo de Carolina que de mi propio descanso, decido despertarla.

—Carolina, debes volver a casa. Tomarte algo y acostarte de nuevo—sugiero moviéndola ligeramente para que se espabile. Ella murmura algo. Durante toda la noche ha estado delirando, o eso es lo que a mí me ha parecido. Nombraba a un tal Pablo, pero no lograba saber qué quería de él, o quién era—. Carolina, por favor —insisto.

—Eh —dice abriendo los ojos. La luz debe molestarla—. ¿Dónde estoy? —pregunta sin apenas moverse.

—En el hotel, conmigo. Soy Kilian —aclaro. Ella muestra una tímida sonrisa y vuelve a cerrar los ojos—. Si quieres te llevo a casa —insisto. Creo que es lo mejor, sobre todo para ella.

Carolina vuelve a abrir los ojos, hace un movimiento con su cuerpo y parece dolerle todo, una mueca de dolor ha pasado por su cara. Mueve levemente su cuerpo, no quiero que vuelva a dormirse. Ella parece entender mi intención y se levanta. Sigue con su cuerpo rodeado de esa tela que me pone cardiaco, pero en estos momentos no se puede repetir lo que ha pasado entre nosotros. Se viste como si fuera por inercia. Yo hago lo mismo.

—Te acerco a tu casa, creo que no estás para conducir —me ofrezco.

—Tengo el coche cerca del bar —confirma ella.

—Da igual, pasas después a recogerlo —sugiero inquieto. No está bien.

—Vale, llévame a casa, por favor —me pide en un murmullo.

Bajamos en el ascensor directamente al parking subterráneo del hotel. Ella me sigue sin hablar. Se sienta en el asiento del copiloto y se acurruca. La fiebre ha vuelto a subir. Le pido la dirección, ella me va guiando. Llegamos en pocos minutos. No hablamos, miro por el rabillo del ojo si duerme o no. Cierra los ojos de vez en cuando y creo que está haciendo verdaderos esfuerzos para no sucumbir de nuevo. Aparco donde ella me indica, en una zona de carga y descarga. Me da las gracias, se despide de mí y se baja del coche. Me quedo mirando como camina aterida de frío; parece que va encogida y siento un impulso por subir hasta su casa y meterme de nuevo con ella en la cama. Aparto lo sexual por un momento. De repente, me apetecería

cuidarla. La imagen que proyecta Carolina es de una mujer echada para adelante, fuerte, valiente y con las ideas muy claras. Hoy, sin embargo, está débil, frágil, desvalida, y lo peor de todo, creo que sola.

Vuelvo a casa, intento no hacer ruido. Carla ha debido de volver desde hace rato. Lo sé porque hay una maleta en el salón y porque la casa huele a su perfume. Me meto directamente en la cama. Hoy más que nunca tengo impregnado en mi cuerpo el aroma de Carolina. Su sudor ha debido de grabar en mi piel su aroma y en cada movimiento viene a mi nariz un leve pero delicado olor, que sin duda es suyo.

Capítulo 32

Carla

Me despierto sobresaltada, creo que he oído la puerta cerrarse. Son las siete y media de la mañana. Ayer no vi a Kilian, seguramente habría salido a dar una vuelta. No fui capaz de esperarlo, me hubiera gustado saludarle, pero estaba muy cansada. Esperé lo reglamentario y me fui a dormir. Tengo un día de lavadoras y plancha. Es lo que más odio cuando salgo de viaje, lo de después. Hacer la maleta no me cuesta y salir y estar días fuera tampoco, pero la vuelta y recuperar la rutina sí. Me gustaría estar de viaje continuamente, así no tendría esta sensación. Aunque pensándolo fríamente llegaría un momento en el que no tendría ropa limpia que ponerme. Me vuelvo a quedar dormida. A las doce me despierto. Huele a café recién hecho, me dejo guiar por su aroma. Kilian está desayunando, de pie, con una taza humeante mientras mira por la ventana de la cocina. Está en pijama y estoy tentada de abrazarlo por detrás, pero creo que sería demasiado atrevido por mi parte.

—Buenos días —saludo—. ¿No hay café para mí? —pregunto mimosa.

—Sí, acabo de hacerlo —contesta dando un sorbo largo. No me ha

mirado y no me gusta, pero igual tiene mal día—. ¿Cómo ha ido el viaje? —pregunta girándose y dedicándome una sonrisa. Esto es otra cosa. Ya me siento mejor.

—Bien, te he mantenido al tanto de todo, pero ya sabes cómo es esto. Cansado —afirmo sentándome de forma pesada en una de las sillas que tengo junto a la mesa de la cocina.

—Bueno, hoy es sábado puedes tomártelo como lo que es, un día de descanso —dice sentándose conmigo a desayunar.

—Tengo que deshacer la maleta, poner la lavadora y limpiar —enumero y solo de pensarlo ya me entra pereza.

—No te preocupes, yo limpiaré, métete en la cama y cuando esté la comida lista te aviso —sugiere. No sé si esto es real, pero ¿se puede ser más mono?

—Creo que no es justo que hagas todo el trabajo. Compartimos piso, ¿recuerdas? —inquiero. Me gustaría apostillar, compartimos cama, pero…, no es lo más coherente.

—Sí, lo sé. Pero estarás cansada de estar toda la semana fuera —afirma y creo que porque me acabo de levantar que si no… me tiraría encima. Eso y si fuera más lanzada.

—Voy a ayudarte, ¡no se hable más! —afirmo levantándome como un resorte de la silla.

Quiero estar activa, y sobre todo lo que quiero es estar compartiendo con Kilian lo que sea. Hasta las tareas del hogar. Nos dividimos el trabajo y todo va a las mil maravillas. Dejo que Kilian elija hasta la música que sonará mientras limpiamos. Un ruido atronador suena en mi casa. No me gusta lo que oigo, pero es tal su entusiasmo al cantar que me parece muy morboso. De repente me parece un bárbaro, un salvaje, un vikingo de tierras lejanas que canta en un idioma que no conozco y que viene a invadir nuestra tierra. Todo esto sacándolo de contexto, obviamente no es así. Me dice que es un grupo irlandés de folk metal y no entiendo nada de esa música, entiendo el idioma, pero no que le guste este tipo de ruido. Porque para mí no es una melodía agradable, es ruido. Al principio parecía más calmado e incluso me gustaba, pero después se ha puesto demasiado duro para mi gusto. Me explica que se llaman *Celtic Legacy* y que le gustan desde siempre. Lo veo entusiasmado cuando me cuenta los álbumes que tienen, que el vocalista cambió hace unos

años… detalles que eran desconocidos para mí como el grupo en sí. Veo a Kilian moverse mientras recoge la cocina y me parece tremendamente apetecible. Incluso cambia de grupo, me dice que lo que suena de repente es *Cruachan*, estos desde mi punto de vista son aún peores. Definitivamente inaudibles, no por lo bajo del volumen precisamente, sino porque mis oídos no están acostumbrados a este tipo de música.

Voy a mi habitación para mitigar el ruido ensordecedor que invade mi casa, me dedico a limpiar y recoger mientras Kilian pulula por la casa berreando como poseído por un ser infernal. Decido ponerme a hacer la comida mientras él termina. Estoy agotada solo de oír esta música, pero no sé por qué, no me importa demasiado. Con verlo feliz me doy por satisfecha.

Después de comer nos tiramos en el sofá. Parecemos una pareja normal, que se comporta como un sábado normal. Me gustaría ponerme mimosa y que Kilian accediera a mis instintos, pero está dormido. Se ha quedado traspuesto nada más sentarse. Está guapísimo con sus gafas de pasta. Lo he visto con ellas y sin ellas, y de cualquiera de las dos maneras me parece apetecible.

A las siete me levanto del sofá. He dedicado más tiempo del habitual en estar viendo la televisión y es que no quería molestar a Kilian que dormía profundamente. Vuelvo del baño y me lo encuentro despierto.

—¿Te apetece salir esta noche? —me atrevo a preguntar. Más que nada porque creo que aún está dormido.

—No sé, ¿qué te apetece hacer? —reformula.

—Si no tienes planes —me apresuro a decir—. Pensaba salir a dar una vuelta —confirmo.

—Vale, donde tú quieras —responde sin mucho afán—. Todavía es pronto, creo que dormiré otro rato hasta que sea la hora de arreglarme —confirma cerrando los ojos nuevamente.

Yo ya no puedo dormir. Me dedico a recoger la ropa del tendedero y a planchar, más que nada por mantenerme entretenida. De vez en cuando me sorprendo mirando a Kilian. Duerme plácidamente y me veo tentada a ponerme sobre él y besarlo. Sé que no debo hacerlo. No me comporto así nunca. Mi imaginación es más atrevida que yo. No ha habido ningún tipo de insinuación por parte de Kilian y eso no sé

qué significará. Tal vez no le haya gustado, o está acostumbrado a otras cosas. Lo desconozco, pero me gustaría saber su opinión al respecto. A mí me encantó, es más, creo que aún sigo subida en una nube.

Decido arreglarme cuando termino de planchar. Hoy quiero estar especialmente guapa. Estrenaré uno de los últimos vestidos que me compré. Es ajustado, negro con manga francesa. Aparentemente no tiene nada de espectacular, pero me queda como un guante. Cuando lo vi en la tienda no me parecía nada del otro mundo, pero ante la insistencia de la dependienta, me lo probé y confirmé que ese vestido estaba hecho para mí. Llevo medias hasta media pierna y unos zapatos de tacón finísimo. Me veo poderosa. Me maquillo y me peino a la espera de que Kilian haga lo mismo. Me cruzo con él cuando salgo al salón, y me ha sonreído al repasarme de arriba abajo, me ha dicho que estaba muy guapa y que en poco tiempo estaría listo. He visto deseo en su mirada, aunque puede que de nuevo sean imaginaciones mías.

Tal y como prometió sale al poco de su habitación, la estancia se ha visto invadida por un aroma masculino que ha hecho que me ruborice. Se ha puesto unos pantalones vaqueros, una camiseta y una chupa de cuero marrón. Me gusta más cuando va de traje y este atuendo tan informal no me lo esperaba para salir un sábado por la noche, sin embargo, no miento cuando digo que está magnífico.

Vamos en su coche, le doy indicaciones de la zona donde suelo salir con mis amigas. Decidimos cenar algo antes de ir a tomar unas copas. Me confirma que no conocía esta zona, que él va a otra. Esto me ha dado una idea, no quiero que Kilian se sienta incómodo, así que a última hora iremos hasta donde él me indica. Daré una sorpresa a Carolina. Hace días que no la veo y quiero que de alguna manera ponga cara al hombre que me trae loca y del que no hago más que hablarle.

Reconozco que estar con Kilian es muy agradable. Es muy amable y la conversación no se le agota nunca. Hemos ido a un japonés a comer sushi, se ve que le gusta bastante porque cuando me preparó la cena especial también había. Después nos vamos a tomar la primera copa donde yo elijo. Es un local que me encanta y para tomar la primera está genial, música suave que permite estar hablando tranquilamente; aquí vine con Carolina, no me dijo nada y se adaptó a

la situación pero sé que este tipo de sitios no es a lo que está acostumbrada. Me encuentro con algún conocido y saludo orgullosa. Que me vean con Kilian me gusta. Después de tomar la primera vamos a otro local. Está más animado y yo más desinhibida, incluso me atrevo a bailar de forma insinuante delante de Kilian. Además de él me miran otros hombres y es que este vestido me sienta fenomenal. No sé qué me pasa, pero hoy estoy empoderada. Me siento invencible. No sé si eso es posible, pero así es.

A última hora y tal como tenía planeado sugiero a Kilian cambiar de zona. Para rematar la noche no creo que esté mal. No ha dicho nada, no se ha quejado en ningún momento, pero me da la sensación que él se mueve mejor en otro tipo de ambiente.

Capítulo 33

Kilian

No sé por qué he accedido a salir con Carla. No es por nada, pero creo que se está tomando las cosas por donde no son. Era mi manera de agradecerle lo que está haciendo por mí, sin embargo, hoy se ha vestido de una manera espectacular. Realmente estaba alucinante, como para no salir de casa.

Hemos cenado y hablado. Es una tía acojonante, muy buena, de verdad. Y es una pena, pero no veo más allá. Quiero decir, que me acostaría con ella más veces, pero no como para tener una relación y eso es precisamente lo que ella necesita o desea. Yo después de lo de Elo creo que no estoy muy por la labor de empezar con algo tan serio. La semana que viene tengo varias citas para ver pisos. Espero que esta sea la definitiva, es algo tedioso para mí, pero es urgente.

Cambiamos de zona, lo prefiero. Los bares que frecuenta Carla son demasiado elitistas para mi gusto. Mucha niña monísima y los tíos demasiado arreglados para el fin de semana, a diario veo a tipos con traje, me aburre. Evidentemente no me fijo en los hombres, me fijo en ellas, algunas realmente espectaculares y otras normalitas, tampoco hay que exagerar. Carla decide ir a un bar de la otra zona, por mí

perfecto. Para terminar la noche estará bien, porque de aquí a casa. Carla mete su brazo entre el mío y no es que me moleste, pero no quiero que esto se lo tome por donde no es. Si la rechazo se molestará y si no hago nada, tal vez dé por sentado que esto va a terminar como el fin de semana anterior y definitivamente no quiero repetir. Me gustó, pero no. Estoy viendo venir algo que no me gusta.

Va embalada al Manhattan y de repente me siento inseguro. No creo que Carolina trabaje, ayer tenía demasiada fiebre como para trabajar. Me armo de valor y entro con Carla agarrada a mi brazo. Va a ser la última y acabo la noche.

Miro rápidamente al lugar que suele ocupar Carolina en la barra, no está. Suspiro aliviado, hay un chico que sirve copas en su lugar. Instintivamente nos acercamos hasta allí. Carla se aproxima a mi cuerpo para decirme algo cerca de mi oído. La música está alta y no sería posible entenderla si no es de esa manera. De todas formas, nada más capto palabras inconexas, pregunto qué es lo que quiere tomar y me acerco más a la barra. Ella me sigue.

—Mira, mi amiga está allí —dice prácticamente gritándome. Dirijo la mirada hacia donde ella señala y veo a Carolina. No puede ser —. ¡Carolina!, ¡Carolina! —grita para que ella capte nuestra atención.

Ella se acerca con una sonrisa en la cara. No me atrevo a mirarla, de hecho, he girado mi cuerpo para mirar al resto de los clientes que bailan o toman algo. Carla llama mi atención y no me queda otra opción que girarme de nuevo.

—Hola chicos —dice Carolina disimulando, porque es obvio que me ha reconocido—. ¿Qué tal? —pregunta.

—Bien Carolina —dice Carla entusiasmada—. Él es Kilian, mi compañero de piso —explica.

—Encantada —contesta acercándose para darme dos besos. De hecho, ha sacado medio cuerpo por encima de la barra y no he podido evitar mirar su escote; he pensado que esas tetas me las he comido yo, las he tocado y no he podido evitar empalmarme. Nuestro contacto es mínimo—. ¿Qué os apetece tomar? —pregunta en tono profesional. Si por mí fuera, a ella, encima de la barra. Pero no puedo ni articular palabra. Suerte que Carla se adelanta.

—Una copa para mí —pide ella—. ¿Kilian? —me pregunta

cariñosamente.

—Una cerveza —espeto malhumorado.

Como si nada ocurriera, Carolina sirve nuestras consumiciones. La observo intentando que nuestras miradas se crucen, pero ella me esquiva haciendo que mi enfado aumente. Carla se mueve, baila delante de mí y está más activa que nunca. No he salido nunca con ella, y no sé cómo se comportará en otras ocasiones, pero me molesta que lo haga. Voy al baño, necesito que pase el tiempo cuanto antes y estoy más tiempo dentro del estrictamente reglamentario. Salgo, bebo de mi cerveza y en cuanto termino le digo a Carla que quiero irme. Ella tiene su copa a medias, pero accede. Va a despedirse de Carolina, yo me quedo en un segundo plano observando cómo conversan, reconozco que he estado todo el tiempo mirándola, viendo cómo se comportaba y en algún momento me he visto asaltado por unos celos irracionales cuando algún tipo la ha hecho reír o incluso cuando ha tocado cariñosamente el brazo de otro. No sé por qué, pero esto solo me pasa con ella. En realidad, es con la mujer que menos compromiso tengo, la relación que mantenemos se basa en el sexo y nunca hemos hablado prácticamente de nada, entonces, ¿por qué me ocurre esto? No tengo ni idea. Antes de irnos dedico la última mirada a Carolina y ella me la mantiene. De repente su sonrisa ha desaparecido, es fría y su semblante me ha impactado. En cuanto Carla se gira para decirle adiós con la mano, ella la obsequia con una sonrisa franca. Ha cambiado el rictus en segundos y creo que en ambos casos su expresión ha sido sincera. Salimos del local, vamos hasta el coche y volvemos a casa.

—¿Hace mucho que conoces a Carolina? —pregunto disimulando mi interés.

—Unos años, ella limpia en el edificio en el que trabajamos —confirma.

—¿En serio? —pregunto incrédulo—Nunca la he visto.

—Ahora la han cambiado de ubicación, pero ella siempre limpiaba nuestros despachos —explica como si tal cosa.

El resto del viaje Carla me cuenta detalles de la vida de Carolina, ha sido fácil obtener la información. Me confirma la existencia de su hijo, y que trabaja en dos sitios a la vez porque es ella sola la que lo tiene que sacar adelante. Con toda esta información voy atando cabos

y conociendo algo más de la enigmática Carolina. Lo cierto es que su vida se resume en trabajar y estar con su hijo por lo que cuenta Carla, y realmente creo que es así.

—Te dejo en la puerta de casa y voy a buscar aparcamiento —digo de manera firme en cuanto llegamos a la zona en la que vivimos.

—Si quieres te acompaño —se ofrece.

—Creo que esos zapatos te podrán hacer daño si aparcamos lejos, es mejor así —contesto sin dejar opción. Me muestro muy amable con Carla, sé que valora estos detalles porque me lo ha hecho saber en más de una ocasión, así que aprovecho la coyuntura para deshacerme de ella. Me molesta su presencia. No por nada, sino porque tengo mucho en lo que pensar y no quiero tener a nadie a mi lado.

—Tienes razón, no son para caminar demasiado —afirma ella encantada de la vida.

En cuanto Carla se baja me voy directo al Manhattan, quiero hablar con Carolina, o besarla o follármela allí mismo. No lo sé. Lo que tengo claro es que quiero verla. La última mirada que me ha regalado no me ha gustado nada. Miro el reloj de mi coche son las cuatro menos cinco, espero llegar a tiempo. En diez minutos estoy allí, he aparcado el coche al lado de unos contenedores, he dejado los intermitentes dados y he salido corriendo. Temo que sea demasiado tarde. Justo a tiempo. Veo a Carolina salir, esta vez lleva un «plumas» negro, y un gorro en la cabeza. Está tapada hasta el cuello.

—Carolina —digo alzando la voz. Ella se detiene, pero no se gira —. Carolina—insisto.

—Buenas noches —contesta seria.

—Necesito hablar contigo —confirmo resoplando por la carrera, o la adrenalina o no sé por qué.

—Estoy cansada, tengo fiebre y necesito llegar a mi casa —contesta sin darme opción a réplica.

—Por favor, Carolina —pido impotente.

—Cinco minutos, Kilian, estoy helada —confirma deteniéndose mientras me mira fijamente.

—Carla es mi casera —comienzo a decir y realmente parezco gilipollas. Esa información ya la sabe.

—Lo sé —responde esperando a que continúe. No me va a facilitar las cosas así que como estoy acostumbrado a ser galante y educado en

mi día a día en mi trabajo, tendré que manejar esa verborrea para que me escuche.

—Hemos salido juntos porque ella no tenía otro plan —explico y no es del todo cierto.

—No tienes por qué darme explicaciones Kilian —argumenta y me deja fuera de juego. No sé ni cómo decirle lo que quiero decirle. Desde que lo mío con Elo terminó me siento muy inseguro cuando hablo con las mujeres.

—Ya, pero es que quiero dártelas —insisto.

—Escúchame Kilian. Tú y yo no tenemos una relación sentimental, solo follamos, así que no me vengas con excusas y explicaciones que no tienen cabida en lo nuestro —argumenta con una serenidad pasmosa. Reconozco que cuando ha dicho que solo follamos mi polla ha reaccionado, pero también me ha dolido. Pensé que… ,tal vez… algo de cariño sí me tendría.

—De verdad, así es muy difícil —me quejo.

—No es difícil. Tú tienes tu vida y yo la mía. Asunto concluido, si no te importa me voy a descansar —sentencia dejándome tirado como una colilla en medio de la calle.

Todo lo que ella ha dicho es cierto. Me duele que diga que yo tengo mi vida y ella la suya y aunque es la verdad no me gusta. No sé ni por qué me comporto así. El ataque de celos en el bar y después venir hasta aquí para explicarle no sé qué, justificar mi comportamiento… Lo cierto es que no tiene ni pies ni cabeza. Follo con ella y me ve con otra, lo lógico es que me hubiera montado una escena, sin embargo, ha estado tranquila y serena y no ha mentido en lo nuestro. Solo follamos, pero si es así, ¿por qué me importa tanto el concepto que tiene ella de mí? Vuelvo a casa cabizbajo, no estoy contento, ni siquiera enfadado. Tal vez decepcionado conmigo mismo. El comportamiento tanto de Carla como de Carolina ha sido de diez, el que ha dejado mucho que desear ha sido el mío. En cuanto entro en casa todo está en silencio. Carla debe haberse acostado y lo prefiero. He aparcado en la puerta, así que la excusa imbécil que me he inventado no tenía razón de ser.

Capítulo 34

Carolina

Llego a casa exhausta y por raro que parezca no tengo sueño. Todo lo que ha ocurrido con Kilian ha hecho que me acelere. Me noto inquieta. Me pongo el termómetro y a los pocos minutos me dice que tengo cerca de treinta y nueve grados de fiebre. Envío un mensaje a mi madre para decirle que no sé a qué hora iré a por Pablo, que no me encuentro bien. Ella sabía que tenía fiebre e insistió en que no fuera a trabajar, pero como soy así de terca no hice caso a sus consejos.

Revivo el episodio vivido con Carla y con Kilian. Lo cierto es que hacían una pareja extraordinaria, la sofisticación de Carla contrastaba con el aspecto más desenfadado de Kilian. Me ha impactado el verlos juntos, y en cuanto lo he hecho un sabor amargo ha invadido mi boca. Normal que Carla esté tan entusiasmada, evidentemente Kilian es magnífico y no lo conozco en el día a día, pero como si lo supiera. Ella me ha contado con pelos y señales sus detalles, cómo se comporta, las muestras de cariño que tiene con ella, su actitud en casa… Reconozco que cuando lo hacía sentía una envidia sana por encontrar a alguien así, pero otra vez el destino me ha vuelto a jugar una mala pasada. Con Kilian me lo he pasado muy bien y nunca me he hecho falsas

ilusiones como con otros hombres, pero siempre tenía una pequeña esperanza, algo que me decía que esta vez sí podía ser. Que solo follaríamos pero que en el fondo se estaba tejiendo algo mucho más fuerte. Lo que tengo claro es que esto ha terminado en este mismo momento. Ya estoy sufriendo innecesariamente.

Estoy en el sofá, me he puesto el pijama, me he desmaquillado y me estoy tomando un vaso de leche caliente y un analgésico. Necesito que esta fiebre remita cuanto antes, pero como conozco a mi cuerpo, tal vez esté somatizando mi decepción con Kilian y esto no haga más que acrecentar mi malestar. Me tapo con la manta hasta las orejas y lloro. No es un llanto explícito, más bien son las lágrimas que resbalan por mis mejillas lentamente, dejando un surco salino en mi piel. No quiero reconocerlo, pero Kilian estaba empezando a ser más importante en mi vida de lo que quería reconocer. Más bien en mis noches, pues era mi momento de escape de toda la semana. Días duros de trabajo, Pablo que a veces es demasiado absorbente y el trabajar en la noche que cada vez me cuesta más. Las pocas horas compartidas con Kilian eran mi válvula de escape. Pero eso ha terminado. Desconozco la relación existente entre Carla y Kilian. La versión de mi amiga la conozco al dedillo, pero la de él no. No quiero meterme ahí. Mantendré este secreto por siempre. Dejaré que Carla viva su historia de amor con él y yo me apartaré. Soy una privilegiada en información, pero esto no es necesariamente bueno. Conozco los sentimientos de Carla y por eso no quiero que sufra si me inmiscuyo en su historia. También sé que se han acostado y eso reconozco que me ha molestado. Tanto Kilian como yo podemos hacer lo que queramos con nuestras vidas, pero si yo mantengo algo con alguien por insignificante que sea no se me ocurriría estar con otro hombre. Se ve que en eso también pensamos diferente. Me quedo dormida a los pocos minutos.

Esta semana estoy más cansada de lo habitual. Al final me tocó ir al médico ya que la fiebre no remitía. Su diagnóstico: un virus que me ha atacado de forma severa, no suelo ir al médico así que ha aprovechado y me ha mandado analítica completa para descartar otras cosas. Creo que como apenas tengo historial y quería rellenarlo de alguna manera, ha aprovechado la ocasión. Desde que Pablo nació habré ido al médico tres veces, así que apenas me conoce. Con el

tratamiento estoy mejor, aunque sigo cansada. Cada vez estoy más cómoda en mi nuevo trabajo, mi compañera y yo nos llevamos bien y voy cogiendo más habilidad en mis tareas, más que habilidad, porque no tiene mucha ciencia limpiar, me organizo mejor los tiempos y eso se nota.

Lucas me ha llamado hoy, me dice que ya queda poco para darme un fin de semana libre. Sabe que el anterior fui a trabajar con fiebre y que son demasiados acumulados. Creo que quería tantearme, para ver cómo estaba de ánimo, si ya me había recuperado…, cosas así. Tengo turno en el Manhattan todo el fin de semana. Le he sugerido que me lleve a otro local, una sugerencia encubierta. No quiero ver a Kilian. No es que huya, pero no me apetece verlo. Durante esta semana he pensado más en él que nunca, pasando de la alegría al llanto en cuestión de segundos, no sé si debido a las décimas de fiebre o a que con él tengo sentimientos encontrados.

Carla me ha llamado prácticamente a diario, lo primero para que le diera mi opinión acerca de su compañero de piso. He sido sincera, que está muy bueno, que me parece un amor si es tal y como ella dice y que me alegro por ella. Parece que mis palabras le dan alas, pues sigue en su nube de algodón. A veces me siento como una hipócrita por no decirle la verdad, sin embargo, creo que si lo hiciera no conseguiría más que hacerle daño innecesariamente, además he roto todo vínculo con él. No me siento orgullosa por no ser sincera, pero como suele decirse en estos casos, a veces es mejor callar y ojos que no ven, corazón que no siente.

Hoy no me apetece ir a trabajar al Manhattan. Es el lugar donde más a gusto estoy, pero no quiero encontrarme con Kilian, y algo me dice que volverá. Mi respuesta tajante del último día no le sirvió, lo tengo claro. Pero es lo que hay. La repetiré hasta la saciedad, no creo que se ponga bruto ni que tenga que llamar a mis compañeros de seguridad, pero si lo veo mal no lo dudaré en ningún momento.

La noche está tranquila así que mis compañeros y yo podemos dar conversación a algunos clientes. Los que van en grupo raras veces hablan con nosotros a no ser que sean *buitres*; los *buitres* son los que vienen en manada creyéndose más listos que nadie. Se les suele distinguir a la legua, uno es el cabecilla, el que hace las gracias, es decir, soltar por su boca todas las tonterías posibles a la camarera de

turno mientras el resto se ríe de sus ocurrencias. Esos grupos me gustan, les paro los pies rapidito, te pones seria, les sueltas alguna frase sentenciadora que baja su ego a los pies. Haciendo que bajen del pedestal en el que le suben sus colegas casi de inmediato, a veces me da hasta pena ser tan cruel, así que les invito a un chupito y me acaban pidiendo perdón por su irreverencia. En esos momentos me siento poderosa. Son tan predecibles… a esto se le suman los años de experiencia ya que he tenido situaciones complicadas de todo tipo, la peor un día en otro bar cuando salí del baño estaba esperándome un tipo que llevaba toda la noche diciéndome chorradas. Le paré los pies desde el primer momento, pero se ve que no aceptaba un no como respuesta. Me acorraló en un cubículo del baño e intentó sobrepasarse conmigo. No lo he pasado tan mal en mi vida. Era un tipo fuerte, que podría haberme matado allí mismo, sin embargo, pude zafarme de él tras darle un rodillazo en sus partes, cosa que no evitó que me diera un puñetazo en el primer sitio que pudo rompiéndome una costilla. Realmente estuve tocada anímicamente por esa situación, más que por mi lesión por la sensación de impotencia, de suciedad, de rabia contenida… Estuve varios meses sin ir a trabajar a ese local. Lucas intentaba colocarme en otros para evitar futuros altercados, lo cierto es que todos se portaron fenomenal conmigo y a partir de ese instante la seguridad pasó a ser obligatoria en todos los bares y discotecas que regenta mi jefe y sus socios.

Son las cuatro de la mañana. Fin de mi turno. Sin noticias de Kilian. Pensé que iba a aparecer, pero ha debido de reflexionar y entender claramente mi postura. Mejor, así me evito un mal trago. Voy hasta El Infierno, se me hace hasta raro volver a casa tan temprano. He pasado prácticamente todos los fines de semana enredada con Kilian y nunca llegaba a casa antes de las seis.

—Hola, preciosa —saluda Rober al verme.

—Hola, Rober, ¿qué tal la noche? —pregunto.

—Ya sabes, mira cómo está el bar —dice mirando en derredor. Observo y veo un grupo de cinco chicos bebiendo cerveza. Nada más.

—Están de exámenes —confirmo distraída.

—A los chavales de ahora ya no les gusta venir a este antro. No quieren escuchar rock and roll, prefieren otro tipo de música —comenta con nostalgia—. Creo que me queda poco que ofrecer.

—No digas eso, hombre—contesto ante su pesimismo—. Se necesitan más garitos como el tuyo —prosigo.

—Seguramente, pero cada vez quedamos menos. Los chicos que vienen a tocar aquí, quieren fama rápida, tener una legión de fans sin currárselo y esto no funciona así. Si te gusta la música tienes que luchar por ese sueño, que no es fácil de conseguir. Si lo sabré yo que he visto a muchos quedarse por el camino —explica como si fuera un viejo profesor. Me encanta escuchar a Rober, es un tipo sabio.

—Te entiendo perfectamente —añado tras dar un trago de mi cerveza—. Bueno Rober, es un placer hablar contigo pero me voy a dormir. Compraré unos churros a Pablo y a mis padres y me voy a casa. ¿Quieres una docena? —le pregunto.

—No, muchas gracias. Después cuando cierre me acerco yo—dice con una sonrisa ponzoñosa en la cara.

—¡Qué tendrás tú con Amparo! —contesto riéndome.

—Churros —responde riéndose también.

Hago lo que he dicho y voy a casa. Me doy una ducha y me acerco a casa de mis padres. Todo está en silencio. Me acomodo en el sofá y espero a que todos se despierten.

El sábado con Pablo es divertidísimo, debería volver a casa a limpiar y recoger, pero estoy tan a gusto con mis padres que lo he pospuesto para el domingo. Como siempre mi padre es un alcahuete con mi hijo, se lo lleva a hacer la compra y vuelve cargado con alguna chuchería. Es incorregible. Pasamos el día todos juntos, como en los viejos tiempos, mis padres, mi hermano, Pablo y yo. Por la tarde todos nos quedamos dormidos en el sofá viendo una peli, estos momentos me vienen muy bien. Tengo otra noche por delante de trabajo. Creo que en dos semanas se terminan los exámenes y espero que Lucas tenga un detalle conmigo y me deje libre al menos un día del fin de semana. Me apetece irme con Pablo a algún sitio. Desconectar.

He dejado a Pablo bañado y a medio cenar. He de arreglarme. Hoy estoy especialmente guerrera. No sé qué me pasa. Estoy con ganas de gresca, al primero que se pase conmigo le suelto una buena contestación. Será que estoy tocada porque el tío con el que me acostaba se ha acostado con una amiga que está más que enamorada de él. Tiene narices la cosa, no había otro tipo, que nos toca compartir este. Esto es de película. Intento ver el lado positivo de las cosas, no

hay mal que por bien no venga, así que…, estoy de nuevo en el mercado. ¡A disfrutar de la vida!

Me decido por unos pantalones ceñidos de color negro, en el lateral externo tienen una transparencia que va desde el pie hasta la cadera, así que me olvido de la ropa interior, se vería y no quedaría bien. La pieza principal es esa, pero no quiero desaprovechar mi pecho, así que me pongo un top anudado al cuello y espalda descubierta. No voy desnuda, pero prácticamente. No puedo llevar ropa interior ni arriba ni abajo y eso me hace sentir como que me faltara algo. Botas de cuña y una chupa de cuero negra. Me maquillo los ojos como si estuviera ahumados, pómulos muy marcados y labios rojos. El pelo me lo engomino entero dejándolo pegado a mi cabeza, lo recojo en un moño que me da un aire sofisticado. Hoy estoy rompedora. Me siento poderosa.

Llego al Manhattan; la cosa está tranquila así que hablo un rato con Lucas que está por allí supervisando todo. Me comenta que el nuevo local está quedando magnífico, que le han dado un aire nuevo y que está convencido de que va a ser el local de moda. Creo a pies juntillas en lo que dice; si algo tiene Lucas es visión comercial. Controla muchísimo el sector y lleva años regentando negocios con éxito, es más, es una mente inquieta y en cuanto ve que alguno de sus locales baja, le da un aire nuevo o hace cambios para levantarlo de nuevo. Lo veo entusiasmado, me confirma que cuenta conmigo para la inauguración y para dejarme al cargo del nuevo local en cuanto abra. Me quedo de piedra, no me lo esperaba. Ese local tenía su *staff* consolidado, su encargado y todo lo demás, que me lo proponga a mí me deja atónita. En *petit comité* me confirma que ha habido más de un problema allí, que la decisión de cerrar y remodelar todo ha venido porque se enteró de que el antiguo encargado usaba el local para lucrarse vendiendo droga y que, aunque no tiene pruebas fehacientes no quiere que ningún negocio suyo esté salpicado por esa fama; entiendo perfectamente su postura. Así que ha decido cambiar totalmente de ambiente y darle un aire nuevo en todo. He dicho que tengo que pensarlo, si finalmente acepto será para mí más responsabilidad y no sé si quiero asumir más de lo que puedo. Tengo el trabajo de mañana, que si continúa de esta manera durará tiempo, si además acepto su proposición tendré que estar hasta el cierre y

conociendo todo como va, me darán las siete de la mañana todos los días del fin de semana. Tengo que valorarlo bien. Evidentemente me reportará más dinero, pero no todo es eso. Quiero disfrutar de mi hijo, y con esta nueva oferta lo que haría sería estar menos tiempo con él. Parece que cuando en un trabajo me ofrecen muchas horas en el otro también. Podrían venir las cosas un poco más compensadas, pero se ve que cuando vienen así, lo hacen a la vez. Me pongo a trabajar. Hoy el DJ está más cañero que nunca y me permito bailar tras la barra. El personal está tranquilo y tengo tiempo para eso. Me lo estoy pasando realmente bien. No ha habido incidencias, nada más me han hecho el pasillo unos chavales jovencísimos cuando salía del baño. Me han silbado y aplaudido. Les he seguido el juego, me he contoneado de lo lindo, me he dado la vuelta para que me vieran y cuando han empezado a jalearme he saltado como la que más. Me gusta provocar, pero estoy segura que en este caso en particular si me acerco a uno de ellos y le digo algo, se caga. Estaban así de valientes porque era un grupo numeroso, en solitario no se hubieran atrevido. Además, el alcohol provoca este tipo de reacción, si lo sabré yo. Lucas observaba desde la barra, pensaba que era algún tipo de problema, pero cuando me ha visto salir airosa del tumulto de hormonas se ha reído y me ha dicho que soy de lo que no hay. Reconozco que me lo estoy pasando de vicio. Hoy es una de esas noches en las que merece la pena trabajar.

Salgo con Lucas del local, él va hacia otro a supervisar el cierre. Siempre lo hace. Puede terminar en el Manhattan, como no, depende de la noche. De esta manera nadie se relaja, y me parece buena táctica si quiere que todo funcione a las mil maravillas. Sabe llevar su negocio de forma impecable.

—Bueno, Carolina, piénsate eso, ¿vale? —me dice a la salida.

—Lo haré —confirmo yendo en dirección contraria.

—Hablamos la semana que viene —grita para que le oiga.

—De acuerdo —contesto en el mismo tono y prosigo mi camino. Llego hasta mi coche y en él veo apoyado a Kilian. Mi corazón ha dado un vuelco, pero hoy estoy caliente y no en el plano sexual. Supongo que sé a lo que viene, pero se va a ir trasquilado.

—Buenas noches —saluda en un tono que no sé qué indica.

—Hola —contesto, serena—. Me voy a ir, así que, si no te

importa, necesito que te quites del coche, no vaya a ser que te pille —añado en tono nada belicoso. El chico no ha hecho nada como para contestarle mal.

—Quiero hablar contigo —contesta y parece tímido.

—Creo que quedó bastante claro todo —respondo cruzándome de brazos delante de él.

—¡No te entiendo, Carolina! Lo pasamos bien —afirma.

—Cierto, en eso tienes razón, pero estás acostándote con Carla y como sabrás es mi amiga —confirmo. Se queda ojiplático, creo que no contaba con que yo tuviera esa información.

—¡Ha sido una vez! No ha vuelto a suceder —dice a la defensiva. Parece tenso, incrédulo e irritado. Creo que no contaba con que yo supiera lo suyo con mi amiga.

—No lo sé, eso es cosa vuestra. De lo que estoy segura es que conmigo ya no te vas a acostar más —afirmo y al decirlo se me ha encogido el estómago. Lo he dicho, pero no es lo que realmente quiero. Me doy cuenta en este mismo momento.

—¿Por qué? —pregunta, confuso.

—Porque no. Creo que eres un tipo inteligente y lo comprenderás si lo piensas un poco, por lo que si me disculpas… —insisto en irme. Empiezo a tener frío —…Debo irme.

—Quiero besarte —espeta como la primera vez que nos encontramos.

—Esa táctica no es la mejor —contesto moviéndome hacia la puerta del conductor. Reconozco que como contraataque no está mal, de hecho…, ha hecho que se me removiera algo por dentro… Pero no. He de ser consecuente con mis palabras.

—Contigo funcionó —añade cada vez más seguro de sí mismo. Al principio estaba algo tímido, inseguro…, no sé, pero de repente se ha armado de valor y dice claramente lo que quiere.

—En eso también tienes razón, te funcionó, pero ya no va a volver a funcionar —confirmo—. Deberías de ser más sutil con las chicas, eres demasiado directo —aconsejo.

—Soy sincero —se defiende.

—Me parece muy bien. No tengo nada más que hablar contigo, Kilian. Que te vaya bien —añado y en cuanto voy a abrir la puerta él me agarra el brazo interceptando la maniobra, me acorrala contra el

coche y me besa.

He pensado en negarme, pero no he tenido fuerza de voluntad. Realmente me gusta lo que me hace sentir. Muy hábilmente mete las manos por dentro de mi cazadora me acaricia la espalda haciendo que me estremezca. Sus manos están demasiado frías para mi piel. Me pone la piel de gallina haciendo que mis pezones se endurezcan creo que en parte por el frío y en parte por la excitación. Me los amasa y no sé cómo lo hace, pero se las arregla para tocármelos. Mi top es relativamente sencillo, no puedo llevar sujetador y es básicamente dos tiras de tela entrelazadas, el caso es que ha conseguido meter sus manos entre la tela y me está amasando los pechos con maestría. Jadeamos los dos. Me ha encendido, lo reconozco. De repente ya no siento frío, tengo calor y me gustaría culminar allí mismo, pero he de ser consecuente. No puedo fallar a Carla. Kilian no es para mí. En cuanto el beso cesa, la sonrisa que me regala Kilian denota triunfo, algo así como un «te lo dije, te dije que lo iba a conseguir»

—Ya has conseguido lo que querías, así que hasta siempre —digo con todo el dolor de mi corazón. Aparto a Kilian suavemente con el brazo y me meto en el coche.

El semblante de su cara ha cambiado, de la victoria a la estupefacción. No lo niego, el cambio de rumbo que ha tomado la historia es para quedarse así. No se lo esperaba, como tampoco yo me esperaba tener la suficiente fuerza de voluntad como para poder negarme a algo que realmente me gusta.

Llego a casa en menos tiempo del habitual; estoy llorando. Creo que he dejado escapar a un tipo maravilloso. No porque sepa como es, más bien por cómo me hace sentir. Solamente quiero eso. Un tipo con el que dos veces a la semana disfrutar un poco de mi juventud, de la noche y hacer que mi rutina desaparezca. No estoy buscando nada serio. No es tan difícil. Parecía que en ese aspecto nos entendíamos, pero no puede ser. Conozco los sentimientos de Carla, no puedo hacerle esto.

Ahora me ha dado el bajón, todo el buen rollo que tenía. La energía que había logrado en el trabajo y mi seguridad se han disipado. Se ha ido con mis lágrimas. En cuanto me miro en el espejo para desmaquillarme, mis ojos se ven entre un borrón de negro, destacando el rojo interior. Realmente parezco un ser fantasmagórico.

Me quito toda la pintura, me pongo el pijama y me meto en la cama. Necesito que todo esto pase.

Capítulo 35

Kilian

Me voy a casa cabreado. No quiero que esto acabe de esta manera. Me niego a creerlo. Está claro que mi relación con Carolina no es una relación al uso, pero me jode que hayamos terminado de esta forma. También ha sido casualidad que su amiga sea mi compañera de piso. Cada vez que recuerdo la indiferencia con la que me ha tratado, me enfermo más y más. Estaba sumamente tranquila, como si lo tuviera meditado, como si le diera igual que lo nuestro continuara o no y eso me ha dolido. Me he sentido utilizado, nada más para sus juegos sexuales. Lo mismo podría pensar ella de mí, a fin de cuentas, lo único que hemos hecho ha sido eso. Compartir sexo. Aparco y subo a casa. En el ascensor me encuentro con Carla. Ha salido con sus amigas y vuelve de fiesta. No me lo pienso. La acorralo en el ascensor y la beso. De forma desesperada. Mis labios aún saben a Carolina y no me gustaría que ese sabor se fuera o se diluyera con el de ella, pero estoy tan frustrado que no pienso. Ella se sorprende, pero se deja. Lo está deseando. Lo sé. Me desea, quiere que me la folle y lo voy a hacer. Estoy cegado. Meto mi mano entre sus piernas. Lleva un vestido así que es muy fácil acceder hasta donde yo quiero. En cuanto llego al

lugar indicado, me recibe un calor abrasador; parece que me estaba esperando. Sus medias llegan hasta media pierna, así que con separar un poco la tela de su tanga me adentro en su profundidad. Suspira y jadea. Creo que no se esperaba que fuera tan al grano, tan directo, pero sé que puedo hacer disfrutar a una mujer. No es ella la destinataria de mis deseos, pero de esta manera es como si castigara a Carolina, aunque solo sea en mi mente. Es como si tuviera una vocecita interior que me repite a mí y a ella: «¡Mira, esto es lo que te estás perdiendo! ¡Podrías tener todo esto cuando quisieras, pero me has apartado de tu vida!». Suena a despecho y posiblemente esté así. Despechado, dolido y herido en mi orgullo de macho. Últimamente no sé qué me pasa con las mujeres, no acierto con ninguna. Con Elo no me percaté de nada hasta que ella me echó de casa y con Carolina evidentemente tampoco lo he sabido hacer; con Carla… No tengo ni idea. Solo quiero follármela, aquí en el ascensor o donde sea. La masturbo mientras la beso. Ella está muy excitada, mis dedos están empapados, es cuestión de segundos que se corra; lo tengo que conseguir. El ascensor hace rato que se ha parado, ha abierto sus puertas y las ha vuelto a cerrar. Sigo a lo mío. Con mi pierna presiono para que abra más las piernas. Con la otra mano le masajeo de forma ruda los pechos hasta que se corre. Ahoga su grito en mi cuello y me siento vencedor, y me digo a mí mismo: «Jódete Carolina, un orgasmo que era para ti y que ahora se lo lleva tu amiga»

Cuando Carla logra abrir los ojos me sonríe, le devuelvo el gesto, aunque no de muy buena gana. La ayudo a entrar en casa. Le tiemblan hasta las piernas. En cuanto abre la puerta no me lo pienso. Quiero mi desahogo, llevo empalmado desde que he visto a Carolina; llevaba unos pantalones increíbles y en la parte de arriba una tela, porque no era más. Me hubiera gustado follármela apoyada en el coche, pero no he podido, me ha rechazado y eso me molesta más aún. Dirijo a Carla hasta mi habitación porque es la más cercana a la puerta. La lanzo sobre la cama y empiezo a desnudarme; tengo urgencia de descargar. Es algo físico, aunque no dejo de pensar en Carolina. Estoy igual que cuando me dejó Elo. Estoy siguiendo el mismo modus operandi, necesitaba descargar mi frustración con cualquiera. De esta manera me follé a más tías de las que tengo constancia, ellas se pensaban que era porque me atraían de tal manera que lo que sentía era un deseo

irrefrenable por poseerlas. Podría parecer eso, pero no lo era. Quería demostrarle a Elo que sin ella podría tirar hacia adelante, que no era tan importante en mi vida y que podría estar con otras mujeres sin problema. Nada más era una manera de autoengañarme, sigo haciéndolo en estos momentos. No he superado lo de Elo y tampoco lo de Carolina.

Me pongo el condón, abro las piernas de Carla y la penetro. Nada de romanticismo. Cierro los ojos. Proyecto en mi cabeza la imagen de Carolina vestida con el *body* de encaje; se cuela Elo de vez en cuando pero no me importa, es como si me las estuviera follando a las dos a la vez. No dejo de bombear dentro de Carla. Oigo un grito que me hace salir de mis pensamientos; es ella que grita mientras se vuelve a correr. Vuelvo a sonreír hinchado por el orgullo que me provoca su reacción y es que estoy llegando muy adentro, muy profundo y he alcanzado ese punto que la ha hecho retorcerse de gusto. Agarro sus muslos de forma fuerte para que no se mueva ni un milímetro, me impulso con ellos hasta que consigo correrme. Al final mi alivio no me ha provocado más que unos segundos de no pensar, mi mente ha descansado de todo este odio que estoy empezando a sentir por Elo y por Carolina. Lo de Elo parecía que lo tenía superado, al menos una parte, pero no. Si ella no me hubiera dejado no estaría así de jodido, y lo de Carolina no sé por qué me afecta tanto, a fin de cuentas no dista demasiado de lo que acabo de tener con Carla. No entiendo a las mujeres, no me entiendo a mí mismo. Salgo de Carla, me aparto a un lado y cierro los ojos. Quiero dormir y despertar dentro de unos años, ella se acurruca contra mí. No me molesta, que haga lo que quiera. Pero tampoco voy a reaccionar con una respuesta romántica. Ha sido sexo. Nada más.

He dormido con Carla a mi lado, sentirme arropado por sus brazos en medio de la noche me ha dado algo de tranquilidad y es que anoche venía muy alterado. Extremadamente enfadado conmigo mismo más que con otras personas. No suelo perder así los papeles, pero reconozco que desde que mi vida con Elo terminó, he cambiado bastante. Estoy desestabilizado, todo me afecta más de la cuenta, he perdido confianza en mí mismo, pero en algunos momentos me invade una impotencia que no sé cómo canalizar. Tengo algo dentro que no sé denominar, que me está venciendo por momentos y que me hace

ser alguien que no soy. No sé cómo explicarlo. De repente mi vida se ha hecho pedazos y puede ser que no lo haya asumido, tal vez necesite ayuda psicológica o de otro tipo porque me doy miedo. No creo que tanto como para agredir a alguien o hacerle daño, pero temo mis reacciones en según qué momentos. Pueden ser desmesuradas y eso me da la impresión de que me estoy volviendo loco. Mi vida era estable, tenía el amor, una vida plena y de repente nada de eso existe. Tenía hasta hace unas horas sexo garantizado, ahora ya ni eso. Lo de Elo es imposible de arreglar, está acabado, por su parte, no por la mía. Lo de Carolina que parecía que iba bien, dentro de la irregularidad de nuestra relación, también se estropea, y todo por Carla; no es que la odie por esto, ella nada más ha sucumbido a mis encantos, o yo he sucumbido a los suyos, no lo sé. No hemos desaprovechado ninguno de los dos la oportunidad. No es cuestión de cargarle a ella con toda la culpa de mi mierda de vida. Es la única que me ha apoyado en todo este tiempo. Las cosas como son. Estoy despierto, pero no me apetece levantarme, además si lo hago despertaré a Carla y no me apetece comentar nada de lo que ocurrió anoche. Intentaré dormir un rato más.

Capítulo 36

Carla

Necesito ir al baño. Como puedo retiro el brazo de Kilian de mi cuerpo. Me encanta sentirlo desnudo a mi lado. Lo de anoche fue brutal, no entendí al principio su comportamiento, pero después me dejé llevar. En algunos momentos me recordó a mi relación con Richard, que se basaba prácticamente en follar y ayer Kilian se portó de manera similar; eso sí: me arrancó dos orgasmos increíbles. Me pareció que estaba enfadado, su gesto denotaba eso o frustración, no lo sé, ya que no intercambiamos palabra alguna. Fue cerrarse el ascensor y acorralarme contra una de las paredes. El resto fue maravilloso. Creo que esta ha sido la señal. El dormir conmigo durante toda la noche me ha indicado el camino a seguir. Lo tengo claro. Sé que Kilian es perfecto para mí. Me da estabilidad, es un amor en la convivencia y en el plano sexual he probado sus dos vertientes, la calmada y la salvaje. Que tenga dos registros me dice que no me voy a aburrir y eso es maravilloso. Es una suerte haberme encontrado con él.

Decido no molestarlo e ir a desayunar. Mientras remuevo de forma despistada la sacarina de mi café pienso en todo lo que ha

cambiado mi vida desde que Kilian irrumpió en ella. Y solo puedo decir una cosa, es mucho mejor. Me ha devuelto la ilusión y las ganas de emprender algo bonito con él.

Kilian aparece al rato, no tiene muy buena cara, pero yo intento que se anime.

—Buenos días, ¿te encuentras mal? —saludo con una sonrisa en la cara.

—Buenos días, me duele la cabeza —confirma sirviéndose una taza de café bien cargada.

—Te dejo entonces que desayunes tranquilo, tal vez deberías volver a la cama —sugiero.

—Creo que necesito que me dé el aire, si no te importa me iré con la bicicleta—afirma.

—Tranquilo, yo me encargo de todo —me presto encantada de la vida.

Parece que Kilian se siente aliviado al liberarle de sus tareas. A mí no me importa hacerlas, total, estoy acostumbrada a limpiar mi casa.

Arreglo toda la casa y preparo una deliciosa comida. Quiero que cuando Kilian regrese esté todo listo. Me doy una ducha rápida y me arreglo. Hoy es domingo, y otros fines de semana como con mis padres, sin embargo, hoy la ocasión lo merece.

He elegido un atuendo sobrio, elegante y también sexy. Un vestido con falda tubo en color gris marengo. Zapatos de tacón altísimos y medias transparentes. Me maquillo y me peino y espero a que Kilian vuelva. Él llega cerca de las dos de la tarde con una sudada increíble, me saluda y dice que va a la ducha directo y que enseguida me acompaña para comer. Es siempre tan atento que no puedo evitar suspirar. Espero impaciente en el salón, vuelvo a la cocina, coloco los cubiertos, regreso otra vez…, no puedo estar parada. Estoy nerviosa. A los pocos minutos sale recién duchado, huele a las mil maravillas, se ha puesto ropa cómoda y no pega nada con cómo voy vestida yo, pero no me importa en absoluto. Tomamos asiento y empezamos a comer. Noto a Kilian algo taciturno, no distante, pero más callado de lo normal. Espero que no esté enfadado conmigo por algo. No entendería por qué, si soy sincera. A medida que trascurre la velada se va soltando, me habla como siempre e interacciona conmigo.

—Has hecho muchos kilómetros —afirmo para agilizar la

conversación.

—Sí, la verdad es que pensé que la bicicleta iba a ser un estorbo, pero me ha venido bien —confirma. Habla, pero tampoco da demasiados detalles.

—Me alegro —contesto. Ya estamos con los cafés y considero que este es el momento idóneo—. Kilian, quería comentarte algo —comienzo haciéndome la interesante.

—Sí, lo sé —confirma él y creo que he puesto los ojos como platos cuando he oído su afirmación—. Esta semana tengo que visitar algunos pisos, no voy a molestarte mucho tiempo —sentencia, serio. Está cavilando, ya he captado la misma expresión de su cara en otras ocasiones, sobre todo cuando trabajamos juntos en la oficina.

—Todo lo contrario, Kilian —digo aprovechando su comentario—. Me gustaría que te quedaras aquí conmigo, me he acostumbrado a tenerte en casa y bueno…—Ahora es cuando me cuesta más abrirme, pero estoy decidida y debo hacerlo—… Después de lo de ayer, pues creo que lo nuestro podría funcionar muy bien. —Dudo, me estoy yendo por las ramas y titubeo, de repente me infundo valor y le confieso todo—. Estoy enamorada de ti. —Él me mira, cierra los ojos y niega con la cabeza. Parece que esto no es lo que quería escuchar y siento que me pongo coloradísima; estoy a punto de llorar. Necesito que hable o me derrumbaré delante de él. Tengo un nudo en la garganta, puede que hasta vaya a vomitar.

—Escúchame, Carla. Te aprecio mucho y evidentemente lo de ayer fue un arrebato por mi parte y bueno…, creo que no estoy en el mismo punto que tú. Me pareces una tía estupenda, muy guapa y con la que es muy fácil convivir, pero de ahí a lo que tú planteas…—titubea en el último momento porque hasta ahora ha sido firme y demoledor para mí —… No lo veo claro, Carla. Lo siento.

En cuanto termina de hablar me levanto arrastrando de forma sonora la silla, cojo mi bolso, las llaves del coche, mi cazadora y salgo de allí. Necesito respirar. En cuanto las puertas del ascensor se cierran doy rienda suelta a mis sentimientos. Lloro de forma desconsolada; incluso me entra hipo. Creo que estoy teniendo un ataque de ansiedad. Estaba prácticamente segura de que esto iba a salir bien. ¡Joder! No estaba agobiando a Kilian, le dejaba su espacio, y lo de ayer me demostró algo que no era. Sentí que me deseaba, pero se ve que o

disimula muy bien o que yo soy una ilusa y una imbécil. Eso es, una imbécil por enamorarme de esta forma tan tonta de él, de mi compañero de trabajo, de mi compañero de piso… no puedo dejar de pensar en Kilian, tenía detalles que me hacían pensar otra cosa, nunca había estado tan segura de algo, es más, nunca tomaba la iniciativa hasta que estaba convencida de que la respuesta iba a ser la que yo quería. Me he dejado llevar, estoy tan cegada por él que no he visto la realidad. Me monto en el coche y arranco. No sé dónde voy, necesito apartarme de mi casa, de él… a casa de mis padres no puedo ir en este estado, pero, ¿dónde voy? Paro unos minutos mi coche en una zona prohibida, pongo los intermitentes y busco en mi bolso el móvil. Tengo una llamada de Kilian. No voy a responder ni a devolverle la llamada. No quiero hablar con él. Todo lo que tenga que añadir no me va a servir de nada, solo me serviría una respuesta afirmativa a mi proposición y ya me ha dejado meridianamente claro que no puede ser. Llamo a Carolina, necesito contarle a alguien todo esto o me volveré loca.

—¿Diga? —contesta adormilada—. ¿Diga? —insiste ante mi silencio—. Carla, ¿estás bien? —pregunta.

—Nooo —contesto rota de dolor—. ¿Podemos hablar?

—Sí, sí, claro, no me asustes —responde cambiando el tono de voz —. Estoy en casa, vente si quieres —sugiere.

—De acuerdo, no sé dónde vives —afirmo temblorosa; si me dijera que tengo que ir al mismísimo infierno iría, no me importa. Nada más necesito contarle a alguien lo que me pasa.

—Te mando la ubicación —contesta algo preocupada por el estado de nervios en el que me encuentro.

A los diez minutos llego al barrio donde vive Carolina; aquí es imposible aparcar. Decido hacerlo en una zona de carga y descarga que he pillado de milagro. Sigo las coordenadas marcadas y llego a su casa. Llamo al telefonillo, me abre, subo en el ascensor y en cuanto salgo, Carolina me recibe vestida con ropa deportiva y los pelos alborotados. No me lo pienso y abrazándome a ella empiezo a llorar de nuevo. Estoy más de cinco minutos sin articular palabra, no puedo, solo quiero llorar y llorar.

Carolina me lleva abrazada hasta su casa, me sienta en el sillón y va hasta la cocina. Me siento avergonzada por montar este

espectáculo, pero es que de repente no se me ha ocurrido nadie mejor para que me escuche. Con eso me conformo. Miro a mi alrededor, veo todo borroso, pero distingo un salón pequeñito. No me había percatado de que a mi lado está Pablo, dormido, acurrucado y tapado con una manta con dibujos infantiles; en la televisión también hay dibujos, lo que me muestra que madre e hijo empezaron a ver la película y se quedaron dormidos. Siento haber despertado a Carolina de su siesta, pero necesitaba un lugar al que ir.

—Siento haberte despertado —me excuso cuando ella vuelve a aparecer con una bandeja con dos tazas. Huele a infusión.

—No te preocupes—dice dejando la bandeja sobre la mesa baja, ofreciéndome una taza que es de cerámica, con manzanas rojas pintadas, es muy colorida y alegre—. Me has asustado —confiesa. Yo de momento no puedo hablar, si lo hiciera volvería a llorar. Disimulo como que no he escuchado su afirmación. Me echo una cucharadita de azúcar y remuevo distraída.

Estamos varios minutos en silencio, mis lágrimas me juegan una mala pasada. No puedo contenerlas, Carolina no me agobia, supongo que querrá saber, pero no me presiona para que le cuente lo que me tiene así; supongo que se hará a la idea. Cuando me tranquilizo empiezo a hablar.

—Te preguntarás qué hago aquí —comienzo. Necesito serenarme para contarle todo a Carolina. La primera frase ha ido bien—. Esta mañana me he declarado a Kilian —afirmo y en ese momento me derrumbo otra vez. No puedo dejar de llorar. Ella cambia de posición y se pone de rodillas en el suelo frente a mí y me abraza frotándome la espalda como si fuera mi madre.

—No ha salido bien —musita casi en un susurro. Yo niego con la cabeza, no puedo decir nada más. Es en ese momento cuando Carolina toma el protagonismo de la conversación. —¿Qué razón te ha dado? —pregunta.

—Que no estamos en el mismo punto, que soy estupenda, maravillosa, que da gusto vivir conmigo, que nos llevamos genial, que estoy muy buena, pero que noooo. —Y en cuanto suelto toda esa retahíla vuelve a mí el hipo y las lágrimas—. ¿Qué es lo que busca en una mujer? —pregunto frustrada—. Porque si soy todo eso que él dice, soy maravillosa y perfecta —afirmo con rabia.

—Y lo eres Carla, pero no para él. No sé lo que buscará, pero es evidente que le vienes grande—contesta y la miro con una sonrisa de agradecimiento total mientras me abrazo de nuevo a ella. Siempre sabe sacarme una sonrisa, con sus palabras de aliento veo la vida de otra manera.

—No lo entiendo, he visto cosas que me hacían pensar que sí, que podía funcionar —protesto cada vez más impotente. Necesito entender todo esto porque se escapa a mi entendimiento—. Ayer nos acostamos… ¡Joder! Si no me gusta un tipo no me acuesto con él, ¿no? —inquiero buscando que Carolina me responda.

—Siento decirte que no necesariamente, Carla. No digo que no le gustes a Kilian. Él te ha dicho que sí, pero yo me he acostado con tipos que bueno…*ni fu ni fa* —afirma moviendo los brazos.

—Yo no puedo hacer eso —confirmo e igual mis palabras han sido un golpe bajo, pero quiero que me entienda.

—Lo sé, Carla, tus sentimientos son sinceros, te entiendo —dice ella meditando.

—Y ahora, ¿qué? —pregunto. Quiero saber qué se hace en estos casos. Nunca antes me ha pasado, y por lo que sé de Carolina, ella no es nueva en estos asuntos.

—Ahora tienes varias opciones, o bien dejas todo pasar e intentar sobrellevarlo como buenamente puedas o haces algo para que se enamore de ti —responde.

—¿Algo como qué? —pregunto removiéndome inquieta. Tal vez haya esperanza, Carolina siempre ve algo positivo en todo lo malo. Eso me encanta de ella.

—No lo sé, Carla, es difícil. Te lo advierto —afirma con contundencia—. Si te ha dicho que no está en el mismo punto que tú, será difícil que cambie de la noche a la mañana.

—Eso es cierto. Creo que por mucho que hiciera, nunca se enamoraría de mí. Si me ve a algo así como a una amiga, estoy perdida. No hay otra opción—. Enumero derrotada por escuchar de mis propios labios la cruda realidad.

—Ahora estás dolida, como es normal. Deja que pase un tiempo, piensa bien las cosas y ya se verá —afirma de forma optimista.

El mostrar mis sentimientos, la infusión y la compañía de Carolina me han aportado tranquilidad. Sigo dolida, hundida y decepcionada y

no puedo evitar llorar cada poco tiempo, pero reconozco que ella hace mucho bien en mi vida.

Pasamos el resto de la tarde juntas. Pablo se despierta de mal talante, pero entre su madre y yo logramos que sonría de nuevo. Vamos un rato al parque mientras ella y yo charlamos. Les invito a la cena en un local de comida rápida; a Pablo le encantan las hamburguesas, y ocupo mi tiempo en otra cosa que no sea pensar en Kilian.

Cuando llego a casa está en completo silencio. No sé si él está en casa o no. Si ha cenado o no, no quiero saberlo. En realidad, me muero por saber qué ha hecho todo este tiempo, pero no me voy a rebajar. Me gustaría que esto hubiera sido una pesadilla, que me despertara y todo siguiera como antes, pero no es así. La cruda realidad es esta.

Me meto en la cama y me derrumbo de nuevo. En este momento, cuando estoy sola y nadie me ve, lloro y lloro. Necesito que todo esto salga de mí, desahogarme y quedarme vacía del recuerdo de Kilian, pero es imposible: está metido en todos los poros de mi piel; supongo que será cuestión de tiempo que me vaya olvidando de él.

Capítulo 37

Kilian

Creo que fui demasiado duro con Carla, no debí decírselo tan directamente, pero no me sé contener. Sigo dolido con el rechazo de Carolina, con el abandono de Elo… con casi todas las mujeres, sin embargo, podría decirse que Carla es la única amiga que tengo aquí y la que me ha ayudado como nadie más y le he roto el corazón. Me siento mal, pero tenía que hacerlo. No puedo estar con ella, no es que no me guste, es una tía diez, pero en estos momentos no me siento atraído de la forma que debería como para iniciar lo que ella buscaba, y no voy a hacer algo que no me apetece. En cuanto ella se ha ido he recogido todo y me he metido en la habitación. No quiero incomodarla más de lo que ya lo he hecho. Supongo que no me querrá ver ni en pintura y es lógico. Voy preparando mis cosas, definitivamente ya no podré vivir aquí. No me ha echado y creo que no lo hará, es demasiado buena, sin embargo, no quiero hacer la convivencia un infierno. No voy a empeorar las cosas, bastante daño la he hecho ya. Mañana tengo las visitas concertadas para ver pisos, y creo que me dará un poco igual lo que me enseñe, elegiré entre todos el menos malo y me iré de aquí. Pongo música alta mientras me pongo

a embalar cosas. Algunas cajas siguen tal cual me las entregaron los de la agencia de transportes, otras están abiertas, así que aprovecharé esas para ir metiendo lo que menos uso. Cuanto antes termine con todo esto mucho mejor. A las diez de la noche aparece Carla, he hecho cena y se la he dejado preparada en la cocina, por si llegaba con hambre, pero creo que ni siquiera cenará. Me parece oír su llanto durante la noche y estoy tentado en ir a su habitación a darle un abrazo, pero eso empeoraría las cosas. No me siento orgulloso de lo que he hecho, pero creo que ha sido lo mejor.

Por la mañana hago mi rutina de siempre, desayuno, ducha y me arreglo. Espero en el salón de la casa de Carla para irnos juntos. Hemos mantenido siempre el mismo protocolo, sin embargo, se me está haciendo tarde y no sale de su habitación. Debo irme, pero antes quiero asegurarme de que está bien. Llamo con los nudillos a la puerta.

—Carla, buenos días —digo después de tocar. Como no contesta vuelvo a hacerlo y continúo hablando—. Se hace tarde —insisto.

—No voy a trabajar —confirma al otro lado. No sé si entrar o no. Creo que no es recomendable.

—De acuerdo, me voy entonces —contesto preocupado—. Si necesitas algo, llámame —me ofrezco.

No lo va a hacer. Lo tengo claro. No es por orgullo. Yo tampoco pediría ayuda a Elo, por ejemplo, por muy mal que estuviera. Me voy a la oficina. Creo que me vendrá bien un poco de actividad. Llamaré a Carla a media mañana, pero estoy seguro de que no me contestará, ayer tampoco lo hizo cuando la llamé.

Me dedico toda la mañana a contestar correos y a hacer llamadas telefónicas. De hecho, me adelanto y llamo a la agente inmobiliaria. Necesito con urgencia ver todo lo que pueda ofrecerme. Me dice que tiene cinco inmuebles para enseñarme, que si considero que son muchos me repartirá las visitas en dos días. Por mí perfecto, confirmo la visita adelantándola una hora para que nos dé tiempo a todo. Creo que como el primero sea el que me cuadre no lo dudaré. Llamo a Carla y como es evidente no responde. Estoy preocupado por ella. No se merece estar pasándolo así, aunque no me quiero sentir culpable, me sabe mal que sea precisamente ella. Hablando con Velasco me confirma que está de baja, que en dos o tres días no vendrá a trabajar

y que cuando lo haga tiene programado un viaje de dos, así que con un poco de suerte esta semana no la veo por aquí. Inevitablemente nos tendremos que ver, además los dos trabajamos en este proyecto codo con codo, sin embargo, todo está muy reciente. Prefiero que pase un poco de tiempo para que las aguas vuelvan a su cauce.

Estoy deseando ver los pisos que me oferta la inmobiliaria. Necesito salir de donde vivo; he pensado en volver al hotel, sin embargo, creo que es una bobada. Va a ser cuestión de días el que me vaya. De esta semana no pasa.

Llego puntual y a los dos minutos aparece ella, tira su cigarrillo al suelo, lo apaga con el pie y me sonríe. Se acerca a mí y me da dos besos. Es como si fuera su hijo, o al menos así me trata. Me dice que es un apartamento muy coqueto y que me gustará. No miente, es pequeño, pero no tanto como el que vi el primer día. Muy luminoso, amueblado en negro en contraste con las paredes blancas. Cocina a estrenar. Y una pequeña terraza, está en la parte más alta de un edificio, en un barrio relativamente nuevo y no muy lejano de donde vivo ahora con Carla, así que está bastante cerca del trabajo. El problema, porque siempre hay un problema, es el precio. No es muy asequible, pero voy a negociar todo lo que pueda porque realmente me gusta. Así se lo digo a la agente, que si el propietario me baja un poco el alquiler me instalo ya mismo. Decidimos ir a una cafetería y mientras ella hace unas llamadas yo me voy tomando mi café, esperando noticias. La cara de triunfo de la mujer me dice que lo ha conseguido. Perfecto. Anulo el resto de citas, aunque ella insiste en que vaya a ver los otros pisos. No quiero perder más el tiempo. Este está bien, además ya me ha gustado y cualquiera de los otros que vea no me va a encajar. Le apremio para que agilice los trámites, que necesito instalarme cuanto antes. Me dice que en cuanto vaya a la oficina se pone con el contrato, que cuando lo tenga me lo envía, se lo firmaré y nada más faltaría que me diera las llaves. Espero que antes del fin de esta semana todo esto esté solucionado.

Llego a casa y todo permanece en silencio. Vuelvo a llamar a la puerta de la habitación de Carla. No contesta. Insisto. Nada más quiero saber que sigue ahí. Me confirma que no quiere verme y que la deje en paz. Es peor de lo que esperaba. Lo entiendo perfectamente, me he portado como un cabrón con ella.

A última hora de la tarde tengo el contrato, lo firmo y se lo mando escaneado a la agente. No obtengo respuesta. Ya no estará en la oficina. Mañana a primera hora hablaré con ella, haré el pago de la fianza y si todo está bien espero poder empezar a llevar mis cosas cuanto antes. La situación en casa es insostenible. La verdad es que no tengo problema con Carla ya que no sale de su habitación, pero estar prisionera en su propia casa no me parece de recibo.

Estoy en la oficina, todo sigue su curso, transferencia hecha, contrato firmado por la otra parte y cita concertada para recoger las llaves. Perfecto. Estoy valorando el contratar una empresa de mudanzas o de transportes, el problema es que las recogidas son por la mañana y yo estoy trabajando y evidentemente no puedo pedir ese favor a Carla. Lo haría con tal de perderme de vista, pero no debo. Lo iré llevando en mi coche. En cuanto salgo de trabajar como rápido y voy bajando alguna caja para que una vez que me dé las llaves pueda ir descargando. Sigo sin noticias de Carla. Insisto en llamar a su puerta, pero no me contesta y si lo hace, es de malas maneras. Entiendo su enfado, pero no puede estar eternamente encerrada. La vida sigue.

Las primeras cajas ya están en casa. Me siento bien. Es cuestión de días que esto termine. No tengo sábanas ni toallas, ni vajilla, así que antes de volver a por más cajas voy a un centro comercial y compro lo que me parece que pueda necesitar. Seguramente se me olvide algo, pero quiero salir de allí cuanto antes. Otro viaje de cajas y de nuevo en mi apartamento. Hago la cama, me hubiera gustado lavar las sábanas ya que están muy rígidas, pero no tengo tiempo para eso y no quiero dormir allí otra vez. Pido comida a domicilio y me instalo definitivamente en mi nuevo hogar. Tendré que volver a casa de Carla para terminar de recoger, pero ya falta menos. Estos días serán un auténtico caos, tendré que organizar todo, comprar comida y alguna cosa más, pero es lo mejor que he hecho en las últimas semanas. Debí haberlo hecho desde el principio, es una pena que un desengaño amoroso haya precipitado todo esto, pero así es. Últimamente actúo por instinto y así me va.

El miércoles ya tengo todo fuera de la casa de Carla. Debo irme. Este va a ser un duro trago, no me hubiera imaginado que nuestra relación terminara así; estimo a Carla y nunca olvidaré lo que ha

hecho por mí a nivel profesional y personal. En el fondo me siento halagado porque esté enamorada de mí, pero no puede ser. Tengo que aclarar mis sentimientos y no quiero jugar con los suyos más de lo que creo que ya he jugado.

Llamo a su puerta. Necesito que sepa que me voy.

—Carla, me voy —afirmo—. Dejo el piso —apostillo. No obtengo respuesta. Quiero que me confirme que me ha oído. Seguramente mi vida no le interese una mierda, pero quiero hacer las cosas bien—. Carla, por favor—insisto—. Solo dime si me has oído.

De repente la puerta se abre y ante mí veo a una Carla que es la sombra de lo que suele ser. Ha perdido hasta el color. Está demacrada, tiene los ojos hinchados de tanto llorar, pero me sonríe levemente. Mezcla de decepción y dolor. Se me cae el alma al verla así.

Me mira fijamente y no sé qué es lo que quiere saber, porque no dice nada. Es como si nunca me hubiera visto. Abre sus brazos pidiendo un abrazo y yo se lo doy. No quiero que esté así, en el fondo quiero a Carla y no quiero que sufra por mí. Me hubiera gustado que entre nosotros hubiera surgido algo más, pero no. La abrazo fuertemente; este es sin duda uno de los abrazos más sentidos y sinceros que he dado en toda mi vida. Ella se derrumba y comienza a llorar. No sé ni qué decir. Nada más froto su espalda y dejo que se desahogue; creo que está diciendo más palabras con sus lágrimas que si me explicara como se siente. Sencillamente está rota por dentro. El abrazo dura varios minutos, en cuanto su llanto se mitiga se deshace de mí. Me vuelve a mirar y con dificultad intenta decirme algo.

—¿Tienes sitio donde vivir? —pregunta y ahora el que no puede casi ni hablar soy yo. Hasta en estas circunstancias se preocupa por mí. Asiento con la cabeza. Saco las llaves de mi bolsillo y se las entrego.

—Gracias por todo, Carla. Nunca voy a olvidar lo que has hecho por mí —digo con toda la sinceridad del mundo.

—Suerte —contesta, mira las llaves que reposan en su mano y vuelve a su habitación.

Me siento como un auténtico imbécil, no he sabido ver lo que se avecinaba y estas son las consecuencias. He roto el corazón de Carla sin que se lo mereciera. Soy un auténtico cabrón. Me voy de allí, me estoy agobiando. Monto en mi coche y llego a mi nueva casa. Tengo

mucho que hacer. Pongo música bien alta para que mis pensamientos no me invadan. Quiero empezar de cero y hacerlo de la mejor manera posible.

Capítulo 38

Carolina

Es miércoles, llevo todos estos días hablando con Carla por teléfono, si se puede llamar así, porque no consigo que me diga una frase entera sin balbucear o llorar. Me tiene preocupada. La verdad es que el desengaño que se ha llevado ha sido estrepitoso; lo siento mucho por ella, la veía tan entusiasmada que quería que le saliera bien.

También me siento mal por el secreto que mantengo en mi interior. Considero que si se lo dijera a Carla todo empeoraría, pero no sé si seré capaz de mantenerlo por más tiempo. No me siento bien con ella. Es como que la he estado traicionado todo este tiempo, aunque no es cierto del todo. Yo no sabía que Kilian era el mismo hombre que ocupaba su vida.

Carla me llama y le confirmo que tengo que dejar a Pablo en la piscina, que si quiere nos podemos tomar algo. Ella finalmente accede, dice que lleva cuatro días sin salir de casa y que arreglarse le vendrá bien, además mañana tiene un viaje y ha de estar de la mejor manera posible.

—Hola —saluda nada más entrar en la cafetería en la que hemos quedado. Viene arreglada, pero se nota que no está bien. Ya no llora a

cada segundo, pero sé que la procesión va por dentro.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto.

—Mal, pero mejor que estos días —confirma, traga el nudo que tiene en la garganta y prosigue —Kilian se ha ido de casa.

—¡Vaya! —digo sorprendida.

—Yo no se lo he pedido, pero creo que es lo mejor que ha hecho —aclara.

—Yo también, no creo que te apetezca verlo —respondo expectante.

—Me apetece verlo a cada momento, pero sé que también me hace daño, así que prefiero que desaparezca de mi vida personal ya que de la profesional no puede —sentencia y veo a Carolina resignada, pero a la vez serena. Parece que ha pensado todo muchísimo.

—Bueno, el tiempo todo lo cura, Carla, y ya verás cómo antes de lo que esperas será algo que no te afecta —la animo. No sé ella, pero a mí en alguna ocasión me ha costado más del tiempo prudencial olvidarme de ciertas personas, espero que ella sea más racional, relativice y salga adelante en el menor tiempo posible.

—Siempre tan positiva, Carolina —musita haciendo una mueca de dolor con la cara.

—Intento que todo lo que nos ocurre nos enseñe algo, si no es así, volveremos a tropezar con el mismo error una y otra vez —afirmo convencida de que así es.

—Eso es verdad —murmura mientras sigue abstraída en sus pensamientos. Está triste, pero menos que estos días que estaba desgarrada por dentro. Carla es una tía fuerte, que no se le pone nada por delante y que saldrá de esta porque se lo merece.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunto.

—No lo sé, estos tres días no he ido a trabajar. Creo que es la primera vez que falto por una causa no médica, ni siquiera cuando rompimos Richard y yo falté. Mañana tengo un viaje, dos días nada más, pero me vendrá bien para no ver a Kilian, al menos esta semana —confirma. Cada vez me siento peor, creo que tengo que decírselo.

—Escucha Carla, quiero contarte algo —digo armándome de valor. Tengo que soltarlo, esta desazón no me deja seguir mirándola a la cara.

—Dime —dice cambiando de actitud. Está más receptiva.

—¿Te acuerdas que te dije que tenía a alguien por ahí con el que me lo montaba los fines de semana? —pregunto y cada vez me siento peor, no debo andarme por las ramas, quiero ser directa, pero sé que si lo hago puedo causar un dolor mayor a Carla y no se lo merece.

—Sí —afirma y calla poniéndome las cosas más difíciles.

—Se acabó —confirmo y un sabor amargo me sube por la garganta. Me duele que haya sido así pero no puede ser de otra manera; sin embargo, todavía siento esta opresión en el pecho que no me deja respirar.

—¡Vaya! Lo siento —contesta agarrándome el brazo con un pequeño apretón en señal de comprensión.

—No lo sientas Carla, no podía ser —afirmo seria. Su gesto amable me ha hecho sentirme como una miserable. Es cierto que yo no tengo la culpa de la coincidencia, sin embargo, no me siento orgullosa de haber callado todo este tiempo.

—¿Por qué? —pregunta curiosa.

—Porque el tipo con el que me acostaba los fines de semana era Kilian —sentencio. La cara de Carla cambia de semblante; primero un gesto de incredulidad que torna a ira, luego me mira con desprecio y admito toda su reacción. No he podido evitarlo, antes no sabía que el tipo con el que yo me acostaba era el mismo del que ella estaba enamorada. Una putada del destino, pero, sin embargo, creo que he actuado de la mejor manera.

—¿Me estás queriendo decir que todo este tiempo has sabido que hemos mantenido una relación simultánea con Kilian? —pregunta conteniendo sus ganas de gritarme. Lo veo en la vena que amenaza con reventársele en el cuello.

—No lo sabía hasta que os vi en el bar —confirmo—. Y en cuanto supe que él era la misma persona con la que yo me acostaba, rompí la relación. —No es que me quiera justificar, pero es la verdad. Carla me mira, sé que se contiene y que de buena gana me reprocharía mi actitud o me insultaría no lo sé, sin embargo, piensa, inhala y exhala profundamente comenzando a hablar.

—Que Kilian me haya rechazado me ha dolido, pero lo ha hecho más tu falta de lealtad. Nunca me hubiera esperado esto de ti —sentencia con odio—. Tú, que siempre vas de abanderada de las causas justas, del vive y deja vivir, del no me meto en la vida de

nadie…—enumera con asco, gesticulando con desprecio—. Te comportas así con una amiga… ¡Pobre del que sea tu enemigo! —espeta con rechazo. No es que me merezca esto, pero sé que no es Carla la que habla, es su frustración. Niega con la cabeza y cuando parece que va a añadir algo más se calla.

—No lo sabía Carla, y si te lo estoy diciendo es porque no podía vivir con este secreto —me defiendo—. Podría haberme callado para siempre, pero creo que no es lo conveniente, al menos para mí —justifico—. Te quiero más de lo que puedas pensar y te aprecio, por eso quiero aclarar las cosas.

—Tu forma de querer es un tanto peculiar —afirma haciendo comillas con los dedos. De repente no es cariñosa, es fría y me mira con desdén, como si le diera asco.

—Sé que ahora no lo entiendes por todo lo que ha pasado, pero ya verás como con el tiempo todo se calma —aseguro.

—Tú y tu tiempo —escupe con desprecio—. Ya no te creo, Carolina. Tu forma de ver la vida no es real, pero, ¡allá tú! Yo no soy nadie para dar consejos, bueno —rectifica—. Ahora ya tienes vía libre para acostarte con Kilian sin preocuparte por mí ni tener remordimientos —sentencia levantándose y yéndose. De buena gana iría tras ella e intentaría solucionar las cosas, pero sé que va a ser un vano intento por mi parte. Está cerrada en banda. Puedo llegar a comprenderla. Está locamente enamorada de Kilian, su rechazo ha sido un jarro de agua fría para ella y mi «traición», por llamarlo de alguna manera, tampoco ayuda.

—Si piensas que lo voy a hacer es que me conoces muy poco —contesto para que quede clara mi postura. No por quedar encima ni por orgullo. Quiero que sepa que si he cortado todo vínculo con Kilian, así será.

En cuanto Carla se va, pago y vuelvo a recoger a Pablo. Mi discusión con ella me ha dejado muy mal sabor de boca. Es la primera vez que discutimos desde que nos conocemos desde hace más o menos cuatro años. Es cierto que nuestra relación se ha vuelto más estrecha en los últimos tiempos, pero eso no significa nada. Aprecio y quiero a Carla, me parece una tía estupenda, coherente y muy válida, sin embargo, se ha tomado las cosas como una falta de respeto o una ofensa para ella por mi parte. Desconocía que las dos teníamos algo

con el mismo hombre. No soy de ir dando puñaladas a las personas a las que quiero, y si lo hubiera sabido no habría ocurrido nada de lo que ha pasado.

Capítulo 39

Kilian

Tengo prácticamente todo montado en mi nueva casa. Cada vez me gusta más. Reconozco que todavía me faltan algunas cajas por desembalar, pero voy poco a poco. Hasta que no termino con una no abro la siguiente, sino podría montar algo parecido a un mercadillo. En algún momento me he venido abajo; he encontrado algún objeto que me ha removido por dentro, me ha hecho recordar momentos vividos con Elo, y joder… ¡Todavía duele! No entiendo la razón por la que me apartó de su vida, busco los motivos y se me escapan. Necesitaría hablar con ella para aclararlo todo, tal vez de esta manera, pueda llegar a pasar página. Lo intenté en su momento, pero estaba cerrada en banda y ahora no lo encuentro factible. Desde que me llamó para decirme que o recogía mis cosas de su casa o las tiraba a la basura no he vuelto a tener noticias suyas. Últimamente llevo una vida sentimental bastante azarosa. Nunca antes había sido así, a excepción de cuando era más joven. Recuerdo aquellos años con un cariño especial. Cuando iba a visitar a mi madre a Argentina y allí era algo así como un trofeo; no es que se me rifaran, pero prácticamente. En Irlanda cuando visitaba a mi padre ocurría algo parecido: era el

español irlandés y no les pasaba desapercibido. Pude probar mujeres de varias nacionalidades y creo que era feliz. Inconscientemente feliz, pero esos años ya pasaron. Ahora debo centrarme en mi vida. La sentimental la dejaré aparcada, de momento no he tenido mucho éxito. Así que, ya que tengo un lugar establecido y mi trabajo está asegurado aquí durante prácticamente un año, voy a focalizar mis energías en encontrarme a mí mismo y ya se verá lo que el destino me tiene preparado.

Es viernes, llevo tres días en mi nueva casa y ya va tomando forma de hogar, no de almacén. Espero tenerlo listo todo antes de que termine el fin de semana. Salgo de la ducha, me pongo un pantalón vaquero una camiseta de algodón de manga larga y una chupa de cuero. Voy a hablar con Carolina. Necesito verla; ya he tomado esto como una rutina y para qué mentir… ¡Me encanta follar con ella! Llego hasta el Manhattan, de forma instintiva dirijo mi mirada hacia el lugar de la barra que suele ocupar y… ¡Joder! Me digo, ¡está tremenda! Lleva algo parecido a un corsé de encaje y unos pantalones de cuero ajustadísimos. Quien no la mire es un auténtico gilipollas. Se ha rizado el pelo y parece una auténtica leona. Parece que busca guerra y si está dispuesta, se la daré.

—Hola—saluda sin mirarme. No sabe que estoy aquí—. ¿Qué te apetece? —pregunta.

—Me apetece follarte, comerte la boca y pasar toda la noche contigo —espeto con un aire chulesco. En cuanto oye mi voz levanta la cara y me mira regalándome una sonrisa algo falsa e irónica. Sus labios están pintados de rojo y reconozco que me los comería ahora mismo.

—La delicadeza nunca ha sido tu fuerte —espeta con soberbia.

—Me has preguntado y he contestado —respondo.

—Esto es un bar, los burdeles están al lado de la carretera —afirma y no pensé que saliera por ahí. Si piensa que la considero una prostituta está muy equivocada. Su respuesta me ha dejado noqueado momentáneamente.

—Una cerveza —reculo. Mi táctica no ha funcionado. De forma diligente me sirve el botellín y se va a seguir con su trabajo.

No lo he hecho bien y me lamento por ello. He sido demasiado directo y aunque parecía que entre nosotros había cierta confianza,

confirmo que su amenaza se ha cumplido y que no quiere estar conmigo nunca más.

Me he sorprendido mirando el culo de Carolina en varias ocasiones. Con esos pantalones quién no la miraría. Está espectacular. Aguanto hasta las cuatro de la madrugada. Quiero hablar con ella, contarle que lo mío con Carla está roto y que ahora tenemos vía libre.

Espero pacientemente a que ella salga, parece que me quiere hacer rabiar y que hoy sale más tarde que nunca. Me mira nada más salir y pasa de mí. Voy detrás de ella como un perro faldero.

—Carolina, espera —pido.

—Me voy a tomar una cerveza y a casa —espeta.

—Te acompaño —me autoinvito empeñado en no dejar pasar la oportunidad de explicarme.

—Como quieras —dice ignorándome por completo.

Cerca del Manhattan hay un garito bastante cutre al que nunca había ido. Un tipo bastante mayor está tras la barra, lleva una camiseta negra de un grupo de Heavy Metal que me gusta. De hecho, la música que suena es bastante diferente a la que suena en el bar en el que trabaja ella.

—Hola, Carolina —saluda—. Hoy traes compañía —afirma.

—Sí —contesta ella—. Kilian —me presenta.

—Encantado —contesta el camarero—. ¿Irlandés, escocés? —pregunta.

—Español—respondo haciendo que todos nos riamos. Ya debería estar acostumbrado a esta pregunta, sin embargo, el viejo ha intuido mis orígenes por el nombre y eso no suele ser lo habitual. Ni siquiera pregunta, nos pone dos botellines de cerveza delante y empieza a hablar de nuevo.

—¿Qué tal la noche, Carolina? —pregunta dirigiéndose a ella.

—Bien, no ha estado mal —contesta ella para después beber a morro de la cerveza. Me quedo mirando como sus labios rozan el vidrio frío de la botella y me excito al verlo. Es inevitable.

—Así que un español que parece guiri —afirma mirándome.

—Sí, mi padre es irlandés y mi madre argentina, pero nací aquí —explico. Carolina se gira sobre sí misma para mirarme. Nunca se lo he contado así que debe haberse sorprendido.

—¡Vaya! Una mezcla interesante —dice guiñando un ojo a

Carolina que pone los ojos en blanco—. Escucha esto muchacho, tal vez te suene —me dice cambiando de música.

En cuanto reconozco la melodía de *I am a warrior* de Cruachan no puedo evitar sonreír y me pongo a cantar. Parece que el viejo se alegra de dar con alguien al que le guste ese tipo de música; es un viejo roquero. Hay un grupo de chavales que está al fondo que se sorprenden gratamente por el cambio de música y al verme a mí gesticular y cantar, se animan.

Nos ponemos a hablar de música y este hombre tiene una cultura acojonante, le gusta más o menos el mismo tipo de música que a mí. Conoce grupos de los que no he oído hablar jamás y que hace que me entre la curiosidad por conocer. En cuanto Carolina termina la cerveza se levanta. Sé que es hora de irse. Quiero hablar con ella así que sintiéndolo mucho dejaré al camarero con ganas de contarme y yo de escuchar.

—Carolina, ¿podemos hablar? —pregunto una vez que estamos en la calle.

—Te escucho —dice cruzándose de brazos, me escruta con la mirada. Está muy distante y puedo entenderlo, me armaré de paciencia e intentaré hacerlo lo mejor posible.

—Solo quería decirte que ya no vivo en casa de Carla y que entre ella y yo no hay nada. Solo somos compañeros de trabajo —afirmo y me parece una de las peores frases que he dicho jamás.

—Muchas gracias por la aclaración —contesta iniciando la marcha.

—¡Joder Carolina! ¿Qué problema hay? —pregunto molesto.

—Ninguno, te dije que esto ya estaba terminado. Y no hay más que hablar —sentencia.

—Pero…, si el problema era Carla, eso ya está resuelto —intento convencerla.

—No para mí. Ella está enamorada de ti, es mi amiga y no puedo hacerle esto —espeta y se mete en el coche sin darme la oportunidad de replicar.

Me deja con un palmo de narices, no puedo evitarlo y doy un puñetazo a un contenedor de basura. Es tal la impotencia y la frustración que tengo que he golpeado a lo primero que tenía delante. No soy violento, pero esta situación me sobrepasa.

Capítulo 40

Carla

Llevo una semana pésima. Desde que el domingo me armé de valor para decirle todo lo que sentía a Kilian, todo ha ido de mal en peor. Y la estocada que me ha herido de muerte ha sido la confesión de Carolina. Nunca me hubiera esperado esto de ella. Si todo lo que me ha dicho es cierto, no sabía que mi compañero de piso y el tipo a quien se tiraba eran la misma persona, pero me cuesta creerlo y mucho más que con los hombres que hay en la ciudad, haya coincidido que sea el mismo. El tema ha surgido así, lo reconozco, ella no desaprovecha las oportunidades y pienso que, aunque hubiera sido conocedora de que él era del que estaba enamorada no hubiera dudado. Ella vive su vida al máximo y la envidio en algunos momentos. Pero yo no soy ella, siempre hemos estados en hemisferios distintos.

Los dos días de viaje me han servido para airearme un poco, lo necesitaba y el saber que cuando volviera a casa Kilian no iba a estar también me ha servido; pero por otro lado he seguido llorando amargamente. Me cuesta creer que esto no tenga futuro y es que sigo pensando que él es perfecto para mí, aunque yo no lo sea para él.

No he vuelto a llamar a Carolina y aunque echo de menos el hablar con ella, aunque solo sean cinco minutos al día, me ha decepcionado como amiga. Puede que la esté juzgando mal, pero no suelo equivocarme. Ella no tiene amigas, así que debería haberme dado cuenta de que eso se debe a alguna razón. Como a todas les haya hecho algo parecido entiendo que esté sola.

Este fin de semana he quedado con mis amigas. Estoy realmente jodida pero no quiero estar en casa compadeciéndome de mí misma. Tardaré tiempo en recuperarme de todo, lo sé porque me conozco, pero merezco a alguien que me valore y que me quiera como soy y en algo voy a dar la razón a Carolina. Kilian no me merece.

Evidentemente las chicas no saben la historia, nada más que mi compañero de trabajo estaba viviendo conmigo de forma temporal. Su reacción la supe antes de decírselo, pero he maquillado la realidad. Hoy las confesaré que ya se ha ido y ellas respirarán tranquilas y yo por otra parte también. El tenerlo pululando por casa no ayudaba. No ha dado problemas, ha recogido sus cosas sin molestar e incluso me ha dejado dinero sobre la mesa del salón a modo de alquiler. No lo he visto hasta que he vuelto del viaje, si lo llego a saber antes se lo hubiera devuelto. No descarto la idea, tal vez cuando lo vea en el trabajo se lo devolveré. No quiero pensar en Kilian ni en nada que tenga que ver con él. Es sábado, un día maravilloso para salir, pasar tiempo con mis amigas y disfrutar de la noche. Me he arreglado más que nunca. Necesito verme bien para animarme, será una bobada, pero es así. Minifalda, blusa semitransparente y taconazo. Hasta mis amigas me han hecho saber que estoy espectacular. Esta falda no me la ponía desde hacía tiempo y al perder peso en estos días vuelve a servirme. Me siento esbelta, guapa, aunque rota por dentro. Bailo, bebo y río con mis amigas. Estos momentos son irrepetibles y los voy a aprovechar. No he bebido tanto como para estar borracha, aunque reconozco que estoy bastante afectada, tal vez sea que no he cenado demasiado. Propongo a las chicas cambiar de zona. Quiero ir al Manhattan, tal vez vea a Kilian y ya de paso a Carolina; el por qué lo hago no tengo ni idea. Es posible que quiera seguir sufriendo innecesariamente, pero estoy convencida de llegar hasta allí, con mis amigas o sola. Arrastro a las chicas a regañadientes; algunas directamente han pasado y se han ido a casa, pero dos de ellas me

acompañan sin dejar de protestar. No entienden por qué cambiamos de zona cuando nunca frecuentamos esta e intento convencerlas sin decir la verdadera razón que me empuja hasta el Manhattan. Es prácticamente la hora de cierre, pero aun así nos dejan entrar. Nos situamos en el lado opuesto donde trabaja Carolina, ya que una cosa es querer verla y otra, hablarle. Dicen que si quieres vencer al enemigo es estando cerca, así que aquí estoy con ganas de pelea. Jamás en mi vida me he sentido así, nunca me he pegado con nadie ni se me ocurriría, pero hoy estoy más decidida que nunca a plantarme delante de quien sea. Observo a Carolina trabajar y reconozco que tiene clientes fijos y que gusta. Hoy está monísima. Lleva un vestido negro con un escote imponente, su cuerpo brilla, seguramente se haya aplicado algún tipo de iluminador o algo así. Está espectacular y aunque yo hoy estoy monísima me siento de repente muy pequeña. Esta inseguridad nunca antes la había sentido, tal vez sea porque nunca he tenido en frente a mi contrincante si es que se puede decir así. No sé por qué, pero de repente miro hacia la puerta, veo entrar a Kilian y mi cuerpo se contrae. Va embalado a la zona de la barra donde está Carolina, se pone frente a ella e intercambian palabras. Es imposible oír lo que se dicen, pero no me parece que tengan mucha afinidad. Aparto a mis amigas y voy hasta donde están ellos.

—¡Qué agradable sorpresa! —digo dejando a los dos con cara de sorpresa—. Ya tenéis vía libre para estar juntos —afirmo y antes de que digan nada continúo—. Cuidado Kilian, solo eres su *follamigo* —sentencio mirando con desprecio a Carolina —. Y tú, Carolina, cuidado también, sabe cómo engatusar a una mujer para después dejarla tirada —añado mirando a Kilian con el mismo desprecio.

Los dejo ahí plantados y me voy al baño. Me siento vencedora y mi actitud arrogante me hace sentirme fuerte. En cuanto salgo del baño paso por delante de ellos sin ni siquiera mirarlos. Hablo con mis amigas y nos vamos del bar. Es hora de volver a casa.

Llego a casa y recapacito acerca de lo que he visto y cómo he actuado y no me reconozco. Esa no soy yo. Yo no soy una barriobajera que va buscando gresca y pelea. Reconozco que estoy perdiendo la cabeza con todo este asunto. Ni siquiera se merecían que los hablara y ahí he ido a montar la trifulca. Suerte que ninguno de los dos ha entrado al trapo, más que nada porque les he dejado impactados con

mi proceder para después huir al baño. Estoy pensando que tal vez Carolina haya sido una mala influencia en mi vida. Hasta ahora jamás se me hubiera ocurrido invitar a un completo desconocido a vivir conmigo, así ha salido la cosa. Fatal. Y mucho menos lanzarme. No es por echarle toda la culpa a ella, en ningún momento me ha dicho que lo hiciera, pero sí que me ha animado a ser más directa, más decidida y no me ha servido de nada que no sea llevarme una decepción enorme.

Me meto en la cama y mi último pensamiento es para Kilian. Siempre lo es. No dejo de pensar en que justamente aquí nos acostamos, con ese bonito recuerdo y apartando el rencor que siento, consigo conciliar el sueño.

Capítulo 41

Kilian

La reacción de Carla no la esperaba, en realidad no esperaba verla allí. Ella es de otro tipo de bares y reconozco que me ha molestado. No por nada, más bien porque me incomodaba su presencia. Yo estaba centrado en intentar convencer a Carolina para hablar y si después consigo acostarme con ella mucho mejor. Lo estoy deseando. Hoy además parecía que tenía las tetas suspendidas en el aire, bien arriba, bien juntas y no ha hecho más que incitarme a pensar en meter mi polla entre ellas. Me he empalmado al pensarlo y no podía dejar de mirárselas en ningún momento.

Carla ya se ha ido con sus amigas y yo estoy esperando a que salga Carolina. Quiero aclarar las cosas con ella, hacerlo bien. Viene hacia mí y no trae cara de muchos amigos. No me amilano, si no quiere hablarme que me lo diga claro.

—Carolina, quiero hablar contigo —digo en cuanto está a una distancia en la que me puede oír.

—Creo que no has entendido nada. Llevo toda la noche diciéndote que no, así que no insistas —espeta molesta.

—¡No entiendo por qué me tratas así! —me quejo.

—Porque por las buenas no lo pillas, tal vez por las malas lo captes mejor— contesta con rabia.

—Creo que no me he portado mal contigo —afirmo dolido.

—Eso es verdad —admite.

—¿Entonces? —pregunto con un ápice de esperanza.

—Entonces nada. Se acabó. No vamos a volver a acostarnos. No quiero complicarme la vida y este asunto ya me está trayendo más quebraderos de cabeza de los necesarios —argumenta negando con la cabeza, como si quisiera quitarse algún pensamiento que le ronda.

—Yo no tengo la culpa de que Carla esté enamorada de mí —me defiendo de forma vehemente.

—Ni yo tampoco —espeta ella—. Y mientras sea así, no va a haber nada entre nosotros —concluye. Esta vez he andado más hábil que la noche anterior y he impedido que cerrara la puerta del coche dejándome con un palmo de narices.

—¡Joder Carolina! Yo no suplico a las tías —confieso. Nunca lo he necesitado, aunque reconozco que cuando Elo me dejó me arrastré como nunca antes en mi vida y no sirvió de nada. Ahora lo estoy haciendo de nuevo y no entiendo el por qué.

—Pues no lo hagas, no te lo estoy pidiendo —contesta ella, molesta.

—¡Eres imposible! —claudico dejando la puerta libre. Ella me mira y parece que va a decir algo, pero se contiene y eso me molesta y me inquieta más aún.

Carolina cierra la puerta, arranca el coche y se pierde en la noche. Otra noche más haciendo el imbécil por una tía. Hasta aquí he llegado, me mola follar con ella, pero no voy a mendigar más. Ella se lo pierde, yo también. Vuelvo a casa como he salido, eso sí, un poco más jodido. Definitivamente no sé qué quieren las mujeres. Si eres directo, mal, si vas de sensible y eres atento, se enamoran de ti, si eres un amante espectacular también te rechazan— y no es porque yo me considere así en absoluto—, y si eres un novio más o menos ejemplar te abandonan… por más que lo pienso no consigo entenderlo.

El domingo no salgo de casa. Me quedo tirado en el sofá, alternando ver la televisión con escuchar música y el caso es que me siento muy a gusto. Necesito fuerzas para enfrentarme al trabajo. Eso no me asusta. Me asusta la reacción de Carla. Lo del sábado no me lo

esperaba, es como si fuera otra mujer, como si se hubiera transformado en otra que ni siquiera ella reconoce.

El lunes a primera hora estoy en la oficina. Creo que estoy solo prácticamente en la planta. Me pongo a lo mío. Oigo unos zapatos de tacón, sin duda son los pasos de Carla. Es inconfundible la cadencia de su caminar. La imagino y realmente está buena, pero no siento nada más por ella. Nada como para iniciar algo. Estoy seguro que Carla no es el tipo de mujer que pudiera llevar una relación basada en el sexo como he mantenido con Carolina. Las dos son muy diferentes. Yo nunca antes me había planteado nada así, desde que terminé con Elo he mantenido sexo esporádico con unas y con otras sin plantearme nada más. Ha sido con Carolina con la única que he hecho tal cosa y reconozco que no me iba mal.

Los pasos se detienen justo tras la puerta de mi despacho. Noto como que dudan, pero al final llaman a la puerta.

—Adelante —contesto.

—Buenos días, Kilian —dice Carla con una sonrisa tímida en la cara.

—Buenos días, Carla —contesto respondiendo a su gesto.

—¿Puedo entrar? —pregunta en tono cordial.

—Por supuesto —contesto levantándome para sacar la silla de debajo de la mesa. Ella toma asiento, aclara la voz, espera a que me siente enfrente y comienza a hablar.

—Lo primero de todo quiero pedirte disculpas por mi comportamiento del sábado, no tenía que haberlo hecho. Me dejaste claros tus sentimientos y no tuve por qué inmiscuirme entre vosotros dos —afirma resignada.

—Escucha Carla, no te inmiscuiste entre nosotros. Entre Carolina y yo tampoco hay nada —confirmo y me jode que así sea. Es como si diciéndolo en voz alta me quedara claro, pero no quiero admitirlo.

—No me interesa nada que tenga que ver ni con ella ni contigo en el plano personal —sentencia seria —, y dado que tú y yo trabajaremos juntos los próximos meses, solo espero que nuestra relación laboral sea como hasta ahora, aparquemos los problemas personales, seamos adultos y saquemos adelante este proyecto que es de lo que se trata —argumenta en tono profesional.

—De eso puedes estar segura —contesto defendiéndome—. Mi

trabajo será impecable, como siempre —añado orgulloso. Nunca antes me he visto envuelto en esto, pero de algo estoy seguro: mi profesionalidad está, ante todo.

—Pues, entonces nada más que añadir. ¡A trabajar! —dice al levantarse. Parece que el aclarar este asunto le ha insuflado fuerzas. Me alegro de que todo esté bien en ese aspecto.

Carla desaparece de mi vista y creo que no hacía falta aclarar esto, pero no está de más que acotemos las cosas. Lo que me ha sorprendido ha sido la afirmación de que no quiere saber nada de Carolina. La discusión entre ellas ha tenido que ser descomunal. No sé qué tanto son de amigas, pero parece que ahora mismo todas las relaciones entre nosotros están rotas.

La mañana transcurre con normalidad, reconozco que Carla ha aparcado el tema personal y me consulta o me llama o viene o voy a su despacho sin que haya ningún tipo de insinuación por su parte. A veces me sorprendo mirándola y me quedo con ganas de preguntarle qué tal está, pero desisto. No quiero que malinterprete mis gestos. No me perdonaría hacerle daño de nuevo. En el fondo la aprecio, y me preocupa que esté mal, pero supongo que será cuestión de tiempo el que retomemos la confianza que un día tuvimos, o tal vez se haya puesto una coraza tan fuerte que mantenga a raya sus sentimientos y hable conmigo lo mínimo e imprescindible. Espero que no sea así, ella es lo más parecido que tengo a una amiga aquí. En realidad, aquí y en todas partes. Cuando lo mío con Elo terminó, prácticamente todas las mujeres con las que creía tener una amistad se posicionaron a su lado y yo dejé de importarles. En ese mismo instante me di cuenta de a quién le importaba y a quién no. Hablando de Elo, recibo un mensaje suyo. Llevo semanas sin mantener ningún tipo de contacto con ella y ahora surge de la nada. No sé si abrirlo o no. Me puede la curiosidad y lo hago.

> Elo: Hola Kilian. ¿Sigues viviendo en la misma dirección? Tengo que enviarte algo más.
> Yo: Hola Elo. No. Te mando la nueva dirección.

No entiendo este mensaje en estos momentos. Cuando he colocado todas mis pertenencias en mi casa no he echado de menos nada, incluso encontré objetos que nunca pensé que ella me devolvería. Tal

vez sea algo de eso. Algo para rematarme mortalmente mi autoestima y mi corazón. No lo sé. No quiero dar más vueltas al asunto. Lo veré en poco tiempo.

Salgo de trabajar y estoy satisfecho. Voy avanzando poco a poco y con Carla las cosas no son como eran, pero se va rebajando la tensión.

Llego a casa y me entretengo en la cocina preparando algo para comer mientras escucho música. Últimamente me refugio en ella. Así no pienso en otra cosa. Canto y me evado. Siempre me ha gustado escuchar música, pero desde que mi vida sentimental es un asco más aún. El telefonillo suena. No espero a nadie, más bien nadie sabe que vivo aquí. Me confirman que es un repartidor, un paquete. Será lo que Elo me tenía que enviar. Me parece raro que sea tan pronto, pero no sé. Llaman al timbre y ante mí aparece una caja enorme. Pienso y no sé quién puede haber tenido un detalle así conmigo, quizás sean mis nuevos vecinos, aunque no lo creo. La caja se mueve hacia mí y la recojo para ver tras él a una mujer. No doy crédito. Me sonríe y yo como un imbécil lo hago. Mi corazón ha sufrido un vuelco, mi estómago no ha llegado a hacerlo como en otras ocasiones. No habla, yo tampoco puedo. Nos miramos y pasan tantas cosas por mi cabeza que no entiendo nada. Está espectacular, siempre ha llamado la atención. Alta, rubia de pelo rizado y esos ojos azules que hace daño mirar. Su tez clara, sus mejillas sonrosadas y sus labios carnosos y sensuales. De pensarlo no puedo evitar empalmarme. Esos labios y ese cuerpo los he probado yo no hace tanto tiempo y reconozco que los echo de menos. Ella avanza hasta mí y ya no soy dueño de mis actos; nos besamos. Pensé que iba a ser algo bestial, brutal, algo así como devorarnos el uno al otro y no. Es un beso de pasión, pero tranquilo, un beso que dice que nos hemos echado de menos. Suena *Resurrection* de *Celtic Legacy*, me encanta esta canción y es ideal para este reencuentro. Llevo a Elo hasta mi habitación, la tumbo en la cama, quiero verla antes de abalanzarme sobre ella; no ha cambiado en nada, está tal cual la recuerdo, pero mi piel quiere rememorar su tacto y mi boca recorrer su cuerpo hasta que se pare el tiempo. Amo a Elo con tranquilidad, aunque reconozco que el deseo me puede, quiero grabar en mi mente este recuerdo, nunca se sabe si va a ser el último. No recuerdo cuando fue el último beso entre nosotros, no recuerdo cuando acaricié su cuerpo sin saber que sería la última noche, fue todo

tan precipitado que mi mundo se cayó. No quiero eso de nuevo. Todo está bien. Ella está aquí conmigo. Mi vida vuelve a su equilibrio. Es lo que necesito.

Son las ocho de la tarde y Elo y yo seguimos en la cama. Desde que ha llegado no nos hemos separado el uno del otro. Estábamos hambrientos de nuestros besos, de nuestras caricias y me he dado cuenta de que esto es lo que necesito. Quiero a Elo en mi vida de nuevo. A parte de follar como locos, hablamos; hablamos de lo que ha pasado. Elo no me dice claramente qué fue lo que le hizo apartarme de su vida, aunque poco importa ya. Lo que quiero es que estemos así para siempre. Que todo quede como un mal sueño y que volvamos a ser la pareja que fuimos en su día. Yo lo voy a intentar, voy a pasar página y a volcarme en que salga bien. Nos lo merecemos.

Capítulo 42

Carolina

Mi vida transcurre de forma anodina. No hago más que trabajar y ocuparme de Pablo. Es un bendito y no demanda de mí más de lo que sabe que puedo darle, suele respetar mis descansos y entiende cuando le digo que ya no jugamos más, que estoy agotada. Es un amor de niño, y nunca podría haber tenido un hijo mejor. Es de lo que más orgullosa estoy en el mundo. Desde que terminé con Kilian no he vuelto a acostarme con ningún hombre. Creo que durante una temporada voy a pasar de ellos. No es que haya acabado mal con Kilian, reconozco que me gusta, pero no puede ser. Está Carla de por medio y aunque ha decidido dejar de hablarme también creo que se lo debo. No es que sea una hermanita de la caridad, nada de eso. Soy consecuente con mis actos, por una vez no voy a dejarme llevar por mis instintos, no cuando hay otras personas implicadas susceptibles de hacerles daño. No soy así. Todo volverá a su cauce, es cuestión de tiempo. Mi relación con Carla está aparentemente rota, no me importaría recobrar su amistad, incluso hablar con ella y aclarar este asunto. Sé que me juzgó presa del rencor y se pensó que la había traicionado, pero no fue así. Normalmente el amor tiene dos caras, dos

hemisferios, dos polos opuestos que suelen ser la antítesis el uno del otro. Yo no estoy enamorada de Kilian, más bien manteníamos un pacto sexual si se puede definir así. Lo de ella estaba anclado en su corazón y tardará en que se le vaya. Estoy tranquila en este aspecto, he obrado bien y por ese motivo no dejo de dormir. Me duele su indiferencia y su rechazo, pero es lógico. Empiezo a estar acostumbrada a esto. Las amistades no me duran demasiado, mi vida es la que es, no puedo darme más de lo que me doy, mis circunstancias mandan y entiendo que no quieran estar a expensas mías, sin embargo, con Carla había creado un vínculo sincero, al menos por mi parte. No voy a mortificarme más por eso.

Hoy Pablo tiene un cumpleaños de un compañero de colegio y me toca llevarlo a una ludoteca donde jugarán, se disfrazarán y merendarán. Son dos horas y media que aprovecharé para hacer algo de compra y tal vez tomarme un café. En otras circunstancias llamaría a Carla, pero sé que no va a acceder así que ni me lo pienso. Voy a una de las calles más comerciales de la ciudad; aquí a lo largo de prácticamente un kilómetro puedes encontrar tiendas a uno y otro lado de la calle. No suelo comprar en esta parte de la ciudad porque se me va de presupuesto, pero un capricho de vez en cuando me doy. Entro en una tienda de lencería dónde me llevaría todo, aquí siempre acierto. Cuando trabajo de noche me gusta provocar, pero siempre desde la elegancia, no pareciendo una cabaretera de poca monta. Elijo mi vestuario con mimo, se lo que me favorece, lo que me queda bien y lo que no, siempre adaptando mi presupuesto a lo que puedo comprarme o no. Además de lencería suelen tener algunas prendas bastante fuera de lo común y que no se pueden llevar a diario. Voy enfilada hacia el lugar donde sé que se encuentran. Me quedo alucinada. He visto un mono superajustado, de una tela que no sé muy bien qué es, no es vinilo, tampoco es látex ni neopreno, es algo parecido al tejido utilizado en las mallas deportivas. Es fuerte, pero a la vez delicado. No me lo pienso y me lo pruebo. Es completamente negro, es como si me pusiera el disfraz de Halle Berry en *Catwoman*, pero este no brilla tanto y tiene más tela, lo suyo era prácticamente un sujetador y unas mallas. Simplemente es espectacular. Tiene un escote pronunciadísimo y tengo que llevar un sujetador que no se note, o tal vez nada si mis pechos quedan sujetos. Me miro y me encanto. Ya me

veo con él trabajando en el Manhattan o en la discoteca o donde sea. Miro el precio y mis ojos se salen de las órbitas, es demasiado, pero no puedo negarme. Estoy trabajando muchísimo y quiero darme este capricho. Evidentemente no sacaré partido a esta ropa como si fuera una para usar a diario, pero la puedo combinar con complementos o incluso con otras prendas superpuestas para no parecer que repito. Definitivamente me lo llevo a casa. Estoy esperando en la cola para que me cobren, cuando veo a Kilian entrar en la misma tienda acompañado de una chica espectacular: alta, rubia, de tez clara, muy estilosa. Se les ve bien, ríen, comentan, incluso Kilian le muestra un «picardías» muy sugerente que hace que ella le devuelva una sonrisa lasciva. Se le ve bien, enamorado, diría yo. Me cuesta creer que se enamore en cuestión de pocas semanas, pero quién soy yo para juzgar a nadie. Ellos no me han visto pero yo a ellos sí, así que me permito el gusto de observar en silencio mientras espero mi turno. Está guapísimo. No puedo echarle en cara nada, él intentó volver conmigo y yo me negué. Las cosas son así. En cuanto pago me cruzo con ellos, él me mira y yo a él. Estoy tentada de saludar, pero él gira la cabeza ignorándome. Se ha percatado de que era yo, lo tengo claro, pero ha disimulado como yo lo he hecho. Me molesta, a fin de cuentas, lo pasábamos bien, pero entiendo que lo haya hecho, así se evita tener que dar explicaciones a la chica con la que va dado de la mano.

Yo seguiré a lo mío, con mi vida de siempre y Kilian pasará a la larga lista de decepciones que voy coleccionando. No sé por qué; había conseguido que no me afectara tanto, pues tenía claro que era sexo y hasta que él irrumpió en mi vida lograba mantener al margen mis sentimientos y no me hacía ilusiones vanas, pero de repente esas ilusiones y expectativas han vuelto para quedarse en eso, en nada. Él nunca me prometió nada, no me regaló los oídos con falsas esperanzas, no me dijo que lo nuestro sería para siempre, no me engañó, de hecho, apenas hablábamos, pero no sé por qué con él empecé de nuevo a hacerme ilusiones. Creo que seré así siempre y seguiré sufriendo hasta que el destino me ponga a alguien delante con el que ya no me pase todo esto. Al menos eso espero. Estoy segura de que llegará y que antes o después tendré la vida que siempre quise.

Me da tiempo a comprar alguna cosilla que me hace falta para casa antes de recoger a Pablo. Lo del café lo aparcaré para otro

momento. No me apetece estar sola en una cafetería, me hace sentir triste, como que nadie me quiere y que todos los que tengo alrededor me mirarán y pensarán «pobre chica, no tiene ni una triste amiga con la que tomar algo». No quiero ser digna de lástima de nadie.

Pablo sale entusiasmado del cumpleaños y me cuenta con todo lujo de detalles lo que ha hecho, con quién ha jugado, de qué se ha disfrazado y su merienda. Viene maquillado como si fuera un león y está guapísimo. Es una pena que tenga que quitárselo, pero antes de eso nos hacemos miles de fotos con el móvil, haciendo el bobo, sacando la lengua, imitando al león, haciendo como que él me come el cuello. En definitiva, disfrutando de mi hijo. Llegamos a casa, se mete en la bañera mientras yo preparo algo de cena. Él seguramente tenga su dosis de azúcar más que cubierta y no cenará apenas nada. Después de su baño y tras la consecuente discusión para que cenara algo, nos metemos en la cama. Con el cuento de rigor se queda dormido. Yo me voy a mi habitación, me meto en la cama y pensando en Kilian me quedo dormida.

Capítulo 43

Kilian

Esta semana con Elo ha sido espectacular. Ha cogido días de vacaciones para estar conmigo. Lo hemos hecho de tantas maneras diferentes que eso no hacía otra cosa más que aumentar nuestras ganas. Todo está bien entre nosotros, y a partir de ahora todo será un poco más complicado porque ella está allí y yo aquí, pero tenemos fuerza y energía suficiente para superar la distancia.

Ella se ha ido y antes de hacerlo hemos salido a dar una vuelta y a comprar. Hemos entrado en una tienda de lencería; me encanta la lencería en una mujer. Me da un morbo extra. En cuanto hemos entrado he sentido una vibración extraña a la que no he prestado atención, es como si mi cuerpo me estuviera avisando de algún peligro, alguna presencia, no sé. He ignorado esa señal, pero después me he dado cuenta de que todo se debía a algo, más bien a alguien. Me he cruzado con Carolina en la misma tienda, evidentemente esta no es una ciudad muy grande, pero es una casualidad tremenda. Me ha parecido que ella tenía intención de saludar, pero yo no me he visto con el valor suficiente para hacerlo pues no quería dar explicaciones a Elo; además, ella y yo no somos nada. Follábamos,

nada más. Con Elo es diferente, ella ha sido mi novia de los últimos años y aunque reconozco que me lo ha hecho pasar fatal, ya lo he olvidado. Quiero empezar de cero, tirar para adelante y continuar con mi nueva vida como hasta hace poco tiempo.

Mentiría si no dijera que algo se me ha removido por dentro, pero al ver a Elo sonreírme de nuevo se me ha borrado toda sospecha de duda. He visto lo que Carolina se ha llevado y para cerciorarme bien de lo que era he ido disimulando hasta donde estaba situada la ropa y he descubierto unos monos realmente acojonantes, me imagino a Carolina con ellos puestos y salivo.

Empieza una nueva semana para mí. Me siento extraño. Todo parece que va volviendo a su equilibrio. Elo ya no está en casa y reconozco que me gustaría que cuando volviera de trabajar ella estuviera esperándome, pero la situación es la que es. Acepté este nuevo destino por alejarme de ella, pero ahora que estoy inmerso en el nuevo proyecto con Carla no podría volver. Me está motivando mucho y además creo que necesitaba nuevos aires. Al final, lo que quería lo tengo, así que por ese lado estoy más que satisfecho. Todos los días hablamos varias veces por teléfono, mantenemos un contacto continuo y aunque no es lo mismo estoy convencido de que esto afianzará nuestra relación. Las cosas con Carla han pasado de ser distantes y hostiles a suavizarse un poco. No hemos llegado a tener ese *feeling* del principio, pero supongo que será cuestión de tiempo que sea así. Ya nos preguntamos por cosas cotidianas, no por curiosidad, más bien por cariño. Ella al principio era parca en palabras, pero parece que se va soltando, incluso bromea conmigo. Entiendo que ha de ser una gran putada que alguien te guste y no puedas estar con él, además me tiene que ver a diario. Me pongo en su lugar y me siento identificado como cuando intentaba estar con Carolina y ella me rechazaba, pero ya no. Ahora con Elo estoy a las mil maravillas.

Este fin de semana será raro, no tengo intención de salir y no voy a ir a visitar a Elo. Espaciaremos nuestros encuentros, todavía no hemos concretado nada, pero o bien vendrá ella o bien iré yo. Pero acaba de irse y no voy moverme, la semana que viene ya planearemos algo. Tal vez quedemos en un punto intermedio y disfrutemos del fin de semana juntos.

Aquí ya voy teniendo algunos amigos, casi todos compañeros de

trabajo, algo así como empezó mi relación con Carla. Suelen invitarme a salir o a jugar algún partido…, diferentes planes que suelo rechazar, pues antes tenía mis fines de semanas ocupados esperando a Carolina, y ahora con Elo de nuevo en mi vida no me apetece demasiado salir. Me han invitado a una inauguración de un bar, no estoy mucho por la labor, pero me sabe mal rechazarlos tantas veces, se van a pensar que soy un desagradecido. Acepto sin muchas ganas. Es el sábado a partir de las doce de la noche. Es un bar que está a medio camino entre la zona que solía frecuentar Carla y a la que no he vuelto a ir y la zona en la que trabaja Carolina, a la que sí he vuelto. Sobre todo, al bar de Rober, el viejo roquero que me reconoció nada más verme y que me adjudicó el sambenito de «El español irlandés amigo de Carolina». Lo primero es cierto, la segunda parte no lo es, pero no voy a molestarme en explicar nada. Voy cuando sé que no está ella. Me tomo unas cervezas con él y hablamos de música principalmente. Alguna vez me ha tirado alguna indirecta referente a Carolina, pero me he hecho el tonto. No quiero dar explicaciones a nadie, además ella me apartó de su vida y la mía está llena por Elo en estos momentos. He estado tentado de ir al Manhattan alguna vez, pero al final me he contenido; me debo a Elo y aunque sé que soy fuerte no quiero tentar a la suerte.

Quedo con mis compañeros de trabajo a las doce y media; no es plan de estar allí como si tuviéramos prisa por entrar, a mí me da un poco igual, me tomaré una copa y me iré. Ya he hablado hoy con Elo, he mantenido sexo telefónico con ella y todo está bien. El nuevo bar se llama Tiramisú, un nombre dulce que supongo que definirá la filosofía del nuevo sitio. No tengo constancia de cómo era este bar antes, así que no puedo comparar y supongo que estará bien. Nada más entrar huele a nuevo, a madera a ambientador dulzón; parece un sitio agradable. Suena la música y está de bote en bote, estos eventos es lo que tienen. Reúnen a muchas personas que tal vez se conviertan en clientes o tal vez nunca más vuelvan. Es un bar bastante grande, de hecho, tiene dos barras, una nada más entrar a la izquierda y otra al fondo del todo. Nos decantamos por la del fondo porque la primera está a tope. Por todo el local hay dispersas bandejas con canapés y encurtidos, supongo que será cortesía de la casa por ser la inauguración, no recuerdo haber ido a un evento así en mi vida. Mis amigos me gastan bromas, acerca de mi aspecto lo primero, eso viene

siendo habitual, que como siempre sale a relucir ligaré mucho porque soy exótico y *bla bla bla.* Sonrío y no digo nada. Estoy un poco cansado de eso, pero es lo que toca. Algunos de ellos están casados, y me han confirmado que han salido porque yo salía, es un detalle por su parte y otros tienen sus cosas por ahí. No me interesa demasiado su vida personal. En cuanto nos acercamos a la barra uno de ellos me da un codazo para indicarme donde tengo que mirar; a una de las camareras que está de espaldas buscando alguna botella en la estantería. Lleva un mono negro ajustadísimo y su culo es espectacular, pero en cuanto se gira me topo con la mirada de Carolina. Creo que no me ha conocido, las luces iluminan su cara y es posible que esté cegada, como yo en estos momentos. Está espectacular. ¿Cómo una tela puede encajar tan bien en el cuerpo de una mujer? Es increíble, es un guante, define su cuerpo tal cual es, lo sé porque yo mismo lo he acariciado. Un escote casi hasta el ombligo deja ver parte de sus pechos que están sustentados con una especie de sujetador, algo así como una tira que recorre de forma horizontal su torso. Me falta la saliva, mi polla ha reaccionado y es que a excepción del día que me crucé en la tienda con ella no he vuelto a verla. Lleva el pelo engominado y bien tirante dejando su cara libre; está muy maquillada y no puedo apartar mi vista de ella. Mis compañeros me preguntan que qué quiero y me da exactamente igual, algo que quite la sed porque he perdido el habla.

No dejo de mirarla, estoy incómodo, pero a la vez no puedo evitarlo. Sigo observando a Carolina parapetado tras una de las columnas, es prácticamente imposible que me vea, tiene mucho trabajo y el bar está hasta arriba. A todos les obsequia con una sonrisa y en cuanto oigo a mis compañeros soltar alguna brutalidad sobre sus instintos más lascivos con ella me siento celoso, o molesto. No sé cuál es mi estado, lo que sé es que no me gusta oírlos hablar así, como si ella u otras de sus compañeras fueran pedazos de carne dispuestos a satisfacer todos nuestros deseos. Tomamos varias copas aquí y estoy tentado en acercarme a saludar a Carolina, sin embargo, me contengo, no dejo de mirarla. Realmente está espectacular. La veo contenta y confirmo que es muy buena profesional, sabe llevar a todo el mundo con buena cara, aunque seguramente a más de uno haya tenido que pararle los pies.

Estamos en el Tiramisú hasta la hora del cierre, lo que iba a ser una copa se ha convertido en unas cuantas. Las luces se van encendiendo, de repente la música se detiene. Veo a Carolina subirse encima de la barra con algunos compañeros, camareros y camareras, tres en cada barra. Empieza a sonar la música y se ponen a bailar. Esto no lo había visto jamás, me recuerda a las películas yanquis, sin embargo, ver a Carolina contonearse enfundada en ese mono hace que me excite sin querer. Está desinhibida, disfruta de lo que hace y ríe. Creo que, a pesar de estar cansada, porque lo estará, está contenta. Ella y el resto son el espectáculo, no creo que hagan esto todos los días, pero si lo hicieran merecería la pena estar aquí para verlo.

Vuelvo a casa excitado y borracho. Llamo a Elo, pero no me lo coge, estará dormida o con sus amigas por ahí. Pensé en que tal vez ella podría aliviarme un rato, pero o bien termino yo solo o lo dejo estar y duermo.

Capítulo 44

Carolina

La inauguración del Tiramisú ha sido un éxito. Estamos todos agotados, pero ha merecido la pena. Hemos recibido la felicitación de Lucas y otros socios y estamos satisfechos con el equipo formado. Entre él y yo hemos elegido al personal y estoy encantada. Al final decliné la oferta para hacerme cargo del local. No doy para más, le expliqué mi situación, aunque él la sabe de sobra y aunque le hubiera gustado que hubiera aceptado, lo respeta. Seguiré como hasta ahora. En pocos fines de semana la plantilla estará al completo y podré disfrutar de algún fin de semana libre. Se lo debo a Pablo, lleva tiempo diciéndome que cuando hacemos algo juntos y quiero que sea especial.

Salimos todos del local y deciden ir a tomar algo por ahí. Ya nos hemos tomado una copa tras el cierre, así que yo rechazo la oferta. Me desvío de su destino y voy hacia mi coche, se me hace raro no tener a Kilian esperándome, me había acostumbrado a que estuviera en la calle o apostado en mi coche, pero no. Hace tiempo que ya no. Si lo que vi en la tienda de lencería fue premonitorio se ve que ya tiene su vida sentimental ocupada por otra mujer y me alegro por él, aunque a

veces me lamento por no haber seguido mis instintos. Carla sigue sin hablarme y seguramente siga enamorada de él, así que creo que fue lo mejor. Tengo que pasar por delante del bar de Rober para llegar hasta el aparcamiento. Hoy no me apetece tomarme nada con él. Iré a por churros y a casa, pero eso no quita que me asome, y le salude.

—Buenos días, Rober —digo en tono alto.

—Hola, preciosidad, ¿una birra? —pregunta.

—No, me voy a casa, hemos inaugurado hoy y me duele el alma —afirmo.

—Descansa—me aconseja y añade—. Por cierto, tu amigo viene a menudo por aquí. Sabe un montón de grupos irlandeses —afirma como si tal cosa.

—Seguro —digo sin darle importancia. Me gustaría saber más de Kilian, pero no dio para más, solo sé que su padre es irlandés y su madre argentina. Con una sonrisa bobalicona me voy a casa. Necesito descansar. Dormiré un par de horas para después ir a buscar a Pablo, ya veré si consigo arrancarlo de casa de mis padres o si por el contrario nos quedaremos allí y estaremos todos juntos.

Este año me gustaría organizar algo especial para las vacaciones, voy teniendo una hucha bastante grande y solo deseo que el trabajo me dure lo suficiente y así poder cumplir mis sueños. Todo depende del dinero que consiga ahorrar, pero este año va a ser especial. Lo sé. Pablo necesita salir del entorno de mis padres y hermano. No podría estar en mejores manos, además Josefa, mi vecina, se desvive por él, pero quiero que esté conmigo, que disfrutemos el uno del otro y que se lo pase genial. Ese es mi próximo objetivo.

Llego a casa y antes de quitarme el mono que he estrenado me miro en el espejo de mi habitación. Realmente me queda perfecto. Me consta que llamaba la atención, es un look muy sofisticado y provocador, pero el disfraz de chica dura tiene que desaparecer. Ahora voy a la ducha y me pondré mi pijama convirtiéndome en lo que soy, en Carolina, la mamá de Pablo a tiempo completo, la limpiadora de lunes a viernes y la camarera sexy que sirve copas los fines de semana. Ese es el resumen de mi vida, lo pienso mientras el agua moja mi piel sudada y lloro. No sé por qué. Tal vez las copas hayan hecho mella en mí, el cansancio acumulado o el vacío que tiene mi vida. No tengo más objetivo que poder pagar a mi hijo unas vacaciones, todos mis

esfuerzos son para él, ¿y yo?, ¿dónde quedo?, ¿cuándo tendré tiempo para mí? No es que lo eche de menos, pero a veces me gustaría ser normal, quiero decir, ser como casi todo el mundo, que no digo que no tengan problemas, pero tener a alguien con el que compartir mi tiempo, mis penas y mis alegrías. Obviamente Pablo está ahí, pero no lo estará eternamente y no me refiero a ese tipo de persona. No sé, a veces me da por pensar en estas tonterías y me vengo abajo. Con el agua arrastro mis lágrimas, no tengo tiempo que perder y mucho menos en compadecerme. Salgo de la ducha, me seco, me pongo el pijama y me meto en la cama. Las seis de la mañana, cuando la ciudad despierta yo comienzo mi sueño. En un par de horas o tres volveré a la rutina.

Capítulo 45

Kilian

Mi semana va como la seda pues hablo con Elo a diario. Nos echamos de menos y creo que este fin de semana iré a verla. Se me va a hacer más cuesta arriba de lo que pensaba. Miro el gran oso de peluche que venía en la caja que puso delante de mis narices cuando apareció en casa y no puedo evitar sonreír.

Las cosas en la oficina van más o menos bien. Con Carla da gusto trabajar, es muy buena profesional y ayuda en todo lo que puede. Casi como en su vida cotidiana; es una pena que lo nuestro no haya podido ser. Me ha demostrado que es una tía de diez. Bromeamos y me atrevo a contarle un poco de mi vida, ella se abstiene de contarme nada, pero me escucha y me da su opinión si se la pido. Le he confirmado que he vuelto con Elo y se ha sorprendido, pero al pedirle opinión creo que ha sido sincera y me ha contestado con algo que yo tenía más o menos claro, pero el oírlo en boca de otra persona me ha abierto más los ojos. Ha sentenciado que sabía que todavía estaba enamorado de ella, que ese no era un capítulo cerrado de mi vida y que no podría estar con otra mujer que no fuera Elo. Tal vez todo este tiempo me he estado autoengañando, buscando en otras lo que me daba Elo,

creyéndome vencedor por acostarme con otras, cuando lo que quería en realidad era estar con ella. Puede que no le falte razón. Tampoco quiero pensar mucho en ello, mi vida está tal y como yo necesitaba. Tengo mis vacaciones planeadas para dentro de quince días, era algo que ya estaba cerrado y ahora con mi relación con Elo no sé si podremos disfrutar de alguna escapada. No me importaría irme a alguna parte, pero si tal y como me dijo gastó sus días en reconquistarme, será difícil. No hay inconveniente, esos días los dedicaré a estar en lo que fue nuestra casa, a esperarla cuando llegue de trabajar y a vivir en pareja como antes. Se me hará raro el volver allí, pero no me importa. Lo único que quiero es estar a su lado, sea donde sea.

En cuanto salgo de trabajar me voy directo a la que fue mi casa en los últimos años. En el camino pienso mucho en ello. No sé cómo será enfrentarme a todo lo que ya conozco, tal vez me sienta un extraño o puede que sea como si nunca me hubiera ido. Un paréntesis en mi vida que me ha servido para darme cuenta de que con ella era feliz.

Elo trabaja por la tarde y cuando yo llego aún no ha regresado. Conservo el juego de llaves que tenía, así que entro en lo que fue mi casa y cuál es mi sorpresa cuando veo que todo está cambiado, quiero decir, los muebles son los mismos pero el tono de las paredes es diferente y la colocación también. Es el mismo lugar, sin embargo, me siento raro. Me ha impresionado, no me esperaba esto. Recorro el resto de la casa y me encuentro en todas las habitaciones algo diferente. Evidentemente la cocina y los baños están iguales, pero lo que más me ha impactado ha sido el cambio del dormitorio. La cama está en el lado opuesto. El cabecero es diferente y las mesillas que yo conocí han desaparecido. Veo este lugar de otra forma, antes era más personal, había alguna foto de Elo y mía, era nuestro rincón. No esperaba encontrarme fotos de nosotros dos después de lo que pasó, pero reconozco que no tiene ese toque, ahora es un dormitorio más. No es fría la palabra, tal vez sea impersonal. La ropa de cama también es diferente y salgo de allí algo trastocado. No sé qué pensar. ¿Tanto ha cambiado la vida de Elo desde que me echó de casa? O es que ha querido realmente dar un giro radical y borrar mi recuerdo de su casa, no lo entiendo. Oigo la puerta, es ella. Aparco mis pensamientos y voy a su encuentro. Me abraza como si hiciera siglos que no nos vemos. Y

yo la correspondo. Nos fundimos en un beso profundo y terminamos haciéndolo en el dormitorio que un día ocupamos. Es deseo, pura pasión, arrebato, desenfreno. Nos deshacemos el uno en el otro y es estar con ella y sentirme en casa. He amado tantas veces este cuerpo que no me es ajeno. Sé lo que tengo que hacer para que se derrita, me conozco sus puntos débiles y los fuertes y ella los míos también. Nos entregamos el uno al otro y creo que soy feliz.

El sábado amanecemos tarde, ha sido una noche de sexo y confesiones. No he ocultado a Elo que he mantenido mis escarceos por ahí mientras ella y yo estábamos separados y ella no ha hecho ningún comentario al respecto, ha preferido callar. Nos planteamos el día de forma tranquila pero cuando llega la tarde buscamos un plan para nosotros. Ella quiere salir, yo preferiría un plan más romántico, quedarnos en casa, preparar una cena deliciosa, beber vino sentados sobre la alfombra para terminar haciéndolo en el salón. Me parece un plan mucho más apetecible. No quiero discutir con Elo, así que claudico y salimos por ahí. Nos encontramos con viejos conocidos, esos que ahora me ponen de nuevo buena cara, pero que me dieron la espalda cuando lo nuestro terminó. Quiero tener la fiesta en paz, pero reconozco que cada vez me siento más incómodo, no quiero estar con estas personas. Quiero estar a solas con Elo. Ni más ni menos. He oído a lo largo de la noche algún comentario que no me ha hecho gracia y Elo ha reído para luego decirme que me tranquilizara al ver mi cara, que estaban bromeando, que no lo tuviera en cuenta. Me he sentido como un bufón, el tonto del grupo, en definitiva, un payaso. No quiero estar así, pero no he podido ocultar mi desagrado. En cuanto llegamos a casa explotamos en una discusión, sus razones no las entiendo y ella las mías tampoco. No entiende que esté molesto por la actitud de los que un día consideré mis amigos, pero es que ellos me dejaron tirado y nunca se pusieron en mi lugar, así que no creo que esté en condiciones de juzgarme. No lo voy a consentir, y ella en vez de ponerse a mi lado les da la razón a ellos; no puedo creerlo. Estábamos bien, y ahora por otras personas nos enzarzamos en una discusión que solo saca lo peor de nosotros. Reproches que no nos hicimos en su día y que ahora están saliendo a la luz, preguntas sin respuesta que esperan para ser reformuladas y contestaciones no siempre agradables de escuchar. Ninguno de los dos da su brazo a torcer y por raro que

parezca nos metemos en la cama sin hablarnos y enfadados. Lo que prometía ser un fin de semana mágico se ha convertido en un auténtico desastre.

Comenzamos el domingo con una calma tensa, hablamos, pero obviamos el tema principal. Nuestra discusión. De repente somos una pareja que parece que no tiene nada que contarse. Estaba ávido de sus caricias, de su atención, pero no me apetece nada de eso. Estoy pensativo, taciturno y es que creo que tengo mucho que pensar. No iba a ser fácil, eso era evidente, pero después de la situación tan violenta vivida ayer creo que esto se complica aún más. Después de hacer el amor con Elo me voy, la despedida ha sido fría. Los dos estamos sumidos en nuestros pensamientos, hay cosas por decir y no hemos dicho, nos hemos hecho daño y lo sabemos y parece que de repente las prioridades han cambiado. Para mí no, pero después de lo que he vivido, temo que yo no soy lo más importante para Elo en estos momentos. Tal vez esté dolido, decepcionado y eso haga que vea un futuro incierto y negro, espero que solo sea momentáneo.

Capítulo 46

Carla

Nueva semana en la oficina. Se acerca el buen tiempo y eso se nota. Yo me noto mejor de ánimo, el gimnasio me ayuda a desconectar del trabajo y la oficina a olvidarme un poco de mi vida. Ya me he perdonado por haberme enamorado de Kilian, más bien me he planteado el tema desde otra perspectiva. Para algo me ha tenido que servir ser amiga de Carolina. Lo he enfocado así: Kilian es mi compañero de trabajo y aunque me cueste no fijarme en él, y alguno de sus gestos me sigan hipnotizando y deba mantener mis deseos a raya, lo estoy logrando. Tal vez Carolina tenía razón y no era bueno para mí. Kilian y yo vamos manteniendo una relación más o menos fluida, creo que los dos nos hemos dado cuenta de que es mejor así, si queremos que esto sea un éxito tendremos que apartar lo personal y dedicarnos a lo que realmente nos importa. He llegado la primera a la planta, me dedico a organizarme el día, paso las hojas del calendario y me cercioro de que en aproximadamente un mes me iré de vacaciones. Estoy deseándolo. Tengo un viaje organizado con mis amigas. Iremos a Vietnam. Nos llama la atención la cultura asiática, y aunque conozco bastante bien esa zona, siempre quedan cosas por conocer. Este año

me tocaba a mí elegir y el destino ha sido ese. Oigo ruidos en el despacho contiguo, debe de ser Kilian. Antes, en cuanto oía algo, iba rapidísimo a saludar, la cosa ha cambiado y no voy teniendo esa necesidad. Todo va calmándose y lo agradezco. Llaman a mi puerta.

—Buenos días, Carla —dice asomándose.

—Buenos días, Kilian ¿qué tal? —pregunto por educación.

—Si me invitas a un café te lo cuento —comenta sonriendo y pasando hasta dentro.

—Sí, claro, como no —afirmo levantándome para hacer uno. Poco a poco vamos recobrando la rutina que manteníamos al principio, y reconozco que me gusta. No es que me haya desenamorado de él, pero el giro radical que dio nuestra relación tampoco me gustaba.

—He pasado el fin de semana con Elo —comienza a relatar.

—Bien, ¿no? —pregunto porque no sé qué espera que conteste.

—Al principio bien, pero he vuelto un poco tocado. Hemos tenido una discusión monumental y esta ha hecho que se generen dudas acerca de nuestra relación —asegura, serio, tras haber dado un trago de café. Miro como su tráquea se mueve a lo largo de su cuello y me parece algo tan sexy que por un momento me he olvidado de lo que me estaba diciendo. Nuestras miradas se cruzan y noto que quiere que diga algo al respecto; tengo que reaccionar rápido o se notará demasiado.

—¿En serio? —inquiero porque no sé lo que me ha dicho.

—Sí, las cosas han cambiado entre nosotros y no estamos en el mismo punto en el que lo dejamos —afirma.

—Es imposible que lo estéis —sentencio—. Han pasado cosas y quieras o no eso os afecta —concluyo.

—A mí no —afirma rotundo.

—A ti sí, y si no fíjate en nuestro ejemplo. Salvando las distancias —me apresuro a matizar—. Pasamos de llevarnos genial a no hablarnos, ahora estamos retomando la relación, pero estarás conmigo en que no es como al principio —argumento moviendo los brazos en señal de evidencia.

—Visto así, puede que tengas razón —masculla—. En cualquier caso, tengo mucho en lo que pensar —responde decidido.

—Tómate un tiempo para ti —sugiero.

—No lo descarto, en quince días tengo vacaciones, no he planeado

nada con Elo, pero puede que te haga caso y decida salir de aquí e intente poner en claro mis sentimientos —admite.

—Era una sugerencia, tú verás —apostillo, no quiero que piense que le impongo nada.

—Sí, muchas gracias —dice levantándose de repente, me tiende la taza vacía y antes de irse de mi oficina se gira y me dice —: muchas gracias, de verdad, Carla, eres un encanto—añade y cierra.

Me sorprende esa afirmación y no sé cómo tomármela. No quiero hacerme ilusiones, pero me ha hecho sonreír. Tengo claro que Kilian está enamorado de su novia, lo ha estado siempre y aunque se haya acostado conmigo y con Carolina— es de lo único que tengo constancia, seguramente hayan más—, su corazón es de ella. Lo que ha sufrido el fin de semana puede que sea un arrebato, un calentón, un malentendido entre ellos, lo desconozco. Seguramente todo se solucionará y esto quede en una anécdota.

El resto del día lo paso trabajando sin más problema. Los momentos que coincido con Kilian los aprovecha para desahogarse, es como si quisiera contarle a alguien sus temores acerca de su relación. Nunca hubiera imaginado a un Kilian tan inseguro, tan necesitado de consejo. No creo que yo sea la más indicada para hablar, viendo cómo me va a mí, no soy ejemplo de nada. Más bien creo que se siente solo, que no tiene apoyo de sus amigos y por lo que ha dejado entrever se ha llevado bastantes decepciones en ese aspecto. Creo que todos en mayor o menor medida a lo largo de nuestras vidas hemos sufrido algo así, y aunque cueste todo se supera.

Al día siguiente, como siempre, soy la primera en llegar. Me sorprende toparme en mi despacho con Carolina. Reconozco que me he quedado cortada cuando la he visto. Desde que la cambiaron el turno al otro edificio no he vuelto a verla por aquí. La última vez fue en el Manhattan cuando me encontré a Kilian y a ella hablando y cada vez que lo pienso me avergüenzo más aún de mi comportamiento.

—Hola, Carolina —saludo haciendo que se sobresalte, siempre lleva la música a todo volumen, en eso no ha cambiado.

—Hola, Carla, ¿qué tal? Ya me voy, en cuanto friegue este trocito —se apresura a decir. Creo que no se esperaba que llegara tan pronto.

—¿No te tomas un café conmigo? —pregunto. Creo que al igual que me disculpé con Kilian debo hacerlo con ella. Si todo es tal y

como me lo contó, ella no tuvo la culpa de nada. Su cara es de sorpresa total.

—Que sea rápido —espeta ofreciéndome una sonrisa. Esa sonrisa sincera que siempre me ha gustado de ella.

—¿Cómo es que hoy estás aquí? —pregunto mientras termina de prepararse el café.

—La chica que viene no podía y me he venido del otro lado para hacer esto y ahora vuelvo de nuevo —explica —. De ahí mi prisa —añade.

—No te entretendré más de lo necesario —afirmo—. Una cosa Carolina, quería pedirte perdón por cómo te juzgué y por cómo te traté en el Manhattan, no suelo comportarme así pero me dejé cegar por los celos —concluyo mientras ofrezco una taza de café.

—No pasa nada —contesta ella—. Cosas que pasan—termina. No sé por qué razón, pero me esperaba esta respuesta. Carolina siempre ha sido así, nunca ha buscado enfrentamientos, y siempre ve la vida con optimismo y positividad. Eso siempre me gustó.

—¿Te veré pronto por aquí? —pregunto.

—No lo creo, esto ha sido puntual —afirma devolviéndome la taza.

—Algún día podríamos tomar algo por la tarde —sugiero y deseo con todas mis fuerzas que así sea.

—Vale, ya sabes mi rutina. Estaré con Pablo en el parque o en la piscina, llámame cuando puedas o quieras y tomamos algo —afirma sin más—Tengo que irme, Carla —añade apurada.

—Sí, sí, ve, te llamo en unos días —aseguro y lo haré. He echado de menos a Carolina más de lo que he querido admitir.

Capítulo 47

Carolina

Salgo del edificio con un sabor dulce en la boca. Al final parece que todo vuelve a su cauce y que Carla ha reflexionado y se ha dado cuenta de que todo ha sido la sucesión de unas casualidades que han hecho que todo se desencadenara como lo hizo.

No sé qué pensar, tal vez Carla no me llame nunca y se olvide que quiere tomar algo conmigo, es posible. No sería la primera vez que me lo hacen, mis amigas de siempre, con las que he compartido mi adolescencia y juventud me lo hicieron casi todas y al final todo queda en eso, en buenas intenciones que se diluyen en el tiempo. Ya no me preocupo por ello, al principio me dolía, porque eran mis amigas, pero al final te das cuenta de que las cosas cambian y que cada una sigue su camino.

Voy como alma que lleva el diablo al otro edificio. No dejo de trabajar y necesito unas vacaciones; aún no tengo el cuadrante, pero me noto cansada. Rechacé la oferta de Lucas para llevar el Tiramisú y no me arrepiento. Es demasiado para mí ya, pero hasta que empiece a funcionar como ellos quieren sigo trabajando allí. No descanso ningún día, incluso trabajo los domingos y eso pasa factura. Necesito unas

vacaciones, pero de momento aguantaré el tirón hasta que esto se normalice. Termino mi jornada laboral y vuelvo a mi vida con Pablo. Por la tarde recibo una llamada de Carla.

—Hola, Carolina, ¿dónde estás? —pregunta.

—Con Pablo en el parque, ya sabes —confirmo.

—Me paso en media hora ¿te viene bien? —intenta confirmar.

—Aquí estaremos —respondo sonriendo.

En efecto, a la media hora hace acto de presencia. Se ha cambiado de ropa, no va igual que esta mañana, lleva algo más informal, pero siempre impecable. Se acerca a mí con una sonrisa y me saluda con dos besos.

—Hola, Carolina, ¿qué tal? —pregunta sentándose a mi lado en el banco.

—Bien —contesto. La tensión es evidente. No por mi parte, pero creo que ella no se atreve a dar el paso—. ¿Y tú?

—Mejor, ya estoy mejor —afirma.

—Era cuestión de tiempo —respondo sin necesidad de explicar de qué estamos hablando.

—Sí, eso creo. Aún no se ha pasado del todo, pero lo llevo mucho mejor —confirma mirando al frente, no me mira directamente, pero no me importa.

—Me alegro por ti —digo de forma sincera.

—¿Y tú? —pregunta.

—Yo como siempre, sin novedad. Desde lo de Kilian no he vuelto a verme con nadie —confirmo y ha sido decir su nombre y encogérseme el estómago.

—Ha vuelto con su ex —confirma. Me giro y miro fijamente a la cara de Carla, no por nada, sino para discernir si es cierto lo que me está contando. Es cierto.

—Vale —digo. La conversación se corta en ese momento. No sé qué más añadir. Ato cabos y es posible que la chica con la que le vi sea ella. Lo desconozco.

—La cosa no va tan bien como él quiere hacer ver —añade segura de sí misma.

—No lo sé, Carla, desde el día que nos viste no he vuelto a tener noticias suyas —confirmo.

—¿En serio? —pregunta y ahora la que tiene curiosidad es ella.

—Mientras tú estés enamorada de él no iba a continuar con eso, se lo dije a él y ahora te lo digo a ti —respondo segura de mí misma.

—Lo mío era inviable, y mucho más ahora que ha vuelto con su ex —añade.

—No lo sé, Carla, actué así y no me arrepiento —sentencio levantándome para ir a socorrer a Pablo que se ha caído. Reconozco que no quería seguir hablando del tema con ella. No estoy cómoda. Nunca he tenido problema para hablar de relaciones, sexo y todo lo demás, pero nuestra relación está recién estrenada y no quiero meter la pata.

Cuando vuelvo al banco donde he dejado a Carla, la conversación cambia totalmente de tono. Me confirma que se irá de vacaciones con sus amigas, que el destino elegido es Vietnam, y muero de envidia, pero también soy consciente de que un destino tan lejano no sería viable para mí y para Pablo. Yo tengo que adecuarme a sus necesidades y aunque se adapta perfectamente a todo no es el mejor destino. Además, no puedo permitírmelo; sin embargo, este año será especial. Buscaré algún sitio bonito para ir y disfrutar de nuestras merecidas vacaciones.

El resto de la tarde la pasamos los tres juntos y como siempre, Carla insiste en llevar a Pablo a una hamburguesería, aunque me niego. El berrinche de mi hijo es descomunal pero no puede acostumbrarse a que cada vez que estemos con ella el siguiente paso sea ir a un lugar de comida rápida. Ni por salud ni por economía. Siempre quiere pagar ella y eso no me parece justo.

Nos despedimos con dos besos, y quedamos en que nos llamaremos. Parece que aquí retomamos nuestra amistad y estoy contenta. Todo vuelve a su cauce y me alegro de recobrar esta amistad. Merece la pena.

Capítulo 48

Kilian

Hoy casi llego tarde a trabajar; mi padre me ha llamado y no tenía prisa ninguna por colgar. Tanto él como mi madre, cuando hablo con ella, saben lo que me pasa. Me ha notado triste, o decepcionado, no lo sé. Me ha dicho que le debo una visita y creo que no sería una idea descabellada el reencontrarme con él en los próximos días. Echo de menos a mis padres, sobre todo cuando vienen mal dadas, pero creo que me he acostumbrado a que ellos estén a miles de kilómetros de mí. Desde que tengo uso de razón ha sido prácticamente así. Ellos se separaron siendo muy crío, y permanecieron en España hasta que empecé la universidad. Después de aquello, cada uno volvió a su país de origen dejándome solo. No es que me sienta desvalido ni nada por el estilo. Siempre hemos mantenido una relación muy estrecha y nos queremos, pero…, a veces me gustaría que estuvieran más cerca de mí.

En cuanto llego a la oficina oigo a Carla hablar algo más alto de lo normal y me inquieta que esté tan acalorada. Llamo a su puerta y sin esperar a obtener su permiso entro en su despacho. Habla en inglés y está realmente enfadada. No sé a qué se debe, pero tal y como la oigo

resulta que ha habido un problema en alguna de las oficinas internacionales que poseemos fuera de España. Se despide de su interlocutor, cuelga de forma brusca el teléfono y resopla. Se lleva las manos a la cara y se recuesta en su sillón. De repente se la ve agotada.

—Buenos días, ¿todo bien? —pregunto.

—No, todo fatal. No soy capaz de explicarme o es que no me entienden, pero las cosas no funcionan como deberían en algunas oficinas internacionales —confirma indignada.

—¿Este es tu cometido? —pregunto.

—No. Es Agustín el que debería apagar el incendio pero me ha pasado a mí el marrón, así que aquí estoy peleándome con unos y con otros. Eso sí, esto lo voy a solucionar antes o después —confirma.

—Si puedo echarte una mano…—me ofrezco.

—Nada más que sigas con tu trabajo y espero que me mantengas al tanto. No quiero que nuestro proyecto se retrase por estos inconvenientes que no nos incumben ni a ti ni a mí —responde segura de sí misma.

—De acuerdo entonces, voy a seguir y a lo largo de la mañana te iré informando de cómo van las cosas —contesto de forma enérgica. Creo que de alguna manera se lo debo a Carla. Ella siempre se ha portado bien conmigo y aunque sé de sobra qué es lo que tengo que hacer en mi trabajo, quiero estar a la altura y no defraudarla y si tengo que ayudarla en algo lo haré sin pensar. Creo que merece la pena como persona. Conmigo siempre se ha portado de diez.

A media mañana recibo una llamada de Elo. En uno de sus descansos me llama. Me gusta que me interrumpa así, sin esperarlo. Hablamos, reímos, pero en el último momento sin saber por qué, discutimos… Es una discusión idiota. Sin mucho sentido pero que hace que yo no ceda y ella tampoco. Se ve que últimamente ninguno de los dos claudica y no es por fastidiar, pero no voy a aceptar algo que no veo claro. Tenemos que cortar la comunicación, porque tanto ella como yo estamos ocupados. Espero poder resolver este malentendido por la tarde cuando volvamos a hablar.

Carla aparece a última hora de la mañana. No me ha pedido nada, ni me ha llamado, pero yo ya tengo novedades que contarle tal y como había prometido.

—Hola, Kilian —dice nada más entrar. Toma asiento y se la ve

cansada.

—¿Cómo va el incendio? —pregunto.

—Más o menos se va apagando, pero he tenido que recurrir a Agustín, porque por un momento he perdido los nervios —asegura resoplando y negando con la cabeza.

—Bueno, si todo eso está encarrilado mucho mejor —añado.

—Eso parece, ¿tú también has tenido problemas? —pregunta—. Te he oído hablar fuerte.

—He discutido con Elo —confirmo—. No sé ni cómo ni por qué, pero hemos terminado enfadados por una bobada —confieso abatido.

—Bueno, supongo que nada que no tenga solución —dice con una sonrisa amable en la cara.

—Pues supongo, pero cada vez estoy más cansado de estas tonterías. Antes solo discutíamos por cosas realmente importantes, lo de hoy ha sido una chorrada —añado cada vez más enfadado por lo absurdo del tema.

—Deberías tomarte un tiempo, pensar, recapacitar, no sé. Tomar distancia y decidir…—sugiere y creo que cada vez tiene más razón; que es precisamente eso lo que debo hacer.

—Tal vez sea eso. Necesito tiempo para pensar qué hacer con mi vida, en los últimos tiempos no he hecho otra cosa más que meter la pata —afirmo con toda la intención que mis palabras sean interpretadas por ella como una disculpa. No se merece lo que le hice.

—Es una sugerencia. A mí los viajes, aunque sean por trabajo, me ayudan a tomar distancia y a ver las cosas de otro modo —argumenta y puede que tenga razón. Me ha parecido que mis palabras han hecho que su cara cambiara por un instante, tal vez sigue doliéndole mi comportamiento, es razonable—. ¿Tienes algo para mí? —pregunta cambiando de tema de forma radical.

Carla y yo nos centramos en el trabajo olvidando por un momento todo lo que atañe a nuestras vidas personales. Lo cierto es que no podría haber encontrado una compañera mejor. Definitivamente quiero conservarla como amiga. Es una tía cojonuda.

Salgo de trabajar con cierta incertidumbre. Estoy deseando llegar a casa, comer, ponerme cómodo y hablar con Elo. Quiero que me entienda, quiero entenderla, quiero que se solucione todo esto…, no puedo estar enfadado con ella. Más bien no quiero que estemos así,

distantes, fríos…

Llamo y no me contesta, tal vez esté ocupada o tenga el móvil apagado. Más tarde lo intentaré de nuevo, así que con las mismas me olvido un poco del tema y me centro en lo mío que hoy no va a ser otra cosa que dormitar. Más tarde iré a dar una vuelta con la bicicleta.

A media tarde me desperezo, mi móvil está sonando, lo cojo y en cuanto veo que es Elo quién llama me aparece una sonrisa imbécil en la cara que desaparece en cuanto ella habla. Está desquiciada, me reprocha que lleva un montón de tiempo llamándome y que no contesto. Que esto no es normal. Le digo que yo también he intentado contactar con ella y que no me ha contestado y que no por eso me pongo así. El caso es que de nuevo nos enzarzamos en una discusión imbécil, sacando a relucir los trapos sucios de la anterior para terminar colgándonos de mala manera.

Me levanto del sofá, tiro el móvil de forma violenta, me cambio de ropa y salgo con la bicicleta. Esto está resultando extenuante, pensé que todo iba a ser como antes, o muy parecido, pero se ve que mi idea de una vuelta tras una ruptura no es lo que esperaba.

Hago unos cuantos kilómetros y en cuanto llego a casa voy directo a la ducha. Olvido el teléfono que está parpadeando. En cuanto estoy con la ropa limpia insisto en hablar con Elo. Esta vez ella me cuelga. No voy a insistir más. Cuando se pone en este plan es insoportable y no va a ser posible hablar de nada sin gritarnos.

A la mañana siguiente voy a trabajar tras una mala noche. No me he despertado, pero he tenido pesadillas. Todas ellas relacionadas con Elo. He estado inquieto y noto que no he descansado lo suficiente. Suerte que nada más levantarme tenía un mensaje de ella dándome los buenos días. Parece que todo está bien. No me lo pienso, meto algo de ropa en una mochila y me voy a trabajar. En cuanto salga me voy directo a ver a Elo. Necesito abrazarla y que me diga, aunque sea sin hablar, que todo está bien. Así que al salir no pierdo ni un minuto de tiempo, en cuanto ficho voy hasta la ciudad que hasta hace relativamente poco fue la mía. Estoy contento, entusiasmado y aunque los enfados continuos con Elo no me gustan, todo va a salir bien.

Entro en casa, ella aún no ha llegado de trabajar, me instalo y no sé muy bien qué hacer. Me siento extraño en mi propia casa. Es raro, pero así es.

Estoy adormilado en el sofá cuando oigo las llaves. Me levanto como un resorte, quiero darle una sorpresa. He comprado flores y bombones, un detalle que se me ha ocurrido por el camino. Quiero que todo sea perfecto. Me planto en la entrada y sonrío como un imbécil. La cara de Elo en cuanto me ve es de sorpresa y de fastidio a la vez. No sé cómo interpretar su reacción. Entra con las manos cargadas de bolsas, se ve que ha ido al super. Me presto a ayudarla y le pregunto por su día, por su trabajo… Ella me contesta, pero no de muy buenas maneras. Se ve que no se esperaba que yo estuviera esperándola.

El caso es que se lo reprocho, no de forma beligerante, sino en plan cordial y en ese momento estalla como nunca antes. No había visto a Elo así en mi vida. Es una auténtica hidra, me da miedo su reacción. Creo que está fuera de sí, no tiene sentido lo que hace ni lo que dice. ¿Es tan difícil admitir que no quería que fuera a verla? Pero se ve que no está por la labor. Yo también discuto con ella, replico y reprocho su falta de empatía, le digo todo lo que me parece. Creo que el único que está luchando por esta relación soy yo y que ella simplemente está, nada más. Eso la enfada más aún si es posible para terminar echándome de su casa. No me creo lo que estoy viviendo. Es la segunda vez que lo hace y no es decepción lo que siento. Es rabia, es enfado, es sentirme como un auténtico gilipollas. Lo ha vuelto a hacer y de nuevo no me lo esperaba. No me considero un chico imbécil, y creo que para ciertas cosas soy avispado, pero se ve que para esto de las relaciones no. Soy un *panoli*.

Me monto en mi coche y salgo de la ciudad, llevo aquí unas pocas horas y parece que sean años. Se me escapan las lágrimas, estoy jodido de verdad. No esperaba este desenlace para nada. Este incidente realmente ha vuelto a trastocar mi vida. Sin aviso.

No puedo volver a casa, si lo hago me derrumbaré y no sé si eso es lo que quiero en este momento.

Capítulo 49

Carolina

Hoy de nuevo vuelvo al Manhattan. He estado unos cuantos días en el Tiramisú, para aguantar el tirón de la inauguración y todo lo demás, pero prefiero el Manhattan, siempre me ha gustado más. La selección de personal para formar el equipo definitivo que hicimos entre Lucas y yo parece que funciona, a excepción de una camarera que salió rana, el resto siguen desde el inicio. Si pudieron sobrevivir a esos días frenéticos podrán con casi todo.

Necesito vacaciones, se lo he dicho a Lucas y él me ha dicho que espere unos días que tiene que cuadrar todo y que sin duda en cuanto pueda me dará un fin de semana libre. De las vacaciones de verano no hemos hablado, pero este año no voy a admitir un no por respuesta. Se lo he prometido a Pablo y lo cumpliré.

A la una de la madrugada aparece Kilian en el bar. No quiero tener que repetir de nuevo lo que creo que quedó claro en su día. Es muy insistente. No voy a estar con él mientras Carla siga enamorada de él. Lo he prometido y lo cumpliré. Se aproxima a mí, viene realmente guapo, creo que lleva una camisa negra, y me resulta extraño. Nunca antes lo he visto con camisa, siempre camisetas o

algún jersey fino. Una chupa de cuero negra y sus vaqueros. Toma asiento en uno de los taburetes que está libre y me acerco.

—Kilian —saludo.

—Una cerveza, Carolina, por favor —contesta sin ni siquiera saludar.

Sirvo la cerveza, mueve su mano para indicarme que no quiere vaso, se lo pongo delante y me voy a seguir con mi trabajo. Es todo realmente raro. En las ocasiones que Kilian ha venido al bar estaba más animado, me soltaba alguna de las suyas o esperaba para poder hablar conmigo, aunque fuera de bobadas.

Observo en silencio a Kilian, parece que está en una batalla continua consigo mismo. Mira el teléfono móvil una y otra vez, mueve la cabeza en señal de negación y bebe a morro de su cerveza apurando hasta el último resquicio que queda en su interior. Noto como su nuez se mueve a lo largo de su cuello y no veo nada más jodidamente erótico que eso. Kilian mueve la cabeza, me busca con la mirada, mueve el botellín vacío con la intención de que se lo cambie por otro lleno. Así lo hago. No me atrevo a preguntar, pero se ve que no está por la labor de socializar. Yo sigo a lo mío.

Se hacen las cuatro de la mañana y es hora de cerrar. Kilian ha permanecido sentado bebiendo cervezas desde la una aproximadamente; creo que tiene que estar perjudicado. Son demasiadas horas. Antes de que las luces se enciendan me ha pagado y ha desaparecido sin decir adiós. Me extraña su comportamiento, no sé a qué se debe, sin embargo, no soy nadie para meterme en su vida.

En cuanto salgo a la calle veo a Kilian apoyado en un coche como tantas veces, lo que no sé es si está esperándome a mí o no. Mi cuerpo ha reaccionado al rememorar esta situación, no sé. Estaré más sensible de la cuenta. No lo dudo y me acerco. No tiene buena cara.

—Buenas noches —saludo —. ¿Estás bien? —pregunto preocupada.

—No. La verdad es que no —confirma.

—¿Necesitas algo? —pregunto. No soy una persona despegada. Es algo instintivo para mí.

—¿Podrías llevarme a casa? —inquiere y me parece hasta tierno el tono de voz que ha utilizado—. No sé dónde he dejado el coche y no estoy en condiciones de conducir —confirma. Lo que me temía, son

demasiadas horas bebiendo.

—Sí, claro. Mi coche está ahí —digo señalando un punto no demasiado lejano. Él no dice nada, solo dirige la mirada hacia donde yo apunto, pero creo que ni siquiera enfoca bien el lugar exacto.

Kilian me sigue como si fuera un perro faldero. No pregunto. No digo nada. Si quiere hablar que lo haga, si necesita espacio se lo daré. No entiendo el porqué de su estado. Nada más que está borracho y que no es capaz de llegar a casa por sí mismo.

Necesito que me diga donde vive exactamente. Él me da indicaciones, y se explica cómo puede. Entre que no está muy espabilado y que no conoce bien la ciudad es algo difícil, sin embargo, logro entender lo suficiente para llegar a su casa.

Ayudo a Kilian a salir del coche. Él es bastante grande y mi coche no es muy espacioso, todo esto sumado a que está bastante torpe en sus movimientos debido al alcohol hace que la maniobra me produzca risa. No puedo evitarlo. Kilian me mira de forma reprobatoria al principio, para después obsequiarme con una tímida sonrisa. Llegamos hasta el portal de su casa. Me da un llavero con algunas llaves, entre ellas las de su coche, pruebo con todas hasta que doy con la adecuada. Lo acompaño al ascensor y subo con él hasta el piso que señala en el panel del ascensor. Subimos y ahora soy yo la que le sigue hasta la puerta que me indica; de nuevo pruebo con las llaves hasta que logro abrir la puerta. Mi misión ha terminado por hoy; en cuanto dejo las llaves sobre una mesita que tiene en la entrada vuelvo sobre mis pasos. He de volver a casa. Kilian emite un sonido raro, no sé cómo definirlo. Me giro y lo veo con los brazos abiertos, necesita un abrazo. No lo dudo y voy hasta él. Le abrazo y él se aferra a mí como si yo fuera su tabla de salvación. Se pone a llorar desconsolado y me parece realmente tierno que un hombre tan grande, tan decidido y con una seguridad en sí mismo abismal esté en este estado. No digo nada. Solamente acaricio su espalda intentando que se calme. No necesito que me diga más. Está así por un desamor, por una decepción. Si lo sabré yo. Me veo reflejada en él y ojalá yo hubiera tenido a alguien a mi lado para poder desahogarme en esos momentos. Estoy abrazada a Kilian mucho rato y él a mí. Necesita sacar todo lo que tiene dentro. No habla, llora en silencio y yo aguanto el tipo. No me cuesta estar aquí, esto es algo que tiene que pasar él, es su duelo, o tal vez un

bache en el camino. Lo desconozco. En cuanto termina de llorar me retira de su pecho, me resulta raro, estaba realmente a gusto mecida entre sus brazos. Me mira con sus ojos azules y sonríe tímidamente. Creo que no puede hablar, no es necesario. Es hora de irse. Me separo aún más y me dirijo a la puerta.

—Quédate —pide con la voz ronca.

—Kilian… —intervengo con poca convicción.

—Por favor —suplica y creo que se va a poner a llorar otra vez—. Necesito que me abraces al dormir —explica y no me hubiera esperado esa proposición tan infantil jamás. Estoy acostumbrada a las directas de Kilian, nunca insinúa nada, va al grano… pero en este caso, no.

Accedo. De repente me parece un niño que necesita a su madre al lado, algo así como mi hijo Pablo cuando tiene una pesadilla, o no logra conciliar el sueño porque está demasiado nervioso. Sigo a Kilian hasta su habitación. Él me guía, se quita la ropa y yo hago lo mismo. Nos acostamos en su cama y me invade su aroma característico. Es como si todo el espacio estuviera ocupado por él. Kilian se acurruca a mi lado y a los pocos minutos se queda dormido. Me resulta extraño estar con Kilian en una cama y no estar follando. Ahora no es el momento. Yo también me quedo dormida al poco tiempo. He tenido la precaución de poner la alarma en el móvil para volver a casa. No quiero descuidar a mi hijo por nada del mundo.

Mi despertador suena, son las siete. Tengo el tiempo justo para llegar a casa, darme una ducha, recoger algo en casa y volver a por Pablo. No quiero que se me haga demasiado tarde, además hoy he descansado, han sido tres horas escasas, pero las he aprovechado. Reconozco que dormir al lado de Kilian es muy agradable. Me desprendo de sus brazos y sus piernas y me escabullo como puedo. Saldré en silencio para no interrumpir su descanso.

—No te vayas —balbucea. Cierro los ojos y suspiro. No quiero irme, de buena gana me quedaría con él durante todo el día. Aunque no habláramos, aunque no hiciéramos nada, simplemente por el hecho de estar. No lo niego, ya no. Kilian me gusta.

—Debo irme —musito con todo el dolor de mi corazón.

Noto que la cama se mueve, es Kilian que cambia de posición, estoy sentada sobre la cama y él me abraza por detrás. Comienza a

besarme el cuello y no puedo evitar estremecerme, es brutal follando y a veces es tan cariñoso que me sorprende. Mi cuerpo reacciona. No quiero que continúe, lo deseo, pero nunca antes he tenido que hacer tanta fuerza para rechazarlo.

—Te deseo Carolina, quiero hacerte el amor —susurra en mi oído. No doy crédito a lo que dice. Creo que sigue borracho, pero no me importa. Que lo diga como sea. Quiero que cumpla lo que dice. Quiero que me haga el amor. Yo también lo deseo.

Poco a poco me tumba en la cama y me besa. Su sabor es agrio, es extraño, pero al poco tiempo nuestra saliva se junta haciendo una mezcla perfecta. Es un beso cálido, sencillo, suave, tierno, silencioso, lento. Me dejo besar por Kilian mientras abrazo su ancha espalda. Me acaricia con mimo. Con cariño, diría yo. Realmente está cumpliendo lo que ha prometido. Me va a hacer el amor. Raras veces me he sentido tan amada como ahora. Tal vez sea el momento o que nunca le he visto en esa faceta, pero Kilian es muy atento y cariñoso.

Se introduce en mí con cuidado, casi, casi, pidiendo permiso. Noto su polla dura insertarse en mí, estoy excitada y no hay mayor problema, es como si el camino lo supiera de memoria. Me estiro cuando está totalmente dentro de mí. Quiero sentirlo como parte de mi piel, me acaricia, me mira y veo en sus ojos, no sé si gratitud o delirio, no entiendo su expresión. De repente los cierra como si sintiera vergüenza. Se mete en sus pensamientos sin dejar de empujar y yo me deleito con su voz entrecortada, con sus caricias y con la expresión de su cara. Me incorporo un poco y beso a Kilian, quiero hacerlo, quiero sellar este instante. Normalmente vamos a lo que vamos, pero estoy sintiendo en este momento otras cosas, amor más que sexo si es que hay diferencia alguna. Acaricio su cráneo rapado, su espalda, pongo mis pies sobre su culo para invitarle a que se introduzca más y más en mí. No quiero que salga, quiero que esté amándome así eternamente. Sucumbo en un orgasmo lento al igual que él, parece que se ha contenido para no dar rienda suelta a su virilidad. Lo ha hecho lento, se ha dejado ir, es como si se dejara morir de placer y me ha parecido un acto tan íntimo que no he podido evitar sonreír cuando él me ha dedicado su desahogo. Permanecemos en silencio, Kilian está encima de mí, he relajado mi postura y él la suya, pero no deja de abrazarme, me sigue dando la sensación de que

soy como su tabla de salvación. Se incorpora tras recobrar el aliento. Me mira y vuelve a besarme con un cariño infinito. Me acaricia la cara mientras lo hace y yo me dejo. Sin duda este ha sido uno de los actos más bonitos que he realizado en mi vida. La pena es que no se vaya a repetir. Me he vuelto a dejar guiar por mis actos, por mis instintos, sin embargo, tengo una promesa que cumplir. Cuando el beso cesa, Kilian y yo nos sonreímos, pero los dos sabemos que es hora de irse. Me remuevo, él se aparta. No hablamos. Sobran las palabras. Está todo claro. O no. Tal vez esto me confunda más. Él no sé cómo estará y no quiero saberlo. Vuelvo a casa.

Capítulo 50

Kilian

Amanezco a mediodía. Me remuevo en la cama esperando encontrarme a Carolina y me percato que se ha ido. Lo sé, he visto cómo se iba de mi casa, sin embargo, he vuelto a dormirme. Recuerdo mi día y a excepción de las últimas horas el resto ha sido una auténtica mierda. Resumiendo: Elo me ha vuelto a echar de su casa, con lo que entiendo que lo nuestro se ha terminado, aunque no estoy seguro. Me he emborrachado y Carolina me ha traído a casa, ha aguantado mi mal de amores y le he hecho el amor, porque se lo he hecho de verdad. No pensando en Elo, no haciéndome esas movidas raras en mi cabeza para joderla. No. Me he centrado en Carolina, me apetecía estar con ella, hacerle el amor y espero que haya sentido lo mismo que yo. Siempre hemos tenido esa conexión, pero lo de hoy ha sido otra cosa. Algo realmente nuestro, así lo atesoraré en mi imaginación para siempre. No sé qué va a pasar en mi vida ahora, está patas arriba. No sé qué es lo que quiero, qué necesito o qué es lo que me vendrá bien. Creo que necesito recapacitar acerca de todo lo que ha pasado. Sigo decepcionado, dolido…, no sé cómo me siento, lo único que sé es que estoy mal.

El resto del fin de semana no salgo de casa. El sábado lo paso dormitando y malcomiendo mientras veo series en la televisión. He llamado a Elo y no me ha contestado. Me he vuelto a quedar dormido y cuando me he despertado he visto una llamada suya. He insistido y no ha habido suerte. Mientras ceno una pizza, que he pedido, acompañada de una cerveza, mi móvil se enciende. Es Elo. Mi cara cambia de semblante, sonrío sin saber por qué. Es un mensaje de WhatsApp. Lo abro y veo una foto de ella. Está de fiesta y la veo besándose con otro tipo. No me lo puedo creer. De buena gana estamparía el teléfono contra la pared. Siento ira, celos, impotencia, no tengo ni idea de cuál es mi estado, pero me ha removido por dentro. Si quería alguna pista acerca de qué tenía que hacer ya lo tengo claro. Se cerró la puerta. Se acabó mi relación con Elo. Esta ha sido la confirmación. Con un «se acabó» podría haber terminado de igual manera. Esta forma suya de hacerme daño me muestra lo equivocado que estaba con ella. Después de tantos años confirmo que no la conozco en absoluto, y no doy crédito. Pensé que éramos el uno para el otro, que nos conocíamos, nos entendíamos..., que teníamos esa química. No sé si este cambio ha sido algo premeditado, algo progresivo, lo desconozco. Lo único que tengo claro es que esta Elo no es la Elo de la que me enamoré. Aparto la pizza y abro otra cerveza, la noche va a ser larga. Así es, termino prácticamente igual que la anterior con la diferencia de que Carolina no está aquí para consolarme. Termino durmiendo en el sofá. Cuando despierto no sé ni qué hora es. La televisión está encendida, miro a mi alrededor, la caja de pizza abierta con media pizza sin comer, latas de cervezas sobre la mesa y un dolor de cabeza descomunal. Mi teléfono vuelve a sonar. Me molesta el ruido. No lo encuentro. Está enterrado entre el sofá y yo. Cuando lo localizo descuelgo sin querer. Contesto con voz ronca. Es Elo. Estoy tentando a colgar, pero ella está llorando, me pide perdón, me dice que lo ha hecho por molestarme, que me quiere, que por favor la perdone, que lo nuestro es más fuerte que todo esto. Que no podemos estar separados y no sé por qué, la creo. Me creo todo lo que me dice, me aferro a sus buenos propósitos de una vida común. Y lloro con ella, lloramos los dos, porque estoy convencido de que en el fondo nos queremos. Ninguno de los dos lo hemos hecho bien, eso hay que reconocerlo. Con buenas palabras, con la promesa de que lo

vamos a intentar y un te quiero susurrado, me vuelvo a quedar dormido.

El lunes vuelvo al trabajo. Todo parece estar bien entre Elo y yo, pero reconozco que este fin de semana ha sido realmente de vértigo constante. Las discusiones con Elo por teléfono, que me echara de casa, mis dos borracheras, dormir abrazado a Carolina, la reconciliación con Elo… todo esto es de locos.

Estoy agotado mentalmente y es que no dejo de dar vueltas a todo este asunto. Carla entra en mi despacho como un ciclón, viene con las pilas cargadas de proposiciones, de alternativas, en definitiva, de miles de ideas para nuestro proyecto común. Todo ese entusiasmo se esfuma en cuanto me ve la cara.

—Buenos días, ¿estás bien? —pregunta en cuanto se percata de que no me he enterado de nada de lo que me ha expuesto.

—Buenos días, Carla, sinceramente no —confieso abatido.

Me desahogo con Carla, ella me escucha, siempre lo ha hecho. Le cuento todo, no tiene sentido ocultarle nada, incluso que me acosté con Carolina. No quiero que se lleve a engaño, le he dejado claro que fui yo el que fue a buscarla, necesitaba descargar mi frustración con alguien, pero no con sexo. Necesitaba un abrazo reconfortante, alguien que me sostuviera en mi desesperación. Carla frunce el ceño y me reprocha que podría haber sido ella la que me hubiera ayudado y sé que es cierto, pero en ese momento no pensé en ella. Así como no pensé en acostarme de nuevo con Carolina. Quiero que no se lleve una idea equivocada de lo que sucedió.

Estamos bastante tiempo hablando y como en otras ocasiones, Carla me sugiere que me vaya, que desconecte, que me olvide un poco de todo y creo que es lo mejor. Debo alejarme de todo esto durante un tiempo y pensar en lo que quiero para mi vida.

Más tranquilo me pongo a trabajar, Carla no me deja ni un momento, es más, se pone a trabajar conmigo en mi despacho. Estos detalles vuelven a confirmarme que es una tía legal. A media mañana recibo la llamada de Elo. Carla aprovecha para irse de mi despacho y darme intimidad. Hablo con Elo, parece que todo está bien. Muchos más calmados proseguimos con nuestro trabajo diario.

Llego a casa a mediodía, creo que debo organizar mi casa. Está hecha una leonera, y es que el fin de semana ha sido un despropósito.

Lo he pasado prácticamente borracho y no he hecho otra cosa. Me activo, me digo a mí mismo que todo está bien. Pongo la música alta que me hace afrontar todo con un entusiasmo infinito. Al oír a Cruachan me acuerdo de mi padre y también de mi madre. Con él he hablado hace poco tiempo, con mi madre algo más. Miro el reloj y calculo mentalmente la diferencia horaria. De hoy no pasa el hablar con mamá. La echo de menos.

He esperado el tiempo prudencial para poder hablar con ella. Siempre tan cariñosa y melosa, siempre con sabios consejos y buenas palabras. Me ha notado raro, y es que creo que mi madre tiene ese sexto sentido para captar que algo no va bien en mi vida. Supongo que será algo intrínseco a todas las madres, lo desconozco, pero la mía lo ha captado a la primera. Le cuento de forma somera mis últimos días, mis idas y venidas con Elo, las discusiones tontas…, no sé. Quiero que se haga a la idea de lo que me pasa sin entrar en detalles. Ella escucha, y como siempre, me aconseja diciéndome que siga a mi corazón. Qué vida solo hay una y que no merece la pena sufrir más de lo necesario. Que, si Elo no me quiere, ella no es lo que necesito. Me apresuro a matizar que nos queremos, que lo vamos a intentar…, quiero convencerla a ella de algo de lo que yo a veces dudo, lo que pasa es que no quiero admitirlo. Mi madre se abre y me cuenta la historia de su ruptura con mi padre. Nunca lo ha hecho y para mí escuchar por primera vez el porqué de su separación hace que se me erice la piel. Me confirma que se querían como los que más, que lo suyo fue algo muy especial. Que se entregaron a esa relación sin paracaídas, el uno y el otro. Que lo dieron todo, pero que eso a veces no es suficiente. Eran demasiado jóvenes y aunque los dos asumieron que yo estaba en sus vidas todo cambió de la noche a la mañana. Vivieron a mi lado, pero separados y oír a mi madre contármelo después de tantos años y verla llorar a través de la pantalla me ha removido el corazón. Aún siente dolor, aún echa de menos aquella época, su inconsciencia, sus ganas de vivir, su amor por mi padre y creo que esta es la señal, creo que debo pensar en todo esto. No se acaba el mundo, pero quiero que mi mundo esté bien. Si lo de Elo no funciona no será porque no lo he intentado, no quiero arrepentirme de nada, pero tampoco quiero perder el tiempo en algo que no tiene futuro; quiero disfrutar, vivir… Hasta hace no demasiado mi vida

giraba en torno a ella y me vi morir cuando de la noche a la mañana todo terminó. No lo concebía, no lo entendía. Pero me he dado cuenta, sobre todo hablando con mi madre, que lo importante soy yo, que yo soy el que tiene que tomar las riendas de mi vida. Que debo estar bien conmigo mismo para después estar bien con el resto. Tal vez ese sea mi problema que yo mismo no estoy bien, y que por mucho que intente que lo mío con Elo funcione, nunca lo hará porque hay algo en mi interior que no funciona. Soy consciente de que Elo también está distinta, puede ser que esté en la misma situación que yo, pero ni siquiera hemos hablado de ello. Creo que o discutimos o mantenemos una calma tensa para no hacerlo. Debo reflexionar.

La charla con mi madre me ha reconfortado. Creo que nunca hemos sido tan sinceros el uno con el otro. Que me haya confesado su historia de amor con mi padre me ha parecido un gesto precioso. Hemos llorado, yo por ella, y ella…, no lo sé. Creo que de repente ha sentido un aluvión de recuerdos, sensaciones, sentimientos escondidos… pero me ha transmitido tanto cariño y amor cuando me hablaba que creo que me ha hecho reaccionar y ver las cosas de otra manera.

Tengo que tomarme un tiempo para mí. Debo aclarar mis ideas y plantearme lo que es bueno para mi vida.

Capítulo 51

Carolina

Sigo en una nube desde el pasado viernes. Cómo me sentí estando con Kilian no lo olvidaré nunca. Él necesitaba apoyo, que alguien lo abrazara y lo hice, pero cuando me hizo el amor me sentí amada por primera vez en mucho tiempo, protegida cuando yo debería ser la que le diera consuelo. Creo que los dos obtuvimos lo que necesitábamos en ese momento. Tal vez yo no esté mucho mejor que él. Intento que mi vida sea plena, optimista, no sé, pero en el fondo necesitaría a alguien a mi lado que me apoye en otros aspectos. Llevo demasiado tiempo sola. Mis padres son mi gran apoyo y mi hijo es lo más, pero de vez en cuando también necesito un hombro en el que llorar. Alguien que me abrace por las noches, nada más por el simple hecho de sentir calor humano a mi alrededor. No estoy desesperada y no sé si esto que anhelo lo tendré algún día, solo deseo algo bueno para mí. Nunca he sido caprichosa, ni me he dejado llevar por las apariencias, siempre he tenido los pies en el suelo e intento ser consecuente con mis actos, a veces no lo consigo y me equivoco…, pero lo intento. Trabajo duro para sacar mi vida y la de mi hijo adelante. Creo que merezco que me pasen cosas buenas.

Me ha llamado Carla, quiere quedar conmigo esta tarde a tomar algo. Ya sabe mi rutina, parque, parque y parque. En cuanto la vea voy a contarle que el fin de semana estuve con Kilian. No por hacerle daño ni nada de eso. Quiero dejar las cosas claras entre nosotras, no quiero que haya malos entendidos ahora que parece que hemos recobrado la normalidad en nuestra amistad.

A las seis de la tarde aparece, me saluda con dos besos y se sienta a mi lado.

—¿Qué tal Carolina?, ¿cómo lo llevas? —pregunta.

—Bien, sin mucha novedad —afirmo—. Lo único extraordinario que ha ocurrido en mi vida es que vi a Kilian el viernes. Estuvo en el Manhattan —añado. Creo que no es necesario que le dé detalles, si sabe leer entre líneas puede hacerse a la idea. Si aclarara que no me he acostado con él sería eso, una aclaración, pero omito mis pensamientos.

—Lo sé, Carolina —confirma.

—¿En serio? —pregunto.

—Sí, me lo ha contado. Que estaba borracho y te pidió ayuda para volver a casa y que después os acostasteis —confirma en tono neutro. No interpreto bien su reacción, hubiera sido distinta hace tan solo unos días.

—Iba a contártelo —me apresuro a decir algo nerviosa.

—Escúchame, Carolina—interviene —. No tienes por qué darme explicaciones —argumenta—. No puedo evitar sentirme atraída por Kilian, pero cada vez estoy más convencida de que no es para mí, además me ve como una amiga, nada más —concluye algo resignada.

—Desconozco cómo te trata, lo que sí sé es que he faltado a mi palabra. Que dije que no iba a sucumbir mientras tú estuvieras enamorada de él, y al final… me dejé llevar —explico con un gesto algo triste.

—No te martirices con eso. Ya está hecho. No hay vuelta atrás, y ahora bien cuéntame tus planes para las próximas vacaciones —pide cambiando de tema. No me importa que lo haga, supongo que no es agradable que le diga que me he acostado con el hombre que ella querría para sí.

Comento a Carla mis planes, en realidad no tengo muy claro lo que voy a hacer. Creo que está próximo mi descanso en el Manhattan

y de las vacaciones de verano todavía no sé nada. He hablado con Lucas y con Eloy, les he dado mis fechas y espero que las respeten. De nada me servirá descansar en un lado y tener que ir a trabajar al otro. No tengo nada cerrado por el momento, pero espero que en los próximos días todo quede listo. Quiero irme con Pablo en cuanto termine sus clases y quiero disfrutar de él, malcriarlo y por qué no, disfrutar yo también de mis días de verano.

Carla me cuenta con todo lujo de detalles sus ansiadas vacaciones, irá con sus amigas y se nota que todas más o menos están en la misma situación que ella, si no sería imposible que pudieran estar más de diez días fuera de España. Todo suena maravilloso y reconozco que me gustaría hacer algún viaje así al menos una vez en la vida. De momento tendré que esperar. A veces creo que estoy posponiendo demasiadas cosas para cuando Pablo crezca más. Tal vez cuando llegue a una edad más adulta no podamos hacerlo o no quiera compartir conmigo esas experiencias. Lo desconozco. Suelo disfrutar de las pequeñas cosas cotidianas, pero hay placeres inalcanzables por el momento.

Me despido de Carla y estoy mucho más tranquila de lo que esperaba. No se ha tomado a mal mi *affaire* con Kilian, o eso me ha parecido. Me hubiera gustado decirle que no ha sido como las otras veces, que esta última vez ha sido especial. Demasiado especial para mí y no quiero volver a hacerme ilusiones, pero reconozco que mi estómago se mueve de forma extraña cuando hablo de él. Parece el conato del enamoramiento, sin embargo, he vivido tantas veces esta situación que creo que mi cuerpo ya está preparado para lo que viene después. Que no es otra cosa que la indiferencia, el rechazo… Según las últimas informaciones provenientes de Carla, Kilian sigue con su novia, pero tal y como estaba el viernes creo que ha debido de suceder algo muy gordo entre ellos. Esa borrachera era de despecho, de desamor. Lo sé, porque yo misma he sufrido alguna, sobre todo cuando era adolescente, ahora ya no. Simplemente lloro y me recreo en lo que pudo ser y no fue. En el Manhattan o en cualquiera de los bares en los que trabajo he visto borracheras similares a montones, de esas de seguir bebiendo hasta no ser conscientes, borracheras lloronas, borracheras en las que te da todo igual y cualquiera que te diga algo se convierte en tu peor enemigo y todo por hombres o mujeres que

deciden que ya no quieren formar parte de la vida de uno. Así es el amor, algo que fluye, que no se estanca, que cuando te toca es maravilloso, pero que cuando te abandona te deja jodido de verdad. Tal vez nadie se merezca los litros de alcohol que se ingieren sin medida, ni las lágrimas, ni las noches en vela, pero supongo que como en todo en la vida, de esos desamores, decepciones y penas se aprende algo. Yo al menos lo veo así. He aprendido bastantes cosas de los hombres en los últimos tiempos. No quiero meter a todos en el mismo saco, pero normalmente huyen de los compromisos, quieren cosas fáciles, sin tener que pensar mucho y no maduran antes que nosotras, sino mucho más tarde. Mi vida es la que es y es posible que a mis años y con un hijo tenga la cabeza amueblada de diferente manera que otras chicas de mi edad, sin embargo, nosotras pensamos las cosas más, damos vueltas a los problemas y antes o después pensamos que a nuestra vida le vendría bien un príncipe azul, verde o rojo…, pero en definitiva un hombre que nos haga reír y nos haga la vida un poco más amena.

Capítulo 52

Kilian

Este fin de semana no voy a ir a ver a Elo. No se me ocurriría darle una sorpresa como la del fin de semana pasado; además ella trabaja el sábado y no creo que tenga muchas ganas de nada.

Hemos hablado bastante en estos días y parece que todo está en calma. Le he preguntado directamente, de nada sirve no hacerlo, qué piensa de esta relación, qué espera de ella, en definitiva, cuáles son sus sentimientos. Al principio se ha tomado mis palabras a la defensiva, pero he logrado explicarme y parece que se ha serenado. Necesito saber ciertos datos, saber en qué punto está y si podemos seguir adelante con esto. No es que me entren las dudas de repente, tengo las cosas claras. Quiero a Elo, pero de un tiempo a esta parte me ha hecho ver partes de ella que no me gustan en absoluto, que hacen que no me crea que sea la misma persona con la que he convivido todos estos años. A veces me parece una auténtica desconocida. Creo que ha sido sincera conmigo, yo le he mostrado mis cartas, le he dicho que a veces dudo y que sé que nuestro amor es muy grande pero que a veces eso no es suficiente, tal y como me explicó mi madre. Ella no lo ve igual, pero eso no es un problema. Tenemos diferentes visiones de

una misma cosa y espero que esto solo sirva para enriquecernos como personas y que nuestra relación se vea reforzada.

El sábado estoy impaciente por hablar con Elo. Llevo mirando el reloj bastante tiempo pues quiero hablar con ella. Espero el tiempo reglamentario y llamo.

—Hola Elo, ¿cómo ha ido el trabajo? —pregunto.

—Bueno, es trabajo. Ni bien ni mal. Otro día más —comenta indiferente.

—¿Quieres que cenemos juntos? —inquiero bromeando y antes de que conteste le explico mi idea—. Si quieres te doy tiempo para que prepares algo rico para cenar y en cuanto lo tengas nos hacemos una video llamada y cenamos juntos, ¿qué te parece? —pregunto ilusionadísimo con la idea.

—Pues no va a poder ser, he quedado —espeta y me deja noqueado.

—¿Y eso? —quiero saber.

—Ya sabes cómo son estos. El fin de semana pasado fue algo raro y bueno… este espero que vaya mejor —explica por compromiso. Está claro que no tenía ninguna intención de comentarme sus planes.

—De acuerdo entonces. Pásalo bien —digo fingiendo. Cuelgo y me siento como un auténtico gilipollas. Nunca he puesto pegas para que Elo saliera cuando quisiera y con quién quisiera y entiendo que estando en dos ciudades distintas no vamos a cambiar nuestras rutinas sin motivo, pero confieso que hubiera esperado algo más de cariño, o de predisposición por su parte. El plan me parecía maravilloso y ahora de repente me parece infantil, imbécil y ridículo.

Desencantado y decepcionado por enésima vez en los últimos días paso de la cena y me meto en la cama. No quiero terminar borracho como el fin de semana anterior y es muy probable que si salgo o si me quedo viendo la tele caiga más de una cerveza.

El domingo ni siquiera intento llamar a Elo. Seguramente haya estado por ahí hasta las tantas y si la despierto no estará de muy buen humor. Siempre ha sido muy dormilona. Me dedico a mí, arreglo mi casa, voy con la bicicleta y pienso en todo lo que está pasando. Sin duda mi azarosa vida de los últimos tiempos no tiene nada que ver con la de los últimos años. Es como si en pocos días mi vida haya compensado la calma y la tranquilidad del resto de años.

Elo me llama a las ocho de la noche, me cuenta como si nada lo bien que se lo pasó y que la noche se convirtió en día confirmándome que llegó a casa a las tres de la tarde. Se ve que se lo ha pasado genial y así está, entusiasmada, dolorida y cansada pero contenta con su fin de semana. El mío ha sido de lo más tranquilo y son estos detalles los que me hacen ver que estamos en distinto punto. A mí me hubiera gustado cenar con ella, aunque fuera en la distancia, compartir una botella de vino, reírnos para terminar con una sesión de sexo a distancia. Pero se ve que ella tenía otros planes mejores que cenar con su novio y acostarse con él, aunque fuera de forma virtual. No me apetece discutir con Elo, corto la conversación alegando que me duele la cabeza y que ella necesita descansar. No quiero hablar con ella. Espero que esta semana las cosas cambien.

Llego a la oficina el primero, de hecho, la chica de la limpieza acaba de salir de mi despacho para ir al de Carla. Nos saludamos y me pongo a lo mío.

Carla aparece un rato más tarde, pero hasta media mañana no aparece por mi despacho. La he oído hablar por teléfono. Parece que el incendio no se ha extinguido del todo. Llama a la puerta y entra.

—Hola, Kilian, ¿me invitas a un café? —pregunta apareciendo con dos tazas en la mano. Yo no tengo cafetera en mi despacho, ella sí.

—Por supuesto, adelante —digo de forma cordial.

Carla toma asiento en la silla que acabo de retirar, me tiende la taza y me sonríe.

—¿Cómo vas? —pregunta.

—¿De trabajo, de vida, de cansancio…? —pregunto riendo.

—De lo que quieras contarme —contesta sonriendo.

—De curro voy enchufado —comienzo a decir—. De vida, un asco, estoy exhausto —concluyo.

En ese momento Carla me mira con ojos de sorpresa y aprovecho para desahogarme contándole todo lo referente a Elo. Lo ocurrido en los últimos días. Ella más o menos conoce la historia y me escucha. Cavila y al final me sugiere lo mismo de siempre. Que debo pensar y aclararme, que cada vez estoy más confundido y que no me hace bien el estar así. Creo que tiene razón, así que decido que me iré fuera unos días. Tengo vacaciones y como está visto que Elo no me tiene en cuenta en sus planes haré algo para mí. El resto de la mañana la

dedico a buscar un vuelo. Voy a ir a visitar a mi padre. Necesito estar con alguien que me mime y me quiera y mi padre es el adecuado. Si mi madre estuviera más cerca no lo dudaría tampoco, pero es demasiado precipitado. Estoy deseando que llegue el viernes para volar a Irlanda. Quiero reencontrarme con mi padre, necesito un abrazo reconfortante, algo así como el que me dio Carolina el viernes que acabé borracho por los desplantes de Elo.

A última hora de la mañana confirmo a Carla que tengo el viaje programado. Que me voy a ir a ver a mi padre y hermanos; en definitiva, que he seguido sus consejos. Parece que se alegra por mí y que debería haberlo hecho desde hace tiempo, que mi relación no va por buen camino, que se ve reflejada en mí. Que su anterior relación, con Richard, hacía aguas por todas partes y que se empeñaban en alargar algo que ya no existía. No sé si será el mismo caso, sé algo de la historia, pero puede ser que tenga razón.

El viernes a última hora me despido de Carla, ella ha estado al tanto de toda mi evolución con respecto a mi relación con Elo. De ella apenas sé nada, hemos hablado, pero nunca es el momento. O bien yo estoy ocupado o es ella la que no puede hablar. Le he comentado que me voy una semana a ver a mi padre a Irlanda y no ha puesto pega ninguna. Carla me aconseja que me tome mi tiempo, que si no me apetece hablar que no lo haga, pero que piense bien en lo que quiero que sea mi vida en los próximos meses. Ella tiene claro que mi relación está terminada y que no va a volver a ser como era. No tiene dudas, pero que debo ser yo el que me dé cuenta de todo eso.

Llego a Irlanda en tres horas aproximadamente. Arribo al aeropuerto de Dublín y en cuanto salgo por la puerta de llegadas veo a mi padre que me espera. Está algo más mayor de lo que recordaba, pero sigue igual de atlético. Me sonríe al verme llegar y me abraza como si fuera un oso. Esto es lo que necesitaba. Uno de estos abrazos largos, apretados, llenos de amor y orgullo. Lo saludo y nos vamos hasta el coche. Mi padre no deja de preguntarme y eso que es bastante parco en palabras; es directo en sus preguntas, en eso he salido a él. Quiere saber el porqué de mi visita, por qué estoy triste y si tiene que hacer algo para ayudarme. Creo que con su abrazo me doy por recompensado. Cada vez los extraño más, sobre todo en estos momentos.

Llegamos a casa en Malahide, un pequeño pueblo situado a escasos kilómetros de Dublin. Mi padre vive con su mujer, Anna, y mis dos hermanos, Connor y Liam. Ellos son más jóvenes que yo; tienen doce y once años y son dos tíos corpulentos y grandes. En poco tiempo me dejarán atrás y a mi padre también. Apenas nos hemos visto en todos estos años, pero reconozco que siempre que he venido me han tratado como uno más. Anna es encantadora y sus hijos también lo son.

Tras los saludos y nuestra puesta al día, mi padre decide que es hora de ir a tomar unas cervezas. Que quiere hablar conmigo de cosas de hombres. Estas expresiones y modales a veces me sorprenden. Vamos a un *pub* cercano a la casa y sin más dilación pide cerveza. La cerveza irlandesa no tiene nada que ver con la española y la cantidad tampoco. Me cuesta un poco acostumbrarme a su sabor, pero lo hago con gusto. Mi padre no habla, simplemente disfruta de su pinta y yo lo hago también. Cuando el líquido ambarino recorre mi cuerpo comienzo a hablar. Le cuento a mi padre cómo ha ido mi vida en los últimos tiempos, tanto él como mi madre saben que mi historia con Elo terminó, pero no saben que hemos vuelto, hemos roto y ahora no sé muy bien en qué punto estamos. Mi padre escucha, apenas me dice nada hasta que me mira a los ojos, esos ojos azules que he heredado y niega con la cabeza para sentenciar: «ese no es tu camino».

Casi lo tenía claro, pero que él me lo confirme así me abre más los ojos si cabe. Yo asiento y bebo. No quiero mostrar mis sentimientos, no quiero decir nada. Nada más necesito pensar en el porqué de las cosas. Por qué todo ha tenido que terminar así. De esta manera. No dudo que nos queramos, y tal vez se repita la historia, como les ocurrió a mis padres, a veces el amor no es suficiente.

Algo tocado por el alcohol volvemos a casa. Mi padre está como si tal cosa. Está acostumbrado a esta cerveza, lo mío es cuestión de días, pero lo haré. A última hora de la noche me llama Elo. Dice que me extraña y que cuando voy a volver, que ha intentado cambiar turnos o pedir días para venir a verme pero que no se los han dado, que ya había gastado su semana de vacaciones. Estos detalles me confunden, no sé qué pensar. Hablamos y parece que estamos bien. No sé, a veces pienso que nos llevamos mejor cuando estamos separados que cuando estamos juntos, ¿es eso posible? No tengo ni idea.

Los días transcurren, estoy sereno y en calma. No hago nada más que pasear. El lugar donde vive mi padre es un pueblo costero con un encanto especial; su castillo lo he visitado en varias ocasiones, pero nunca pierdo la oportunidad y cada vez que puedo, repito.

Hablo con Elo y también me he permitido la licencia de hablar con Carla. Ella me anima, y me dice que lo estoy haciendo bien. Que es lo que necesito. Desconectar y cambiar de aires. Debí hacerle caso mucho antes. Me ha comentado como si tal cosa que ve todas las semanas a Carolina, y…, eso me ha hecho recapacitar acerca de mi extraña relación con ella. El último encuentro que tuvimos fue mágico. Estaba borracho, pero recuerdo ciertos detalles con nitidez. No es que sean recuerdos, más bien fue algo trascendental, algo que se me metió muy dentro y que no sé si quiero que aflore. Sentí a Carolina dentro de mí, es algo indescriptible, me sentí como si fuéramos una única persona. No me atrevo a preguntar mucho a Carla, sé que entre ellas hubo cierto distanciamiento a raíz de lo mío con ambas. No quiero fastidiar las cosas, ella es mi amiga, pero reconozco que siento curiosidad por Carolina, por otros aspectos de su vida, no sé. Me gustaría haberla conocido mejor.

Los días en Irlanda están viniéndome fenomenal, hablo con Elo y ahí se desencadena todo. Tenemos una discusión como nunca antes. Nos gritamos, nos insultamos y no damos nuestro brazo a torcer. Esto se ha puesto feo y nos faltamos al respeto como nunca antes. Definitivamente esta ha sido la peor de todas.

Estoy tocado y jodido, no dejo de llorar y no es por la discusión con Elo, en parte sí, pero en parte es porque me siento solo. Estoy acompañado por mi padre, mis hermanos y su mujer, pero no sé, es otra cosa la que necesito.

Capítulo 53

Carla

Mi semana trascurre con normalidad. Confieso que no tener a Kilian en el despacho de al lado se me hace extraño. Prácticamente habíamos recobrado la normalidad y estábamos empezando a confiar el uno en el otro. Sus llamadas desde Irlanda me hacen gracia, me cuenta lo que hace, que sale con su padre a los *pubs* y que está paseando más que nunca a orillas del mar. Que no quiere hacer turismo, nada más recorrer las calles del lugar en el que está y descubrir pequeños tesoros escondidos. Sé de lo que me habla, a mí me pasó algo parecido cuando sufrí mi desengaño con él. No quería socializar ni hacer otras cosas. Hoy me ha llamado y lo he notado realmente tocado. Está fatal y es que la relación con Elo está agotada, pero se empeñan en seguir. Se lo he dicho por activa y por pasiva, y no sé qué más necesita para saber que debe terminarse, pero eso es una decisión que deben tomar ellos. O Elo o él.

Hoy es viernes, he quedado con mis amigas. Me apetece tomar algo con ellas y divertirme. Últimamente lo disfruto bastante, me siento contenta conmigo misma y eso se nota. Cenamos y después nos vamos a tomar unas copas. La noche termina más o menos a las tres y

media de la mañana. Algunas de ellas trabajan al día siguiente y no quieren trasnochar demasiado. Antes de irme a casa voy al Manhattan, quiero dar una sorpresa a Carolina, esta semana no nos hemos podido ver por un viaje mío y reconozco que la echo de menos. Llego al bar a las cuatro menos diez y el portero me dice que es hora de cerrar que no puedo acceder al local. Me fastidia mis planes, pero aun así le pregunto si Carolina está trabajando y si tardará en salir. Me confirma que sí, que ella está en su turno y que suele ser puntual porque no ha habido mucho jaleo. Espero en la calle, intento que el portero me dé conversación, pero se excusa diciendo que tiene que desalojar el local. A las cuatro y diez aparece Carolina por la puerta.

—Hola, Carolina —saludo nada más verla.

—Hola Carla, ¿cómo tú por aquí? —pregunta extrañada.

—Me iba para casa y como sabía que acababas el turno ahora pensé en tomarme la última contigo, pero no me han dejado entrar —explico.

—Venga, nos tomamos la última cerveza en el bar de Rober —sugiere con seguridad.

El bar que ella elije está cerca del Manhattan, es un bar bastante trasnochado y con una decoración caótica. Botellas de *Jack Daniels* vacías decoran la parte alta de la barra, camisetas de grupos de rock firmadas, algunas fotografías de bandas internacionales y fundas de vinilos adornan las paredes. No se me ocurriría entrar aquí de ninguna de las maneras. La música es lo peor. No me gusta nada, pero no podemos elegir, a estas horas ya quedan pocos sitios abiertos.

—Hola, Carolina, ¡qué bien que vengas a verme! Además, hoy con compañía —saluda el camarero. Un hombre de cierta edad con pulseras de cuero en su muñeca y camiseta negra bastante desteñida —. Las chicas guapas siempre son bienvenidas.

—Hola, Rober. Ella es Carla, una amiga —me presenta.

—Hola, Carla, las amigas de Carolina siempre son bien recibidas en el Infierno —saluda y me hace reír. No tengo nada que ver con la estética ni de Carolina y mucho menos con la de Rober, pero reconozco que he cambiado bastante el chip en este aspecto. Ahora ya no me importa entrar en este bar, cosa que sería impensable hasta hace pocos meses. Reconozco que Carolina me ha abierto un poco los ojos. No es que fuera una ignorante, conozco mundo, otras culturas…,

pero su forma de ver la vida creo que es mucho más positiva que la mía y de alguna manera me ha contagiado. Estoy contenta por ello.

—Muchas gracias —contesto riendo.

Rober nos pone dos botellines de cerveza sin preguntarnos, choca con nosotros su cerveza y bebemos a morro. La música cambia y reconozco la melodía.

—Esta música es la que escucha Kilian —digo entusiasmada.

Rober sonríe de forma maliciosa, mira a Carolina y ésta pone los ojos en blanco. De repente he encontrado un aliado a mi lado.

—¿Conoces a Kilian? —pregunta Rober.

—Sí —confirmo mirando a Carolina que de repente parece que no quiere estar presente en esta conversación.

—Viene aquí a menudo, de hecho, la última vez que lo vi estaba bastante jodido y creo que era por algún desamor —argumenta el viejo camarero.

—Rober —corta Carolina—. Creo que no es un buen momento para hablar de Kilian —concluye.

—Por mí no hay problema, Carolina, de verdad —justifico moviendo las manos en señal de que todo está bien.

—A ese chico le gustas, Carolina —sentencia Rober como si tal cosa. Ha hecho oídos sordos a la petición de mi amiga para cambiar de tema.

—Yo también lo creo —digo con una sonrisa maléfica en la cara. Doy pequeños saltitos de emoción.

—¡Lo que me faltaba por oír a estas horas de la madrugada! —se queja—. Dos alcahuetes casamenteros que quieren ennoviarme —añade molesta.

—¿Por qué no? —pregunto. Y reconozco que esta situación me está divirtiendo.

—Porque no, Carla. Tú estás enamorada de Kilian, él está de nuevo con su novia y yo…—comienza a enumerar y a medida que lo hace su argumento y ella misma se desinflan.

—Tú mereces ser feliz —dice tajante Rober.

—Creo que Rober tiene razón —contesto como si fuera amigo mío de toda la vida—. Por mí no te preocupes, lo tengo superado, la relación con su novia está rota y tú, tú mereces disfrutar de tu vida, y en estos momentos lo que creo que te vendría bien sería estar con

Kilian —explico cada vez más emocionada.

—No quiero hablar del tema —responde eludiendo la conversación. Cosa que se me hace raro en ella.

—¿Por qué no te dejas guiar por tu instinto? Como haces siempre —sugiero.

—Mi instinto últimamente me juega malas pasadas —murmura sin mucho convencimiento.

Rober y yo seguimos intentando convencer a Carolina. Ella está reacia, no quiere oír nada del asunto, pero no cejamos en nuestro empeño. Creo que los dos, tanto Rober como yo apreciamos a Carolina y ella se merece ser feliz. Estoy convencida de que Kilian es su hombre y que los dos formarían una pareja maravillosa. Soy una romántica, lo sé. Tal vez no para siempre, pero su momento es este. Yo fui la que me interpuse en su historia y no al revés, y bueno, las cosas surgieron así, no es cuestión de buscar culpables. El amor siempre tiene ganadores y perdedores, pero en este caso los dos son una única apuesta ganadora. Solo espero que se dé cuenta de ello. Kilian necesita ese empujón que le haga deshacerse del recuerdo de su ex novia. No tienen futuro y Carolina necesita volver a creer en el amor.

Capítulo 54

Carolina

Vuelvo a casa algo desestabilizada. La insistencia de Rober y Carla me han hecho replantearme las cosas. No sé. Dudo si debo lanzarme o no. No suelo desaprovechar las oportunidades y parece que la vida me está sirviendo a Kilian en bandeja. Salvado el escollo de Carla, que reconozco que era lo que más me preocupaba, puedo tener posibilidades. Pero también quiero ser cauta, otras veces me he lanzado a la piscina con el peor de los resultados. Sin agua y corazón roto.

Decido meterme en la cama, no obstante, no consigo pegar ojo. Me siento inquieta, de repente siento esas mariposas en el estómago rememorando momentos vividos con Kilian, sobre todo el último. De ese no me olvidaré mientras viva. Quiero que las cosas salgan bien, por una vez en mi vida lanzarme con un buen resultado. Por otra parte ¿qué podría ocurrir? Unos cuantos polvos más y cada uno por su lado. Volveré a sufrir por hacerme falsas esperanzas, sin embargo, tengo una corazonada. Algo que me dice que todo estará bien. No lo dudo. Miro vuelos para Irlanda. Carla me ha confirmado que Kilian ha ido a visitar a su padre. No tengo muchos datos, pero en cuanto esté

en el aeropuerto pienso recabarlos. No sé ni lo que estoy haciendo. A primera hora de la mañana hablo con Lucas. Le digo que necesito el sábado libre, que nunca le he pedido nada y que me lo debe. Además, la cosa está floja, podrán arreglárselas sin mí. Es cuestión de horas. Unas cuantas horas para dar el salto, unas cuantas horas para hacer la mayor locura de mi vida, y eso que pensé que ya tenía el cupo cubierto cuando decidí tener a mi hijo en solitario. En unas cuantas horas estaré en Irlanda, le diré a Kilian que estoy enamorada de él y me volveré a España. Algo así como un *flash*, un relámpago de adrenalina que me va a costar horas de sueño. Llamo a mi madre a primera hora y me invento algo. Que estoy enferma y que necesito descansar, que se quede con Pablo hasta el domingo. Creo que es la primera vez que hago esto en mi vida, que engaño a mis padres y no me siento especialmente bien, pero es tal la energía que tengo que estoy enchufada. Creo que podría llegar a Irlanda sin ni siquiera montarme en el avión.

Hablo con Carla que está más entusiasmada que yo. Necesito datos, saber dónde tengo que ir, cómo se llama donde vive el padre de Kilian, algo que me de seguridad. Ella me da toda la información necesaria, además conoce bien el aeropuerto y la zona. Me ha dado las instrucciones pertinentes y estoy más tranquila. Montada en el avión me río sola. Esto es una auténtica locura. Nunca me hubiera planteado esto antes y aquí estoy, yendo a lo desconocido, a una aventura que no sé lo que me deparará. Decepción, alegría…

Llego a Dublín, desde el aeropuerto tengo la conexión perfecta para llegar a Malahide la localidad donde me ha dicho Carla que vive Kilian durante estos días. Una vez allí decido llamarlo. No sé nada más.

—¿Kilian? —pregunto tímida.

—*It´s me* —contesta en perfecto inglés y ha sido oírlo y sentir un pinchazo en el corazón.

—Soy Carolina —me atrevo a decir.

—¿Carolina? —pregunta extrañado. Obviamente él no tiene mi número de teléfono. Lógico que se extrañe.

—Sí, soy yo —confirmo—. Me gustaría verte —añado mordiéndome el labio. Si me rechaza creo que me moriría en este momento y no me quedaría más remedio que buscar un lugar en el

que alojarme y esperar a que el domingo el avión me devuelva a casa.

—Pero es que estoy en Malahide, en Irlanda —matiza—. He venido a visitar a mi padre —confirma.

—Lo sé, estoy en el castillo —respondo cada vez más nerviosa. Ya he puesto toda la carne en el asador. Ya no hay vuelta atrás.

—¿En serio? —pregunta—. ¿Estás aquí? —incide. Se ve que no se lo cree.

—Sí, he venido a buscarte —murmuro avergonzada.

—Dame cinco minutos y estoy allí —contesta de forma enérgica.

A los cinco minutos veo llegar a Kilian. En este enclave y en este contexto me parece aún más guapo. Está perfecto. Lleva una camiseta de manga corta que deja ver sus brazos, unos pantalones vaqueros y unas deportivas. Es irresistible. Oigo como mis oídos me retumban y mi corazón está a punto de estallar. No sé cómo se habrá tomado mi atrevimiento, cómo será nuestra relación a partir de ahora, solo sé que estoy enamorada de él y que mi corazón no me ha engañado y que esta será la mayor locura que he hecho en mi vida y que no me voy a arrepentir nunca, aunque salga mal.

Kilian acelera el paso, parece enfadado, no sé muy bien cuál es su estado de ánimo, pero en dos zancadas llega hasta a mí y me abraza. Y yo no puedo hacer otra cosa que reír y llorar al mismo tiempo y es que este abrazo es lo que necesitaba. Todo está bien. Al final después de todo nunca está mal arriesgarse por lo que uno quiere.

Kilian se separa de mí, me mira con esos ojos espectaculares y me besa. Es delicioso, acaricio su espalda, sus brazos y no hay mejor refugio para mí en estos momentos que él.

—Carolina, te quiero —me dice cuando el beso cesa.

—Yo también te quiero —contesto y río y lloro. Él pasa su dedo pulgar por mi mejilla para apartarme las lágrimas.

—No quiero verte llorar —afirma—. Estás conmigo, nada malo va a pasarte.

No puedo ni hablar, y es que con las últimas palabras de Kilian he recuperado la ilusión, y puede que sea una irresponsable o una soñadora, pero creo todo lo que dice. Sé que nada malo va a pasarme estando a su lado.

FIN

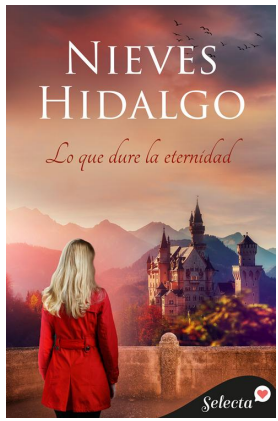
Agradecimientos

Muchas gracias Rebeca Bañuelos por tu ayuda.

Si te ha gustado

Los dos hemisferios del amor

puedes disfrutar de estas



ANA ÁLVAREZ
Sin derecho a roce
Selecta

SANDRA BREE
Llévame al HUERTO
Selecta

Natalia Sánchez Pitana
El SUEÑO que SOMOS
Selecta

Be Cardigan
Robar un corazón
Selecta

El amor, a menudo, muestra varias versiones: de quién lo da, de quién lo recibe y de aquel que no es correspondido.

Carla y Carolina son dos mujeres que viven una vida totalmente diferente, dadas sus circunstancias personales, a pesar de tener edades similares. Carla es funcionaria. Vive de manera desahogada, hace lo que quiere y cuando quiere sin dar explicaciones a nadie. Carolina trabaja para vivir y dar de comer a su hijo Pablo.

Ambas coinciden durante unos minutos en su lugar de trabajo. Son confidentes y congenian a la perfección. Ven el amor de diferente manera, mientras Carla espera a su príncipe azul, Carolina está cerrada al amor y aprovecha las oportunidades sin plantearse nada serio. Es consciente que el tener un hijo menor a su cargo espanta a cualquier candidato para una relación estable.

Kilian aparece en sus vidas haciendo que lleven una relación paralela. Las dos querrán darse una oportunidad con él.

¿Cómo actuarán las dos amigas cuando se enteren de sus planes? ¿Y Kilian?

Vega Fountain es ingeniero técnico agrícola de formación y su trabajo no está relacionado con el mundo de las letras.
Empezó a escribir como terapia y a partir de ese momento ha ido ideando personajes e historias que le gustaría leer en los libros que lee compulsivamente.
De mente inquieta e imaginativa está continuamente pensando nuevas tramas, ideas y protagonistas para sus próximos libros.

Edición en formato digital: agosto de 2022

© 2022, Vega Fountain
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Marcelo Pasarón
Imágenes: shutterstock_1931634185

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18646-72-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Los dos hemisferios del amor

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Vega Fountain
Créditos